

SOÑAD Y OS QUEDAREIS CORTOS

**Testimonio sobre el Fundador, de uno
de los primeros miembros del Opus Dei**

Pedro Casciaro

ÍNDICE

I. PRELUDIO	5
Don Filiberto	5
Los militares y la sopa	6
II. MADRID, AÑOS 30	8
1932: Estación del Mediodía	8
Ignacio de Landeche	9
El encuentro con el Padre	10
La dirección espiritual	12
El Oratorio de Ferraz	13
Dios en lo cotidiano	14
La Academia DYA	15
Los Círculos	17
Mis dudas	17
Mis amigos	18
III. UN VERANO EN TORREVIEJA	20
En "Los Hoyos"	20
A través de las montañas	22
IV. LA LLAMADA	24
¿Y si Dios...?	24
Paco Botella	25
Un día de retiro	26
V. PRIMEROS PASOS	30
Los primeros	30
Calor de hogar	31
Algunos sacerdotes amigos	33
La pobreza del Opus Dei	34
La naturalidad de lo sobrenatural	35
¿Lo entiendes ahora?	36
Los primeros cooperadores del Opus Dei	37
Doña Dolores	38
Días de violencia	40
La alfombra del Oratorio	42
Un campamento en Rascafría	42
VI. GUERRA CIVIL	44
El Levante feliz	44
Tentativas de huida	47
En Valencia	51
Una despedida	54
De cómo deserté	56
De cómo volví a desertar	59
VII. DÍAS DE ESPERA	61
En Barcelona	61
Hambre	62
Un viejo amigo	63
Momentos de angustia	64
VIII. A TRAVÉS DEL PIRINEO	67

Una contraseña	67
Una rosa	70
La "cabaña de San Rafael"	71
De nuevo en marcha	72
Por fin en Andorra	79
Acción de gracias en Lourdes	81
IX. PAMPLONA	83
No me cuente Vd. su caso	83
En el Regimiento de Zapadores	85
Doña Micaela	86
X. LOS MESES DE BURGOS	88
De Pamplona a Burgos	88
"Tierra de nadie"	89
La camiseta de Sigfrido	90
¡Tú eres Pedro!	91
El Hotel Sabadell	91
Contabilidad vectorial	93
La penitencia del Padre	95
Noticias	99
Un sombrero en el frente	100
Un suceso doloroso	102
Trabajar sin descanso	106
Camino	108
La investigación científica	110
Sacerdote cien por cien	111
El heroísmo de lo cotidiano	113
En la fiesta de la Virgen del Pilar	115
En Calatayud	115
XI. VOLVER A EMPEZAR	117
De nuevo en Madrid	117
Jenner	118
Mi hermano Pepe	119
La Abuela y Tía Carmen	120
En Diego de León	122
Visión universal	123
Isidoro	124
Nuevos horizontes	125
La humildad del Padre	126
Dos hijos sacerdotes	127
XII. LA EXPANSION APOSTOLICA	129
América	129
Los comienzos en México	130
Un artículo en contra del Opus Dei	133
Así lo manda la tradición	134
Sin formar quistes	135
Kenya	136
Madre de dos sacerdotes	138
En Italia	139
XIII. EL PADRE EN MEXICO	141
El Concilio Vaticano II	141

A los pies de la Virgen de Guadalupe	141
Las tertulias	144
Montefalco no era un sueño	147
Con los campesinos de El Peñón.....	149
Junto a la laguna de Chapala	151
Una canción de despedida	153
XIV. EN TORRECIUDAD	155
Cumpliendo la manda del Padre.....	155
XV. 17 DE MAYO DE 1992	158
Aquella mañana en Roma.....	158
Soñad y os quedaréis cortos	160

I. PRELUDIO

Don Filiberto

En aquel lejano año de 1914, mi abuelo materno, don Diego Ramírez, maestro de escuela en Torrevieja, provincia de Alicante, estaba seriamente preocupado. Y no era sólo por la tensa situación internacional que dio lugar poco después a la Guerra Europea, sino por algo mucho más doméstico, familiar y concreto: la próxima boda de su hija Emilia. Es decir, de mi madre.

¿Pero qué mejor partido quieres encontrar que ese chico?, le decían sus familiares. Y tenían razón: el novio de su hija, Pedro Casciaro, era un chico excelente, honrado y estudioso; procedía de una rica familia de origen italiano, muy conocida, que había emparentado tiempo atrás con los Parodi y los Boracino, familias originarias de Italia por un camino o por otro. Los Casciaro habían emigrado de Nápoles a Inglaterra en tiempos de Napoleón; los Parodi se habían instalado en Torrevieja, procedentes de Génova, durante esa misma época; y los Boracino habían arribado a la piel de toro en el siglo XVIII, cuando Carlos III se trasladó de Nápoles -donde era rey- a España.

¿Pero, qué mejor partido...? Era verdad lo que decían a mi abuelo don Diego: el chico era un partido excelente. Era hijo de don Julio Casciaro, un hombre culto y correcto, graduado en Leyes, que al heredar se había retirado a vivir a Torrevieja, donde la familia tenía una finca de campo y de recreo que se llamaba "Los Hoyos". Y era nieto de Mr. Peter Casciaro, inglés de nacimiento, que tras educarse en un "College" prestigioso de Londres, se había especializado en Mineralogía y Contabilidad.

Mr. Casciaro era, además, gran empresario: había construido la línea de ferrocarril que va desde Medina del Campo a Salamanca; explotaba numerosas minas desde La Unión, en Murcia, hasta los Urales, en Rusia; y poseía diversas propiedades urbanas y agrícolas en España y en Argelia. Y como no quería que sus hijos perdieran las raíces inglesas, cuando nació su hijo Julio en Cartagena, a pesar del tiempo que llevaba viviendo en España, lo inscribió en el consulado de Inglaterra como súbdito británico.

Su nieto Pedro era un chico educado, simpático, alegre, muy bien formado intelectualmente -era doctor en Filosofía y Letras-, bastante bien parecido y buen deportista. ¿Qué más podía pedir don Diego para su hija? No había razón -le decían todos- para que estuviera inquieto...

Lo que inquietaba a mi abuelo materno, hombre de misa diaria, gran catequista y profundamente creyente, era la frialdad religiosa de la familia del novio. Desde otros puntos de vista no tenía nada que objetar: su futuro suegro era un hombre caritativo, de buenas costumbres y rectos principios; pero, ¡ay!, al igual que su esposa, no era nada practicante. Era republicano -del tipo de aquellos "intelectuales por la República", que veían en este sistema político una salida para la decadencia española- y en aquel tiempo decir republicano era, para muchos, lo mismo que decir anticlerical y con frecuencia, anticatólico.

No era éste el caso de don Julio y su esposa; pero, a pesar de todo, aquella petición de mano planteaba a don Diego graves problemas de conciencia: ¿debía permitir que su

hija Emilia, fervorosa y buena cristiana, por muy enamorada que estuviera, se casase con un chico así? ¿Qué educación recibirían sus nietos? ¿Y si...?

Después de muchas vueltas y revueltas, decidió pedir consejo a don Filiberto, párroco de la localidad.

-No se preocupe -sentenció gravemente don Filiberto, tras escuchar las cuitas de mi abuelo materno- porque los hijos de ese matrimonio se entregarán a Dios.

Ignoro qué luz interior movió a don Filiberto a pronunciar esa singular profecía, expresada además de un modo tan preciso y contundente. ¿Fue el Espíritu Santo, que le sopló al oído, fue una simple excusa para tranquilizar a un padre preocupado; o fue tan solo una mera frase, dicha al azar? No lo sé. El caso es que don Filiberto no se equivocó.

Los militares y la sopa

Pero sigamos con la historia familiar. Mi abuelo concedió la mano de su hija y una vez disipados los nubarrones del horizonte, mis padres se casaron, felices, en una capilla que había en la misma finca de "Los Hoyos". Poco después mi padre fue nombrado catedrático interino de Historia de España en la recién creada Universidad de Murcia y designado profesor auxiliar de Geografía e Historia del Instituto; y en Murcia fuimos naciendo los tres hijos. En la parroquia de Santa Engracia de Murcia fui bautizado yo, en 1915; luego nació mi hermana Soledad, que murió a los pocos años; y más tarde nació mi hermano Jose María, al que siempre hemos llamado en casa, familiarmente, Pepe.

Cuando se convocaron de nuevo las oposiciones a cátedra de Instituto, la primera que salió a concurso fue la de Geografía e Historia de Murcia. Mi padre se presentó y obtuvo el segundo puesto. Eso hizo que no pudiese escoger Murcia sino Vitoria. Pero como quería quedarse en la zona del Levante, la conmutó en cuanto pudo por la de Albacete, ciudad que resultaba relativamente cercana a Murcia y Torrevieja, donde estaban su casa familiar y sus intereses.

Al principio mi padre consideraba su destino en Albacete como algo meramente provisional, y tenía el deseo de volverse a Murcia o Cartagena en cuanto le fuera posible. Sin embargo poco a poco fue enraizándose en su trabajo profesional y haciendo numerosas amistades en La Mancha. Fue Director de la Escuela de Trabajo y llevó a cabo muchos proyectos, como la construcción de un nuevo edificio para el Instituto, del que llegó a ser director. Impulsó las excavaciones arqueológicas en la región; creó e instaló el Museo Provincial, y así, un largo etcétera; en conclusión: que acabó encariñándose profundamente con aquel lugar, cosa que, para el que lo conozca, no resulta muy difícil.

Es cierto que la política influyó también en su decisión de quedarse en Albacete, aunque se había interesado muy poco por ella en los primeros años de la dictadura de Primo de Rivera. Sin embargo, cuando cayó la monarquía, militaba con gran entusiasmo en las filas republicanas.

Eso no significa que fuese partidario de ningún izquierdismo extremo, como el comunismo o el socialismo de la época (cuestión aparte es que, a causa de las alianzas electorales del momento, cierta opinión pública los metiera a todos -republicanos, socialistas y comunistas- en el mismo saco). Su republicanismo no era de este tipo: era un republicanismo moderado, de corte liberal, con una gran preocupación por la clase obrera, como lo demuestra el que llegase a ser presidente de uno de aquellos tribunales que se crearon en la época de Primo de Rivera para dirimir los conflictos entre patronos y obreros.

Estos presidentes solían ser hombres de bien, respetados y aceptados por ambas partes, y aquel cargo le ocasionó no pocos problemas: no podía comprender mi padre cómo algunas personas, amigas suyas, muy holgadas económicamente, pudieran regatear jornales de cincuenta céntimos a gentes que andaban tantas veces al borde de la miseria. Y se fue distanciando de determinadas amistades, que pertenecían a las familias más pudientes de la ciudad.

Albacete contaba en aquel tiempo con una pequeña sociedad provinciana que estaba integrada por terratenientes, empleados del Estado, profesionales de diverso tipo, algunos industriales y otros elementos de clase media modesta. A raíz de la proclamación de la República, en la ciudad se fue enconando la división, -que ya existía- entre las personas significadas políticamente como de "derechas" y las de "izquierdas"; y mi padre fue siendo conocido, cada vez más, como un "intelectual de izquierdas". Como tal participó en el gran mitin que se celebró en el Teatro Circo, con la presencia de Azaña. Mi padre era lo que llamaríamos ahora un "intelectual comprometido".

Desde el punto de vista religioso no era nada practicante; sin embargo, como muestra de respeto y de cariño hacia mi madre, solía acompañarla a Misa todos los domingos y quiso celebrar por todo lo alto la Primera Comunión de mi hermano José María. Pero los tiempos no estaban para sutilezas: cuando sus oponentes políticos se enteraron de esta celebración publicaron un artículo tremendo en un periódico local, titulado "Laicismo, pero no para mi casa", en el que le injuriaron sin piedad. Profundamente irritado, desde aquel día dejó de ir a Misa.

Este gesto le retrata de cuerpo entero. Era un hombre apasionado que vivía ardorosamente aquel difícil momento político y social que estaba atravesando España. Recuerdo que un día, varios años antes, llegó a casa muy acalorado, mientras mi hermano pequeño tomaba su tazón de sopa. Estaba irritado por el nombramiento de varios militares para determinados puestos de Gobierno. Se quitó de un manotazo el cuello duro y la corbata de moño, los arrojó furiosamente sobre el sillón, y gritó:

-¡Vamos a tener militares hasta en la sopa!

Al oír esto, mi hermano pequeño miró muy asustado dentro de su tazón y buscó vanamente en su interior a aquellos militares que tanto irritaban a nuestro padre y que amenazaban con hacerse dueños de la sopa. Y durante bastante tiempo su imaginación infantil especuló sobre el interés que podrían tener aquellos señores por introducirse furtivamente -y eso era lo más misterioso, ¿cómo?- en la pequeña sopera familiar...

II. MADRID, AÑOS 30

1932: Estación del Mediodía

Durante aquellos años yo era un chico que soñaba con ser marino y vivía despreocupado de esos afanes políticos de tierra adentro. Me apasionaba el mar y había heredado la afición por los barcos de mi abuelo paterno, que había sido propietario de un mercantil goleta que atravesaba el Atlántico a vela y había hecho construir un motovelero de tres palos que cubría la ruta Cartagena-Marsella, partiendo del vecino puerto de Águilas. Durante aquellos largos veranos de mi adolescencia, en la calma soleada de "Los Hoyos", había soñado con mil aventuras marinas; y al ver aquellos barcos y veleros atracados junto al paseo marítimo, me imaginaba sorteando borrascas y temporales en alta mar e ingresando, en un futuro próximo, con mi flamante uniforme de cadete, en el Cuerpo General de la Armada...

Pero mi madre, al enterarse de mis deseos, me puso literalmente los pies en el suelo y se negó rotundamente a que me embarcara -nunca mejor dicho- en este proyecto. Así que no tuve más remedio que orientarme hacia otra de mis grandes aficiones, esta vez bien anclada en tierra firme, y decidí ser arquitecto.

Aunque me costó tomar esta decisión, lo cierto es que contaba con cualidades para ser arquitecto: había heredado de mi padre el gusto por el arte, tenía capacidad de observación y gozaba de cierta habilidad para el dibujo.

Dicho y hecho: al terminar el bachillerato, con diecisiete años, me fui a la capital de España, porque en aquella época sólo se podía cursar Arquitectura en Madrid o en Barcelona, y un buen día de 1932 arribé, con cara de provinciano despistado y un puñado de ilusiones y de maletas, a la Estación del Mediodía de Madrid. Me instalé en el Hotel Sari, en el número 2 de la Calle Arenal, muy cerca de la Puerta del Sol.

Me gustó aquel hotel. Estaba situado en el corazón de Madrid, de aquel Madrid que poco tiempo antes se autodenominaba "Villa y Corte" -se había proclamado la República el pasado 14 de abril de 1931- y en el que se podía escuchar todavía la música alegre y traqueteante de los organillos. Y me puse a estudiar.

Pero no se ganó Zamora en una hora: para acceder al primer curso de Arquitectura los aspirantes a arquitectos debíamos superar primero el famoso y difícilísimo examen de "ingreso". Era una prueba realmente dura: no sólo nos exigían haber aprobado todas las asignaturas de los dos primeros cursos de la Licenciatura de Ciencias Exactas (incluidas Física, Química y Geología), sino que debíamos hacer, además, unos exámenes muy exigentes de dibujo en la propia Escuela. "Ingresar" era, en resumen, cuestión de años, y muchos se quedaban en el intento.

Pero como yo estaba dispuesto a ser arquitecto costara lo que costase, aunque no me entusiasmasen demasiado ni las Matemáticas ni la Física, con tal de entrar en la Escuela, estaba decidido a estudiarlas todo el tiempo que hiciera falta.

Guardo muy buenos recuerdos de aquel Madrid de comienzos de los años treinta. Era una ciudad soprendente. Era "la capital" por antonomasia y conservaba un curioso encanto, tradicional y castizo, chulapón y cosmopolita, señorial y pueblerino al mismo

tiempo, que la hacía especialmente atractiva para un amante del arte y de la arquitectura como yo. Era una delicia pasear a la caída de la tarde por sus amplios bulevares, perderse por los salones del Museo del Prado o ir descubriendo, poco a poco, sus grandes edificios: el Banco de España, el Casino, el Teatro de la Princesa, el Ministerio de Fomento, los Jerónimos..., o deambular sin prisas por el paseo de Recoletos, o por el de la Castellana, que era el más aristocrático de todos y llegaba hasta lo que llamábamos entonces "los altos del Hipódromo".

Todavía era una ciudad de dimensiones humanas, donde se conocían unos a otros, especialmente los de la llamada "gente bien". Yo llegué en un periodo de cambio: la República había traído personajes nuevos y muchos de "los de antes" -especialmente los pertenecientes a la alta nobleza- habían emigrado al extranjero; los que se habían quedado, habían abandonado la Castellana como punto neurálgico de encuentro y habían puesto de moda el paseo de coches de El Retiro.

Con la llegada de los nuevos ricos al Retiro, los más snoobs de esa "gente bien" se fueron a pasear a otra parte, y eligieron la zona boscosa que había más allá de Puerta de Hierro, donde se improvisó un paseo de terracería, pero eso sí, transitado por coches con chófer uniformado. Conocí bastante bien aquel ambiente sofisticado gracias a unos amigos míos, que vivían en un piso principal de la calle Almagro y se paseaban, Madrid arriba y abajo, en un Lincoln grande de color café con leche...

Era un Madrid agradable por sus gentes, por su clima, por su arquitectura; pero no tanto desde el punto de vista social. En aquellos años tuvo lugar un in crescendo de desórdenes, de tensiones, de alborotos entre estudiantes; se sucedían los enfrentamientos y las huelgas; fue creciendo el clima anticlerical y las efervescencias políticas que atravesábamos hacían presagiar males peores. Sólo a algunos; al menos yo no pensaba que a consecuencia de todo aquello se pudiera acabar en un baño de sangre. Quizá fuera por la inexperiencia de mis 18 años. Realmente, si alguien me hubiera dicho en aquel tiempo hasta qué punto iba a experimentar esas consecuencias en mi propia carne, muy pocos años después, no le hubiera creído en absoluto.

Ignacio de Landecho

Pero no adelantemos acontecimientos: yo no era en aquel lejano 1932 más que un joven estudiante venido de provincias, preocupado por situarse en el medio universitario, y como todo recién llegado, deseoso de hacer nuevos amigos. Y en este aspecto, realmente tuve suerte. Uno de los primeros chicos a los que conocí fue Ignacio de Landecho, quien, a pesar de su juventud, era ya un hombre a carta cabal. Fuerte, decidido, íntegro y apasionado, Ignacio preparaba también el ingreso en la Escuela de Arquitectura y fue, sin duda alguna, uno de mis mejores amigos durante aquellos años.

Yo admiraba en Ignacio su fortaleza, su audacia y el desparpajo con que se movía en todos los ambientes. Recuerdo que en una ocasión presenciábamos juntos un desfile militar en la Castellana, desde el balcón de la casa de un amigo común. Dos o tres pisos más abajo, también en un balcón, estaban unas chicas conocidas que comenzaron a gritar: ¡baja, Ignacio! ¡baja! Entonces, Ignacio, sin dudarle un momento, saltó al otro lado de la barandilla, bajó un piso y otro piso agarrándose a las molduras del edificio, y fue deslizándose por la fachada hasta llegar al balcón donde estaban las chicas, mientras todos conteníamos el aliento. Así era Ignacio.

En otra ocasión nos fuimos de excursión a Salamanca, y cuando nos encontrábamos en una de las torres de la Catedral, Ignacio, ni corto ni perezoso, se puso a trepar por el exterior hasta que logró alcanzar la veleta de hierro. Verdaderamente, su valentía rayaba algunas veces en la temeridad.

Coincidió con él en las clases de la Facultad de Ciencias, que estaba todavía en el viejo caserón de la calle de San Bernardo, aunque hubo un periodo en el que tuvimos las clases y talleres provisionalmente en el viejo edificio de Areneros, que el Gobierno había incautado a los Jesuitas. También íbamos juntos a la Academia de dibujo del pintor José Ramón Zaragoza. Y como teníamos mucho que estudiar, con cierta frecuencia quedábamos para repasar temas en mi cuarto del Hotel Sari.

No se asombre el lector del nombre de mi pomposo alojamiento: realmente el Sari lo único que tenía de hotel era el nombre. A pesar de su denominación rimbombante, aquello no pasaba de ser una pensioncita de tres al cuarto con la dinámica propia de la vida estudiantil. El universitario es amante, como es bien sabido, de la vida nocturna: y no era raro que Ignacio y yo nos quedásemos estudiando durante toda la noche en mi habitación y nos fuésemos la mañana siguiente, tras desayunar, a las clases de San Bernardo.

Nunca olvidaré aquellas clases de Geometría Métrica a las ocho de la mañana en el caserón de San Bernardo. Era todavía de noche y aquella inmensa aula iluminada con bombillas eléctricas me deprimía terriblemente. No puedo olvidar tampoco a don Luis Vegas, nuestro profesor, que a causa de su baja estatura lograba alcanzar a duras penas el borde inferior de la oceánica pizarra. ¡Cuántas horas pasé allí, codo a codo con Ignacio, escuchando el golpeteo de la tiza sobre el encerado: números, letras y figuras geométricas; números, números y más números...!

A medida que pasan los años veo con mayor claridad que fue una gran suerte para mí aquella amistad con Ignacio, con el que tan buenas migas hice desde el primer momento. Nos ayudábamos mutuamente en el estudio; y él me fue introduciendo en algunos buenos ambientes de Madrid, y también, sin que yo me diera cuenta, me fue alejando de otras amistades menos convenientes que frecuentaban la Residencia del Pinar y el Auditorium de la calle de Serrano.

Ignacio tenía mucha más formación espiritual que yo; había estudiado en un buen colegio de religiosos y tenía parientes jesuitas. Yo procedía de colegios laicos; y aunque mi madre me había dado los rudimientos de la vida cristiana, en lo que a la Religión se refiere compartía algunos de los puntos de vista de mi padre.

El encuentro con el Padre

Eso no significa que yo fuera por aquel entonces una especie de pagano recalcitrante. Creía en Dios, me consideraba católico, tenía fe y acudía a los sacramentos de vez en cuando; pero carecía de unos conocimientos religiosos mínimamente adecuados para mi edad. Había heredado de mi padre algunas suspicacias anticlericales y experimentaba, por ejemplo, una gran prevención -casi alergia- hacia los sacerdotes y religiosos.

No sabría definir bien la causa de esta prevención: pero el caso es que la tenía, y no sabía -ni quería saber- nada con "los curas", como los denominaba con deje despectivo.

Y lo curioso es que hasta entonces nunca había charlado con uno cara a cara, salvo en las ocasiones en que me acercaba a un confesionario. Por supuesto, jamás había tenido confesor fijo.

Esas prevenciones me habían llevado siempre a "mantener las distancias" con los pocos sacerdotes que se habían cruzado en mi camino: algún profesor del Instituto de Segunda Enseñanza o algún cura de la parroquia. Los observaba con espíritu crítico, y me repelía la educación que yo juzgaba -sin duda injustamente- un tanto peculiar de los clérigos de aquel tiempo.

Por eso, cuando en 1935, tres años después de mi llegada a Madrid, un amigo de la infancia, Agustín Tomás Moreno, me habló con admiración de un sacerdote al que había conocido recientemente, don Josemaría Escrivá, y me invitó a conocerle, le respondí con una irónica reacción de autosuficiencia y un comentario sarcástico.

Nos volvimos a ver -tiempo más tarde, porque nos tratábamos poco- y Agustín me volvió a hablar de aquel sacerdote; yo le di largas de nuevo y seguí en este punto como quien oye llover.

Afortunadamente, Agustín fue tenaz. Y en una de esas raras ocasiones en las que coincidimos me dijo algunas frases de profundo contenido espiritual -que yo supuse que no serían de su cosecha, sino del sacerdote en cuestión- que me hicieron, muy a pesar mío, cierta mella. Y accedí a que me lo presentara.

Cada uno es como Dios le ha hecho. ¿Por qué accedí? He de reconocerlo: pura y simplemente, por curiosidad. La curiosidad era parte de mi modo de ser: me gustaba tratar a gente mayor que yo, conocer nuevos ambientes y fijarme en todo, hasta en los más mínimos detalles. Pero, naturalmente, acudí con el firme propósito de no hablar con aquel cura de cuestiones personales: iba a ver, a observar, a analizar; nada más.

Quedé una tarde con Agustín, a finales de enero del 35. Me condujo al número 50 de la calle Ferraz, en el barrio de Argüelles. Subimos al primer piso. Yo iba, como siempre, fijándome en todo. Allí, junto a la puerta, se leía, en una placa reluciente: "Academia D Y A". Entramos. El recibidor me produjo una grata impresión inicial. No era lo que yo me pensaba: me había imaginado un local destartado y frío, y me encontré en el vestíbulo de una casa de familia de clase media, más bien modesta, decorado con buen gusto y, sobre todo, muy limpio. El ambiente era cordial y distendido. Buen comienzo. Me gustó.

Nos indicaron que pasáramos a una pequeña salita, donde esperamos unos momentos. Y de pronto entró un sacerdote joven y sonriente, de unos treinta años, que se detuvo un instante mirándome afablemente por debajo de los bordes superiores de sus gafas redondas de concha, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante.

-Padre -dijo Agustín-, este es mi amigo, Pedro Casciaro...

Entonces aquel joven sacerdote, excusándose ante Agustín -¡como si yo fuera un personaje importante!-, le rogó que nos dejara solos unos minutos. Nos sentamos a charlar y aquella conversación bastó para echar por tierra, de golpe, todos mis prejuicios.

Realmente el Padre, como le llamaban todos siguiendo la costumbre habitual para denominar a los sacerdotes en aquella época, no tenía nada que ver con la idea que yo me había hecho de él: me esperaba un curita espiritualista y algo raro, conforme a la caricatura de mis prejuicios, y me encontré con un sacerdote joven, de treinta y tres años, vigoroso, cordial, simpático, muy espontáneo y natural, que me infundió desde el primer momento una gran confianza y al mismo tiempo un respeto muy superior al propio de su edad. Me llamó poderosamente la atención su bondad, su alegría contagiosa, su buen humor... y le abrí mi alma como nunca había hecho con ninguna otra persona a lo largo de toda mi vida.

No sabría precisar cuánto tiempo estuvimos charlando; lo más probable es que no pasara de los tres cuartos de hora. Sólo recuerdo que al despedirme le dije:

-Padre: me gustaría que usted fuese mi director espiritual.

La dirección espiritual

No imagine el lector que por decir esto yo tenía por aquel entonces una idea demasiado clara de lo que significaban estas dos palabras juntas: "dirección espiritual". Sabía que algunas personas la tenían, como mi amigo Ignacio; y había leído en las esquelas mortuorias del ABC que entre los deudos del difunto se citaba con frecuencia: "Su director espiritual, el Rvdo. P. tal y tal". Aquí se acababan todos mis profundos conocimientos sobre el particular.

Quedamos en volver a vernos regularmente y en la siguiente entrevista comprobé que aquel impacto inicial no había sido la impresión pasajera de un momento. A medida que charlaba con el Padre, y le abría mi alma de par en par, iba descubriendo, progresivamente, la finura de su espiritualidad, su inteligencia privilegiada y su honda cultura. Y, muy especialmente, su enorme capacidad de querer y su gran comprensión.

No era sólo cosa mía: muchos otros amigos míos y compañeros de estudio que le conocieron, me comentaron lo mismo: como yo, se habían sentido comprendidos por el Padre desde el primer momento. Se veía claramente que nos quería de verdad y que nos tomaba muy en serio. Y que se preocupaba de todo lo nuestro; porque fui comprobando, semana tras semana, que el Padre no se ocupaba sólo de aspectos puramente espirituales: al mismo tiempo que nos exigía en determinados puntos de la ascética cristiana, nos iba inculcando un profundo sentido de la responsabilidad y nos iba educando humanamente, casi sin que nos diéramos cuenta, con la finura de su comportamiento y con la elegancia de su trato.

Recuerdo un detalle pequeño, pero muy expresivo. Pocos meses después de conocerme, el Padre me invitó a almorzar en la Residencia. Pudo haberlo hecho de palabra o por teléfono, pero prefirió enviarme una tarjeta, donde escribió unas líneas en las que me invitaba a venir de un modo cariñoso y atento, ¡como si yo fuese un personaje importante! Y yo no constituía un caso especial: así trataba a todo el mundo, aunque fueran, como en mi caso, estudiantes de primeros cursos de carrera.

El Oratorio de Ferraz

Un día fui a charlar con el Padre y le encontré particularmente contento. Habitualmente, cuando hablábamos, yo tomaba primero la palabra y el Padre me escuchaba hasta el final, muy atento, sin interrumpirme: me preguntaba por mi vida interior, por mis estudios, por mis padres... Luego, me daba sus consejos. Pero aquel día no fue así: tomó la palabra desde el primer momento, y me explicó, contentísimo, que don Leopoldo Eijo y Garay, Obispo de Madrid, había concedido el permiso necesario para dejar el Santísimo en el oratorio de la Residencia.

El Padre me había enseñado ese oratorio ya en la primera visita que hice junto con Agustín Tomás. Lo recuerdo perfectamente: era un oratorio pequeño, recogido, situado en una habitación contigua al vestíbulo, que daba a un patio grande y tranquilo. Era piadoso, sencillo, agradable, y se veía que estaba puesto con cariño. En la pared frontal, sobre el altar, había un cuadro que representaba a los discípulos de Emaús conversando con el Señor. Poco después ese cuadro fue sustituido por una imagen de la Virgen del Pilar tallada en madera, que descansaba en una ménsula, sobre un fondo de damasco color verde oliva. El oratorio me agradó, como digo; pero, como muestra evidente de mi escasa formación religiosa, no reparé en que no tenía sagrario.

Ese día, el Padre me estuvo hablando con gran alegría de aquel permiso que le habían dado, y yo, la verdad, no entendía demasiado a qué se refería. Carecía de la formación cristiana necesaria para comprender cuándo y cómo se puede dejar el Santísimo en un lugar sagrado. Mientras le escuchaba iba rumiando para mis adentros cómo podía ser aquello; si había en Madrid alguna institución donde se vivía maravillosamente la fe - pensaba yo- era en aquella Residencia; y si había un sacerdote excepcionalmente santo e inteligente, era el que tenía delante en esos momentos. En consecuencia -concluía, en mi ignorancia- ¡ya podría haberle dado antes aquel permiso el Señor Obispo!

-Padre, y por las noches -le pregunté-, ¿se suele dejar el Santísimo en las iglesias?

Esta pregunta mostraba bien a las claras mi soberano despiste en materias religiosas. Luego le pregunté cuánto tiempo podía dejarse solo al Señor en aquel oratorio, porque había visto que en algunas iglesias a veces no había nadie; y seguí haciéndole otras preguntas de este tipo, y aun más simples. El Padre fue resolviendo, con gran paciencia, una por una, todas mis dudas rudimentarias y me habló largo rato sobre la Eucaristía, con unas palabras que delataban su profunda y sincera devoción a Jesús Sacramentado.

-El Señor -me comentó, emocionado- jamás deberá sentirse aquí solo y olvidado; si en algunas iglesias a veces lo está, en esta casa, donde viven tantos estudiantes y que frecuenta tanta gente joven, se sentirá contento, rodeado por la piedad de todos. Tú ayúdame a hacerle compañía...

Me conmovió aquel amor ferviente a la Eucaristía; y como la Residencia me pillaba relativamente de paso para ir a la Escuela de Arquitectura, decidí, gustoso, pasarme todas las veces que pudiera por aquel Oratorio para **hacer un ratito de oración**, como nos animaba a hacer el Padre, delante del Sagrario. Fue entonces, seguramente, cuando me dictó el texto de la comunión espiritual:

-Yo quisiera, Señor, recibiros con aquella pureza, humildad y devoción con que os recibió vuestra Santísima Madre, con el espíritu y el fervor de los santos...

Poco después, el 31 de marzo de 1935, el Padre pudo celebrar la primera Misa en aquel oratorio y quedó reservado el Santísimo en el primer sagrario de la Obra. Aquel sagrario era un sencillo tabernáculo de madera que unas religiosas habían prestado al Padre. Junto a su alegría, experimentaba una pena grande: la de no poder dedicar al Señor un sagrario y unos vasos sagrados más dignos, porque quería siempre ofrecer a Dios **el sacrificio de Abel** destinando lo mejor al culto divino.

-El altar y el tabernáculo -comentaba años más tarde- han de ser buenos, siempre que se pueda. Nosotros, al principio, no pudimos hacerlo así. La primera custodia era de hierro pintado con purpurina; sólo la luneta para la Sagrada Forma era de plata dorada. Y el primer Sagrario era de madera: me lo prestó una monja Reparadora, a la que yo quería mucho. ¡Qué pena me daba ofrecer al Señor tan poca cosa!

Dios en lo cotidiano

Semana tras semana, mediante aquella dirección espiritual, el Padre me fue acercando al Señor, ayudándome a mejorar en mi trato con Dios. No de golpe: poco a poco, con paciencia, aunque cada vez con mayor intensidad: sin prisa y sin pausa. Fue enseñándome a hacer todos los días un rato de oración mental, a tratar al Señor a lo largo de mi jornada de estudiante común y corriente, y a vivir en presencia de Dios. Con respecto a esto último, un día le expuse mis dificultades:

-Mire, Padre: es que yo pongo los cinco sentidos cuando me meto a fondo en algo y me olvido completamente de todo lo demás.

Era verdad: cuando estudiaba, me enfrascaba en los libros de tal manera, que se me pasaban las horas volando sin la menor referencia sobrenatural; y cuando me ponía a dibujar me "metía" tanto en los problemas de geometría descriptiva, que me parecía que no me quedaba espacio mental para nada más...

Como respuesta, el Padre me regaló un crucifijo -que aún conservo- para que lo llevara en el bolsillo y lo pusiera sobre la mesa de estudio o sobre el tablero de dibujo:

-Una mirada al crucifijo de cuando en cuando -me comentó-, o algunas jaculatorias te bastarán para convertir ese trabajo en oración.

¿Y para tener presencia de Dios en medio de la calle? Aquello no me parecía tan fácil. Me gustaba pasear por las calles de Madrid contemplando las fachadas, examinando las estructuras o analizando los aciertos o los errores arquitectónicos que iba encontrando. ¡Y el Padre me pedía que hiciera todo eso y, al mismo tiempo, fuera "metido en Dios"! ¿Cómo?

-Vamos a ver, me dijo. Explícame qué caminos sueles hacer para ir desde la calle Castelló donde vives a la Escuela de Arquitectura o la Universidad.

Empecé a recordar: primero tomaba la calle Goya; luego bajaba hasta la Castellana y después...

Entonces fue enumerándome las imágenes de la Virgen que podía encontrar en mi camino:

-...en la calle de Goya hay una pastelería, apenas volver la esquina de Castelló, que tiene una hornacina con la Purísima Concepción; al llegar a la estatua de Colón en el cruce con el Paseo de la Castellana, tienes en uno de los relieves del pedestal de la estatua una escena de los Reyes Católicos donde hay una imagen de la Virgen del Pilar; subiendo por los Bulevares...

Me quedé sorprendido. Yo, que me fijaba tanto en todo, no me había dado cuenta de la existencia de esas imágenes que me podrían servir para mantener la presencia de Dios durante mis recorridos habituales. Comprendí entonces que aquello no era sólo fruto de la gran capacidad de observación del Padre, sino que era la consecuencia del gran amor que sentía hacia la Madre de Dios. A partir de aquel día intenté poner por obra lo que me decía; y así, poco a poco, mi trabajo fue adquiriendo un nuevo sentido sobrenatural y mis andanzas por las calles de Madrid cobraron unas perspectivas hasta entonces absolutamente insospechadas.

La Academia DYA

Progresivamente, a medida que fui frecuentando la Residencia, me fui enterando de la pequeña historia de aquella casa. Casi año y medio antes, a comienzos de diciembre de 1933, se había abierto la Academia DYA, en un edificio que daba a la calle Luchana y Juan de Austria. Más tarde, en octubre de 1934, la Academia se había trasladado a donde estaba ahora, en la calle Ferraz, nº 50, esquina a Quintana, cerca de la Ciudad Universitaria, y se había ampliado con una Residencia para estudiantes.

Se habían alquilado tres departamentos en el mismo edificio: dos en el primer piso, donde se había instalado la Residencia, y otro en el segundo piso, donde estaba la Academia. El propietario era un tal Bordiú, un ingeniero de minas con muchos hijos - algunos ya mayores- que vivía en el mismo inmueble, en el piso principal, y que se preciaba de ser descendiente de la familia Luna, la del Antipapa, al que llamaba cordialmente "el tío Pedro".

La instalación de aquella Residencia había sido -de esto me enteré tiempo más tarde- una verdadera odisea desde el punto de vista económico. En el mes de septiembre del 34 -pocos meses antes de que yo pisara por vez primera aquella casa- sólo habían logrado amueblar lo más imprescindible: el comedor, la sala de visitas, el vestíbulo y un dormitorio. El resto de las habitaciones, que contaban sólo con unas modestas lámparas de "globos" blancos de caña metálica, se habían quedado desiertas, en espera de tiempos mejores. Y les quedaba por comprar el menaje de cocina, la vajilla... Sin embargo, el ejemplo del Padre, que rezumaba fe, seguridad, optimismo y confianza en Dios, los confortaba a todos.

-Una de las locuras más grandes de mi vida -nos comentaría el Padre tiempo después- fue abrir una Residencia de estudiantes sin tener ni un céntimo para comprar todo

lo necesario para instalarla: la ropa, los muebles, el instrumental para la mesa y para las camas.

Esta grave situación económica se resolvió... como se pudo. La ropa de cama se consiguió mediante un crédito en "Almacenes Simeón", donde trabajaba un antiguo conocido del Padre, Casimiro Ardanuy, hijo del panadero que llevaba el pan a la casa de sus padres, cuando vivían en Barbastro. Pero, ¿dónde meter aquella ropa? **No teníamos armarios para guardarla**, recordaba tiempo después el Padre. **En el suelo habíamos puesto con mucho cuidado unos papeles de periódicos, y encima la ropa: cantidades inmensas. Entonces me parecían inmensas; ahora me parecerían ridículas. Y, encima, más papeles, para resguardarla del polvo.**

Naturalmente, esperaban como agua de mayo la llegada de los residentes, con lo cual -pensaban- todo empezaría a funcionar de un modo regular. Pero a comienzos de aquel año académico en el que estábamos, en octubre de 1934, estalló la llamada "revolución de Asturias" que fue, como señalaba Marañón, "un intento en regla de ejecución del plan comunista de conquistar España". Triunfó sólo en Asturias; pero estuvo programada desde el primer momento para todo el país. Hubo un feroz ataque contra la Iglesia: se destruyeron 58 iglesias y murieron asesinados 34 sacerdotes. Y como consecuencia, se desató una huelga general revolucionaria que obligó a aplazar la apertura de la Universidad.

Eso hizo que, al comenzar el curso, contaran en DYA sólo con uno o dos residentes. Luego, cuando se fueron calmando las aguas, vinieron algunos más: eran unos cinco al final del primer trimestre; y el resto, hasta trece o catorce, fueron llegando a cuentagotas. A causa de esto, fallaron todos los cálculos económicos; y hubo veces en que el director -un joven arquitecto, Ricardo Fernández Vallespín- prefería llevar a Alberto, uno de los primeros residentes, a comer a un restaurante cercano porque le resultaba más barato que darle de comer en casa. Los meses se iban sucediendo, implacables y la situación se fue volviendo cada vez más difícil; porque los residentes no venían, pero las facturas sí; hubo un mes que comenzaron con cincuenta pesetas en caja. ¡Y había que pagar, como alquiler de cada piso, 400 pesetas mensuales!

A pesar de estas dificultades, el Padre no se arredró y siguió espoleando la labor apostólica, día tras día, lleno de fe y confianza en el Señor. **Cuando sólo se busca a Dios** -escribió más tarde en Camino-, **bien se puede poner en práctica, para sacar adelante las obras de celo, aquel principio que asentaba un buen amigo nuestro: "Se gasta lo que se deba aunque se deba lo que se gaste"**.

Naturalmente, cuando aparecí por la Residencia, a comienzos de 1935, yo no podía imaginarme ni por asomo nada de esto. Sabía sólo que el nombre de "Academia-Residencia DYA", correspondía a las siglas de Derecho y Arquitectura, pero que tenía un significado más profundo. **Para la gente es Derecho y Arquitectura** -explicaba el Padre-, **porque realmente se dan clases de esas carreras, pero para nosotros es Dios y Audacia**. Estaba claro que el Padre había emprendido esa labor apostólica confiando sólo en Dios y con una gran audacia sobrenatural.

Los Círculos

En uno de esos dormitorios vacíos a los que he aludido antes habían instalado un aula; y en ella comencé a asistir, junto con otros universitarios, a unas reuniones con el Padre - **Círculos o como se las quiera llamar: el nombre es lo de menos**, nos decía- en las que nos hablaba de visión sobrenatural, de santidad en medio de la vida ordinaria, de santificar el trabajo, de vida de oración...

¿Cómo eran aquellas clases? Recuerdo que, al comenzar, el Padre nos ayudaba a recordar el tema tratado en el Círculo anterior. Las charlas se centraban en alguna cuestión de la vida cristiana: vida interior, oración, mortificación, Eucaristía, estudio... Guardo un recuerdo vivísimo, indeleble, de aquellos Círculos; de las palabras del Padre; de sus ejemplos, tan plásticos y vivos... Semana tras semana, sábado tras sábado, Círculo tras Círculo, nos iba moviendo a realizar un intenso apostolado con nuestros compañeros, nos enseñaba a amar a Dios y nos alentaba a llevar una profunda vida cristiana.

Era patente que lo que nos decía no procedía sólo del estudio o de su profundo conocimiento de las almas, sino, sobre todo, de su profunda vida interior y de su oración. ¡Cuántas veces, al leer las páginas de Camino, he recordado lo que nos decía en aquellos Círculos! El primer punto es un magnífico botón de muestra: **Que tu vida no sea una vida estéril. -Sé útil. -Deja poso. -Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor. Borra con tu vida de apóstol, la señal viscosa y sucia que dejaron los sembradores impuros del odio. -Y enciende todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón.**

El Padre aludía con frecuencia en aquellas charlas al "fuego del amor de Dios": nos decía que teníamos que pegar este fuego a todas las almas, con nuestro ejemplo y nuestra palabra, sin respetos humanos; y nos preguntaba si no tendríamos entre nuestros amigos algunos que pudieran entender la labor de formación que se llevaba a cabo en la Residencia. Al final invitaba a uno de los presentes a que leyera las páginas de algún libro espiritual, como por ejemplo, La imitación de Cristo.

Mis dudas

Mientras tanto yo proseguía mi dirección espiritual con el Padre. Procuraba llevarle siempre, como "material extra" a la materia de mi confesión, alguna duda o consulta para que me la resolviera. Si no lo hacía, me parecía que le iba a defraudar. Y como uno de los primeros frutos de su dirección espiritual fue simplificar sorprendentemente mi complicada manera de ser, la cuestión se me fue volviendo cada vez más difícil: se iban resolviendo, una tras otra, todas mis dudas.

En una de esas ocasiones -a falta de otra duda mejor -se me ocurrió pedirle un consejo sobre una cuestión familiar. Mi padre que estaba muy apegado a su escalafón, como todo funcionario, seguía con verdadera zozobra la carrera que yo había elegido. "¡Arquitecto! -me decía cada dos por tres-. Y si el día de mañana hay crisis en la construcción o no logras hacerte una buena clientela, ¿qué seguridad económica vas a tener, hijo mío? Lo que tienes que hacer -me repetía- es acabar tranquilamente la licenciatura en Ciencias Exactas, ya que has cursado los dos primeros años; de ese

modo, si en el futuro tienes problemas con la Arquitectura, siempre tendrás otras salidas... Hazme caso, Pedro, hazme caso".

A mí, la verdad, aquella propuesta no me hacía demasiada gracia. Estaba dispuesto a aprobar los dos primeros años de Ciencias Exactas porque constituían un requisito imprescindible para ingresar en Arquitectura. Pero las Exactas, como las llamábamos, eran para mí sólo eso: un requisito y nada más.

Comenté esto con el Padre y, en contra de lo que me esperaba, le parecieron excelentes los consejos familiares. Aunque comprendía que tendría que hacer un gran esfuerzo, me estuvo explicando lo bueno que era tener un horario exigente desde el punto de vista espiritual. Me dijo que así me libraría de caer en el aburguesamiento, tan común entonces, de los estudiantes que habían logrado ingresar en una Escuela Especial. Y me habló del apostolado que podía hacer en la Facultad con el resto de mis compañeros. **Si puedes con todo, dale gusto a tu padre, me dijo; pero tú verás.**

Aquellas palabras fueron una especie de reto y me dieron ánimos para matricularme, al curso siguiente, en el tercer curso de Exactas.

Más tarde se lo comenté también a Paco Botella, un compañero de la Escuela. Pensaba que si nos matriculábamos los dos en tercer curso, esa carrera me resultaría menos aburrida. Paco se animó enseguida, aunque las Matemáticas, para las que tenía más aptitudes que yo, tampoco le atraían demasiado. Quedamos en estudiar las dos carreras - Arquitectura y Exactas- el próximo curso académico.

Mis amigos

Siguiendo los consejos del Padre, que me impulsaba a hacer un apostolado vibrante con mis amigos y compañeros, intenté hablar de Dios con aquellos con los que tenía una mayor amistad. Sin embargo, a pesar de mis buenos deseos, no logré despertar en algunos mayores inquietudes espirituales, ni sacarlos del clima de frivolidad en que se encontraban. Otros, por el contrario, vinieron por la Residencia de Ferraz. Entre ellos estaban José Rebollo Dicenta, Miguel Fisac, Mariano Alvarez Núñez y varios más.

Naturalmente, Ignacio de Landecho fue uno de los primeros amigos a los que invité a venir por Ferraz. Comenzó a asistir a los Círculos que nos daba el Padre y le tomó un gran afecto desde el primer momento. Eso no me extrañó: no recuerdo una sola persona que tratara al Padre con cierta profundidad y que no quedara admirado por su alegría, su buen humor constante, su don de gentes verdaderamente excepcional y su profundo amor a la libertad.

Con respecto a este último punto, he de hacer notar que yo era muy independiente. Esa independencia era un fruto natural de mi carácter y del clima de gran libertad en el que había sido educado. Quizá por eso, ese amor a la libertad de las conciencias que enseñaba el Padre me agradó especialmente. Nos recordaba siempre que el amor a la libertad consiste, antes que nada, en defender la libertad de los demás.

El Padre me fue mostrando las exigencias de la vida cristiana sin encorsetarla, sin asfixiarla en normas rígidas, o en cuadrículas mentales predeterminadas. Me ayudó a

llevar una vida de piedad cada vez más intensa sin recortar nunca, ni ahogar -al contrario, las potenció- ninguna de mis legítimas aspiraciones humanas.

Me hacía ver también cuánto había recibido del Señor en aquellos primeros veinte años de mi vida. Realzaba ante mis ojos la figura de mis padres y me enseñaba a apreciar y a agradecer los desvelos paternos para que yo pudiese estudiar una carrera que, en aquellos tiempos, resultaba excepcionalmente costosa. Todo eso -me decía- era providencia de Dios, de un Dios-Padre que nos ama más que todas las madres de la tierra.

Me hablaba también de la necesidad de ser santo en medio del mundo, sin hacer cosas raras, santificando las clases, las horas de dibujo y de estudio; y en el futuro, mi trabajo profesional. Me recalaba que la santidad no era algo exclusivo de unos pocos, ni tenía por qué reducirse a determinados estados de vida. Y me decía todas estas cosas en un clima cordial, afable, abierto, y distendido.

El lector se preguntará qué respondía yo a todo esto. Hay un punto de Camino, el 360, que refleja plásticamente cuáles eran con frecuencia mis reacciones: **¡Cómo te reías, noblemente, cuando te aconsejé que pusieras tus años mozos bajo la protección de San Rafael!: para que te lleve a un matrimonio santo, como al joven Tobías, con una mujer buena, guapa y rica -te dije, bromista. Y luego, ¡qué pensativo te quedaste!, cuando seguí aconsejándote que te pusieras también bajo el patrocinio de aquel apóstol adolescente, Juan: por si el Señor te pedía más.**

Por lo que se refiere a este último punto -la vocación-, el Padre nunca me dijo nada; y menos, de vocación al Opus Dei. Yo consideraba que en este terreno ya estaba haciendo el "máximo": desde que iba por Ferraz vivía un cierto plan de vida cristiana y luchaba por llevar una vida limpia; tenía una dirección espiritual regular; me esforzaba por hacer apostolado con mis compañeros y amigos; y me sentía unido fraternalmente con todos los que asistíamos a aquellos Círculos. Había llegado -pensaba yo- al tope, al "techo" espiritual más alto al que podía aspirar...

III. UN VERANO EN TORREVIEJA

En "Los Hoyos"

A finales de junio de 1935, al acabar el curso y concluir los innumerables exámenes, me fui, como de costumbre, a veranear a "Los Hoyos", la finca donde nos reuníamos toda la familia durante el verano. Era una finca grande, situada en las afueras del pueblo y cerca del litoral. Tenía una peculiaridad sorprendente: estaba custodiada por un larguísimo muro de varios kilómetros, con sus correspondientes garitas y troneras, perfectamente preparadas para disparar con fusil... Realmente, sólo a un señor del siglo XIX, inglés por más señas, se le podía ocurrir -como se le ocurrió a mi bisabuelo Pedro- construir en Torrevieja una cerca de ese tipo, rodeando completamente la propiedad, como si temiese un ataque de "los nativos"... Pero había pasado ya tanto tiempo desde que se construyó esta fantástica muralla, que había dejado de extrañarle a las gentes del lugar; ya formaba parte del paisaje y la llamaban "el cerco de los Hoyos" o simplemente "el cerco".

Dentro había un poco de todo. Tenía un jardín con verja; una casa muy grande, de corte señorial y aire neoclásico, construida en la primera mitad del siglo pasado; y una ermita dedicada a San José. Y detrás de la ermita... el panteón familiar. Tan cerca de la casa estaba el panteón que la familia nunca se atrevió a enterrar ahí a sus difuntos (mi abuelo Julio lo usaba como arsenal para sus equipos de pesca y para dormir la siesta durante el verano, porque la cripta era muy fresca). Contaba también con otros edificios, como una almazara para hacer aceite de oliva, varios graneros, y las casas del guarda y del hortelano; sin olvidar la bodega, la noria con sus típicos borricos y cangilones; las balsas, los pozos con molineta de viento; y todo tipo de corrales con animales diversos. Era un lugar espléndido: abundaban los almendros, las higueras y sobre todo, las palmeras; había palmeras, muchísimas palmeras. Solo queda por incluir en el inventario el invernadero de mi abuelo, que contenía miles de cactus de diversas especies y variedades, donde pasaba muchas horas del día cuidando amorosamente de sus espinosas plantas. Gozábamos allí de unas vacaciones largas y placenteras como pienso que sólo antes de la guerra -a pesar de lo confuso de la situación política- se podían disfrutar en España.

He dicho antes que nos reuníamos en aquel lugar toda la familia y hay que entender esta frase en sentido absolutamente literal: vivíamos en "Los Hoyos" durante los veranos mis abuelos, mis seis tíos -cinco de ellos casados-, mis primos, mis padres, mi hermano José María y yo: con frecuencia nos juntábamos en el comedor más de veinticinco personas.

El verano transcurría plácido y sin prisas. Yo solía salir a nadar por las mañanas o a remar en una piragua que me había regalado un tío mío que era marino mercante. Y por las tardes participaba en aquellas apacibles y larguísimas tertulias familiares, mecidas por el aire fresco que venía del Levante, donde todos intervenían...

Hablábamos de todo lo divino y de lo humano, pero fundamentalmente de política. Cada cual representaba una postura. Mi abuelo Julio era la viva representación de la desilusión por aquella República en la que había soñado tanto... Mis tíos defendían sus diversas opiniones y comentaban los sucesos del momento. Sin embargo, aunque había muchas posturas diversas entre nosotros, las conversaciones transcurrían siempre en un

clima cordial; todos coincidíamos en la preocupación por el peligroso giro que estaban tomando los acontecimientos en el país.

Por la tarde salía a dar una vuelta por los balnearios o por el paseo marítimo con algunos chicos y chicas conocidos. A veces se celebraban verbenas en la glorieta, donde había un kiosko sin techo en el que la banda interpretaba habaneras****:

Otras veces íbamos al cine, que era bastante bueno. Yo tenía un acuerdo táctico con mi tía Maruja, la hermana menor de mi padre, que estaba soltera y era poco mayor que yo (baste pensar que había hecho la Primera Comunión en la misma Misa de bodas de mis padres) y ella me llevaba y me traía desde Torrevieja a Los Hoyos y viceversa. En teoría, yo era el que "cuidaba" de mi joven tía; en la práctica, era ella la que cuidaba de mí, facilitándome el transporte en su Peugeot. Realmente, mi tía Maruja componía una estampa bastante inusual en aquella época, en la que no era frecuente ver a una mujer al volante, y menos que una chica joven fuera conduciendo su propio coche.

Durante aquellos meses veraniegos recibí varias cartas de algunos amigos que frecuentaban Ferraz. El Padre solía añadir algunas líneas de su puño y letra y me adjuntaba un ejemplar de Noticias -un pequeño boletín de varias hojas tamaño cuartilla, impreso en planchas de gelatina, con tinta color violeta- donde se comentaba, en tono familiar, anécdotas de unos y otros. Recuerdo perfectamente, a pesar del paso de los años, aquellas dos o tres páginas impresas en el velógrafo rudimentario de la Residencia. Ya nadie sabe lo que es un velógrafo; en un diccionario antiguo se puede encontrar su definición: es un "aparato en que, mediante una pasta especial, se pueden sacar muchas copias".

¡Con qué ilusión releía a solas en mi cuarto de "Los Hoyos" los números de Noticias que me iban llegando! En el número de julio citaban, entre bromas y veras, una carta mía: "Pedro Casciaro cuenta: 'Mentalmente he escrito muchas veces pues creo que puedo decir sin mentir que no ha pasado un sólo día sin acordarme'. Está en Torrevieja (Alicante) suspirando por su querido Albacete. Hacia el 20 de agosto le veremos llegar moreno y algo más rollizo. Agradece la felicitación que se le mandó y se queja de algunos que brillaron por su silencio. 'Son unos tranquilos -asegura-, menos mal que Dios me sostiene lustroso a pesar de tantas ingraticudes'".

Aquellas palabras del Padre; aquel boletín escrito en un tono sobrenatural y al mismo tiempo divertido, propio de nuestra edad; aquellas cartas con noticias de unos y de otros, me animaban mucho espiritualmente y me daban bríos apostólicos y nuevas fuerzas para seguir cumpliendo buena parte del plan de vida espiritual que con ayuda del Padre había logrado seguir durante el curso.

Entre otras cosas, el Padre nos animaba a aprovechar el tiempo y a cultivar idiomas. Recuerdo que durante aquel verano escribí a un amigo mío, Mariano Alvarez Núñez, que estaba descansando en Cuéllar, un pueblo de la provincia de Segovia, una carta en la lengua de Shakespeare. Le faltó tiempo a Mariano para contárselo a los de Madrid y mi proeza lingüística apareció citada en el número siguiente de Noticias: "Le escribe Casciaro ¡en inglés! diciéndole que le conteste también en inglés ¡optimistas!".

Recordaban además que mi amigo Mariano se dedicaba por la tarde "a tocar el violín, no sabemos si en inglés".

Allí, en Torreveja, en medio del clima lánguido, característico de veraneo, las enseñanzas que el Padre nos transmitía por medio de Noticias constituían para mí un permanente recordatorio para no dejarme arrastrar por el ambiente. **Seguid perseverantes en la oración** -nos recomendaba al comienzo del número de Noticias del mes de agosto- **y en el estudio: así es seguro que, dentro del próximo curso, el Señor dará a nuestro apostolado un impulso que supere nuestras esperanzas. No olvidéis que hay mucho por hacer... y que sería penoso oír a Jesús, diciendo como el paralítico de la piscina probática: "Non habeo hominem!" -No encuentro hombres capaces de ayudarme...**

A través de las montañas

¿Qué sabía yo entonces del Opus Dei, que había nacido casi siete años antes, el 2 de octubre de 1928? Mi conocimiento se reducía a los siguiente: había tenido dirección espiritual regular con el Padre, había asistido a unos quince Círculos y cuatro o cinco amigos míos, compañeros de la Escuela, habían venido por Ferraz. Sin embargo, aunque llevaba poco tiempo yendo por la Residencia, el Padre me había hecho partícipe de los afanes de la Obra y realmente la consideraba como algo mío.

Sabía lo sustancial: que el Opus Dei era un camino de santidad en medio del mundo para los cristianos corrientes, por medio de la santificación del trabajo ordinario. **Se han abierto** -nos explicaba el Padre, con estas o con palabras parecidas- **los caminos divinos de la tierra.**

¿Qué debíamos hacer para ser santos? El Padre nos lo había explicado de muy diversas formas, que se resumen admirablemente en esta frase suya: **Conocer a Jesucristo; hacerlo conocer; llevarlo a todos los sitios.** Y como preveía la pronta expansión de la Obra, nos insistía con frecuencia en que aprendiéramos idiomas, incluso los más raros, como el japonés.

Yo, a pesar de no ser del Opus Dei, ya me sentía parte, de alguna manera, no de un pequeño grupo circunstancial, sino de una labor apostólica naciente que duraría siempre. El Padre nos hacía partícipes de su ansia universal de apostolado y nos hacía rezar por esa futura expansión. Sabíamos que el aprendizaje de esos idiomas -alemán, ruso...- al que nos urgía tanto, tenía una poderosísima razón apostólica: había que extender el Opus Dei por los cuatro puntos cardinales.

Por eso, aunque aquellos meses de vacaciones fueron tan agradables y divertidos como los de años anteriores, ahora tenían un signo distinto. Notaba la ausencia en aquel ambiente en el que me movía -cómodo y fácil- de aquellas inquietudes espirituales, de aquellos ideales grandes que nos transmitía el Padre. Y contagiado por su impaciencia santa por hacer amar a Jesucristo, también yo tenía deseos por **hacerlo conocer** y llegar a miles de almas, como se refleja en aquel punto de Camino:

Así es, así tiene que ser el horizonte de tu apostolado: es preciso atravesar el mundo. Pero no hay caminos hechos para vosotros... Los haréis, a través de las montañas, al golpe de vuestras pisadas.

A través de las montañas... Ahora me doy cuenta de que en aquellos momentos no me había planteado de qué forma concreta se produciría en el futuro la expansión del Opus Dei. Sin embargo, estaba seguro que la Obra se extendería algún día por los cinco continentes. ¿Cómo? Lo ignoraba, pero estaba convencido de que algún día se haría realidad, de eso no me cabía duda; era algo que formaba parte de la fe que sentía en las palabras del Padre. ¿Cuándo? Entonces pensaba que la expansión tendría lugar muchos años más tarde; y sospechaba que apenas la llegaría a ver en mi vida. Como se ve, había entendido lo sustancial del Opus Dei, pero no atisbaba en absoluto lo que nos quería decir el Padre cuando nos decía: **Soñad y os quedaréis cortos.**

Sin embargo, a pesar de mi cortedad de miras, yo quería colaborar con esa expansión en la medida de mis posibilidades. Sentía en el alma, cada vez con más fuerza, el deseo de dar a conocer al Señor. Sí; ¡también yo quería llevar a Jesús **a todos los sitios!** Pero no sabía cómo; y me preguntaba cómo podría compatibilizar en el futuro las exigencias familiares y profesionales con ese deseo, cada vez mayor, de participar, de alguna manera, en la tarea apostólica. Y experimentaba una rara nostalgia -era mi viejo afán de aventuras, pero ahora por un ideal mucho más alto y noble- al contemplar, sobre el azul del mar, los vapores que zarpaban del puerto de Torre Vieja, cargados de sal, con rumbo hacia países desconocidos...

IV. LA LLAMADA

¿Y si Dios...?

En el curso que comienza -escribía el Padre en el número de Noticias del mes de septiembre- **mucho espera Jesús de vosotros. Todo se lo podréis dar si sois fieles a nuestro espíritu de piedad y trabajo.**

Desde el mes de septiembre me encontraba de nuevo estudiando en Madrid. Allí coincidí con Miguel Fisac, que había permanecido en la capital durante todo el verano, y había seguido frecuentando la Residencia con gran asiduidad. Lo encontré inquieto y, como nos teníamos gran confianza, le pregunté qué le pasaba. Me explicó que se estaba planteando la posibilidad de ser miembro del Opus Dei.

Aquello era nuevo para mí: ¡ser del Opus Dei! Comprendí entonces que en el corazón de aquella labor apostólica que se hacía en la Residencia había un pequeño grupo de hombres, profesionales y estudiantes, que se habían entregado plenamente a Dios. Ese era el camino para hacer realidad esos ideales apostólicos con los que soñaba en Torrevieja.

Mi amigo se encontraba en plena crisis vocacional y se cuestionaba si aquello era verdaderamente lo que el Señor le pedía. Yo intenté tranquilizarle; pero mientras trataba de calmarle, el que me iba intranquilizando era yo. Y empecé a preguntarme: ¿Y si Dios me llamase a mí por este camino? ¿Y si...?

Pensé que lo mejor para resolver esta creciente inquietud era preguntárselo al Padre. Porque -repito- el Padre nunca me había hecho la más mínima sugerencia en ese sentido, ni me había dado consejos o indicaciones concretas. Siempre me había dejado en la mayor libertad, aunque había ido sembrando en mi alma -eso sí- el deseo profundo de buscar la santidad con todas las fuerzas, el afán por conocer y amar la Voluntad de Dios, y ser plenamente generoso con el Señor. Pero nunca me había hablado directamente de la posibilidad de entregarme a Dios en el Opus Dei.

Estaba en un mar de dudas: evidentemente, era yo el que me planteaba todo aquello... pero, ¿era sólo yo? ¿Y si era el Señor el que estaba detrás de toda aquella inquietud, el que me estaba pidiendo algo? En ese caso, ¿qué era ese algo que me estaba pidiendo?

Fui a ver al Padre y le expuse todas mis inquietudes. Me escuchó con gran serenidad y se limitó a aconsejarme que procurara recuperar mis hábitos de vida de piedad -que se había enfriado bastante durante el verano- y que procurara comenzar el curso escolar con mucho afán de estudio. Y me aconsejó que dejara esas inquietudes en manos del Señor, que es Dios de paz.

Aquello me tranquilizó relativamente y seguí frecuentando la Residencia, donde se habían producido algunos cambios. La casa estaba llena de residentes, muchos de ellos procedentes de Bilbao; y venían tantos universitarios a los medios de formación espiritual que daba el Padre, que los Círculos tenían lugar donde buenamente se podía, porque había momentos en que casi no cabíamos en la casa.

Mientras tanto, seguí hablando con el Padre, que me fue ayudando a superar el bajón espiritual que suelen dejar las vacaciones veraniegas. Me alentó a vivir vida de gracia y a no dejar un pequeño plan de vida espiritual, que no incluía todavía la comunión diaria, salvo los domingos y quizá los sábados.

Empecé a luchar en aquellos puntos de vida cristiana con empeño renovado pero... comprobé que a medida que me acercaba más al Señor, surgía de nuevo, en el fondo del alma, la inquietud sobre una posible entrega a Dios en el Opus Dei. Entonces, quizá para contrapesar estas inquietudes espirituales, procuré divertirme sanamente durante las siguientes semanas, aunque quizá me pasé de la cuenta. Fui al cine muchos días con varios compañeros que iban por Ferraz, como Emilio Carnicero, José Jiménez Fernández, Pepe Busó o Paco Botella. Y gastamos más dinero del habitual, hasta el punto de que el padre de Paco le escribió una carta diciéndole que ese tal Pedro Casciaro amigo suyo, sería muy buena persona, como le había dicho; pero que desde que nos habíamos hecho tan amigos, gastaba como un descosido...

Paco Botella

Tengo que detenerme ahora en la figura de Paco Botella. Le había conocido años atrás en la Escuela, donde habíamos coincidido en clase a lo largo de un trimestre. Y, como sucede con frecuencia en el inicio de tantas amistades, no creo que al principio me mirara con demasiada simpatía, porque -tonterías de estudiantes- durante una clase de acuarela le dije que le estaba saliendo muy bien un dibujo del Moisés, cuando en realidad lo que estaba copiando era una Venus..., mordacidad que no le debió agradar excesivamente.

Cambié de actitud hacia él cuando un día lo vi comulgar en Misa en la parroquia de la Concepción, que estaba muy cerca de la pensión en la que yo vivía. Comprendí que aquel chico alto, delgado, simpático, de lenguaje vivo y concreto, de frente despejada y gafas con bastantes dioptrías, podría entender muy bien la labor apostólica que se llevaba a cabo en la Residencia.

Todo propiciaba nuestra amistad. Eramos de la misma edad; él era valenciano y yo, aunque había nacido en Murcia, tenía raíces alicantinas; estudiábamos las mismas dos carreras -Arquitectura y Exactas- y vivíamos en casas vecinas: Paco en una Residencia de universitarios en el nº 39 de la calle Castelló; y yo en el 35, dos portales más abajo.

El 11 de octubre Paco vino a verme a casa. Me dijo que sabía que yo hablaba con el Padre. Se había fijado que algunas tardes, al acabar las clases en Areneros a eso de las seis y media, un grupo de amigos, en vez de dirigirnos hacia los bulevares, bajábamos por la calle Mártires de Alcalá junto al Palacio de Liria. Había indagado a dónde íbamos y qué hacíamos, y Salvador Segura -otro compañero que también venía por Ferraz- se lo había contado todo. Yo le comenté que ya había pensado en invitarle a venir por la Residencia y le hablé de la labor apostólica que impulsaba el Padre. Me pidió que le concertase una cita y así lo hice: el Padre quedó con él dos días después, el día 13 a las cinco de la tarde. Comenzó a venir a los Círculos todos los sábados y nuestra amistad se fue haciendo cada vez mayor.

Fue un año de trabajo intenso. Tuvimos un horario de clases tan apretado durante aquel curso que no nos sobraba ni un minuto. Paco y yo íbamos siempre corriendo: de casa a

la Universidad, de la Universidad a la Escuela y de la Escuela a la Universidad. Ibamos juntos a todas partes, incluyendo la Residencia de Ferraz.

También fuimos juntos, con otros compañeros de la Escuela, a pasar tres días en Toledo. Antes de marchar me despedí del Padre, que me aconsejó que aprovechara esos días para hacer el mayor bien que pudiera a esos amigos. Me dijo también que procurara asistir a la Santa Misa.

Fueron tres días magníficos. Tomamos muchos apuntes de la ciudad, que me pareció espléndida, casi detenida en el tiempo, con sus edificios de color ocre arracimados en torno a la catedral y bordeada casi entera por el cauce del Tajo. Me entusiasmó la Catedral, el Alcázar, las sinagogas, los famosos "cigarrales"... y al acabar la excursión, Paco y yo decidimos quedarnos dos días más. Durante ese tiempo hablamos mucho del Padre y de la vocación al Opus Dei, mientras paseábamos por las calles empinadas y tortuosas de la ciudad o tomábamos un café en la plaza de Zocodover.

Las inquietudes de Paco volvieron a poner en primer plano las mías de semanas atrás. Paco se había planteado el problema vocacional desde hacía muchos años; de hecho, había venido a Madrid con la certidumbre interior de que Dios le haría ver allí su vocación. Mis inquietudes espirituales eran igual de vibrantes, pero mucho más recientes. En todo caso, los dos nos estábamos planteando, con toda su radicalidad, la posibilidad de entregarnos plenamente a Dios.

Un día de retiro

De vuelta a Madrid decidí acudir al retiro mensual que predicaba el Padre en la propia Residencia de Ferraz, para los que íbamos por allí. Paco también vino y recordaba en un escrito en el que dejó años más tarde constancia de sus recuerdos, algunos detalles con mucha precisión. El retiro tuvo lugar un domingo. "El Padre habló en el Oratorio - escribe- de un tema único, central, en todas las meditaciones y en las pláticas. El tema era la vocación". Nos habló del joven rico que rehusó la llamada del Señor y se marchó triste, y nos movió a la generosidad con Dios. Anota Paco que el amor de Dios que traslucían las palabras del Padre nos "arrastraba con fuerza sobrenatural". "Hablaban - sigue evocando- del sacrificio, de la Cruz del Señor, de mortificación". Y apunta un detalle final, muy significativo: "siempre acababa buscando en la Virgen el apoyo y la valentía que nos hacía falta".

También a mí la recia devoción mariana del Padre me había llamado profundamente la atención. Procuraba transmitirnos, con mil detalles, su gran amor a la Madre de Dios. Lo evidencia un texto que escribió años más tarde, en el que evocaba su devoción por una pequeña talla de la Virgen que tenía en la Residencia, sobre un escritorio, a la que llamaba "la Virgen de los besos": **No salía o entraba nunca -escribía el Padre- en la primera Residencia que tuvimos, sin ir a la habitación del Director, donde estaba aquella imagen, para besarla. Pienso que no lo hice nunca maquinalmente: era un beso humano, de hijo que tenía miedo... Pero he dicho tantas veces que no tengo miedo a nadie ni a nada, que no vamos a decir miedo. Era un beso de hijo que tenía preocupación por su excesiva juventud, y que iba a buscar en Nuestra Señora toda la ternura de su cariño. Toda la fortaleza que necesitaba, iba a buscarla en Dios a través de la Virgen.**

Al igual que para Paco, aquel día de retiro fue decisivo para mí. Ya en la primera meditación sobre el joven rico vi claro que no podía hacer lo del joven del Evangelio, apegarme a lo que tenía -o podría tener-, y marcharme triste. Y al acabar el retiro, busqué al Padre y le pedí que me dejara ser miembro del Opus Dei.

El Padre me aconsejó calma de nuevo. Me dijo que era preferible que esperara y que intensificara mientras tanto mi plan de vida espiritual. ¿Cuánto? Al principio me habló de un mes.

¡Un mes! Me pareció muchísimo. Le pedí que acortara el plazo: ¿No podían ser semanas? Cuatro, tres, dos... Fue un verdadero forcejeo.

-Padre -le expliqué-, desde que me he planteado la vocación ya no tengo tranquilidad para nada. No me puedo concentrar en el estudio... ¡Y tengo mucho que estudiar estos días!

Tanto insistí, que logré que me concediera un plazo más breve: nueve días. Me aconsejó que hiciera una novena antes de tomar una determinación.

¿Nueve días? Nueve días me parecían, en aquellos momentos, una eternidad. ¿No se podría acortar...?

Haz un triduo -concedió entonces- **encomendándote al Espíritu Santo, y obra en libertad, porque 'donde está el Espíritu del Señor allí hay libertad'**. Me habló mucho de libertad y me aconsejó que durante la comunión de esos tres días pidiera a Dios las gracias necesarias para tomar una determinación en libertad, porque **in libertate vocati estis**, me dijo, hemos sido llamados en libertad, como enseña la Escritura.

Comencé aquel triduo al Espíritu Santo el lunes 18 de noviembre. Al terminar, me había reafirmado en mi decisión de entregarme a Dios en el Opus Dei y decidí pedir formalmente la admisión en la Obra al Padre.

El Padre me había dicho con anterioridad que la petición de admisión al Opus Dei se hacía mediante una carta, escrita del propio puño y letra, dirigida a él. Naturalmente los que pedían la admisión le entregaban estas cartas directamente en mano; pero yo interpreté, no se por qué, que había que enviársela por correo y esperar respuesta; y así lo hice. Escribí la carta, la eché en un buzón de la plaza de la Cibeles, como decían los castizos, y calculé que le llegaría al Padre al día siguiente. De ese modo -pensé- cuando volviera a Ferraz para hablar con el Padre, cinco días después, ya habría recibido mi carta y habría tenido tiempo suficiente para meditar su respuesta.

Durante estos días de incertidumbre y espera, estuve hablando con Paco, que guardaba al cabo de los años un recuerdo muy preciso de lo sucedido. "Yendo por la Gran Vía Pedro y yo -escribió en uno de sus escritos-, bajo la lluvia torrencial, sin paraguas, íbamos hablando del Padre, de apostolado. Casi siempre salía este tema a relucir cuando salíamos de clase, cuando íbamos a ver exposiciones de arte, cuando salíamos por la noche al cine y volvíamos despacio, andando, hacia casa. Y ese día yo dije a Pedro que no podía aguantar más la presión de Dios (...), que tenía que decidirme. Pedro me dijo que él ya estaba casi decidido. Le pregunté a qué y saliendo a todo correr me dejó

plantado, pero tuvo tiempo de decirme: 'seguiré estudiando arquitectura'. Volví después a casa, mojándome, sin saber qué pensar".

Poco después, precisamente el día en que tenía previsto hablar con el Padre, estuve estudiando con Paco, antes de almorzar, en la Residencia donde vivía. Me parece recordar que estábamos preparando unas pruebas de Cosmografía. Paco hacía los cálculos junto a una pizarra y yo buscaba los logaritmos correspondientes. Pero no podía concentrarme; pensaba constantemente en mi vocación; se me iba el santo al cielo cada dos por tres y no hacía más que equivocarme: no conseguía situar con el dedo el renglón de las tablas. Total, que Paco acabó por enfadarse. Me disculpé diciéndole que estaba con la cabeza en otra parte, porque aquel día era el más decisivo de mi vida. Al oírme decir esto, se preocupó y empezó a preguntarme, una y otra vez, qué me sucedía.

"Fui pesado, esa es la verdad", recuerda Paco. "Y Pedro me dijo que se había decidido a seguir la llamada que el Señor le hacía para la Obra. Y que esa tarde iba a ver al Padre. ¿La Obra?, le dije. Me dijo brevísimamente, pero de un modo muy claro, lo que era la Obra: vivir la vida cristiana de manera auténtica, darse al Señor de modo absoluto, seguir en el mundo como hasta ahora, más metidos aún, pero llevando al Señor en cada momento en el corazón, y en el trabajo y en un apostolado que me explicó en qué consistía: como los primeros cristianos. El Padre era el Fundador. La Obra había nacido en 1928. (...) Ahora comprendía -concluye Paco- lo que el Padre hacía en aquellos pocos metros cuadrados de la Residencia de Ferraz. Comprendí que eran los comienzos de una obra universal".

Una vez que le expliqué la Obra, le pregunté a Paco qué le parecía mi decisión. Ahora me doy cuenta de que como tenía mucha más formación religiosa que yo, su respuesta hubiera podido influirme mucho en un sentido o en otro. Pero Paco no me comentó nada; se limitó a escucharme con gran interés y me hizo algunas preguntas. Yo seguía diciéndole:

-¿Pero tú que opinas, Paco? Dímelo claramente.

Se aferró a su mutismo. Aquello me extrañó. Y cuando nos despedimos se quedó muy pensativo.

Después de comer coincidimos de nuevo en la clase de prácticas de Matemáticas. Nos fuimos antes de que la clase acabara y seguimos hablando de mi vocación a lo largo de los bulevares, en dirección a Ferraz. Fue entonces cuando Paco me dijo que también deseaba pedir la admisión en la Obra. -¿Tú también...? Aquello me produjo una gran sorpresa y una gran alegría. Pero primero había que hablar con el Padre. Paco quería que se lo dijera yo, y cuando llegamos al nº 50 de Ferraz no hacía más que insistirme:

-Dile al Padre que yo quiero ser de la Obra. Díselo. Díselo, Pedro.

Aquella noche le llamé por teléfono, feliz, para comunicarle que el Padre le esperaba tres días después, a las seis de la tarde. Y en efecto, a los tres días habló con el Padre, que le dejó pedir inmediatamente la admisión en el Opus Dei.

Esta rapidez me sorprendió bastante. Luego comprendí que estaba muy justificada, teniendo en cuenta la profunda formación religiosa de Paco y su antiguo deseo de

entrega. Y así, gracias a ese conjunto de circunstancias, y de aparentes "casualidades", acabamos pidiendo los dos prácticamente al mismo tiempo la admisión en el Opus Dei.

Antes de irnos a pasar las vacaciones de Navidad con nuestras familias, Paco y yo planteamos al Padre la posibilidad de irnos a vivir a Ferraz a la vuelta de las vacaciones. Al Padre le pareció bien, pero primero teníamos que solucionar diversos asuntos: Paco dependía de un primo suyo que vivía con él en la misma Residencia y yo tenía que conseguir el permiso de mis padres para resolver la cuestión económica. El Padre nos dijo que rezaría para que se resolvieran aquellas dificultades.

Durante esas Navidades, Paco recibió un encargo apostólico: el Padre le dijo que comunicara al Obispo Auxiliar de Valencia, Mons. Javier Lauzurica, sus deseos de comenzar pronto el trabajo apostólico en aquella ciudad.

Concluyeron las fiestas navideñas, se resolvieron las dificultades familiares y a comienzos de 1936 me fui a vivir a la Residencia. Paco se fue a vivir también, y se alojó en el piso del nº 48 de la misma calle Ferraz, donde se había puesto parte de la Academia.

Empezábamos una nueva vida. Como nos decía el Padre, era el comienzo de una aventura maravillosa.

V. PRIMEROS PASOS

Los primeros

¿Qué era el Opus Dei en aquel enero de 1936? En la actualidad la Obra se encuentra extendida por los cinco continentes y hay miles y miles de personas -solteros, casados, sacerdotes- que han seguido la llamada del Señor y luchan por santificarse en su propio trabajo, en medio del mundo. Las labores apostólicas que han surgido como fruto de ese espíritu que Dios confió al Padre y del apostolado personal de los miembros del Opus Dei, se cuentan por millares. Pero entonces éramos pocos, muy pocos, en torno al Padre: sólo un puñado de hombres jóvenes con la carrera sin terminar y algún que otro recién licenciado. Y la labor con mujeres, que había comenzado en 1930, estaba dando también sus primeros pasos.

¿Quiénes éramos? Recuerdo, entre otros, a Alvaro del Portillo -actual Obispo Prelado del Opus Dei-, que era entonces un joven estudiante de ingeniería de Caminos de veintidós años. El director de la Residencia era Ricardo Fernández Vallespín, arquitecto, que tenía veinticinco años. Estaban también Juan Jiménez Vargas, un estudiante de Medicina, activo, decidido, parco en palabras, que tenía veintidós; y José María Hernández de Garnica, estudiante de ingeniería, al que llamábamos familiarmente Chiqui, que tenía veintuno, casi mi misma edad. José María González Barredo, químico, era un poco mayor: tenía veintinueve años y estaba haciendo la tesis doctoral; y algunos -pocos- más. También oí hablar durante aquel tiempo de otro miembro del Opus Dei, Isidoro Zorzano, un joven ingeniero de la misma edad que el Padre, que había sido compañero suyo de estudios durante el Bachillerato y que se encontraba en Málaga, donde trabajaba en la Compañía de Ferrocarriles Andaluces.

El Padre era joven también: tenía entonces treinta y tres años y no solía referirse a sí mismo como "el Fundador". Sin embargo, aunque no le gustaba entonces usar esa expresión, estaba claro a los ojos de todos que era la persona elegida por Dios para hacer la Obra. Tan claro como que éramos aún muy pocos para los millares y millares de hombres y mujeres que Dios quería llamar al Opus Dei. Sin embargo, aunque éramos tan pocos, no formábamos un círculo cerrado. El Padre nos impulsaba constantemente a **abrirnos en abanico**, sin aislarnos de nuestros amigos y compañeros de estudio.

Un día, a comienzos de 1936, pregunté al Padre cuántos éramos en total y en consecuencia, qué lugar ocupaba yo. El Padre, al advertir la falta de humildad que suponía aquella pregunta, me dio una respuesta que, más que desconcertarme, me impresionó. Vino a decirme lo siguiente:

-Yo me he encontrado, he conocido íntimamente y he dirigido a muchas almas de enfermos graves e incurables en mis andanzas por los hospitales de Madrid. Algunos -hombres y mujeres- han entendido perfectamente lo que se propone la Obra de Dios. Unos han ofrecido sus dolores y su muerte para que salga adelante; otros, no sólo han ofrecido esos sufrimientos, sino que han querido ofrecerse ellos mismos al Señor, ese poco de vida terrena que aún les quedaba: y yo los he recibido en la Obra... Recuerdo un hombre joven que tenía buena salud y no sólo buena salud, sino buena posición social y económica. Se llamaba Luis Gordon. Pero el Señor se lo llevó inesperadamente.

No recuerdo sus palabras textuales: pero esto fue, sustancialmente lo que me dijo. Me siguió hablando de Luis Gordon, un joven ingeniero industrial que había fallecido el 5 de noviembre de 1932. **Quizá el Señor quiso llevárselo -me comentó- para que la Obra naciera en una pobreza real, sin medios económicos propios, que nunca los tendrá. El había ya heredado una buena fortuna, que quiso dejar a la Obra, pero yo -siguiendo un impulso interior- lo disuadí.**

Años más tarde he pensado que si el Padre no se hubiera opuesto a que la Obra recibiera aquella herencia, no hubiéramos padecido los apuros económicos que pasamos en Ferraz, ni los que vinieron después. Pero tampoco hubiéramos conocido aquella extrema pobreza que fue para nosotros una escuela rica de virtudes.

En dos ocasiones acompañamos Paco y yo al Padre a hacer una visita al antiguo cementerio de Chamartín de la Rosa, que ya no existe. Recuerdo que fuimos en tranvía. Allí estaban enterradas algunas de esas primeras personas del Opus Dei de las que me había hablado anteriormente. Rezamos primero un responso ante la tumba de José María Somoano, un joven sacerdote que había fallecido el 16 de julio de 1932, en la fiesta de la Virgen del Carmen, cuando trabajaba como capellán del Hospital del Rey. Había colaborado estrechamente con el Padre en los comienzos de la Obra. El Padre nos comentó que se creía que había sido envenenado por el hecho de ser sacerdote.

Luego fuimos a rezar a la tumba de María Ignacia García Escobar, una de las primeras mujeres del Opus Dei, que había fallecido tres años antes, el 13 de septiembre de 1933. Estaba gravemente enferma de tuberculosis en el Hospital del Rey cuando pidió la admisión en la Obra, el 9 de abril de 1932. Murió ofreciendo todos sus dolores por la Obra. Pero todo esto lo he sabido después con más detalle: entonces sólo nos dijo el Padre que María había sido muy buena y muy fiel a la Obra. La tumba estaba en el suelo; tenía una sencilla cruz de hierro y una pequeña verja delimitando el lugar.

Calor de hogar

Aquellos meses de enero a junio de 1936 fueron particularmente intensos en todos los aspectos. Yo "estrenaba" mi vocación y experimentaba la alegría de residir por vez primera en un Centro del Opus Dei y de vivir el plan de vida espiritual propio de un miembro de la Obra. Al acometer las dos carreras, Exactas y de Arquitectura, se habían multiplicado las clases a las que debía asistir -incluidas las tres horas de acuarela bajo la dirección de Antonio Flores Urdapilleta- y no salía de la Escuela antes de las seis o seis y media de la tarde; y a esa hora me esperaban todavía muchas ocupaciones y muchas horas de estudio.

En medio de este panorama de intenso trabajo había unos momentos en la semana especialmente entrañables, en los que experimentaba con especial intensidad el cariño del Padre y el calor de familia propio del Opus Dei. Esos momentos tenían lugar los domingos por la tarde, cuando solíamos quedarnos a solas Paco y yo con el Padre. Nos sentábamos alrededor de su mesa de trabajo y nos hablaba del Opus Dei. Mientras tanto iban llegando otros miembros de la Obra y se formaba una tertulia.

Con frecuencia era Alvaro del Portillo el primero que llegaba. Me parece que estoy viendo todavía aquella habitación: tenía una mesa escritorio, una estantería con algunos volúmenes, un armario para guardar libros, una cama turca, un par de sillones de estilo

español y una o dos sillas del mismo estilo. En ese despacho solía trabajar el Padre. Ricardo lo utilizaba, a ratos, como dirección de la Residencia. En la parte baja de aquel armario guardaba el Padre algunos cuadernos manuscritos en los que había reflejado el espíritu y el régimen de la Obra.

¿De qué nos hablaba el Padre? Me resulta difícil sintetizarlo en pocas líneas: mostraba ante nuestros ojos, con su lenguaje vibrante, toda la riqueza de la vida cristiana de un hijo de Dios en su Opus Dei. Si tuviera que resumirlo, lo diría con estas palabras suyas, que nos repetía con insistencia: **Santidad personal, santidad personal.**

No tengo otra receta -nos decía-. Estamos aquí para hacernos santos. Nuestra vocación exige la santidad. Nos recordaba que Dios esperaba de nosotros una santidad heroica: es una exigencia de la llamada que hemos recibido. Hemos de ser santos de veras, auténticos; y si no, hemos fracasado. El que no esté decidido a ser santo, que se marche.

Nos hacía partícipes de sus ilusiones y proyectos, y del desarrollo de las labores apostólicas. Nos rogaba, por ejemplo, que pidiéramos a San Nicolás, santo intercesor de la Obra para las cuestiones económicas, por esta intención: estaba en vías de adquirirse una casa en la misma calle de Ferraz, a donde podría trasladarse la Residencia y era necesario encontrar los medios para pagarla.

Estas tertulias de los domingos por la tarde eran muy sobrenaturales, muy vibrantes, y al mismo tiempo muy amenas y divertidas. El Padre nos hablaba de la futura expansión apostólica y de los planes inmediatos: deseaba comenzar el curso académico siguiente en Valencia; al otro, en París; y luego, ¡el mundo!

Recuerdo que durante algunas de esas tertulias, que tenían lugar en torno a la merienda, yo introduje una costumbre inglesa que me venía de familia: tomar el té. Y como la etiqueta británica exige tomar, junto con el té, algunas pastas, se nos ocurrió la solución de tostar los mendrugos de pan que sobran de la comida y transformarlos en una miga de pan almibarada: ¡ya teníamos "pastas"! Como se ve, nos faltaba dinero, pero nos sobraba ingenio y buen humor.

Aquel entrañable "cuarto de meriendas", con aquella lámpara que iluminaba el escritorio y dejaba en leve penumbra el resto de la habitación, tenía otros usos, aparte de servir de dirección a Ricardo. Allí atendía espiritualmente el Padre a los que venían a verle. Recuerdo un detalle pequeño, pero muy significativo: cuando estaba solo dejaba siempre la puerta abierta, para que todo el que quisiera pudiese acercarse con facilidad para charlar con él.

En aquel tiempo los de la Obra nos confesábamos habitualmente con otros sacerdotes. De ese modo el Padre podía decirnos las cosas con entera libertad. Prácticamente todo el peso de la labor apostólica recaía sobre sus hombros: daba todos los Círculos, que eran muchos, y venían muchísimos universitarios para dirigirse con él. También acudían para recibir su dirección espiritual algunos de más edad, como José María Albareda, entonces catedrático de Instituto; Angel Santos, profesor auxiliar de Bioquímica en la Facultad de Farmacia; Eugenio Sellés, profesor del Instituto Nacional de Toxicología; Luis Vegas hijo, Catedrático de Resistencia de Materiales en la Escuela de Arquitectura; Francisco Navarro Borrás, Catedrático de Mecánica Racional en Arquitectura y

Ciencias Exactas; Juan Manzano, entonces profesor ayudante, y muchos otros profesionales de diverso tipo.

Algunos sacerdotes amigos

También venían a visitarle de vez en cuando algunos sacerdotes. Recuerdo entre otros a don Lino Veja-Murguía, un sacerdote madrileño, alto, fuerte y joven, casi de la misma edad que el Padre; y don Blas Romero Cano, un sacerdote manchego de cincuenta y pocos años que, si no me falla la memoria, estaba adscrito a la parroquia de Santa Bárbara. Don Blas nos daba clase de canto gregoriano, porque el Padre deseaba que cuidásemos con el mayor esmero posible todo lo relacionado con el Señor, y muy en concreto, los actos litúrgicos.

Nunca podré olvidar aquellas clases de canto a primera hora de la tarde con don Blas. Venía los sábados, antes de que la Residencia comenzara a llenarse de estudiantes. Antes de llegar le habíamos preparado el bonete y una buena dosis de bicarbonato, dos elementos mucho más importantes para el canto de lo que pueda parecer a simple vista: sin bonete no había clase, porque don Blas decía que se constipaba; y sin bicarbonato, no podía cantar; nos lo pedía con frecuencia, se lo dábamos y entre canto y canto se lo iba echando primero en la mano y luego con fuerza a la garganta, mientras seguía dirigiendo el coro con gran vigor, invocando el canto del Salmo número 2:

Quare fremuerunt gentes...

Quare fremuerunt gentes...

Realmente don Blas ponía la mejor voluntad del mundo en conjuntar y armonizar nuestras voces; pero a pesar de sus esfuerzos -y de los nuestros-, rara vez se conseguía el resultado apetecido y llegábamos al final de la clase repitiendo por enésima vez:

Quare fremuerunt gentes...

Quare fremuerunt gentes...

En la Residencia había otra habitación que servía para varias funciones. Una de ellas era la de comedor de invitados. Tenía una mesa redonda, familiar, una pequeña biblioteca, un violín puramente decorativo y un piano que había regalado don Alejandro Guzmán, un anciano señor de barba cerrada y porte señorial, que llevaba una capa al estilo de la vieja usanza española y visitaba con frecuencia al Padre. En la pared de la habitación destacaba una pequeña imagen de la Virgen y una cartela con las palabras del Evangelio exhortando a la caridad fraterna: Mandatum novum do vobis...

En aquel lugar solía invitar el Padre a comer todos los miércoles a un sacerdote diocesano de unos cincuenta y tantos años. Había muchos detalles de esa invitación que me sorprendían: el Padre, que sólo usaba los tranvías y el metro, solía ir a recogerlo a su casa en taxi, cosa totalmente excepcional. Siempre que venía procuraba que la comida fuera mejor que la habitual y que se le ofreciera algún extraordinario: un dulce, una taza de café... Servía la comida un "botones" mientras que algunos de la Obra la preparábamos en el office, enfundados en una bata blanca. Al acabar, nos quitábamos la bata y agasajábamos al invitado.

Algunas veces acompañé al Padre en estos almuerzos y me conmovió la delicadeza con que trataba a este sacerdote: por ejemplo, antes de que viniera, me sugería temas que pudieran distraerle, para hacerle pasar un buen rato. Esto no era fácil, porque aquel invitado no me resultaba demasiado simpático: hablando en plata, me parecía muy pesado, y cuando tomaba el hilo de la conversación, contaba unas cosas tan insulsas, y con tal aire de suficiencia, que me parecía insoportable. Después tenía lugar una pequeña sobremesa -que aunque no era larga, a mí se me hacía interminable- y al acabar, como el Padre tenía que atender a los que venían a verle, nos pedía que alguno fuera a acompañarle, también en taxi, hasta su casa.

Como aquellas invitaciones seguían repitiéndose invariablemente todos los miércoles, me extrañé; pensé, además, que suponían un notable sacrificio para el Padre, no sólo de paciencia y de tiempo, sino también económico, porque no teníamos dinero para aquellos pequeños extraordinarios y menos para taxis. Por eso, me atreví a sugerir al Padre que suprimiera esas atenciones o, al menos, que las fuera espaciando. Entonces me comentó que ese buen sacerdote estaba delicado de salud; que tenía muy pocas amistades, y había que tener comprensión con los sacerdotes que se encuentran solos.

No entendí plenamente el alcance de esta respuesta hasta años después, cuando me comentó el Padre que había que enseñar a los que venían a la Obra a vivir la presencia de Dios, dándoles cada día una luz nueva. El jueves, a través de la piedad eucarística; el viernes, mediante la consideración de la Pasión de Nuestro Señor; el sábado podía dedicarse al trato con la Santísima Virgen. Y añadió que era bueno hacer cada día alguna mortificación en este sentido. **Por ejemplo, los miércoles -me explicó-, para honrar a San José, es bueno extremar la caridad y la paciencia con alguien que nos haya hecho sufrir o que nos resulte especialmente pesado.**

Fue entonces cuando comprendí al fin por qué el Padre se prodigaba tanto con aquel sacerdote, del que supe luego que, tiempo atrás, le había hecho sufrir mucho.

La pobreza del Opus Dei

Pasábamos, como he dicho, serios apuros desde el punto de vista económico. Por eso, he de reconocer que cuando, con el paso de los años, han llegado a mis oídos comentarios poniendo en duda el espíritu de pobreza del Opus Dei, he tenido que hacer un esfuerzo no pequeño para reaccionar con mansedumbre y paciencia; y es que ¡son tantos los recuerdos relacionados con la pobreza que vienen a mi memoria! ¡Fueron tantas las privaciones que tuvo que soportar el Padre desde los comienzos para sacar adelante la Obra de Dios!

No era una pobreza escandalosa: nos enseñó siempre a vivir una **pobreza vergonzante**, como la solía llamar; una pobreza que procura pasar inadvertida ante los demás. Esa pobreza se adivinaba en su persona y en todo lo que usaba. Por ejemplo: aunque desde que le conocí me dio una grata impresión de corrección, de limpieza e incluso de distinción, a medida que fue pasando el tiempo observé que llevaba siempre la misma sotana, pero, eso sí, muy cuidada y limpia.

Descubrí también que un movimiento que solía hacer con frecuencia -acercar al oído el reloj de bolsillo- no era un simple gesto de costumbre, como yo creía, sino una manifestación más de su pobreza: aquel viejo reloj se le paraba un día sí y otro también

y no tenía dinero para hacerlo reparar. Luego supe que llamaba a su Angel Custodio "mi Relojero", porque le encomendaba que aquel dichoso reloj no le pusiera en un aprieto, parándose precisamente a la hora en que debía cumplir sus deberes sacerdotales.

Me di cuenta también de que, cuando celebraba la Santa Misa con aquella amplia casulla gótica que usaba, se arrodillaba de tal modo que el pie derecho le quedaba siempre oculto bajo de la sotana y el alba; y que cuando se postraba en la grada del altar para recitar las preces finales de la Misa, procuraba que el alba le cubriera las suelas de los zapatos. Más tarde descubrí la causa: esos zapatos, por muy limpios que estuvieran, necesitaban urgentemente un par de suelas o, mejor, su sustitución por otros nuevos. No era de extrañar aquel desgaste del calzado, fruto de las largas caminatas que hacía -sin utilizar apenas los tranvías-, desde un extremo a otro de Madrid: desde la calle de Santa Isabel a la de Ferraz; desde el barrio de Salamanca al de Vallecas.

En aquellos primeros meses de vida en la Residencia fui descubriendo muchas cosas de este tipo. Por ejemplo: la comida que se servía era sana y se procuraba que fuera variada y abundante. Sin embargo, en el office, se aprovechaba todo, como aquellos mendrugos convertidos en "pastas para el té", que con frecuencia era lo único que tomábamos para merendar. Estoy seguro de que constituían habitualmente la única merienda-cena del Padre.

En la Residencia había dos chicos que trabajaban como "botones" -a final del curso, tres- y atendían el comedor y la limpieza de la casa; de la cocina se ocupaba una señora mayor, que venía sólo algunas horas al día. De todo lo referente al lavado y planchado de la ropa se encargaban unas buenas religiosas, las Esclavas del Amor Misericordioso, que vivían en el nº 17 de la misma calle Ferraz. Aquella Congregación, fundada por la Madre Esperanza, hoy en proceso de Canonización, pasaba en aquellos momentos por la llamada "incomprensión de los buenos". Yo estuve alguna vez en su convento, acompañando al Padre, que iba allí muy de cuando en cuando a visitar a la Madre Esperanza. Saqué la impresión de que iba a dar ánimos a aquella alma. Me comentó que era una religiosa muy santa y que el Señor estaba permitiendo que pasara por pruebas muy duras.

La Cruz puede ser pesada -recuerda una de aquellas religiosas que decía el Padre a la Fundadora- **pero adelante, el Señor la llevó. Retroceder no es de santos; de santos es llegar al final: adelante. Un día sin Cruz es un día sin Dios.**

La naturalidad de lo sobrenatural

No había nada en la conducta del Padre raro o extraño; todo lo contrario: como recuerda Paco, el Padre rezumaba naturalidad por los cuatro costados. Tenía la "naturalidad de lo sobrenatural" característica de los hombres de Dios. Los que le rodeábamos procurábamos respetar su pudor para que, cuando se producía algo de carácter sobrenatural, se trasluciera externamente lo menos posible. Además el Padre nos recordaba con frecuencia que nuestra santidad se encontraba en lo ordinario y que no necesitábamos hechos singulares para fortalecer nuestra fe en el carácter sobrenatural de la Obra.

Sin embargo, Dios quería que de vez en cuando lo sobrenatural se hiciera presente en su vida. Algunos años antes, un día, en mitad de la calle y a plena luz, un desconocido hizo

ademán de golpearle y otro desconocido -tan misterioso como el primero-, le defendió eficazmente; y al acabar de librarle de aquel peligro, se inclinó hacia él y le repitió dos palabras: "burrito, burrito".

En aquel tiempo, salvo su director espiritual, nadie sabía que el Padre se autodenominaba, en sus Apuntes íntimos, con ese apelativo: "burrito". "Burrito sarnoso", añadía, en su humildad.

¿Lo entiendes ahora?

Pero volvamos a la vida cotidiana. Paco y yo teníamos muchas clases, como he dicho, y ni un minuto que perder. Solíamos salir todos los días de la Residencia a primera hora de la mañana, deprisa y corriendo, para llegar a San Bernardo a la clase de ocho que daba Navarro Borrás. Nos pasábamos toda la mañana entre la Universidad y la Escuela, hasta las dos de la tarde.

Sin embargo un día -no recuerdo por qué- nos quedamos en casa, y descubrimos algo que nos llenó de asombro: el Padre iba haciendo una a una las camas de los residentes; barría el suelo de las habitaciones, limpiaba los cuartos de baño y lo iba dejando todo ordenado. Comprendimos que con lo que hacían los "botones" -chicos jóvenes y sin experiencia- no era suficiente y que el Padre venía haciendo aquello desde mucho tiempo atrás, sin que nos hubiésemos dado cuenta.

Naturalmente, nos pusimos enseguida a ayudarlo. No era tarea fácil: eran veintitantas camas y unas doce habitaciones. Sin embargo, a pesar de nuestros buenos deseos, no pudimos ayudarlo todos los días: no podíamos faltar a las clases de Descriptiva, Mecánica y Proyectos de la Escuela de Arquitectura; y por la tarde, de 3.15 a 6.30, era muy arriesgado saltarse la clase de Dibujo. Y en la Facultad de Ciencias Matemáticas los horarios era aún más exigentes. Por eso, decidimos turnarnos en la asistencia a clase, para que uno u otro pudiera tomar apuntes. De ese modo podíamos ayudar al Padre algunas mañanas en estas tareas.

Las faenas domésticas no terminaban ahí: proseguían por la noche, cuando ya se había marchado la cocinera. Entonces nos metíamos en la cocina para limpiar y secar los cubiertos. "El Padre entraba allí -recuerda Paco- y se ponía una bata blanca que tenía preparada. Pedro y yo, también con nuestra bata, hacíamos con el Padre la labor que nos correspondía. Esto, día tras día, pegados al Padre que nos llenaba de alegría. A la hora prevista estaba todo en regla".

Lo último que hacíamos por la noche en la cocina era dejar preparado el desayuno para el día siguiente. Utilizábamos leche en polvo Nestlé. De este menester nos ocupábamos Paco y yo, en semanas alternas. Yo pesaba cerca de ochenta kilos y Paco estaba delgadísimo, como lo estuvo siempre. El Padre bromeaba y mientras nos acompañaba en estas tareas, aludía a "las vacas gordas y las vacas flacas". Lo recuerdo en la cocina junto con Ricardo, lavando platos, sacando brillo a las manzanas con un paño, y haciendo otros servicios humildes.

Naturalmente, los residentes que no eran del Opus Dei no se imaginaban, ni por asomo, quiénes se ocupaban de esos trabajos. Y aunque los de la Obra procurábamos que el Padre realizara esas tareas las menos veces posibles, con frecuencia nuestros horarios de

clases no colaboraban con nuestra solicitud. Aprendimos entonces, gracias a su ejemplo, que no hay trabajo, hecho por amor al Señor, por muy humilde que parezca, que no sea digno de un hijo de Dios y que no pueda hacerle feliz.

Estos trabajos domésticos dieron lugar a un curioso suceso. En una ocasión vino a comer a la Residencia don Francisco Navarro Borrás, un prestigioso profesor de Mecánica Racional en Arquitectura y en Ciencias. Paco y yo éramos discípulos suyos en ambos centros de enseñanza. La comida fue en el "cuarto del piano" y le acompañaban el Padre y Ricardo, en su calidad de director de la Residencia. A la hora del café nos llamó el Padre para que estuviéramos también Paco y yo.

Entonces, durante la conversación de la sobremesa, contestando a una pregunta de Navarro Borrás, el Padre comenzó a explicarle cómo se vivía la pobreza real en el Opus Dei. Sin embargo nuestro profesor no parecía demasiado dispuesto a entender lo que se le decía.

Como la situación se fue volviendo un tanto delicada, Paco y yo decidimos dejarlos solos: nos excusamos y nos fuimos discretamente a trabajar a la cocina. Sin embargo, poco después, mientras estábamos lavando la vajilla y las tazas de café, se presentaron de improviso el Padre y nuestro profesor, que al vernos afanados en aquellas tareas -tan lejanas de la Cinemática que nos explicaba en la Universidad- se quedó muy impresionado. Entonces el Padre -que le trataba con gran confianza- le dijo:

-¿Lo entiendes ahora, Paco?

Sin embargo, de todo esto no hay que concluir que aquella Residencia fuese un internado pobretón de estudiantes; era un hogar acogedor y digno, donde todos se encontraban en su casa. El Padre nos enseñó a conjugar la dignidad con la pobreza: una pobreza alegre que procura siempre pasar inadvertida.

Los primeros cooperadores del Opus Dei

Como he dicho, muchos miembros del Opus Dei éramos estudiantes y eran poquísimas las personas que en aquel momento podían ayudar con el fruto de su trabajo al Padre en sus iniciativas apostólicas. Le ayudaban algunos amigos y conocidos suyos: pero los donativos de esos primeros cooperadores de la Obra debían ser pocos y de poca monta.

Ya he citado a don Alejandro Guzmán. Otra de las personas que le ayudaban era doña Concepción Ruiz de Guardia. El Padre nos comentó que era una mujer muy generosa. Yo la conocí: se veía que tenía una gran estima y veneración por nuestro Fundador. Paco y yo acompañamos al Padre con motivo de alguna visita esporádica a esta señora, siempre con algún fin apostólico concreto. Recuerdo que en una ocasión entronizó en su casa el Sagrado Corazón: el Padre rezó las oraciones con sencillez y fervor, sin prisas, poniendo amor en los detalles y siguió cuidadosamente cada una de las partes de la ceremonia, "como si estuviéramos -apunta Paco- en una catedral llena de gente".

También le ayudaba generosamente la Condesa de Humanes, Doña María Francisca Messía y Aranda. Era una anciana señora soltera, completamente ciega desde hacía muchos años, que vivía en una casa antigua, atendida por su ama de llaves, tía de un

amigo mío, y el servicio. La casa disponía de un oratorio privado donde iba algunas veces el Padre para celebrar la Santa Misa y renovar el Santísimo.

El Padre me pidió que le acompañara en alguna de esas visitas porque sabía que me gustaban mucho las antigüedades y en la casa de esta señora había muchos cuadros y objetos que testimoniaban el rancio abolengo de su familia: ella misma había sido muy amiga de la Infanta Isabel, conocida en Madrid popularmente como "la Chata". En ocasiones, tras la acción de gracias de la Misa, pasábamos al comedor a desayunar. Aún recuerdo agradecido el jamón de York con "cabello de ángel" con que nos obsequiaba doña María antes del consabido café con leche y bizcochos. Después nos iba enseñando las habitaciones nobles de la casa señalando y comentando, con gran precisión, cada cuadro y cada objeto de arte: "¿Ven este retrato?, es de un antepasado mío, pintado por Vicente López...". Y así sucesivamente, sin equivocarse, nunca a pesar de su ceguera.

En el arranque del pasamanos de la escalera había una estatua metálica de color oscuro. Yo sospechaba que era de calamina, una aleación de zinc imitando bronce, y un día se lo comenté. La condesa confirmó mi sospecha y comenzó a hablar de la estatua como si fuese un viejo conocido de la familia:

-¡Ah! ¿Se refiere Vd. al señor de calamina?

Esta pequeña anécdota dio pie a que más adelante el Padre bromeara conmigo. De vez en cuando me decía:

-¿Te acuerdas, Perico, del señor de calamina?

Sin embargo, a pesar de la buena voluntad y del afecto hacia nuestro Fundador por parte de aquellos primeros bienhechores, su colaboración no constituía una ayuda continuada ni suficiente para la labor apostólica, y la Residencia arrastraba un fuerte déficit. ¿Cómo se sostenía? Un día se lo pregunté abiertamente al Padre. Con bastante pudor me dijo que, de hecho, tenía que recurrir continuamente a su madre, doña Dolores, cuyo pequeño patrimonio nos estábamos gastando.

Doña Dolores

Yo no conocía todavía a la madre de nuestro Fundador, y mi primer encuentro con ella tuvo lugar en medio de unas circunstancias bastante dolorosas. Doña Dolores, a la que desde aquellos años todos los miembros del Opus Dei la hemos llamado -por cariño, por respeto y por gratitud- "la Abuela", vivía en el Patronato de Santa Isabel, de donde el Padre era Rector. Este Patronato era una antigua fundación de los Austrias, que comprendía una iglesia pública, un convento de agustinas recoletas, la casa de los capellanes, el Colegio de la Asunción y la casa del Rector, donde vivía el Padre con su madre y sus hermanos Carmen y Santiago.

Los alrededores del Patronato se habían vuelto peligrosos: la casa estaba situada en la calle Santa Isabel, muy cerca de la Facultad de Medicina de San Carlos, donde se producían frecuentes manifestaciones de estudiantes, y de la estación de tren del Mediodía -la estación de Atocha-, donde había numerosos talleres de obreros. Era una de las zonas de Madrid más afectadas por las revueltas callejeras, que habían ido in

crecendo tras la victoria del Frente Popular, que convirtió a Manuel Azaña, el 5 de febrero de 1936, en presidente de un Gobierno de republicanos de izquierda.

La Residencia de Ferraz se encontraba en el otro extremo de la ciudad, a las puertas de la Ciudad Universitaria, todavía en construcción. Eso significaba que el Padre tenía que hacer diariamente unas largas caminatas de un sitio a otro, a pie o en tranvía, aparte de los desplazamientos por toda la ciudad que le exigía el apostolado de la Obra.

Es fácil imaginar las preocupaciones y temores de doña Dolores por su hijo en medio de aquel clima rabiosamente anticlerical. Sufriría también por sus otros dos hijos: Carmen era una mujer joven todavía y Santiago estaba a punto de cumplir dieciocho años. A juzgar por las veces que vi al Padre quedarse a dormir en la Residencia o salir muy de noche para el Patronato, después de predicar, dar Círculos o atender numerosas confesiones, y teniendo en cuenta la lentitud de aquellos escasos y viejos medios de transporte, es de suponer a qué hora llegaría a Santa Isabel y las largas horas de espera que pasaría doña Dolores con el alma en vilo, rezando y pensando en su hijo.

No eran temores vanos: pienso que bastará con recordar algunos datos históricos para comprender lo justificado de aquella zozobra. Con el triunfo del Frente Popular habían llegado al poder los partidos más violentos y exaltados, y en los meses sucesivos fueron teniendo lugar una serie de huelgas salvajes, incendios y alteraciones del orden público, donde la Iglesia se convirtió en el objetivo fundamental. Se incrementó la prensa anticlerical; se incendiaron varios centenares de iglesias; muchos centros católicos y comunidades religiosas pasaron a manos civiles por la fuerza; se prohibió el culto o se limitó en muchos lugares, y se multiplicaron los robos sacrílegos, los desmanes y los atentados antirreligiosos. Se fue creando un clima de terror, que hacía peligroso, para un sacerdote, el puro hecho de ir con sotana por la calle. El Padre, sin embargo, siguió usando el traje talar en todo momento, dando un gran ejemplo de valentía.

Sin embargo el Padre debió comprender que, en vista del cariz que iban tomando los acontecimientos, no era prudente retener en la casa rectoral de Santa Isabel a su madre y a sus hermanos, y decidió instalarlos en un piso alquilado en la calle de Rey Francisco, muy cerca de la Residencia de Ferraz. Y un día, quizá a causa de cierta habilidad mía para traslados de muebles, el Padre me preguntó si mis clases me permitirían echar una mano en el traslado de la casa de su madre.

Fuí al Patronato un sábado, acompañado -cómo no- de Paco. Me presentaron a la Abuela. Aunque frisaba los sesenta años de edad y tenía el pelo prematuramente blanco, su rostro conservaba un aspecto terso y juvenil. Irradiaba dignidad, serenidad, dulzura y al mismo tiempo, un gran sufrimiento interior: me pareció que tenía los ojos llorosos.

Paco explica en sus recuerdos la causa de esas lágrimas: "era que el Padre quería que se quedase una cama allí. Y la Abuela pensaba que su hijo Josemaría no quería abandonar en momentos de peligro a aquellas monjas de las que era Capellán".

Sentí una gran timidez inicial al conocer a la Abuela; esa timidez que tantas veces he experimentado al hablar con personas también tímidas y educadas. No sabía cómo tratarla. Opté por llamarla "señora". Realmente era muy señora en todas sus expresiones y ademanes, y en aquel modo suyo de hablar, dulce, en voz muy baja.

Desde aquel primer día en que Paco y yo estuvimos ayudándola a trasladarse de casa, tuvimos ocasión de tratarla mucho. A partir de entonces se referiría siempre a nosotros dos nombrándonos juntos: "Paco y Pedro" o "Pedro y Paco". Los demás, a los que tanto quiso, tenían sus nombres propios: Alvaro, Ricardo, Isidoro, Juan... Nosotros, en cambio, fuimos siempre para ella un binomio inseparable: Paco y Pedro.

La situación de las monjas de Santa Isabel se había vuelto insostenible. Poco tiempo atrás, un día, a las diez de la noche, se había congregado un gran gentío frente al convento. Algunos de entre aquella chusma callejera intentaron quemar los portones con gasolina, hasta que vinieron unos guardias y los disuadieron. Eso hizo que poco después, a partir del 17 de mayo, algunas monjas de clausura se vieran obligadas a trasladarse a una casa particular en la Plaza del Angel, donde vivían sin hábitos a causa de las circunstancias; otras se alojaron con sus familias.

Algunas veces en las que el Padre fue a visitarlas a sus nuevos domicilios le acompañamos Paco o yo. En alguna ocasión fuimos los dos. Vimos cómo el Padre las confortaba y las animaba espiritualmente en aquel trance tan duro. Paco recuerda en sus escritos que una de aquellas monjas, cada vez que veía al Padre, se arrodillaba, como muestra de respeto, hasta tocar la frente con el suelo, siguiendo la costumbre de algunos monasterios. Al Padre esto le hacía sufrir, porque hería su humildad.

Días de violencia

A partir del mes de febrero de 1936 se quemaron numerosos edificios religiosos. Se respiraba en todo el país un clima cada vez más anticlerical, y como consecuencia, se hizo habitual la vigilancia de conventos e iglesias por parte de católicos, que formaron grupos de voluntarios organizados.

La situación general se fue volviendo cada vez más radicalizada y confusa. En febrero dimitió el Presidente del Gobierno, Portela Valladares. En marzo aumentaron las huelgas y se ocuparon numerosas fincas. En abril tuvo lugar la destitución de Alcalá Zamora y se abrió una división interna en el Ejército. Más tarde hubo un intento de pronunciamiento...

En medio de estas difíciles circunstancias, el Padre nos infundía serenidad y su actitud ponderada y ecuánime contrastaba totalmente con el ambiente radicalizado que nos rodeaba. Jamás discutía sobre cuestiones políticas: sus juicios sobre lo que sucedía eran siempre profundamente sacerdotales. Tenía los pies en la tierra, y al mismo tiempo una fe inquebrantable en que la Obra se haría realidad, aunque las circunstancias no pareciesen favorecer esa expansión apostólica por la que nos hacía rezar tanto.

Sufría mucho: por la Iglesia y por la situación de su país, al que amaba tanto; y respetaba, en lo referente a la vida pública, todas las opciones legítimas de un cristiano. Entre los miembros del Opus Dei y entre los universitarios que trataba apostólicamente había, como es lógico, gran diversidad de posturas, y nos enseñaba a tener un gran respeto hacia la libertad de cada cual. **Mira** -explicaba el Padre a un chico-, **aquí nunca te preguntarán de política; vienen de todas las tendencias: carlistas, de Acción Popular, monárquicos de Renovación Española... Y ayer** -le decía como ejemplo- **estuvieron el Presidente y el Secretario de la Asociación de Estudiantes Nacionalistas Vascos.**

En cambio -añadía- te harán otras preguntas más molestas: te preguntarán si haces oración, si aprovechas el tiempo, si tienes contentos a tus padres, si estudias, pues para un estudiante estudiar es obligación grave...

Emiliano Amann, uno de los residentes de la Residencia DYA, que entonces no era del Opus Dei, recuerda cómo, en medio de esas críticas circunstancias, el Padre seguía impulsando constantemente la labor. "A la Academia cada vez va más gente -escribió a sus padres-; Arquitectura, Medicina, Derecho, Ciencias; y el año que viene seguro que se pone el ingreso en la Escuela de Agrónomos".

En aquellos momentos mi amigo Ignacio de Landecho, como tantos otros, se polarizó totalmente en la lucha político-religiosa y permanecía muchas noches de guardia, junto con otros estudiantes que militaban en la CEDA o en partidos monárquicos, para proteger a las religiosas de algún convento que temían una agresión de las milicias marxistas.

Yo le propuse entonces que se pensara si Dios le llamaba al Opus Dei. Admiraba su valentía en aquellas circunstancias, y le comenté que posiblemente el Señor le estuviese pidiendo aún más: la vida entera. Le sugerí que lo meditara con entera libertad. Me parecía -y así se lo dije- que no debíamos limitarnos a tratar de resolver tan sólo aquella situación que atravesábamos, por muy acuciante y dolorosa que fuera. Dios esperaba de nosotros, además de ése, otro heroísmo: nuestra entrega plena a su servicio y al de la Iglesia.

Recuerdo perfectamente nuestras conversaciones -a veces acaloradas, porque ambos nos apasionábamos-, en las que se puso de manifiesto el contraste entre un problema religioso, pero exclusivamente español y concreto, y la llamada universal a la santidad y al apostolado que propone la Obra. Cuando recuerdo aquellas conversaciones, aunque Ignacio no vio clara su llamada al Opus Dei en aquel momento, considero que quedó patente en ellas una realidad: el Opus Dei no era fruto de ninguna circunstancia histórica concreta, por muy grave que fuese, como aquélla. Y quedó claro también que, aunque los miembros del Opus Dei éramos muy pocos todavía y vivíamos todos en España, éramos plenamente conscientes de la misión universal de la Obra en servicio de toda la Iglesia.

El Padre, que quería mucho a Ignacio, me comentó que era un muchacho estupendo y que necesitaba un empujón de la gracia para llegar a entender del todo nuestro camino. A pesar de estas divergencias, no disminuyó en Ignacio la admiración que sentía por nuestro Fundador y nuestra entrega; ni se enfrió -al contrario- nuestra mutua amistad.

El 19 de marzo el Padre tuvo la alegría de poder estrenar un nuevo sagrario, más digno, hecho por el escultor Jenaro Lázaro. Y poco después, a final de la Semana Santa, del 10 al 13 de abril, tuvimos un curso de retiro en la Residencia. Era el primero que yo hacía siendo del Opus Dei. "No éramos todos de la Obra", precisa Paco. "El Padre en cuanto llegamos Pedro y yo, nos señaló a un chico joven, algo gordito, y con pantalones bombachos, (...) que quería ser de la Obra. Era Vicente Rodríguez Casado. Se paseaba por el piso con ese ambiente eufórico que siempre luego ha tenido". Vinieron unos veinte chicos: José Ramón Herrero Fontana, Lahuerta, Deán, Isasa, Vega de Seoane... Una semana más tarde, el Padre salió para Valencia junto con Ricardo, para dar los primeros pasos en la ciudad del Turia.

La alfombra del Oratorio

Un día de primavera, no sé por qué razón, no fui a clase. Salía yo a eso de las once de la mañana del oratorio de la Residencia, cuando me encontré con el Padre en el vestíbulo. Estaba rezando el Breviario sentado en un banco, bajo un repostero que tenía como lema "per aspera ad astra" (por lo dificultoso hasta las estrellas). No quise decirle nada, para no turbar su recogimiento, pero al pasar me hizo una señal con la mano, sin levantar los ojos del libro, y me indicó que le esperase un instante. Terminó el salmo, puso el dedo sobre el Breviario señalando el lugar donde se había detenido y, mirándome con afecto, me preguntó algo que no me esperaba en absoluto:

-Pedro, ¿estarías dispuesto a ser sacerdote, si recibieras la llamada?

Me quedé de una pieza: era lo último que me esperaba escuchar en aquel momento. Pero le respondí enseguida:

-Pienso que sí, Padre.

Volví al oratorio. Poco después entró el Padre. Se puso de rodillas a mi lado y me señaló la alfombra roja que cubría a la tarima del altar: **El sacerdote -me dijo en voz baja- tiene que ser como esa alfombra; sobre ella se consagra el Cuerpo del Señor; está en el altar, sí, pero está para servir; más aún, está para que los demás pisen blando, y ya ves, no se queja, no protesta... ¿Comprendes cuál es el servicio del sacerdote?: Ya verás que más adelante, en tu vida, reflexionarás sobre esto.**

Desde aquel día, hice muchas veces la oración contemplando primero el Sagrario y luego, aquella alfombra: no necesitaba más tema...

Un campamento en Rascafría

Pasaron rápidos mayo y junio, meses de intenso estudio por la inminencia de los exámenes. Pocas cosas recuerdo de ese periodo, salvo que el Padre comentó, durante el mes de mayo, que se empezaban a preparar ya los que irían a París y Valencia. A mediados de junio, el día 17, se firmó la escritura de compra de la nueva casa. Estaba en la misma calle de Ferraz, en el nº 16, y allí nos trasladamos a primeros de julio. Antes, durante los últimos días de junio, una vez concluidos los temidos exámenes, quiso el Padre que algunos de los más jóvenes en el Opus Dei nos fuéramos unos días de excursión por la sierra de Madrid. Aquello nos serviría para reponer fuerzas, para descansar y para fortalecernos en nuestra vocación.

Fuimos, bajo la guía de Juan Jiménez Vargas, Paco Botella, José Ramón Herrero Fontana, Vicente Rodríguez Casado, al que llamábamos Vicentón, y yo. Vicentón, tan alegre y festivo como siempre, había pedido la admisión en la Obra el pasado 12 de abril.

En general éramos buenos deportistas: Juan era un experto montañero; Vicentón entendía mucho de acampadas porque había sido scout hispano y había conseguido una gran tienda de campaña y buena parte del menaje necesario; yo era más aficionado al mar que a la montaña, pero tenía cierta experiencia campestre porque había sido, años

atrás, de los Exploradores de España. Sospecho que a Paco era al que le gustaban menos las "delicias de la vida en el campo".

El sitio elegido fue Rascafría. Salimos el 27 de junio, sábado -a las 3.30, como precisaba José Ramón con exactitud en su diario- en un autobús de línea. Llegamos al lugar -eran otros tiempos y otras velocidades- cerca de las siete de la tarde. Nos dirigimos a un lugar situado junto al río Lozoya, que discurre cerca del Monasterio del Paular y allí acampamos. Antes, fuimos a ver al párroco del pueblo vecino, que se alegró al saber que un grupo de universitarios deseaba asistir diariamente a su misa, y acomodó de buen grado su horario para que pudiéramos llegar a tiempo por la mañana.

Se sucedieron las anécdotas divertidas de toda excursión: Paco recuerda cómo el día de mi santo intentamos hacer arroz con leche y acabamos inventando un postre nuevo: arroz con leche y cascarillas, ya que estas últimas se incorporaron motu proprio al postre desde el cacharro. Hicimos mucho deporte y nos bañamos en la laguna cercana, de donde algunos, como Paco, tuvieron que salir corriendo por la llegada repentina del guarda con los perros...

"A mí lo que no se me olvida -escribe Paco, con un tono entre divertido y patético- es que también nos metimos en las aguas de la laguna -¡era imposible prescindir de estos chapuzones si venían Juan y Vicentón!- que estaba muy fría, como hielo. Y tampoco se me olvida que, en efecto, al volver nos perdimos... y llegamos a estar un poco apurados, porque se nos hacía de noche. Pasamos entre unos toros que nos miraban demasiado, rezando el Rosario".

Ya se ve que Paco no guardaba demasiado buen recuerdo de algunas de las excursiones que hicimos durante aquellos días. Debieron resultar especialmente duras, por lo que recoge en sus notas. "Pedro -escribe- volvía deshecho: se había cansado en las cuestas, con la respiración acelerada. Le estoy viendo con la garbardina oscura, casi negra (...). Vicentón corría al bajar aquellas cuestas. Y Juan no hacía más que gritarle: ¡Vicente, Vicente! Empezó a llover y aceleramos la marcha. Tarde llegamos a la tienda. Llovía fuerte y nos metimos dentro sin cenar y rendidos. Al cabo de un rato tuvimos que salir para 'aflojar los vientos' como advirtió Vicentón, porque si no, se rompería la tienda".

En medio de aquellos pequeños contratiempos, que son la sal y la anécdota divertida de toda excursión juvenil, y que le dieron cierto sabor de aventura, aquellos días constituyeron una experiencia inolvidable. Profundizamos en nuestra vocación; pudimos rezar con serenidad y respirar aire puro, y volvimos renovados, tanto física como espiritualmente. Fue la primera de las miles de convivencias juveniles de este tipo que hoy tienen lugar en todo el mundo; y fue también mi último recuerdo de aquel Madrid de mediados de los años 30, que presenciaria, atónito, pocas semanas más tarde, el terrible estallido de la guerra civil.

VI. GUERRA CIVIL

El Levante feliz

A primeros de julio de 1936 empezó el traslado de la Residencia, desde el nº 50 al nº 16 de la calle Ferraz, que estaba muy cerca del Cuartel de la Montaña. El día 2 se estaba en pleno traslado: habían salido ya tres camiones para el nuevo sitio y faltaban otros tres. Al día siguiente, 3 de julio, Paco y yo salimos de Madrid para pasar un par de semanas con nuestras respectivas familias. Paco se dirigía a Valencia y yo a Albacete, de donde pensaba trasladarme cuanto antes a Torrevieja. Tenía previsto estar algún tiempo allí y volverme de nuevo a Madrid.

Yo, la verdad, no tenía demasiados deseos de volver a Albacete. Mi padre había colaborado en la propaganda que había dado el triunfo al Frente Popular en las pasadas elecciones, y al ver el talante persecutorio de todo lo religioso que había adoptado aquella coalición, temí un posible enfrentamiento con él; enfrentamiento que deseaba evitar a toda costa. Cuando se lo comenté al Padre, puso las cosas en su punto; me dijo que tenía que ir con mi familia; me aconsejó que viviera, por encima de todo, la piedad filial, y me recomendó que rezara por mi padre y no discutiera con él de política.

Paco viajaba a Valencia con un nuevo encargo: buscar un local que pudiese servir para instalar la futura Residencia a comienzos del curso próximo. El Padre dijo que, en cuanto la encontrara, Ricardo se desplazaría desde Madrid para verla. Se ponía así en marcha un antiguo deseo suyo.

La actitud del Padre, su serenidad y su visión sobrenatural, resultaba particularmente llamativa en aquellas circunstancias de inestabilidad general y de turbulencia política. Diez días después de nuestra marcha, el 13 de julio, la prensa trajo la noticia del asesinato de Calvo Sotelo, líder del Bloque Nacional, por fuerzas del Orden Público. Pero esas dificultades externas no arredaban al Padre: **La Obra de Dios -había escrito- viene a cumplir la Voluntad de Dios. Por tanto, tened una profunda convicción de que el Cielo está empeñado en que se realice.**

Tres días después, el 16 de julio, Paco puso un telegrama a Madrid en el que anunciaba que ya había encontrado un local donde instalar la Residencia. Al día siguiente, 17 de julio, Ricardo se dirigió a Valencia. ese viaje suponía la primera expansión de la Obra en España. El Padre le dio su bendición antes de partir.

Y ese mismo día se tuvo noticia del levantamiento del Ejército de Africa. Comenzaba la guerra civil.

Aquel día yo me encontraba en Torrevieja. Mis padres permanecían todavía en Albacete, y de la noche a la mañana, mi padre se encontró inmerso, de repente, en una compleja situación política: era Teniente Alcalde de la ciudad y dirigente en el partido de Azaña; y a los pocos días de la sublevación militar lo eligieron como Presidente Provincial del Frente Popular, forzándolo a aceptar.

Su situación era compleja también desde el punto de vista familiar ya que, como sucedía en tantas familias españolas, en la mía había personas de distintas tendencias políticas: un tío mío era alcalde radical-socialista; otros eran concejales socialistas, republicanos

moderados y monárquicos... Sus destinos fueron muy diversos a medida que se fue desarrollando el conflicto: algunos primos míos, que eran jefes y oficiales de la Armada, fueron fusilados o echados vivos al mar; otro primo mío era falangista y estuvo encarcelado en Alicante con José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange; a otro tío mío, juez de Hellín, lo procesaron por negarse a dar una pena de muerte; otro primo mío fue voluntario en las Brigadas Internacionales...

Mi padre, a pesar del cargo que ocupaba en aquella nueva coyuntura política, tan confusa y caótica, deploraba con toda el alma el dramático desarrollo que habían tomado los acontecimientos. Recuerdo su amargura el día que se supo que habían asesinado a Calvo Sotelo. Poco después, cuando comenzó la guerra, logró salvar varias vidas, especialmente de sacerdotes y religiosas. En un mueble de nuestra casa -que se conserva en un Centro del Opus Dei de la calle Diego de León- estuvo reservado el Santísimo Sacramento y mi padre quiso que ardiera siempre una lamparilla en aquella salita. Gracias a esto, el bibliotecario del Instituto -que acababa de llegar destinado a Albacete y nadie sabía que era sacerdote-, protegido por mi padre, pudo atender a muchos enfermos administrándoles el Viático.

Yo no pude participar directamente en el conflicto: cuando fui llamado a filas las autoridades militares me declararon no apto.

En las primeras semanas de la guerra se recrudeció el anticlericalismo y tuvo lugar una tremenda persecución contra la Iglesia. Recordaré únicamente una cifra, particularmente expresiva: en sólo un día, el 25 de julio, fiesta de Santiago, Patrón de España, fueron asesinados 95 eclesiásticos en todo el país. Recuerdo muy bien aquel día, porque fue el último en el que pude asistir a Misa en Torrevieja, en unos locales provisionales de la parroquia, que había sido incendiada.

A partir de entonces tuve que ir en bicicleta hasta un pueblo cercano llamado Torrelamata, donde un sacerdote seguía celebrando misa. Llegar hasta aquel lugar no era nada sencillo: necesitaba un salvoconducto, y luego...

Antes de proseguir, debo explicar lo del salvoconducto. No sé si el lector contemporáneo se hará idea exacta de hasta qué punto era imprescindible un "salvoconducto" en aquellas circunstancias de guerra. Era necesario llevarlo siempre consigo para realizar cualquier desplazamiento; sin salvoconducto no se podía andar por la calle; la vida entera dependía de aquel trozo de papel, firmado y sellado, que indicaba quién era uno, por qué se encontraba allí, por cuánto tiempo... y donde se aseguraba que no se era un "enemigo del pueblo".

De este modo, durante algún tiempo, con mi salvoconducto en ristre, mostrándolo sin cesar en los numerosos puestos de control que había en la salida de las carreteras, lograba llegar a Torrelamata y asistir a Misa.

El párroco de aquel pueblecito era un sacerdote anciano que había regresado recientemente de México, después de muchos años de ministerio sacerdotal en ese país. Tenía gran devoción a Nuestra Señora de Guadalupe, advocación mariana que yo desconocía. Lo habían llevado pocos días antes al Comité Revolucionario del pueblo, pero no se arredró: acudió en su interior con gran confianza en la Guadalupana y lo

dejaron, sorprendentemente, en libertad. Poco después le prohibieron celebrar Misa. A pesar de todo, pude confesarme algunas veces con él y recibir la Comunión.

Mientras tanto nos iban llegando a Torrevieja todo tipo de noticias confusas. Muchas venían de la capital: se hablaba de miles de asesinatos en Madrid; y las cifras iban aumentando de boca en boca, creando un clima de gran desasosiego. Luego se sabrían las cifras exactas de la barbarie anticlerical que se apoderó de calles y pueblos durante aquellos meses: sólo en el mes de agosto se cometieron 2.077 asesinatos -unos 70 al día- contra sacerdotes, religiosos y religiosas. Y no faltaron los asesinatos de muchos hombres y mujeres, laicos, por el único hecho de ser católicos. Se sucedían los asesinatos y las vejaciones de sacerdotes, y yo rezaba constantemente por el Padre. ¿Qué habría sido de él? Porque en aquellas tensas y largas semanas se había interrumpido todo tipo de comunicación con Madrid.

Cerca de dos meses después recibí la primera postal del Padre ¡Qué alegría y qué paz! ¡Cuántas incertidumbres desaparecieron al leerla!

Sin embargo, a pesar de las dificultades con las que nos encontrábamos los que vivíamos en Valencia, Alicante y algunas otras provincias españolas que dan al Mediterráneo, la vida resultaba para nosotros mucho menos dura que en la zona central de la península, donde se encontraba el Padre. En aquellas ciudades levantinas, rodeadas de huertas regadas por el Turia o el Segura, no hubo, ni con mucho, el hambre y el terror que imperaban sobre la población civil hacinada en aquel Madrid que se iba quedando, progresivamente, sin abastecimientos. Eso explica que en alguna de sus cartas el Padre aludiera al "Levante feliz".

Eran cartas muy breves: con frecuencia eran unas pocas líneas, escritas de su puño y letra, en las que firmaba "Mariano" -su cuarto nombre- en vez de Josemaría. Le habían impuesto en el bautismo los nombres José María Julián Mariano. Unió los dos primeros por devoción a la Virgen y a San José, a los que quería llevar, al igual que en su nombre, muy unidos siempre en su corazón. Y firmaba con el cuarto, Mariano -nombre que le pusieron en recuerdo de un tío suyo, viudo, que se había ordenado luego sacerdote-, por devoción a la Virgen. En aquellos momentos lo utilizaba también para no comprometernos ni comprometerse.

El Padre nos alentaba a estar muy unidos al Señor en aquellos momentos. **No descuidéis la oración; no abandonéis el plan de vida; acudid al Señor constantemente** -nos escribía-, **pidiéndole que acorte este periodo tan duro de prueba; encomendaos siempre a la Santísima Virgen, camino seguro, pidiéndole por la vida, la fidelidad, y la perseverancia de todos...**

En Madrid permanecían junto al Padre Juan, Isidoro, José María, Álvaro... ¿Y el resto de los miembros del Opus Dei? ¿Dónde estarían? ¿Qué harían? ¿Los habrían matado? Al principio tuvimos noticias confusas. Luego logramos saber noticias unos de otros, por medio de Isidoro Zorzano, el cual, gracias a su nacionalidad argentina, no se había visto forzado a esconderse o a buscar asilo en una Embajada.

Isidoro, con su letra pequeña y barroca, nos iba transcribiendo también ideas de la predicación del Padre; y poco a poco, sin ponernos de acuerdo -no hubo oportunidad de hacerlo- se fue creando espontáneamente un "argot" entre nosotros, con las claves

necesarias para que el destinatario lo entendiese todo: cuando el Padre hablaba de "don Manuel" se refería a Nuestro Señor; "la madre de don Manuel", era la Santísima Virgen; con el "abuelo" nos referíamos al Padre, que hablaba de sí mismo como si fuera un anciano que escribía a sus hijos y nietos.

Durante un tiempo no supe qué había sido de Paco. Más tarde tuve noticias suyas. Le había sorprendido el comienzo de la guerra en Valencia, en su casa de la calle Marqués de Turia, y había conseguido un trabajo por las mañanas en el Instituto municipal de Higiene. Participaba en las campañas de vacunación junto con su primo Enrique Espinós y un amigo, Amadeo de Fuenmayor. De ese modo pudieron obtener el certificado de trabajo necesario para transitar libremente por las calles. Sin embargo, a pesar de nuestra proximidad geográfica, estuvimos incomunicados durante bastante tiempo a causa de un pequeño error: me llegó una carta suya, pero Paco puso en el remite, en vez de Marqués -término no demasiado agradable a los oídos en aquel momento político-, "M. del Turia". Yo entendí H. del Turia, es decir, Hotel del Turia, y envié la carta allí. Naturalmente, no llegó.

Por mi parte, gracias a mis circunstancias familiares, gocé de cierta libertad de movimientos. Pero en aquellos momentos de confusión nadie quedaba a salvo de cualquier arbitrariedad: a pesar del cargo que ostentaba mi padre, los milicianos venían con frecuencia a la finca para requisaban cosas; y todos buscábamos soluciones para salvar la vida.

Tentativas de huida

En aquellas circunstancias dramáticas mi abuelo Julio recordó que nunca había renunciado a la ciudadanía británica que le correspondía por nacimiento, como hijo de un súbdito inglés. Sabía, además, que estaba registrado como tal en el consulado británico de Cartagena. Ese consulado estaba cerrado, pero al enterarse que habían trasladado su archivo al de Alicante, que durante la guerra había adquirido la categoría de Consulado General, se pusieron a hacer gestiones para obtener un pasaporte inglés: en aquellos momentos esa documentación significaba un ancla de salvación para sobrevivir. Me desplazé varias veces hasta Alicante con ese motivo, y al final obtuve el deseado pasaporte donde mis abuelos que aparecían como "Julius and Mary Casciaro".

El consul nos facilitó unos impresos para pegar en las puertas de las propiedades, garantizando que pertenecían a un súbdito británico; y nos dio también una bandera inglesa de tamaño mediano. A mi abuelo le pareció ridículamente pequeña, por lo que hubo que confeccionar y diseñar una nueva, que resultó enormemente grande. La izamos poco después en lo más alto de "Los Hoyos", sobre un antiguo palomar con forma de castillete, con sus almenas y todo: pensábamos que vivir bajo el pabellón del Reino Unido nos proporcionaría una relativa seguridad.

No nos equivocamos: disponer de un pasaporte extranjero era, en aquellos momentos, el salvoconducto más seguro y la mejor garantía para actuar con cierta libertad de movimientos; incluso los revolucionarios más incultos y crueles sabían que era muy peligroso atentar contra la vida de un súbdito de otro país.

Mientras tanto, numerosas personas de la familia fueron acudiendo a Los Hoyos para refugiarse allí, donde vivían con el clima de ansiedad característico de la guerra.

-He oído en la radio -comentaba uno- que han matado a...

-Pues me han dicho que han fusilado también a...

-Se rumorea por Torrevieja que...

La guerra -que al principio no parecía, a los ojos de algunos, más que una rebelión pasajera que duraría pocas semanas- fue alargándose; y yo empecé a buscar medios para sobrevivir de algún modo en aquella confusa situación. ¿Qué hacer? Tenía veintiún años y la carrera sin acabar. Afortunadamente, conseguí un trabajo en el laboratorio de Las Salinas de Torrevieja. El director del Departamento, Chuno Chorower, un judío ruso doctorado en Alemania, se enteró de que yo estudiaba Ciencias Exactas y me empleó como ayudante matemático de laboratorio.

Este empleo me permitió sindicalizarme en la UGT con los demás empleados de Las Salinas. También encontré un viejo carnet de la FUE (Federación Universitaria Española), que me había sacado cuando tenía 16 años, y logré que me lo canjeraran por otro del partido socialista. Esa documentación me permitió viajar a Valencia, Alicante, Alcalalí -donde se había escondido, tras diversas peripecias, Rafael Calvo Serer- y otras localidades cercanas.

Esta situación de cierta libertad hizo posible también que les pudiera enviar algunos alimentos y productos de primera necesidad a los que permanecían en Madrid. Recuerdo perfectamente aquellos paquetes postales -"paquetes muestra" se llamaban- dirigidos a Isidoro, con bacalao, café, azúcar, jabón y alguna que otra cosa, procedentes de la despensa de mis abuelos, que, con motivo de la guerra, habían acaparado algunas reservas.

Sin embargo, aunque mis circunstancias personales no eran malas (teniendo en cuenta la situación general), en vista de que iban sucediéndose los meses y la guerra se alargaba y se alargaba, y nadie sabía lo que podía durar; en vista también de que viajar hasta Madrid resultaba algo imposible y descabellado, decidí que debía marcharme del país.

Esta decisión obedecía a las siguientes razones: sabía que mi misión en esta vida era hacer el Opus Dei, y pensaba que si me iba a otra nación podría seguir trabajando por la Obra con entera libertad, mientras que en España parecía que todas las puertas se habían ido cerrando. La mayoría de las iglesias estaban destruidas; la vida cristiana había pasado a una situación de catacumbas; declararse sacerdote era firmar la propia sentencia de muerte; poseer un objeto religioso era motivo suficiente para que lo enviaran a uno "al paredón". Solo, aislado en aquel pequeño enclave del Mediterráneo, ¿qué podía hacer yo? Pensé que lo mejor sería huir al extranjero: y durante la primavera de 1937 comencé a planear diversas tentativas de fuga.

Mi primera tentativa consistió en pedir a un tío mío que me facilitara un bote para llegar, desde el balneario de San Pedro del Mar, que era propiedad de mi familia, hasta un crucero inglés que estaba anclado en el puerto de Cartagena. Pero mi tío se negó: me dijo que en aquel barco sólo acogerían a los masones. Mi gozo en un pozo: empecé a pensar en otra cosa.

Se me ocurrió otra posibilidad: marcharme con mi abuelo al Reino Unido. Le convencí de que podía hacerlo por su condición de súbdito británico. Aquello parecía viable: obtuvimos incluso una invitación del Cónsul en Alicante para asistir a la coronación del Rey Jorge VI y pedimos el permiso de viaje, argumentando que, por la edad y estado de salud de mi abuelo, era necesario que le acompañara yo. Todo parecía marchar sobre ruedas hasta que llegó mi petición de pasaporte al Gobierno Civil de Albacete: allí se estropeó todo; nos dijeron que estábamos locos por intentar una cosa semejante y por poco me meten en la cárcel.

Planeé una nueva huida: consistía en salir de noche, desde una de las playas próximas a Alicante, hasta alcanzar un barco alemán que estaba atracado cerca de allí. Empecé a buscar contactos y a tocar diversas teclas: mi enlace era un compañero de la Escuela de Arquitectura que vivía en Alicante, pero al final, después de dar muchos palos de ciego, no llegamos a nada concreto.

En medio de aquella situación tan inestable de idas y venidas, de dimes y diretes, de escucha ansiosa del último parte de guerra, de sucesivos planes de huida y de búsqueda constante -e infructuosa- de soluciones, procuré seguir el plan de vida cristiana propio de una persona del Opus Dei; y me esforzaba por aprovechar el tiempo, como me había enseñado el Padre. Esto extrañaba bastante a mis familiares.

-¿Para qué estudias -me preguntaban- si no se sabe lo que va a pasar?

Mi lógica era la contraria: precisamente porque no se sabía lo que iba a pasar, pensaba que lo mejor era aprovechar el tiempo y seguir haciendo apostolado. Y como el Padre me había enseñado, las primeras personas de las que debía ocuparme debían ser las de mi propia familia de sangre. Hablé con mi hermano Pepe, que estrenaba su juventud en medio de toda aquella barahunda de tensiones y nerviosismos, y le aconsejé que aprovechara aquel tiempo -que no sabíamos lo que podía durar- tanto desde el punto de vista humano como el espiritual. Le puse por escrito un plan de vida espiritual.

"Un día mi hermano Pedro -recuerda Pepe- me sugirió un plan de vida. Me dejó un Kempis para que hiciera todos los días un rato de meditación; una Biblia en francés, de l'abbé Crampon, para que hiciera la lectura espiritual, y al mismo tiempo para que practicara ese idioma; y me prestó un libro para leer, Le genie du Christianisme de Chateaubriand. Me recomendó además que comenzara unas clases de francés y que tuviera ocupado siempre el tiempo. Empecé a ponerlo en práctica de un modo singular. Como habían movilizado a todos los hombres jóvenes que trabajaban la finca, hubo que sustituirlos como se pudo y a mí me tocó ocuparme del ganado; y así pasé muchas horas, durante aquellos meses, leyendo a Chateaubriand entre las ovejas, bajo la sombra de los almendros...".

De vez en cuando recibía noticias del Padre, por medio de las cartas que dirigía a todos los que estábamos en la zona valenciana o que me enviaba directamente a mí. El 7 de abril de 1937 me escribió pidiéndome que hiciera todo lo posible por ayudar a José María Hernández de Garnica, por el que estaba muy preocupado: le habían detenido y, tras pasar un tiempo en la cárcel de San Antón de Madrid y en el penal de San Miguel de los Reyes, lo habían enviado a la Cárcel Modelo de Valencia. El Padre me pedía -en clave- que a la salida del Sanatorio (es decir, la cárcel), si era posible, lo llevara a **reponerse por esas tierras alicantinas**.

Recuerdo perfectamente aquellas cartas. Comenzaba con frecuencia con una broma cariñosa: por ejemplo, dibujaba la "P" inicial de mi nombre de forma artística, con trazos largos y rizados. Nos daba noticias de unos y otros y nos pedía que rezáramos. En una carta que recibí el 6 de junio evocaba -en nuestro argot convenido- las visitas que hacíamos a la condesa de Humanes, en las que yo disertaba sobre el Greco y Velázquez... **¿Te he dicho -concluía- que apenas muerta aquella bonísima señora, se presentó un grupo armado en la casa que se llevó hasta los clavos?** A continuación me anunciaba un posible viaje a Valencia que me llenó de alegría: **Aunque nada seguro hay todavía, parece probable que Josemaría no tardará mucho a salir. Si va por Valencia os lo escribiré Ignacio** (es decir, Isidoro), **por si fuera posible verle.**

Mientras tanto fueron pasando los meses y en junio de 1937 me llamaron a filas. Como he dicho, al comenzar la guerra me habían declarado no apto para todo servicio y me habían destinado a "servicios auxiliares". Pero en cuanto las cosas fueron poniéndose peor, movilizaron también a los servicios auxiliares, y tuve que presentarme en la Caja de Reclutamiento Militar de Albacete, donde estaba inscrito.

Fue toda una aventura: de Albacete nos transportaron en un camión hasta el campo de concentración de Torre Güil, una finca que estaba a quince kilómetros de Murcia. La casa era grande, parecida a "Los Hoyos", pero resultaba absolutamente insuficiente para los más de cuatro mil reclutas que habían concentrado allí. Reinaba la desorganización. Por ejemplo: se suponía que estábamos distribuidos en tres compañías: la de los tuberculosos, la de los que tenían tracoma, y "la compañía del vidrio" que formábamos los que usábamos gafas; pero, de hecho, las tres supuestas compañías estaban revueltas entre sí. Dormíamos en el suelo, y, por supuesto, no había colchonetas para todos.

Una noche me tocó dormir junto a un tuberculoso que comenzó a vomitar sangre. Gracias a Dios, sobrevivió. La comida resultaba muy nutritiva dadas las circunstancias: arroz, naranjas y vino. Vino no faltaba: frente al campo de concentración había una venta donde se podía beber todo el que se pudiera pagar. La disciplina estaba muy relajada: tanto, que en una ocasión me escapé de allí y fui caminando hasta Murcia, a casa de una tía mía, donde pude cambiarme de ropa y bañarme (en Torre Güil no había prácticamente letrinas ni modo alguno de lavarse). Luego, regresé al campo de concentración por donde había venido.

Me encontré allí con algunos conocidos de Albacete. Uno de ellos estaba siempre medio borracho; un día me confesó, lisa y llanamente, que procuraba estar ebrio todo el tiempo posible para sobrellevar de algún modo aquella lamentable situación en la que nos hallábamos. Era el único modo que había encontrado para no deprimirse profundamente.

Vino un comité médico, que fue reconociendo -muy someramente- a todos los que estábamos concentrados allí. Unos quedaron libres para volver a sus casas a causa de su mal estado de salud. A otros, de la "compañía del vidrio", los declararon aptos para todo servicio militar; y a otros, como en mi caso, nos destinaron a Sanidad, oficinas militares, etc. En concreto me enviaron a la Dirección General de los Servicios de la Remonta, un organismo de Caballería que habían trasladado de Madrid a Valencia y que estaba instalado en un caserón, cerca del cauce del Turia.

Este último destino debió ser decisión personal de mi Angel Custodio porque, después de tantas peripecias, de tantas idas y venidas, de tantas tentativas de huida frustradas, de tantas vueltas y revueltas, coincidí de nuevo en Valencia, para no variar, con... Paco Botella.

En Valencia

Viví en Valencia desde julio de 1937 trabajando en la Dirección General de los Servicios de la Remonta, bajo las órdenes directas de un Mayor de Caballería. Este Mayor o Comandante era aquellos que llamábamos entonces "de cuchara", porque no procedía de academia militar alguna, sino que había llegado a ese grado gracias a lentos ascensos: cabo, sargento, subteniente, etc. Eso suponía muchos años de servicio y de convivencia con la tropa. Tendría unos cincuenta años y era grueso, tosco y bonachón. Por encima de él estaba el Coronel-Director, buena persona, que se había jubilado voluntariamente durante el gobierno de Azaña, pero al que las circunstancias críticas de la guerra habían obligado a reingresar en el ejército y a aceptar el puesto. Era muy distinguido, alto, enjuto, y tendría unos cincuenta y tantos años. Me dispensaba cierta benevolencia.

Todos los días, al terminar mi trabajo de oficina en el cuartel, ya al atardecer, iba a pasar un buen rato a casa de los padres de Paco, don Francisco y doña Enriqueta, con los que trabé una gran amistad. Paco tenía dos hermanas más jóvenes que él, Enrica y Fina; esta última padecía tuberculosis, una enfermedad que en aquel tiempo era especialmente grave. Aprovechaba también mis visitas a los Botella para cumplir parte del plan de vida cristiana propio de un miembro del Opus Dei.

Durante aquel periodo pude comulgar todos los días porque Paco custodiaba bajo llave unas Formas consagradas en un escritorio de su casa. Pude confesarme también con regularidad, ya que me informó que había en el Parterre dos sacerdotes ancianos - vestidos de paisano, naturalmente- que se dedicaban a administrar este sacramento, a pesar del peligro que corrían: si alguien los delataba podían detenerlos y muy posiblemente asesinarlos. Aparentemente eran dos ancianos como tantos otros que tomaban el sol y cuidaban de sus nietos: muchos niños jugaban por allí cerca. El sistema para confesarse era sencillo: se acercaba uno, daba el saludo convenido y tras un paseo breve, venía la absolución; y así, hasta la próxima.

En lo que se refiere a mi alojamiento... no tuve más remedio, en cuanto llegué a Valencia, que agarrarme a un clavo ardiendo: sólo encontré cobijo en una pensión de mala muerte situada en la zona vieja de la ciudad, en un barrio bastante poco recomendable. En tiempos normales, aquella pensión no hubiera gozado de buena reputación; pero los naufragos no eligen puerto, y la superpoblación que padecía Valencia a causa de la guerra, unida a mis escuetas posibilidades económicas, me impidieron encontrar otro sitio mejor.

En Valencia fuimos teniendo noticias de unos y otros. Afortunadamente dejaron en libertad, en julio de 1937, a José María Hernández de Garnica. Ricardo también había estado en aquella ciudad unos meses antes. Luego lo habían obligado a incorporarse al frente de Teruel, en el bando republicano, desde donde pudo pasarse a la otra zona el 17 de mayo: yo no llegué a coincidir con él en Valencia.

El 6 de octubre de 1937, Paco y yo tuvimos una sorpresa: Juan Jiménez Vargas, en persona, había venido desde Madrid para visitarnos. Estaba muy delgado; llevaba el pelo muy corto y tenía las facciones del rostro, sobre el que se recortaban unas gafas negras, más afiladas que de costumbre a causa las privaciones de la guerra. De forma escueta -Juan ha sido siempre hombre de pocas palabras, pero precisas y claras- nos comunicó que el Padre llegaría dos días más tarde, con algunos más, camino de los Pirineos, para intentar pasar desde Andorra, por Francia, hasta la otra zona de España.

Hicimos rápidamente el plan para albergar a los que venían: Juan se quedaría en casa de Paco; José María Albareda, Tomás Alvira y Manolo Sáinz de los Terreros se alojarían donde yo vivía, o en la casa de un conocido del Padre, Eugenio Sellés, en la calle Eixarchs, número 16. No conocía yo a todos los que iban a llegar, porque algunos no eran del Opus Dei. Pensamos que lo mejor era que el Padre se alojara también en aquella casa, porque era el domicilio que ofrecía más garantías. La casa de la calle Eixarchs era propiedad de don Mariano Bosch, padre de Paco Bosch (muy amigo de Sellés y de Albareda), que había logrado salir de Valencia en el mes de junio anterior.

Juan nos alentó a ser muy fieles a nuestra vocación en medio de aquellas difíciles circunstancias y nos hizo ver lo importante que era nuestra perseverancia para la continuidad de la Obra; y nos fue contando, mientras anocheecía, con su lenguaje casi telegráfico, lo que les había sucedido, durante aquellos quince meses, a los que habían permanecido en Madrid. Algo sabíamos, por las cartas que habíamos recibido. A grandes rasgos -completados por lo que he sabido después- nos dijo lo siguiente: el Padre había estado desde el 21 de julio de 1936 en casa de su madre, en la calle doctor Cárceles. Pero como aquel lugar no resultaba seguro -se temía un posible registro-, había tenido que buscar cobijo hacia el día 9 de agosto en domicilios particulares, como la casa de Manolo Sáinz de los Terreros, donde le dieron la noticia del asesinato del Fundador de la Institución Teresiana, don Pedro Poveda, un santo sacerdote muy amigo suyo al que quería mucho; y le contaron la detención -y posible asesinato- de don Lino Vea-Murguía en su casa, cuando decía Misa...

Nos contó también que semanas después, el 30 de agosto, cuando estaban el Padre y él refugiados en una casa de la calle Sagasta, se presentaron unos milicianos para hacer un registro. Lograron esconderse, el Padre, Juan y otro, en una buhardilla; pasaron un momento de gran peligro; pero, inexplicablemente, los milicianos, tras haber registrado la casa y el resto de las buhardillas, no entraron en la que estaban.

Fueron después de un sitio para otro: durante el mes de septiembre estuvieron en casa de los Herrero Fontana, en la de los padres de José María González Barredo, en un pequeño chalet de la calle Serrano, en una casa de Eugenio Sellés, con Alvaro del Portillo... En vista de esta situación, en octubre de 1936, el Padre no tuvo más remedio que refugiarse en la Clínica de un amigo de su familia, el doctor Suils, dedicada a enfermos mentales, situada en la calle Arturo Soria, nº 492. Ahí estuvo desde octubre a marzo del 37. Pero tampoco estaba allí seguro el Padre, y tuvo que buscar asilo en la Legación de Honduras, donde permaneció varios meses, a partir del mes de abril.

Aquel fue un periodo de grandes sufrimientos y privaciones, que el Padre había llevado con un gran sentido sobrenatural. De algunos de estos sucesos habíamos tenido noticias los de Valencia, mediante algunas cartas del Padre. Paco había recibido una, fechada el 28 de marzo de 1937, duodécimo aniversario de su ordenación sacerdotal, en la que se

denominaba a sí mismo como un borrico de Dios -su Amigo- "al que llevo siempre encima".

Aquí tienes a este pobre viejo -le escribía desde la Legación de Honduras- **evacuado en casa de la Sra. Viuda de Honduras, y durmiendo en el suelo del comedor (divertidísimo) con los cuatro de mi familia (...). Ahora ya se me notan los años: he perdido cerca de treinta kilos, y realmente me encuentro mejor, aunque estuve enfermo en cama (¡vaya lujo!) más de un mes. Estoy esperando urgentísimamente a Ricardo, porque lo necesito. Cuando venga ya te lo escribiré.**

En ascuas ando, por no saber noticias de mis hijos de fuera: pero siempre con la misma esperanza de abrazar a todos, cuando la guerra termine.

De Josemaría quiero contarte que asegura que, en estos tiempos de desconcierto, es cuando más concertado está con su amigo de quien es borrico, pues lo lleva mucho encima.

Por fin -nos siguió contando Juan, en líneas generales, que ahora completo con más datos precisos-, en el pasado mes de agosto del 37, el Padre había obtenido una documentación que le había permitido circular con cierta libertad por Madrid. Estaba alojado en una pensión de la calle Ayala, y a pesar de las duras circunstancias, proseguía con gran valentía la labor apostólica: confesaba por la calle, atendía a algunas religiosas que estaban refugiadas en domicilios particulares, predicaba retiros espirituales cambiándose constantemente de local para evitar ser descubierto... hasta que surgió la posibilidad de pasarse al otro lado a través de los Pirineos.

Dos días más tarde, el 8 de octubre, al llegar a casa de Paco, su padre me informó, con explicable sobresalto, que unos señores, amigos nuestros de Madrid, estaban esperándome en la salita y que Paco se encontraba reunido con ellos. Al entrar en la habitación, iluminada por la luz del crepúsculo que entraba a través del balcón, pude distinguir a Juan y a otra persona que no reconocí. Era un señor muy delgado, correctamente vestido de gris oscuro, que, en cuanto me vio, me abrazó diciéndome:

-Perico, ¡qué alegría de volver a verte!

Me quedé perplejo: era el Padre, su voz era la del Padre, pero ¡estaba tan cambiado! Al cerciorarme de que era él, me puse a temblar y a llorar de emoción y de alegría. Tuvo que tranquilizarme.

Mientras me hablaba, fui observando los cambios tan notables que se habían producido entre la imagen del Padre de hacía quince meses que yo conservaba en la memoria y la figura que ahora tenía ante los ojos. Le había conocido siempre con sotana y con un aspecto vigoroso y saludable. Ahora, en cambio, se encontraba muy delgado -habría perdido más de treinta kilos- y vestía de paisano. En Madrid llevaba siempre el pelo muy corto y una gran tonsura que solía cubrir con un solideo de paño negro. Ahora tenía el pelo relativamente largo, con la raya a un lado. Antes llevaba unas gafas de delgados aros completamente redondos; ahora usaba unas ovals, de montura mucho más gruesa. Tenía las mejillas hundidas y se destacaba aún más su amplia frente; los ojos eran más penetrantes. Me fijé especialmente en un pequeño detalle, que me pareció, quién sabe

por qué, muy significativo: llevaba el nudo de la corbata muy bien hecho. Lo único que no había cambiado era el tono de su voz.

Mientras lo observaba atentamente, el Padre nos fue hablando del cumplimiento de la Voluntad de Dios. Vino a decirnos que no era fácil entender la lógica de Dios en aquellas circunstancias, y que por eso no era fácil prever todo el bien que íbamos a sacar de aquella tragedia. Pero nos transmitió la seguridad de que Dios Nuestro Señor estaba empeñado en que la Obra se hiciese realidad y no podía dejar de ayudarnos. Había que tratar de recuperar la indispensable libertad para poder hablar de Dios en la calle; había que poner los medios humanos también, con una gran confianza en Dios -la Obra era suya-, para salir de aquel infierno y continuar la siembra apostólica. Nos explicó que desde Barcelona parecía posible la salida hacia la otra zona: otros lo habían conseguido. Había tomado aquella resolución -nos dijo- después de haber rezado mucho.

Nos explicaron el plan: pensaban salir al día siguiente en tren en dirección a Barcelona y, desde allí, enviarnos noticias a Paco y a mí: quizá desde aquella ciudad podrían hacer algo para que también nosotros pudiéramos acompañarles.

Después de tanto tiempo sin verle, aquella primera entrevista con el Padre me pareció muy corta. Pero nos fuimos pronto porque no queríamos preocupar a la familia de Paco: una reunión no autorizada de hombres jóvenes, en aquellas circunstancias, era bastante peligrosa porque podía despertar sospechas. No quiso el Padre que Paco y yo les acompañáramos, por la misma razón, hasta la casa donde vivía Eugenio Sellés. Quedamos en almorzar juntos al día siguiente, si era posible en algún lugar donde la reunión de un grupo relativamente numeroso no resultara imprudente.

Después de acompañar al Padre, Juan se reunió nuevamente con Paco y conmigo y estuvimos paseando durante largo rato por la Avenida del Marqués del Turia. Nos comentó las palabras que habíamos oído al Padre, haciendo hincapié en la trascendencia de aquellos momentos para la historia de la Obra. Nos habló mucho de madurez humana y de visión sobrenatural; nos explicó que la llamada del Señor era lo primero. No podíamos excusarnos en nuestra juventud: a pesar de nuestros pocos años debíamos ser conscientes de que teníamos que hacer la Obra entre todos, pasando por encima de otros planes y otros compromisos, por muy acuciantes que parecieran.

Una despedida

Paco y yo nos dimos cuenta, mientras Juan nos hablaba, de que nos estaba transmitiendo las ideas que había oído al Padre en Madrid y durante el viaje; quizá cumplía un encargo muy especial del Padre, preparándonos para lo que vendría después. Cuando Juan se fue, nos preguntamos qué idea fundamental habíamos sacado cada uno. La síntesis fue muy simple: desde esa tarde habíamos pasado a ser "mayores" en la Obra. "Convéncete -dijo uno de nosotros, con buen humor-, que hoy hemos dejado de ser un par de jovencuelos inconscientes y que no tenemos más remedio que comenzar a ser hombres responsables".

Al día siguiente, 9 de octubre, el Padre celebró la Santa Misa en casa de Sellés. Yo no pude asistir a causa del horario del cuartel. Me contaron que fue incluso con ornamentos sagrados. Aquella familia se las había arreglado para conseguir ornamentos que algunas personas habían escondido durante la persecución: y -a pesar del peligro que suponía

aquello, porque en cualquier momento se podía producir un registro inesperado- no habían faltado ni siquiera un par de cirios.

Para agradecer todas las atenciones que aquella buena familia había tenido con él, el Padre nos pidió que obsequiáramos a sus hijos pequeños con unos dulces. No nos fue fácil cumplir aquel encargo: al final les llevamos unos caramelos enormes, de los que se repartían tradicionalmente antes de la guerra durante las procesiones de Semana Santa. También les llevamos algún juguete para una hija pequeña. Sellés recuerda un detalle anecdótico: en el mismo edificio, unos pisos más arriba, vivía Amadeo de Fuenmayor, un joven estudiante que pediría la admisión en la Obra después de la guerra y que no conocería al Padre hasta entonces.

El portero de aquella casa era un sacerdote que trabajaba de incógnito. Sellés se lo dijo al Padre, quien, tras cierta vacilación inicial, quiso revelar su identidad: "no quería privarle de algún servicio -escribe Sellés- que le pudiera prestar".

Al mediodía nos reunimos, lo más discretamente que pudimos, en un modestísimo restaurante, muy concurrido por soldados y milicianos, que estaba situado en la parte vieja de la ciudad, cerca del Mercado y de la Lonja. Estaba en un primer piso y yo solía ir por allí de vez en cuando, por lo que me conocía bien el lugar.

Sucedió entonces algo habitual en los tiempos de guerra: estábamos comiendo cuando entraron unos milicianos pidiendo la documentación. No se la pedían a todos; sólo a algunos de cada mesa.

Hubo un momento de gran tensión. Yo palidecí. Poco a poco los milicianos se iban acercando a nuestra mesa y yo empecé a temblar: si pedían los documentos a los que habían venido de Madrid lo más probable es que se los llevaran por sospechosos: Juan había abandonado el frente y se había agenciado por su cuenta una documentación de emergencia; el Padre y Tomás Alvira traían un precario permiso de residencia en Barcelona para 15 días. Aquello era muy extraño, y si los milicianos se ponían a indagar... Realmente, de todos nosotros, el único que tenía la documentación "en regla", por decirlo así, era yo. El Padre se dio cuenta y me dijo en voz baja: **Quédate tranquilo; encomiéndalo a los Custodios**. Al llegar a nosotros sólo me pidieron la documentación a mí. La miraron y se fueron. Di un gran suspiro de alivio en mi interior.

Por la noche Paco y yo fuimos a acompañar a los viajeros a la estación de ferrocarril. Al fin vino el tren, abarrotado hasta los topes con todo ese cargamento humano característico de las guerras: militares con uniformes más o menos convencionales, milicianos barbudos, milicianas sin pudor, contrabandistas dedicados al "estraperlo", familias diezmadas, personas evacuadas de sus hogares... El Padre y los demás se distribuyeron en los diversos compartimentos y pasillos del tren, en parte por necesidad -era inútil buscar asientos próximos-, y en parte para pasar inadvertidos cuando les pidieran la documentación.

Los despedimos desde el andén, Paco y yo, en medio de una heterogénea oleada de viajeros, con una sensación extraña de cariño e incertidumbre. ¿Lograrían llegar sin percance a Barcelona? ¿Encontrarían los contactos necesarios para pasar a Francia? ¿Podríamos incorporararnos nosotros dos también? El Padre nos infundía ánimo y

esperanza desde una ventanilla, transmitiéndonos, con su mirada y su sonrisa, confianza y serenidad.

Subieron los últimos viajeros al tren y se puso en marcha el convoy. Entonces el Padre introdujo lentamente su mano derecha en el lado izquierdo de su chaqueta: sabíamos que en ese momento nos bendecía, haciendo discretamente la señal de la cruz con la mano oculta, mientras modulaba con los labios, sin emitir los sonidos, las frases de la bendición de Tobías padre, precedida de la intercesión de Santa María: **Beata Maria Intercedente, bene ambuletis...**

La partida de aquel tren me produjo un gran vacío interior, como si el corazón retardara sus latidos. Por muy optimistas que fuéramos, no sabíamos cuándo y dónde volveríamos a ver al Padre. De nuevo nos quedábamos Paco y yo solos en Valencia. Desde ese momento se reanudaba la rutina de los meses precedentes: las horas diarias en el cuartel de Caballería, las noches en aquella triste pensión del barrio viejo, las visitas diarias a casa de los Botella...

Supe tiempo después que aquella noche el Padre, al oír las continuas blasfemias de los pasajeros, decidió -después de muchos actos de reparación-, consumir las Sagradas Formas que llevaba consigo, para no exponerlas a una irreverencia. Tuvo que hacerlo en los lavabos del tren, con gran pena de su corazón. Se lo oí contar muchas veces, siempre con el mismo dolor y con el mismo amor a Jesús Sacramentado. No olvidó nunca aquel primer viaje a Barcelona: aquellas gentes, aquel tren, aquella noche...

De cómo deserté

No había transcurrido una semana todavía cuando recibí, en mi azarosa pensión, un telegrama de Barcelona. Me decían que el Padre me esperaba al día siguiente en la Ciudad Condal; venía firmado por "Mariano" o "Ricardo", no recuerdo bien. No se trataba de Ricardo Fernández Vallespín: en el lenguaje semicifrado de nuestra correspondencia de guerra denominábamos "Ricardo" a Juan Jiménez Vargas.

Ir desde Valencia a Barcelona, en aquellas circunstancias no era tarea fácil. Ni me planteé la posibilidad de obtener un permiso de la Dirección General donde estaba destinado para viajar a cualquier otra parte: era tan absurdo como imposible. Con el telegrama en la mano, Paco y yo interpretamos que lo que querían indicar aquellas lacónicas palabras era que yo debía incorporarme a la expedición que estaba a punto de cruzar la frontera.

En tales circunstancias, concluí que no era prudente dejar una pista del camino que me llevaría fuera del país. Así que decidí desertar en toda regla y me preparé para poner los pies en polvorosa sin decir a mis jefes militares oste ni moste.

Necesitaba, naturalmente, un salvoconducto. Pero, afortunadamente, eso no era problema. Dos días antes se me había ocurrido una idea luminosa y había tomado "distraídamente" varios oficios timbrados y en blanco de la Dirección General; además, aprovechando un día de guardia en que me quedé solo en las oficinas y en que -por descuido del Mayor- quedó al alcance de mi mano el poderoso sello de goma del no menos poderoso Coronel-Director, me había cuidado de sellarlos debidamente; sólo faltaba escribir en uno de ellos el texto adecuado que concediera unos días de permiso y

me autorizara a trasladarme a Barcelona; con esto (y con el pequeño detalle de imitar las firmas del Mayor y del Coronel) todo quedaba resuelto.

He escrito "imitar" las firmas, porque me parece el verbo más adecuado para describir aquella acción. En tiempos normales aquello hubiese sido una falsificación en toda regla; pero aquellos tiempos eran de todo menos normales. Debo recordar al lector que estos certificados "legales" los solían extender los más pintorescos y fantasmagóricos organismos, que actuaban del modo más arbitrario. Por esa razón, cuando el ciudadano de a pie no lograba hacerse con ellos, para poderse mover -o simplemente para sobrevivir- no tenía otro remedio que intentar falsificarlos; cosa que, ciertamente, no repugnaba a mi conciencia, sobre todo al comprobar cotidianamente que los salvoconductos "auténticos" los firmaban y sellaban personas que en la mayoría de las ocasiones se habían tomado la autoridad por su propia mano.

Una vez resuelto este escollo, di a Paco los demás oficios de la Dirección General, por si acaso nos eran útiles en el futuro, y aquella misma noche Paco me acompañó a la misma estación y al mismo ferrocarril que unas fechas antes había tomado el Padre rumbo a Barcelona. Se alegraba de mi suerte y sentía también la explicable pena de quedarse solo en Valencia.

A la mañana siguiente llegué a Barcelona sin mayor dificultad; el Padre y Juan me estaban esperando en la estación. Fue todo un día lleno de emociones. Nada más llegar pude asistir a la Misa que el Padre celebró en la casa donde había logrado alojarse junto con Juan, Tomás y Manolo. Era un piso acogedor en el que vivía una señora llamada Rafaela Caballero, viuda de Cornet, con su madre, en la Diagonal, esquina Vía Layetana. Junto al dormitorio que ocupaba el Padre había una salita pequeña; allí, sobre una cómoda, se preparó lo necesario para la Santa Misa. El Padre celebró sin ornamentos -no los había, por supuesto-, pero el amoroso cumplimiento de las rúbricas, la pronunciación pausada de los textos latinos y la unción con que celebró aquella Misa, me abstraieron de todo lo demás y me sentí, por momentos, transportado a nuestro querido oratorio de Ferraz. Fue la primera vez que le vi utilizar un pequeño "misal" manuscrito que, además del Canon, contenía los textos de la Misa votiva de la Virgen.

Entendí entonces el verdadero significado del telegrama que me habían enviado: ya habían logrado establecer contacto en Barcelona con un individuo al que llamaban "Mateo, el lechero"; me explicaron que este singular personaje iba a facilitarles el paso de la frontera a través de los Pirineos; y deseaban que yo, después de informarme bien del procedimiento para salir, me volviera a Valencia y tratara de organizar desde allí otro grupo en el que pudiéramos salir juntos algunos más.

El Padre nos recordaba que tuviéramos confianza en el Señor, que no nos abandonaría; y en aquellos tiempos tan difíciles, en los que rara vez y muy a escondidas se podían recibir los sacramentos, nos insistía en que cumpliéramos fielmente aquellos actos de nuestro plan de vida cristiana que pueden vivirse en cualquier lugar y circunstancia: oración mental, rezo del Santo Rosario y jaculatorias.

Se veía al Padre alegre y optimista, con el buen humor de siempre, convencido de que, si nos abandonábamos en el Señor y al mismo tiempo cuidábamos todos los detalles de la marcha con prudencia, las cosas saldrían bien. Pero se notaba que experimentaba un gran sufrimiento interior al pensar en los que habían quedado en Madrid.

Me informé bien de todo y, al anochecer, el Padre, Juan y yo dimos un largo paseo hasta llegar al barrio del puerto, donde estaba la estación del ferrocarril. Todavía faltaban varias horas para que saliera el tren que me llevaría a Valencia e hicimos tiempo cenando en una taberna de marineros. El ambiente era tan sórdido que los cubiertos de estaño estaban amarrados a las mesas con cadenas para que no se los llevaran.

De pronto, sobrevino un feroz bombardeo aéreo. Se apagaron las luces, sonaron las sirenas de alarma, y todo el mundo empezó a temer por su vida. En medio de aquella atmosfera de tensión, entre el estruendo de las bombas, alumbrados sólo por el tenue resplandor de una vela de sebo, el Padre comenzó a bromear conmigo, para tranquilizarme. **¡Quién te ha visto y quién te ve, Perico!**, me dijo, divertido, evocando mi aspecto durante mis años de Madrid, en los que iba siempre de punta en blanco, con la corbata sujeta -era la moda- por un pisacorbatas de esmalte, en forma de cochinilla. **¿Dónde está tu coccinella septempunctata?**, me preguntó con humor, empleando la terminología de Linneo para designar a la cochinilla...

Realmente, quién me había visto, y quién me veía en aquellos momentos: ahora llevaba, por todo atuendo, un mono miliciano (no demasiado limpio), un cinturón del ejército y un gorro cuartelero...

Acabó el bombardeo y el Padre y Juan me acompañaron hasta la estación. Una muchedumbre bulliciosa aguardaba en el andén; muchos estaban tendidos por los suelos, esperando el tren junto a los equipajes más pintorescos: maletones inmensos, sacos de patatas, cestas con gallinas y otros animales, y todo tipo de víveres, fardos y macutos militares.

Llegó el tren. Esta vez no tuve demasiado tiempo para nostalgias durante la despedida, porque para entrar tuve que "asaltar" materialmente los vagones del ferrocarril: venía tan repleto de pasajeros que las ventanillas se utilizaban como entradas y salidas auxiliares; y resultaban en ocasiones más eficaces que las mismas puertas del convoy.

Cuando tuve abundante tiempo para pensar en lo que me esperaba fue luego, en aquella larga noche de tren, de vuelta hasta Valencia. Hasta esos momentos no me había planteado la posibilidad de volver; por tanto, no había pensado en lo que podía ocurrirme si regresaba a mi destino militar después de haber tomado las de Villadiego. Y realmente, por muchas vueltas que le daba, no sabía cómo justificar mi ausencia.

Llegué a Valencia con el alma en un hilo. Fui a la Dirección General y después de varios trámites me avisaron para que fuese al despacho del Coronel-Director.

Todavía estoy viendo al Coronel López Domínguez, yendo y viniendo acalorado a lo largo de su despacho, riñéndome y gritándome sin entender las excusas que yo le daba (lo cual no tiene nada de raro, porque eran totalmente absurdas) y afeándome duramente mi conducta. En el fondo, se veía que quería salvarme. Pero tenía que cumplir las ordenanzas y debía imponerme una pena proporcionada a mi delito, que era muy grave: faltar a lista cuatro o cinco veces consecutivas, y estar fuera cuarenta y ocho horas sin permiso, en tiempo de guerra, suponía una deserción en toda regla. Y eso era, exactamente, lo que yo había hecho. En unos casos, el reo acababa en un batallón disciplinario; en otros, se le mandaba directamente al paredón.

Al fin, el Coronel encontró una solución benévola que formuló, para disimular, con la energía de quien sentencia una pena de muerte:

-¡Prisión militar!

Ese arresto -me explicó con voz grave- me incapacitaba para todo posible ascenso en las filas del Ejército. Me había impuesto la pena mínima: dieciséis días, que constarían, además, en mi expediente.

Era una condena tan insólitamente benévola para aquellos tiempos, que no había en todos los cuarteles de Valencia ni un solo calabozo hábil con puerta y cerradura donde meterme. Tuve que esperar un día entero, custodiado por un soldado armado, hasta que hicieron uno ex professo para mi persona, aprovechando un pequeño almacén sin ventanas del cuartel de San Antón, junto al Turia. Sólo podía comunicarme por el exterior por el ventanuco de la puerta.

Poco tiempo permanecí en solitario en aquel calabozo, cerrado por una puerta elemental y por una cerradura más elemental todavía. Una vez que se supo de su existencia, otros prisioneros engorrosos para el ejército vinieron a hacerme compañía. Casi todos ellos eran legionarios del Tercio -que se habían "pasado" de las filas de "los nacionales" al Ejército Republicano-, y que habían sido detenidos por delitos comunes en el barrio chino de Valencia. Paco vino a visitarme con frecuencia durante aquellos días: el pobre, para verme, tenía que formar fila habitualmente junto con las visitas de los otros prisioneros, que con frecuencia eran de esa clase de mujeres que precederán a los fariseos en el Reino de los Cielos...

De cómo volví a desertar

En aquella prisión a la medida, siguieron sucediéndome hechos inesperados: me faltaba aún una semana para cumplir la condena cuando un buen día vino Paco a verme acompañado del mismísimo Juan Jiménez Vargas. A través de la pequeña reja de la puerta del calabozo, primero, y más tarde -gracias a la benevolencia de los carceleros-, en un rincón del patio del cuartel, me pusieron al corriente de todo: el Padre estaba intranquilo por nosotros y Juan había venido para llevarnos a Barcelona a los dos.

Las circunstancias parecían preparadas por los Angeles Custodios; el momento era sumamente favorable: Paco había sido llamado a filas y tenía que incorporarse en el Ejército precisamente el mismo día en que yo acababa mi arresto.

Sin embargo nos quedaba todavía una semana por delante. ¿Qué hacer? Decidimos por nuestra cuenta y riesgo recoger a Miguel, que estaba en Daimiel, para que se viniera también con nosotros. Trazamos el siguiente plan: Juan, utilizando los oficios sellados de la Dirección General de Servicios de la Remonta que Paco guardaba cuidadosamente en su casa, iría a Daimiel y, si encontraba a Miguel, le proporcionaría la documentación militar necesaria, vendrían a Valencia y, desde allí, saldríamos los cuatro para Barcelona.

Todo salió providencialmente bien, y el día en que cumplí mi condena, en vez de presentarme cabizbajo en las oficinas de la Dirección General -que seguía siendo mi destino militar-, reincidí; es decir, volví a desertar de nuevo, pero esta vez, en compañía:

Paco desertó también. Nuestros salvoconductos nos acreditaban como soldados del arma de Caballería, destinados en servicios auxiliares, adscritos a la mencionada Dirección General, que gozaban de unos días de permiso y marchaban a Barcelona para resolver "asuntos de familia"...

VII. DÍAS DE ESPERA

En Barcelona

"En la estación -recuerda Paco, evocando nuestra salida de Valencia- había un cartel que anunciaba que había desbordamiento del Ebro, y el tren sólo llegaba a Amposta. Juan dijo que no podíamos retrasar el viaje y salimos hacia las dos de la tarde. Para disimular, nos propuso hacer parte del viaje, sentados en el estribo, como milicianos veteranos.

Con la circunstancia del desbordamiento del Ebro, los servicios de vigilancia y control de pasajeros debieron de sufrir un pequeño colapso, porque no nos pidieron la documentación en todo el tiempo de la etapa previa desde Valencia. Al llegar a Amposta el tren se paró y se dio por terminado el viaje (...). Como ya era tarde nos buscamos una casa en el campo para dormir. (...) Al día siguiente, uno de noviembre, (...) atravesamos el Ebro, desbordado en una amplia zona de varios kilómetros, montados en un carrito del cual tiraba un burrito diminuto. Era poca la altura del agua. A media mañana llegamos a la otra orilla y buscamos una casa de campo, cerca de la estación, donde poder comer".

Allí nos sucedió un episodio divertido. Cuando preguntamos dónde podíamos comer nos indicaron la casa de una señora; ésta nos dijo que nos prepararía la comida, pero teníamos que atrapar primero uno de sus pollos, que tenía suelto picoteando por un campo vecino. La caza y captura del animal correspondió a Paco, que tuvo que correr de lo lindo y sudar lo suyo antes de alcanzar al bicho.

Llegamos a la Estación de Francia de Barcelona hacia las once de la noche. Era una hora demasiado tardía para caminar por la ciudad, que estaba totalmente a oscuras a causa de los ataques aéreos; y una hora también desaconsejable para entrar en las casas en las que íbamos a alojarnos. En consecuencia, Juan decidió que nos quedásemos a dormir en la propia Estación. Nos tumbamos en el suelo e intentamos conciliar el sueño. Dimos varias vueltas, buscando acomodo en las gélidas losetas, pero era imposible: no había forma de pegar ojo en aquel lugar. Hacía demasiado frío y había un trasiego constante de viajeros que iban y venían por el andén de un sitio para otro. Paco y yo decidimos pasar la noche paseando, fumándonos los últimos pitillos que nos quedaban: unos "mataquintos" de medio pelo, mucho peores aún que los que llamaban "flor de andamio", que costaban 25 céntimos el paquete...

Por la mañana, tras hacer un rato de oración, llegamos a la casa donde se alojaba el Padre. Estaba celebrando Misa. Desayunamos unas avellanas, mientras le contamos nuestras aventuras, en las que se advertía la protección palpable de Dios.

Comenzaron unos días de tensa espera que, por diversas razones, a mí se me hicieron interminables. Vivíamos distribuidos en tres grupos. Unos, en casa de doña Rafaela Caballero, viuda de Cornet; otros, como Tomás Alvira o José María Albareda, en casa de unos parientes suyos. Otros, entre los que me contaba yo, estábamos alojados en un piso de la calle República Argentina, propiedad de unos sobrinos de la Vizcondesa de Brías, que estaba casada con el político Portela Valladares.

Fueron sucediéndose los días, y los intermediarios que organizaban las expediciones para pasar el Pirineo no acababan de fijar una fecha concreta: no hacían más que dar largas al asunto, y el tiempo pasaba y pasaba.

Y acuciaba, también: la documentación de la Dirección General de los Servicios de la Remonta que teníamos algunos, nos caducó a las pocas fechas. En la guerra sólo se concedían permisos de pocos días y, para no levantar sospechas, así lo habíamos hecho nosotros también en los oficios que habíamos redactado. Procurábamos ir subsanando esta dificultad raspando con mucho cuidado la primera o segunda cifra de la fecha, sustituyendo, por ejemplo, el uno por el dos; pero no fue fácil; y primero tuvimos que encontrar una máquina de escribir con tipos de letra parecidos, cosa que no fue nada sencilla en medio de nuestro forzoso aislamiento.

Además, el poco dinero que el Padre y los que procedían de Madrid habían podido reunir con tantos esfuerzos para hacer frente a aquella aventura, iba mermando día tras día. Porque "pasarse" costaba dinero: las personas que facilitaban la salida hacia la otra zona a través de los Pirineos no solían exponer su vida sólo por un ideal patriótico o filantrópico; exigían el pago del mejor postor, y en billetes del Banco de España que se correspondiesen con determinadas series anteriores al alzamiento militar: sabían que el Gobierno de Burgos había comunicado, por Radio Nacional, que sólo serían canjeables, al término del conflicto, determinadas emisiones anteriores a la tremenda inflación del momento. No hay que olvidar que muchos guías se dedicaban al contrabando antes de la guerra; y aunque algunos debieron de ser gente buena, lo cierto es que, en muchos casos, al contrabando habitual había sucedido éste, más humanitario quizá, pero mucho más remunerativo.

Hambre

Otro factor por el que aquellos días de noviembre se me hicieron eternos fue el hambre. Pasamos hambre, mucha hambre; muchísima hambre en Barcelona. No disponíamos de cartillas de racionamiento y no era prudente tratar de adquirirlas para conseguir víveres. Tampoco teníamos dinero para comprar alimentos en el mercado negro y la cantidad que había que reservar para pagar a los guías era intocable.

Para dar una idea del hambre que pasamos, baste recordar que en el piso de República Argentina donde yo vivía yo había un perro tan famélico que, en un momento de descuido, se comió el cuero de mi cinturón -sólo dejó la hebilla metálica-, unos calcetines que Paco había puesto a secar en el baño y la única pastilla de jabón de que disponíamos: un día entero estuvo soltando espuma por la boca el pobre animal.

Pero quizá la situación que más nos hacía sufrir era la de unos niños, familiares de José María Albareda, que se hospedaba en una casa de la calle República Argentina, cerca de Lesseps. Allí estaba refugiada también su madre, que se había venido a vivir a Barcelona tras las matanzas de Caspe, donde habían asesinado a su marido. Y en esa misma casa vivía la Marquesa de Embid, suegra de un hermano de José María, y dos sobrinitos de éste, que tendrían de cinco a siete años. Tanta hambre pasaba esta familia, que el mayor de los niños, a pesar de su corta edad, pasaba largas horas cada día en la cola de venta del tabaco, porque un guardia de asalto le recompensaba a cambio con un "chusco"; es decir, con una de las raciones de pan que el Ejército daba a los guardias para su comida.

Estos niños inspiraban gran ternura al Padre. Los veíamos a diario, porque la casa donde vivían estaba de paso entre el piso de la viuda de Cornet y el de República Argentina.

Me dan mucha lástima, nos decía, comentando su triste situación; **muestran la crueldad de las revoluciones; sus padres han tenido que huir sin poder llevárselos, y los pequeños ahora tienen que ser atendidos por sus abuelas, dos ancianas señoras enfermas, aterrorizadas por los asesinatos de sus parientes más próximos, que no pueden evitar que estos niños vivan en la calle y pasen hambre.**

Nosotros poco podíamos hacer por aquellos niños: nuestro desayuno consistía en un aguachirle, que ni llegaba a ser malta, con dos o tres galletas endiabladamente saladas, que tomábamos en un bar. Pero el Padre guardaba las galletas que le correspondían para dárselas a estos niños y, cuando podía, les daba también parte de su escuálido almuerzo. Como no podía darles otra cosa, trataba de suplir con cariño las muchas carencias que sufrían estas criaturas. **Entreténles un rato; juega con ellos**, solía decirme. También buscaba con eso que yo me distrajera, porque se había dado cuenta que aquellos niños me hacían mucha gracia.

Una vez, para divertirlos, les dije que iba a dibujarles algo. Les pregunté que querían: ¿un perro, un automóvil, un retrato? Me pidieron unánimemente que les pintara un plato con un buen par de huevos fritos. Así lo hice; es más, añadí de mi cosecha en el dibujo unas apetitosas salchichas. Los niños daban brincos de alegría y se relamían los labios contemplando todo aquello. Entonces entró el Padre y en voz baja, para que ellos no lo oyeran, me dijo: **¿Pero no te das cuenta, hijo mío, de que es una crueldad mental dibujarles eso a estos niños hambrientos?**

Además del hambre, lo que alargaba terriblemente aquellos días de Barcelona era la espera, una espera larga e incierta. No podíamos hacer nada, salvo esperar; esperar, esperar y rezar para que, un buen día, uno de aquellos misteriosos personajes -Mateo el lechero o quien fuera- nos hiciera saber que ya podíamos ponernos en camino, y hacia dónde. En más de una ocasión perdimos el contacto con esos posibles intermediarios que facilitaban la salida; sin embargo el Padre seguía teniendo plena confianza en que el Señor nos ayudaría; nos animaba continuamente y ponía los medios para que no cayéramos en una situación de nerviosismo que el ambiente propiciaba.

"Así un día y otro día", recuerda Paco. "En principio el proyecto era de estar pocos días en esta situación antes de iniciar el paso de los Pirineos. Pero las cosas comenzaron a complicarse. Por aquellos días una expedición fue detectada cuando, al encontrarse en Andorra, recién pasada la frontera, lanzaron gritos de júbilo y se descubrieron. Los carabineros pasaron a Andorra, ametrallaron, hubo muertos y heridos. Y los demás fueron hechos prisioneros. Salió en la prensa el suceso".

Un viejo amigo

Un día, al leer la prensa, el Padre se enteró de que estaba en Barcelona Pascual Galbe Loshuertos, un antiguo compañero de la Universidad de Zaragoza, que era Magistrado de la Audiencia de Barcelona en representación del Gobierno Autónomo de Cataluña. Fue a visitarle. Galbe era un hombre incrédulo y muy probablemente anticlerical, pero estimaba mucho al Padre, y le encontró tan cambiado que, al principio, no lo reconocía; luego lo abrazó, muy conmovido, y le dijo: "¡Qué alegría, Josemaría! ¡Cuántas veces he pensado que te habrían matado!".

El Padre le contó abiertamente que pensaba pasarse a Francia, por el Pirineo, con un grupo de jóvenes; y le pidió que, en caso de que fueran apresados, hiciera lo posible por salvarlos. "No lo hagas, Josemaría, no lo hagas", le aconsejó Galbe vivamente; "no podría hacer nada por salvarte y salvar a los tuyos; se acaba de dar la orden a los carabineros de disparar en esos casos y de no hacer prisioneros; hace un par de días sorprendieron una caravana y no ha quedado uno solo con vida".

El Padre le hizo ver sus razones. Entonces Galbe, como le tenía un gran afecto, para tratar de disuadirle, le ofreció otra posibilidad: quedarse en Barcelona trabajando con él como abogado. El Padre se negó rotundamente: **Si, cuando no perseguían al clero y a la Iglesia -le explicó-, no he ejercido esta profesión porque debía dedicarme completamente a mi sacerdocio, ahora, sin duda, no buscaré esta escapatoria para sobrevivir, sirviendo a una autoridad que persigue a mi madre la Santa Iglesia.**

Al ver su actitud, Galbe le dijo que viniera otro día para seguir conversando. Cuando llegó el Padre de nuevo, le hizo pasar a un despacho, desde el que se veía una sala de Audiencias en la que estaba teniendo lugar el proceso contra unos a los que habían apresado cuando intentaban pasar al otro lado. Al acabar, dictaron la terrible sentencia:

-¡Muerte!

Al Padre aquello le impresionó vivamente; pero no cambió de parecer. Galbe, comprendió entonces que no iba a lograr convencerle y -aunque sabía que con eso ponía en peligro su propia vida y la de su familia-, le dijo que, si durante la huida lo detenían y no lo asesinaban inmediatamente, podía declarar que era pariente suyo.

A partir de entonces el Padre le encomendó con frecuencia: le estuvo siempre muy agradecido y rezaba a Dios para que le concediera la gracia de la conversión.

Momentos de angustia

He hablado antes de mis penalidades, y del hambre que pasaba en Barcelona. Eso servirá de punto de referencia para imaginar la situación física en que se encontraba el Padre, que no venía, como yo, del "Levante feliz", sino de un Madrid en el que había sufrido innumerables privaciones durante los meses anteriores. Yo tenía trece años menos que él y buena salud, mientras que el Padre había pasado temporadas de fiebres altas y, durante el período en que estuvo escondido en el manicomio del doctor Suils, había padecido un fortísimo ataque de reuma en todas las articulaciones que le había postrado en cama por algún tiempo. Estaba extenuado; y desde el comienzo de la guerra había perdido casi la mitad de su peso.

En Barcelona no podíamos hacer más que una sola comida al día y además muy pobre. Nuestras posibilidades sólo nos permitían ir a dos modestísimas casas de comidas que, después de varios intentos, ya teníamos bien localizadas. Una de ellos se llamaba Aguila roja y estaba en la calle Tallers: las mesas tenían mantel y los cubiertos estaban limpios, pero la comida era tan escasa que teníamos más hambre al terminar que al comenzar. Recuerdo el menú: carne de burro y mucho "frincadó amb bolets".

En el otro sitio la comida era un poco más abundante, pero la higiene y el tono humano eran muy deficientes y hasta soez. Los más jóvenes preferíamos el segundo y el Padre,

por deferencia hacia nosotros, nos acompañaba gustoso, hasta que notamos que prefería el primero; a partir de entonces decidimos ir allí, donde, con su simpatía y buen humor, sabía sacar partido de esas circunstancias y hacernos la vida agradable. Para no gastar, hacíamos todos los trayectos de la ciudad a pie; nos servía también como entrenamiento para las duras caminatas que nos esperaban.

Por todas estas causas teníamos la preocupación de que el Padre, tan débil por esa prolongada desnutrición, no pudiera resistir las duras jornadas que se avecinaban y procurábamos que se fortaleciera en la medida de nuestras posibilidades. Y todo estuvo a punto de estropearse una tarde.

Sucedió lo siguiente: Manolo Sáinz de los Terreros había visto un letrero en un pequeño restaurante de las Ramblas anunciando que aquella tarde -de tal a tal hora- se serviría un producto nuevo: yogur. Juan Jiménez Vargas consideró, como médico, que valía la pena gastar un poco de dinero en aquel alimento tan sano y nutritivo. Y allí nos dirigimos.

Estábamos deleitándonos, saboreando este manjar insólito, cuando de pronto apareció la policía revisando los documentos personales mesa por mesa.

Fue un momento de pánico: caímos en la cuenta enseguida de que algunos de nuestros salvoconductos ya no estaban presentables. En medio de esta situación el Padre permaneció sereno y continuó la conversación como si tal cosa. Una vez más nuestros Angeles Custodios -devoción que el Padre nos había inculcado- nos sacaron del atolladero: nuestra mesa fue la única en la que los policías no se detuvieron; de haberlo hecho, quién sabe dónde hubiéramos ido a parar. (Y desde luego, a partir de entonces no intentamos incrementar de nuevo nuestras calorías con el yogur).

Otra de nuestras preocupaciones era la de no levantar sospechas entre los vecinos de los lugares donde nos alojábamos. Procurábamos dar la impresión de que éramos gente evacuada de su lugar de residencia, que había encontrado un trabajo estable en Barcelona. Por eso, a la hora normal de trabajo salíamos a la calle con la prisa y la naturalidad de quien va a desempeñar su tarea. ¿Qué hacíamos a partir de entonces? No nos quedaba otro remedio que caminar sin cesar por la ciudad. El Padre nos sugería ocupaciones que nos ayudaran a superar cualquier psicosis de desánimo. Como la mayoría de las iglesias estaban quemadas o cerradas, hacíamos habitualmente por la calle la oración mental, y rezábamos muchas partes del Santo Rosario, llevando la cuenta con los dedos. También nos sugirió que cuando pasáramos por delante de las iglesias sin culto -que eran todas-, hiciéramos actos de desagravio y comuniones espirituales.

Para no levantar sospechas, no acudíamos todos cada día a la Santa Misa que celebraba el Padre en la casa de Diagonal, esquina con Vía Layetana. El Padre nos daba la comunión a otra hora, en aquel mismo lugar o en la casa de República Argentina, a los que vivíamos allí; lo mismo hacía con José María y su familia. También atendía espiritualmente en Barcelona a muchas otras personas, cuyo nombre no solía decir para no comprometerlas.

A falta de otra ocupación, los que estudiábamos arquitectura nos dedicábamos a hacer apuntes y bocetos de edificios de la ciudad. En una ocasión esto causó al Padre varias horas de angustia. Fue a vernos al apartamento de República Argentina y Manolo Sáinz

de los Terreros -que acababa de trasladarse también a ese piso- le dijo que "los arquitectos habíamos ido a tomar apuntes de los edificios de la antigua Exposición Internacional"...

Nosotros no sabíamos -pero el Padre sí- que algunos de esos edificios habían sido destinados a depósitos de municiones y polvorines. El Padre pensó entonces que, si nos veían tomar apuntes en aquellos lugares, fácilmente podían tomarnos como espías y detenernos. Por eso, cuando volvimos a casa después de esta inconsciente excursión, y vio que no nos había pasado nada, nos abrazó con una gran alegría. Nos dijo que había estado durante todo el tiempo rezando a la Virgen para que no nos pasara nada.

Comprendí, una vez más, que realmente nos quería **con corazón de padre y de madre**.

VIII. A TRAVÉS DEL PIRINEO

Una contraseña

Un día nos dijeron -¡por fin!- que ya podíamos partir y concluyeron aquellos días de impaciente espera en Barcelona. La alegría que experimenté al saber que ya podíamos ponernos en marcha debió ser tan grande que no me acuerdo de nada: sólo logro recordar que poco después de darnos la noticia, el 19 de noviembre, nos encontrábamos ya en el autobús de línea que hacía el recorrido entre Barcelona y Seo de Urgel.

Nos distribuimos discretamente dentro del vehículo formando dos grupos. En los asientos de delante iba el Padre con Juan y José María. En la parte de atrás nos acomodamos Paco, Miguel y yo. Habíamos convenido que los otros dos que faltaban, Tomás y Manolo, se unieran con nosotros un par de días después para no despertar sospechas.

El Padre llevaba unos pantalones de pana color café ceñidos a los tobillos, un jersey de lana o algodón azul marino de cuello alto y una boina negra; y unas botas de badana color castaño, con suelas de goma, que Juan le había conseguido y que parecían -sólo eso, parecían- muy apropiadas para trepar por los montes. Paco y Miguel iban con los pantalones y camisas caqui del Ejército que les había proporcionado yo, valiéndome de un procedimiento que será mejor silenciar; y el que esto escribe llevaba el mono gris de siempre con numerosos bolsillos. Los intermediarios de los guías nos habían aconsejado que lleváramos dos pares de alpargatas cada uno; así lo hicimos, a excepción de José María, que ya para entonces usaba unas botas de excursión, que llamábamos de "suela de tocino".

Apenas llevábamos equipaje: sólo unas mochilas o macutos de soldado. Me dí cuenta entonces que lo que los hombres consideramos "imprescindible" puede reducirse en ocasiones a tan poca cosa, que llega a ser prácticamente nada. Entre los pocos objetos que había dentro de las mochilas, estaba lo necesario para que el Padre pudiera celebrar la Santa Misa: unos pequeños corporales, varios purificadores, un vasito de cristal, una botellita con vino de Misa, y el "misal" manuscrito. El Padre, con el cuidado sumo para los detalles que le caracterizaba, y muy especialmente en todo lo que se refería a la Sagrada Eucaristía, lo había preparado todo personalmente, supliendo con amor la penuria de medios. En el bolsillo de la camisa, bajo el jersey azul, llevaba el Santísimo dentro de una pitillera de plata.

Juan había tenido en cuenta que casi ninguno de nosotros estaba en condiciones físicas para afrontar la larga caminata que nos esperaba y había previsto los remedios oportunos. Le preocupaba especialmente el Padre: temíamos todos que la humedad y el frío del Pirineo -máxime cuando ya estaba avanzado el mes de noviembre- pudieran ocasionarle una recaída de su reuma. Para eso, en previsión de que sufriera un shock de agotamiento o algo parecido, Juan llevaba una bota de vino que contenía tanto azúcar como vino: como buen fisiólogo, sabía que un trago de aquel vino tan azucarado podría hacerle reaccionar en un momento de desfallecimiento general.

Convinimos en no apearnos todos en el mismo lugar. La carretera que conduce a Seo de Urgel estaba próxima a la zona fronteriza, y por la documentación que llevaban y la edad que representaban, era probable que el Padre, Juan y José María pudieran pasar el

control de policía y carabineros que había antes de llegar a Oliana. Era más prudente por lo tanto que los que estábamos visiblemente en edad militar -Paco, Miguel y yo-, nos bajáramos antes de ese control. Así que nos apeamos del autobús en Sanahuja, bastante antes de Pons y de Oliana.

Se había convenido que allí nos estaría esperando un guía y que uno de nosotros debía decirle, como contraseña, la palabra "Pallarés", llevando un periódico enrollado en la mano.

En el lugar de la carretera donde paró el autobús se encontraban varias personas. Empezamos a indagar. Nuestro santo y seña era perfecto; pero no sé por qué razón me arrojé la misión de llevar el periódico y de pronunciar la dichosa palabrita, sin tener en cuenta que cuando estoy nervioso, suelo tartamudear y me cuesta la pronunciación de las palabras que comienzan por consonante labial. Lo intenté varias veces: Pa... Pa... Pa..., pero el mágico "Pallarés" no salía de mi boca. Al fin logré pronunciarlo y como por ensalmo, pasó junto a nosotros un sujeto pelirrojo que nos dijo sin mirarnos:

-¡Seguíume!

Fuimos siguiéndole a una distancia discreta hasta que, ya lejos del puente y entre arbustos, trató de comunicarse con nosotros. No fue cosa fácil: aquel sujeto, que debía ser contrabandista de profesión, era italiano y no hablaba ni castellano ni francés; tampoco creo que hablara propiamente italiano, sino un dialecto meridional; y por añadidura estaba pasado de copas. Paco logró finalmente entenderse con él en un catalán muy defectuoso por ambas partes.

Comenzamos a andar a través de los montes. Y he de confesar que nuestro debut montañero no fue muy alentador; fue, hablando claro, un verdadero desastre: el guía italiano se perdió a media noche y nos estuvo llevando de un sitio para otro. Así fueron pasando las horas: cinco, seis, siete... Paco le ayudaba una y otra vez a orientarse, indicándole por dónde se había puesto el sol. A las doce horas de camino estábamos exhaustos, con el guía perdido, y sin otra solución que seguir andando. Si seguimos caminando, sin detenernos, más de veinticuatro horas, fue gracias a Paco, que mantuvo alta la moral en todo momento, tratándonos con fortaleza y energía, como un capitán a su tropa. Al fin, totalmente extenuados, llegamos a nuestro destino: un pajar cercano a Peramola.

Allí nos estaban esperando un labriego catalán, ya maduro, y un muchachito de unos doce o catorce años. Nos entregaron una carta del Padre, que nos había escrito poco antes: en esa carta nos decía que habían pasado sin problemas el control de Oliana y que, tras cruzar el río Segre, habían llegado a pie hasta aquel pajar, del que se habían marchado pocas horas antes. Nos contaba también que nos encontraríamos enseguida, y nos pedía que hiciéramos un retrato a lápiz a aquel simpático muchacho, dejándoselo como recuerdo. Como se ve, hasta en los momentos más críticos, el Padre estaba pendiente de vivir la caridad con todos y de manifestar su gratitud con algún detalle. En el pajar comimos con gran apetito, cumplimos el encargo del Padre y dormimos un par de horas tumbados en la paja, a pesar de que unas ratas -a las que no nos habían presentado- se tomaron enseguida una confianza inusitada con nosotros y se paseaban a nuestro lado como si nos conocieran de toda la vida.

Nos despertaron con los cuerpos aún entumecidos por la terrible caminata, con una mezcla extraña de sueño, cansancio y el asco de las ratas; y, sacando fuerzas de flaqueza, continuamos andando tres horas, más o menos, por el monte, hasta llegar a una masía típicamente catalana. Allí encontramos al Padre y a los otros dos. No recuerdo qué hora sería. Me parece que ya había celebrado la Santa Misa en una pequeña habitación de la casa y que nos dio la Comunión a los que acabábamos de incorporarnos. El Padre nos presentó a "en Pere" ("el" Pedro), un payés de unos cincuenta años, propietario de aquella masía de Vilaró, al que acompañaba toda su familia.

Mi reacciones en aquellos momentos eran torpes y desambientadas. El cansancio me había producido una obnubilación que no me permitía sentir la lógica alegría por el hecho de estar ya casi todos reunidos con el Padre, en pleno monte, en un lugar que se suponía seguro y desde donde podríamos iniciar el paso del Pirineo.

Advertí sin embargo que el Padre estaba serio, menos alegre que de costumbre; pero lo atribuí a su preocupación por los que habían quedado en Madrid, por su madre y sus hermanos. El cansancio hacía que yo no captase bien qué estaba ocurriendo a mi alrededor. Al poco de llegar a la masía todo estuvo preparado para la comida: se veía que habían estado esperándonos a los tres rezagados porque la hora era muy pasada. En mi despiste, me pareció que nos habían puesto arroz y pollo para comer, y lo festejé con entusiasmo; pero me explicaron al momento que era trigo cocido con ardilla, uno de los pocos alimentos de los que disponían aquellas pobres gentes.

Yo creía que íbamos a pasar la noche en aquella masía, pero vi que Pere hablaba con el Padre y con Juan y les decía que en aquel sitio corríamos peligro: los carabineros podían encontrarnos y debíamos trasladarnos a otro lugar en cuanto anocheciera. Me llevé un gran disgusto, no por enterarme de que seguíamos en peligro, sino por tener que seguir caminando de nuevo aquella misma tarde. Afortunadamente el lugar estaba cerca, a poco más de media hora de camino. Se trataba de una casa-ermita deshabitada y desmantelada: la iglesia y el curato de Pallerols.

Cuando llegamos a la ermita ya era noche cerrada y no me orienté bien. Ni siquiera allí nos dejaron dormir tranquilamente en una de las habitaciones, sino que nos metieron dentro de una especie de horno, cercano a la iglesia, que estaba destrozada; al menos eso fue lo que me pareció a mí aquella habitación pequeña de techo bajo y abovedado, muy ahumada, en la que, a pesar de las apariencias, cupimos todos. Nos dijeron que en ese lugar pasaríamos menos frío; pero era patente que se trataba de una excusa para tranquilizarnos a algunos. El horno tenía un ventanuco pequeño, que habían tapado con unas cuantas tablas. Pere se despidió, aconsejándonos que no abriéramos la puerta, llamara quien llamara.

Cuando estábamos todos dentro del horno, débilmente iluminados por las sombras que proyectaba una mugrienta candela que se encendió mientras nos acomodábamos en el suelo, pude vislumbrar el rostro abatido del Padre. Nunca lo había visto así. Conversaba en voz baja con Juan, como discutiendo. Yo no entendía nada. Le pregunté a Paco, que estaba más cerca de ellos, qué pasaba; Paco me explicó, con voz casi imperceptible, que el Padre pensaba que no debía abandonar a aquellos hijos suyos que habían quedado en Madrid, expuestos a toda clase de peligros. Interpreté las pocas palabras que me dijo Paco en el sentido de que el Padre dudaba en aquellos momentos cuál era la Voluntad

de Dios, y tenía el corazón como dividido: por una parte veía la necesidad de llegar al otro lado, para seguir con la Obra y ejercer su ministerio; por otra, deseaba regresar a Madrid, donde algunos hijos suyos permanecían en la cárcel, o escondidos, y donde estaban su madre, su hermana, su hermano Santiago... De pronto me pareció oír decir a Juan una frase que me desconcertó todavía más:

-¡A Vd. le llevamos al otro lado, vivo o muerto!

Me quedé profundamente asombrado: nunca había oído que ninguno de nosotros le hubiera dicho al Padre algo parecido, ni que se hubiese dirigido a él en un tono que no fuera sumamente respetuoso. Me puse a rezar, nervioso y atemorizado; mientras tanto, alcancé a oír los sollozos contenidos del Padre. Aquello me entristeció profundamente. Invoqué una vez más a la Virgen y me quedé dormido, vencido por el inmenso cansancio de la caminata anterior y por aquellas extrañas emociones.

Una rosa

Dormí profundamente; no creo que otros lo hicieran. Cuando me desperté a la mañana siguiente, el Padre y algunos más ya habían salido del horno y deambulaban por la casa. ¿Qué habrá pasado? -me pregunté-, ¿qué irá a pasar? Salí y encontré al Padre con un rostro radiante de alegría y de paz. Aun entendí menos que la noche anterior.

Paco me contó entonces que en aquellos momentos de duda el Padre se había acogido a la intercesión de la Virgen, pidiéndole una señal clara e indudable -¡una rosa!- como signo de que debía proseguir adelante; algo, en definitiva, que le confirmara en su decisión y le confortara en aquellos momentos de dolorosa incertidumbre. Era algo que no hacía nunca, porque no buscaba lo extraordinario: fue una moción de Dios. Y al entrar en la iglesia destrozada que estaba cerca del horno en el que habíamos dormido, había visto en el suelo el brillo de una rosa de madera estofada.

Esa rosa, proveniente de uno de los retablos de la iglesia que habían sido quemados por los milicianos -probablemente del altar de la Virgen del Rosario-, le confirmaba que debía seguir adelante.

Es una rosa de madera dorada -explicaría el Padre años más tarde- **sin ninguna importancia. Allí, cerca del Pirineo catalán, la tuve por vez primera entre las manos. Fue un regalo de la Virgen, por quien nos vienen todas las cosas buenas.**

Hablaría poco en el futuro sobre esta rosa: en parte por humildad -era el protagonista de aquellas gracias de Dios- y en parte porque no era nada amigo de milagrerías: **No olvidéis, hijos míos** -nos decía siempre-, **que lo sobrenatural para nosotros se encuentra en lo ordinario.**

Reconozco que debería deplorar haberme dormido tan profundamente durante aquella noche; pero, si he de ser sincero, más bien me alegro. Siempre que he visto acercarse lo sobrenatural, lo extraordinario, en la vida de nuestro Fundador he sentido un temor especial que me ha turbado demasiado.

Doy gracias a Nuestra Señora de todo corazón porque aquella noche le confirmase al Padre en el camino que debía seguir y le hiciese superar aquellas amargas

incertidumbres; porque así como nunca había visto al Padre tan afligido como aquella noche, tampoco lo vi nunca tan gozoso como aquella mañana.

La "cabaña de San Rafael"

Nuestra breve estancia en la casa-ermita de Pallerols terminó en cuanto el Padre concluyó de celebrar la Santa Misa sobre una tosca mesa que había en una habitación contigua al horno. Aunque estábamos habituados a comprobar su piedad al celebrar el Santo Sacrificio, en aquella ocasión, por las circunstancias tan extraordinarias que la habían precedido, fue aún más emocionante para todos.

Al concluir la Misa, Pere nos condujo a pie cuatro o cinco kilómetros hacia el Norte, y nos fue adentrando en los bosques de Rialp, muy tupidos de robles, pinos y abetos. Iba muy atento, por ver si descubría en el camino una posible presa para la paella del día, que se componía habitualmente de trigo y ardillas. Nos dejó al fin en una cabaña semiescabada en el suelo, techada con troncos y ramas, que estaba perfectamente camuflada dentro del bosque. Los otros dos del grupo que faltaban se incorporaron pocas horas después.

Se notaba que anteriormente había acampado en aquella cabaña alguna que otra caravana de prófugos, porque en el suelo quedaba algo de paja con la que nuestros predecesores habían tratado de combatir el frío y la humedad. Hasta que no sufrimos las consecuencias, no supimos que esos caballeros nos habían dejado también otra herencia bastante menos agradable: un repugnante cultivo de piojos.

Para protegernos del frío, Pere nos proporcionó una delgada manta de algodón para cada dos personas, que resultó totalmente insuficiente: nos pasábamos las noches tiritando. Alguna vez, durante la noche, encendimos un poco de fuego en el interior de la cabaña; pero no era buena solución: como había que evitar que saliera humo al exterior, se acababa formando dentro una humareda que nos ahogaba. Durante el día tampoco encendíamos fuego, ni cocinábamos, por temor a ser localizados desde lejos. Pere, valiéndose a veces de un borriquillo, nos traía los víveres. No eran demasiado abundantes, pero nos los cobraba como si estuviéramos en un gran hotel.

El Padre denominó a aquella cabaña la cabaña "de San Rafael", como manifestación de su devoción a los Arcángeles, a los que invocaba como patronos del Opus Dei. A este Arcángel encomendaba especialmente la labor apostólica con la juventud. Ahora, al cabo de los años, me cuesta trabajo creer que sólo estuviésemos cinco días en esos bosques de Rialp: a mí me parecieron siete u ocho.

Durante ese tiempo el Padre atendió a unos sacerdotes de la comarca que estaban escondidos en otra cabaña, más arriba del monte; llevaban allí muchos meses y Pere le indicó el camino para encontrarlos. Aquellos buenos sacerdotes agradecieron mucho la posibilidad de poder conversar con otro sacerdote que pudiera referirles qué cosas habían ocurrido en España y en el mundo durante aquellos meses. A pesar de todo, en medio de su precaria situación, aquellos sacerdotes tenían que dar gracias a Dios: en concreto, en Urgel acabaron matando al 20 por ciento de los sacerdotes de la diócesis. De los 540 sacerdotes seculares que había incardinados en 1936, asesinaron en total, durante toda la guerra, a 109. Y a esta cifra hay que añadir la de los miembros de las diversas órdenes religiosas.

Tal vez también nosotros hubiéramos podido permanecer indefinidamente en el bosque sin que nos encontrasen los carabineros o milicianos. El Padre comentó en alguna ocasión que fue entonces cuando comprendió verdaderamente el significado de la palabra "emboscado", que en aquellos años se usaba con frecuencia.

Durante aquellos días el Padre nos insistió con frecuencia en que viviéramos un horario establecido en el que no sobrase ni un minuto. Nos pedía que mantuviésemos bien limpia la cabaña y sus alrededores; quería que nos afanásemos en mantenerlo todo en un orden meticuloso; y en general, nos hacía atarearnos en unas ocupaciones que a mí me parecían completamente innecesarias. Indicó que por la mañana, después de asistir a la Misa que celebraba sobre un altar improvisado en medio del bosque, entre los trinos de cientos de pájaros, alguno de nosotros, como José María Albareda, diese al resto una charla sobre cuestiones culturales. Hizo que otros llevasen un diario, que los estudiantes de Arquitectura dibujásemos y no faltó siquiera un rato de deporte. Yo hacía todo lo que nos iba indicando, pero no acababa de entender el sentido de aquello.

A la vuelta del tiempo comprendí la razón de aquel modo de proceder: el Padre quería evitar la psicosis característica de los emboscados, que sueñan con la libertad, pero acaban quedándose en la comodidad de su refugio, por no poner el necesario esfuerzo para salir de esas circunstancias. De ese modo nos mantuvo ocupados durante aquellos días, alejando de nosotros cualquier atisbo de nerviosismo, de impaciencia, de pereza o desánimo. Fue una manifestación más de su fortaleza, de su prudencia y de su serenidad ante las diversas circunstancias de la vida.

De nuevo en marcha

Sin embargo, a pesar del esfuerzo del Padre por tenernos ocupados durante toda la jornada, conforme iban pasando los días iba creciendo nuestra impaciencia interior por reemprender la marcha hacia la frontera. Finalmente llegó el día esperado; y, al menos a mí, me pilló totalmente desprevenido. Estábamos esperando que Pere nos trajera la comida de la tarde, cuando el día 27 de noviembre se presentó sin ella, y nos dijo que había que ponerse inmediatamente en marcha. Recogimos nuestras cosas a toda prisa y nos encaminamos hacia el norte. Pere nos acompañó todavía como un par de horas en este recorrido.

Hicimos un alto, ya de noche, para aguardar a otros que debían incorporarse a nuestra expedición. "Mientras esperábamos -recuerda Juan-, el Padre se encontró otra vez asaltado por sus vacilaciones y se mostró decidido a volver atrás. (...) Aquello era una nueva prueba. No veía lo que tenía que hacer, como si de pronto se sintiera abandonado, como si le faltara la ayuda sobrenatural, como si fuera una prueba permitida por Dios, que le exigía un tremendo esfuerzo para imponerse a su preocupación momentánea y seguir a contrapelo. Me entró pánico, pensando que pudiera ser una decisión terminante. Sin vacilar, le cogí del brazo, dispuesto a no dejar que volviera".

Por fin, llegó el grupo que esperábamos, y Pere se despidió de nosotros:

-¡Dios quiera que tengan buena suerte!

A Pere le relevó un hombre pequeño y hablador, conocido por el Mora, que nos condujo hasta una cueva en el Corb, a unos dos kilómetros al norte de Peramola. Allí nos

encontramos con un nuevo guía, que nos dijo que se llamaba Antonio, aunque después nos reveló su verdadero nombre: José Cirera.

Este nuevo guía "era un contrabandista autoritario, infatigable y audaz, como poco a poco fuimos comprobando", recuerda Juan. "Avanzamos hasta el interior de la cueva y cuando estábamos en lo más profundo, a la luz de una vela, nos dijo con voz enérgica:

-Aquí mando yo, y los demás a hacerme caso. Andaremos en fila, de uno en uno. Y no hablar: no quiero nada de ruidos. Cuando yo tenga que avisar algo se lo diré a los primeros de la fila, y os lo iréis diciendo unos a otros. Que nadie se pare ni se detenga. Si alguno se pone malo y no puede seguir, se quedará en el camino. Si alguno quiere acompañarle, se quedará también".

La escena fue tétrica. A continuación salimos todos de la cueva, en medio de la noche, tras el guía, que era joven y fuerte como un gamo, por un camino muy empinado entre una vegetación de encinas y pinos. Parecía que Dios le había dado una anatomía especialmente diseñada para trepar riscos con una agilidad sorprendente. Pronto se ganó un merecido prestigio de líder; un prestigio que residía fundamentalmente en sus piernas y en un mutismo desproporcionadamente obstinado para su edad.

A partir de entonces, poco a poco, fue formándose una larga fila de fugitivos que se iba engrosando en cada encrucijada, de modo semejante a como los riachuelos van confluyendo en la corriente hasta formar un río. De ese modo, nuestro reducido grupo inicial se había convertido en una larga hilera humana. En ella el Padre caminaba inmediatamente detrás de Antonio y casi a continuación iba José María. Desde mi puesto de atrás advertí poco después que el Padre había hecho amistad muy pronto con nuestro joven guía. Comprobé de nuevo que nadie se resistía a su simpatía y don de gentes.

A partir de ese momento perdí la noción del tiempo, hasta en su relación con los días y las noches. No sabría cómo explicarlo; fue una sensación semejante, pero infinitamente más angustiada y radical, a la que se experimenta cuando se hace por primera vez un vuelo transoceánico de varios días. Contribuyó a esa confusión el hecho de que solíamos caminar de noche, para que no nos descubrieran, y descansábamos durante las horas más luminosas del día, en algún lugar de confianza para los guías. Pero esto fue muy relativo, porque hubo bastantes excepciones. Además, ninguno llevábamos reloj, salvo Manolo, y no hubo comidas que marcaran las etapas de cada jornada. El resultado es que acabé perdiendo el sentido del tiempo; no sabía en qué día estábamos, ni qué hora era; las caminatas nocturnas me parecían interminables; y el cansancio, el sueño y el hambre las alargaban desmesuradamente. Las alargaban también lo agreste del camino, porque nunca seguíamos propiamente una senda de montaña: no hacíamos más que trepar y trepar riscos, y abrirnos paso, a duras penas, entre la maleza del bosque.

A veces veíamos centellear las luces de un pueblecito en el fondo del valle, y preguntábamos al guía cómo se llamaban. Pero fuimos comprobando que nos decía siempre los nombres invariablemente cambiados, como medida de seguridad y para evitar cualquier delación.

Al fin, después de una larguísima caminata, llegamos a una profunda hondonada en el barranco de la Ribalera, en la escarpadura de una montaña de rocas rojizas. Allí, antes

de ponernos a descansar, el Padre dijo que quería celebrar la Santa Misa. El lugar elegido no fue dentro de la hondonada, sino cerca de ella, al aire libre, un poco más abajo de una pequeña cascada originada por las filtraciones de la montaña.

Durante el trayecto de la noche anterior habíamos oído algunas blasfemias, porque dentro del grupo, además de unos veinte mozos catalanes, había gente de todo tipo y no faltaban algunos contrabandistas. A pesar de todo, el Padre quiso que se corriera la voz de que era sacerdote y se dispuso a celebrar la Santa Misa. La caravana no era muy numerosa todavía; pero, como poco, asistieron a Misa unas veinte personas que, con toda seguridad, no lo habrían podido hacer desde el comienzo de la guerra. Todos estuvieron muy respetuosos.

Nunca podré olvidar aquella Misa. Como no había ninguna peña suficientemente alta que pudiera servir de mesa de altar, el Padre tuvo que celebrar el Santo Sacrificio permaneciendo de rodillas durante todo el tiempo, delante de una piedra no demasiado alta, pero suficientemente plana. Pese al cansancio y a lo singular de las circunstancias, celebró la Misa con gran unción, contagiando a los demás su piedad y recogimiento. Dos de nosotros tuvimos que estar también de rodillas durante todo el tiempo sujetando los corporales para no el viento no se llevara ninguna forma. Nuestro guía lo observaba todo a una respetuosa distancia, semioculto entre los árboles.

Me fijé de un modo especial en la devoción con la que oyó Misa un muchacho catalán de aspecto universitario. Se llamaba Antonio Dalmases, y más tarde hicimos amistad con él. "Sobre una roca y arrodillado -escribió entonces Antonio en su diario- casi tendido en el suelo, un sacerdote que viene con nosotros dice la Misa. No la reza como los otros sacerdotes de las iglesias. Sus palabras claras y sentidas se meten en el alma. Nunca he oído Misa como hoy, no sé si por las circunstancias o porque el sacerdote es un santo.

La Sagrada Comunión es conmovedora: como casi no podemos movernos hay dificultad para administrarla y esto que estamos todos agrupados en torno al altar. Todos vamos andrajosos, con barba de varios días, despeinados, cansados. Uno tiene el pantalón roto y enseña toda la pierna. Las manos sangran por los rasguños, los ojos brillan por las lágrimas contenidas, y sobre todo está Dios entre nosotros".

Después de este descanso de pocas horas, reanudamos la marcha a media tarde, todavía con luz. Tras una prolongada escalada, vino una subida más suave, pero prolongada, casi en altiplano; finalmente, otra subida fatigosa hasta coronar el Aubens.

Las fuerzas comenzaban a flaquear y José María y Tomás estuvieron a punto de quedar extenuados. "La pendiente era grande -recuerda Juan- y en algunos momentos sólo se podía andar trepando por las piedras. Apenas empezar este tramo Tomás Alvira se cayó desvanecido. Estaba en tal estado de agotamiento que pensaba que no podría llegar al final. Intentamos reanimarlo. Pero en un determinado momento el jefe dio la orden de seguir porque había que alcanzar la cumbre antes del anochecer. Ordenó que a Tomás lo dejáramos allí. Era una decisión brutal y no estábamos dispuestos a aceptarla, pero Tomás no se sentía con fuerzas para nada. Entonces el Padre tomó al guía del brazo, habló unos minutos con él y dijo:

-Tomás, no hagas caso. Tú seguirás con nosotros como los demás, hasta el final".

Ahora, desde la perspectiva de los años, comprendo que si José María y Tomás lograron superar su agotamiento fue porque Dios quiso y porque el Padre actuó con una impresionante caridad y fortaleza. En ambos casos el Padre les ayudó con gran cariño y habló con nuestro guía a solas. El viento nos permitió oír algunas de sus palabras, que fueron más o menos las siguientes, cuando se refería a José María: **Piense, Antonio, que se trata de un hombre muy valioso, de un verdadero sabio de fama internacional, que ha hecho mucho bien a su patria y aún le queda mucho por hacer; usted es hombre de corazón; tenga paciencia y deje que le ayudemos hasta escalar la cima del monte; yo le aseguro que se repondrá después, aprovechando el primer descanso que tengamos y podrá seguir caminando normalmente; usted tendrá la satisfacción el día de mañana de haber salvado la vida de un hombre excepcional...** Increíblemente, nuestro inflexible guía cedió y, en un caso y otro, siguieron adelante.

A partir de entonces varios de nuestro grupo fuimos turnándonos para ayudar a José María, que llegó a estar inmóvil, inexpresivamente sonriente y enajenado: debió sufrir una especie de mal de montaña. Si le dábamos la mano seguía caminando, pero muy lentamente; en cuanto lo soltábamos, se detenía de nuevo, sin reaccionar ante nuestras palabras. Parecía no oír.

Nos sorprendió que fueran precisamente Albareda y Alvira quienes experimentasen ese tremendo agotamiento. El primero, por su condición de edafólogo, estaba habituado a trepar por los montes, y a hacer caminatas y excursiones científicas; el segundo era uno de los más jóvenes del grupo. Pero los meses de hambre en Madrid y en Barcelona, respectivamente, habían dejado en ellos su huella y su deterioro.

La subida al monte Aubens fue una de las jornadas más duras. Durante todo el recorrido Juan iba siguiendo muy de cerca al Padre. Todos teníamos la convicción -y Juan de modo especial- de que nuestra principal misión, en aquellos momentos críticos, era velar por su vida: salvándole asegurábamos la continuidad de la Obra, que era la Voluntad de Dios. Esta idea la teníamos bien clara, sin necesidad de que nadie nos la hubiera explicado. Afortunadamente, el Padre coronó el monte Aubens y las otras etapas con una energía sorprendente. Rechazaba sistemáticamente el vino azucarado que le ofrecía Juan, argumentando que otros lo necesitaban más que él; aunque cuando accedía Juan apretaba tanto la bota que forzosamente tenía que tomar más de lo que deseaba.

La bajada del monte Aubens, por la vertiente norte, fue menos costosa, pero muy accidentada. No hacíamos más que atravesar bosques de pinos y descender rápidamente entre los riscos. Alguno rodó por el suelo, pero no pasó nada. Acabamos de bajar el monte muy avanzada la noche, y después de atravesar una carretera con grandes precauciones, nos detuvimos para descansar en una casa a la altura de Aubás; era una masía grande y con corrales para caballería de tiro.

Por aquel entonces la caravana de prófugos era ya muy numerosa; se habían ido sumando nuevos grupos de gentes, sobre todo de campesinos, y se habían multiplicado también, desgraciadamente, las palabrotas y las blasfemias. La vieja superstición, tan arraigada entre labriegos y carreteros, de que los animales solamente obedecen a base de blasfemias, había aumentado sensiblemente en un largo año de revolución antirreligiosa.

Esta fue la causa por la que el Padre, en vista de la situación, decidiese consumir las Sagradas Formas.

Pasamos todo el día 29 de noviembre en Casa Fenollet, escondidos en uno de los corrales de ganado. Se ocupaba de la casa una señora -la "mestresa"- junto con otras mujeres, entre las que se encontraba una monja que se había refugiado allí. Llegamos completamente rendidos y me quedé dormido enseguida. Sin embargo, una de las veces en las que me desperté, por una causa o por otra, advertí que el Padre no estaba durmiendo. Esto me enojó interiormente: pensé para mis adentros que si él no aprovechaba esas horas de descanso luego no podría resistir.

Me enteré más tarde que a media mañana, mientras yo dormía profundamente, habíamos atravesado una situación de gran peligro. "Se presentaron en la casa dos milicianos -recuerda Juan-, preguntando si habían visto gente. Andaban recorriendo aquel camino a la caza de fugitivos. La mestresa -en un alarde de serenidad- les convenció de que estaba dispuesta a colaborar con ellos en la persecución de facciosos, mientras les servía unos buenos vasos de vino y unas tajadas de pernil. Y cuando acabaron su almuerzo, se marcharon sin investigar más".

Tras hacer algunos remiendos de urgencia en la ropa de algunos, aquellas mujeres nos dieron al medio día la única comida realmente nutritiva de toda la travesía: carne de carnero con alubias. A las seis reanudamos nuestro camino y el Padre nos aconsejó, para ganar en agilidad, que nos despojáramos de todo lo que tuviéramos que cargar sobre nuestras espaldas. Ya en la subida del monte Aubens habíamos tenido que arrojar algunas cosas para aligerar el peso, pero entonces fue la liquidación total: hasta los zapatos de Manolo se quedaron en el corral.

Al salir nos advirtieron que, en lo sucesivo, no podrían proporcionarnos más alimentos; y me parece que fue entonces cuando los guías nos proporcionaron un queso fresco y un trozo de hogaza por todo avituallamiento. Nos dijeron que aquello nos debía servir para unas ocho raciones; es decir hasta llegar a Andorra. Me resulta humillante el hecho de recordar todavía perfectamente aquel queso: era redondo y blanco, y tendría a lo sumo unos doce centímetros de diámetro por otros cuatro de grueso. Tras subir una montaña, en un pequeño altiplano, mientras descansábamos unos minutos, Manolo comenzó a bromear sobre el queso; y con gran asombro de mi parte, sacó una regla de cálculo de su bolsillo y comenzó a calcular, entre bromas y veras -utilizando el número pi-, qué sector circular de queso correspondía a cada comida que nos faltaba hacer. Mientras el Padre acogía el comentario con buen humor, Paco y yo -ciertamente con un humor bastante menos bueno-, reaccionamos en contra de las matemáticas de Manolo y engullimos el queso y la hogaza de una vez por todas; nuestra hambre nos llevó a considerar que era mejor conservar esos alimentos en el estómago que transportar su exiguo peso en la mochila...

En contraste con nuestro minúsculo queso y nuestro escueto trozo de pan, Antonio Dalmases venía bastante bien provisto. Llevaba, entre otros víveres, una fiambra repleta exclusivamente de apetitosos muslos de pollo asados. Aún no sabíamos su nombre, y el Padre comentó, con cariño y buen humor, que era un muchacho inteligente: había descubierto una nueva especie de animal, cruce de ave de corral y miriápodo: el pollo-ciempiés. Desde entonces nos referíamos a él, de broma, con el apelativo "el chico del ciempiés".

Cuando comenzó a oscurecer reanudamos la marcha, esta vez de bajada. Cruzamos un río y nos acercamos a una carretera. Nos advirtieron que había que extremar la prudencia y no hacer ruido con los pies al caminar, o con los bastones que nos habíamos hecho con ramas de árboles. Teníamos que coronar dos montes -Santa Fe y Ares- de unos 1200 y 1500 metros de altitud respectivamente; y entre un monte y otro había un valle enclavado a 700 metros. Atravesar aquel valle era bastante peligroso, porque según nuestro guía los perros de las masías podían dar la alarma a los milicianos de Orgañá. Esto es lo que había sucedido poco tiempo antes y los milicianos habían recibido a tiros a los fugitivos.

Superamos estos dos montes; después, ya no me acuerdo de nada con precisión; sólo guardo la imagen de unos treinta hombres encorvados, caminando en hilera, sin apoyar los bastones en el suelo, componiendo una escena casi irreal. Luego, los recuerdos se agolpan. En una ocasión, recuerda Juan, cruzamos una carretera y nos deslumbraron las luces de un coche. "El susto nos dejó paralizados -anota- pero los guías, inalterables, se limitaron a decir que si nos enfocaban otra vez, eso es lo que había que hacer: quedarse quietos y en silencio".

-No pasa nada -dijeron, con gran seguridad-. No pueden vernos.

A continuación vino lo duro: tuvimos que atravesar infinidad de ríos; luego me enteré que era siempre el mismo, el Arabell: lo cruzábamos y lo volvíamos a cruzar; a ratos, caminábamos dentro del agua; otros, cerca de la ribera. Entonces comprobamos que las botas que Juan le había conseguido al Padre eran un auténtico timo. Le habían asegurado que eran impermeables y entraba el agua como si fueran un colador; con el inconveniente, además, de que tardaban mucho en secar. El Padre anduvo por lo menos dos días con los pies totalmente mojados.

Al amanecer del día 1 de diciembre acampamos al fin, totalmente empapados y ateridos de frío. Apenas salió el sol y amenazaba ya una nevada. Pasamos el día entero entre los matorrales y las piedras, completamente mojados, sin podernos mover para no llamar la atención, en un suelo húmedo y resbaladizo. Por la noche oímos batir unos tambores que delataban la proximidad de fuerzas armadas de carabineros o milicianos y nos inquietamos. Pero en aquellos momentos -por lo menos a mí-, me importaba más el frío que el miedo a ser apresado. Era un frío terrible, un frío inmisericorde y cruel, que me calaba hasta los huesos, y me hacía estremecer en medio de aquel agotamiento físico y psíquico que arrastraba desde hacía varios días. Aunque estaba totalmente obnubilado por el cansancio me pregunté que, si yo estaba así, cómo estaría el Padre. Estas consideraciones me servían para hacer oración y encomendarle.

Al mismo tiempo me irritaban algunas cosas que veía hacer al Padre: por ejemplo, no se protegía del frío, metiéndose periódicos entre la ropa, bajo el jersey, como hacíamos todos; procuraba comer menos para que a nosotros nos tocara más; apenas dormía cuando descansábamos en aquellos corrales y cuevas; y yo adivinaba que hacía todo aquello para mortificarse y para rezar más. Todo esto, al mismo tiempo que me conmovía, no acababa de entenderlo y, por el cariño que le tenía, hubiera querido impedirlo.

Durante los prolongados ascensos de los montes, cada uno procuraba ir recitando el Santo Rosario, al menos con el corazón; así nos lo había enseñado el Padre. Nuestra

respiración jadeante se iba alternando con el rezo de los Padrenuestros, las Avemarías y las Letanías. Llevábamos mentalmente la cuenta de las decenas -las manos no daban abasto para apoyarse en el bastón y agarrarse al terreno-, pero perdíamos fácilmente la cuenta y acabábamos rezando misterios de veinte o treinta Avemarías. Entonces me sucedió un curioso fenómeno, que es un ejemplo palpable del cansancio físico y de la fatiga mental que nos provocaba el hecho de estar constantemente escudriñando el suelo en la más absoluta oscuridad. Durante una de las últimas tertulias que tuvimos en la cabaña, el Padre nos había cantado, para entretenernos, un ingenuo y candoroso villancico que solían cantar durante las Navidades las buenas religiosas de clausura de Santa Isabel, el Patronato del que el Padre era Rector, y que decía así:

Qué Niño tan bonito
que tiene San José
cada vez que lo miro
me pasa no sé qué...
¡ay, ay, ay!...
¡me pasa no sé qué...!

Sorprendentemente, esta letra ingenua y esta tonada de ritmo infantil, llegaron a formar parte inseparable de mi fatigosa respiración durante horas y horas: "cada vez que lo miro, cada vez que lo miro...". Repetí tanto tiempo esta tonada y se me grabaron estos versos tan profundamente en la memoria, que estoy seguro que me olvidaría antes de mi propio nombre que del villancico de las monjas Agustinas del Patronato de Santa Isabel...

Otro fenómeno fruto del cansancio, fue que, de vez en cuando, aunque no hubiera realmente ningún pueblecito de luces centelleantes en el valle, las veíamos brillar en la lejanía, como un extraño espejismo en la oscuridad...

Aquella tarde, después de todo un día de frío, antes de emprender la marcha, cayeron algunos copos de nieve. Y sin haber podido descansar, reanudamos el camino hacia el Norte.

Luego, entre todos, hemos recordado diversos sucesos de esa parte de la travesía. Hubo un momento crítico, junto al barranco de Civis. El guía nos avisó de que una patrulla andaba rondando por el camino: había oído claramente sus pasos. Hizo correr la voz:

-Mucho silencio y que nadie se mueva.

Y desapareció para investigar. Estábamos en un sitio húmedo, calados hasta los huesos, y así estuvimos durante dos horas, luchando contra el cansancio, el frío y el sueño. Alguno se quedó dormido de pie. Cuando regresaron los guías nos dijeron que cuando la patrulla se alejara del punto elegido para cruzar el camino, debíamos echar a correr a toda velocidad y ganar altura en la subida al paso de Cabra Morta, situado más allá del río.

Esperamos en silencio. Pasó la patrulla, y cuando el guía estuvo seguro de que se habían alejado lo suficiente, empezamos a correr monte arriba, a toda prisa, agarrándonos donde podíamos, pinchándonos con los abundantes espinos. A continuación, tras superar un alto desnivel sobre el río, cruzamos un cortado, rodeamos un pico y subimos

casi hasta la cumbre por un terreno descampado. El terreno era tan accidentado que los guías nos aseguraron más tarde que la mayor parte de la gente no se hubiese atrevido a pasarlo durante el día por miedo a caerse. De pronto, paramos en medio de un bosque. Entonces el guía nos dijo que nos ocultáramos:

-Uno debajo de cada árbol, sin moverse, y mucho silencio.

Aquella parada, en medio de un silencio absoluto, se me hizo interminable. Se veía la luz de una casa y el resplandor de una hoguera. Pensamos que estaba cerca una patrulla.

Muchas de estas cosas las había olvidado. Pero luego hemos reconstruido entre varios estos hechos, y Juan -que volvió con uno de los guías a aquellos lugares muchos años más tarde- recuerda que pasamos cerca de una casa, la borda de Llusia, que tenía una luz encendida: debía de ser una lámpara de carburo. Al apercibirse de nuestra presencia unos perros comenzaron a ladrar ruidosamente. Nos asustamos mucho, pero los guías no hicieron caso. Luego cruzamos el arroyo de Argolell y escuchamos, sobresaltados, unos tiros de fusil. "Se habían dado cuenta tarde -recuerda Juan-; quizá les parecía que estábamos todavía por la subida y querían batir la cola de la expedición, pero ya no estábamos a su alcance". Cruzamos por delante de Más d'Alins, cuando, ya de noche cerrada, los guías nos dijeron que habíamos pasado la frontera: ¡ya estábamos en Andorra!

El Padre rezó una oración. Yo tardé cierto tiempo en reaccionar y darme cuenta de que todo había pasado. Quizá fuese la misma alegría la que me impedía creérmelo del todo. Los guías nos señalaron la dirección que debíamos seguir y desaparecieron.

Esperamos a que amaneciera y comenzamos a andar. Me convencí realmente de que ya estábamos en Andorra cuando apareció ante nuestra vista, en el valle, un hermoso pueblecito, Sant Julià de Lòria. Era el día 2 de diciembre de 1937.

Por fin en Andorra

Tras aquella larga pesadilla, por fin, ya éramos libres. En acción de gracias, una vez que nos quedamos solos los de nuestro grupo, el Padre volvió a incoar la Salve -esta vez en voz alta-, que recitamos pausadamente, con profundo fervor y gratitud hacia la Virgen. Encauzaba así nuestra alegría en este acto de amor a nuestra Madre, que, una vez más, había manifestado su misericordia con la Obra.

Llegamos al pueblo. Antes de entrar tuvimos que superar un trámite que a algunos nos resultó molesto: los gendarmes procedieron a "desarmarnos"; es decir, nos quitaron los improvisados bastones que cada uno había ido escogiendo entre las ramas, por considerarlas "armas impropias" (!). Y además nos documentaron como refugiés politiques; cosa que también me irritó bastante, porque no había sido la política el motivo de nuestra evasión de España.

Tomamos un café caliente en un bar que había a la entrada del pueblo y buscamos la iglesia; después proseguimos caminando hasta Les Escaldes, una pequeña localidad del Principado de Andorra, muy cerca de Andorra la Vella, su capital.

He de reconocer que algunos de mis primeros recuerdos de Andorra no son demasiado espirituales. Me refiero en concreto al reconfortante baño de agua caliente y jabón que tomé en el Hotel Palacín de Les Escaldes, donde nos alojamos, y a la primera comida normal que hicimos en el hotel. Como nuestros organismos habían perdido la costumbre de digerir alimentos con regularidad, y los más jóvenes no tuvimos la prudencia de comer muy poquito -como hizo el Padre, que apenas probó bocado-, lo pasamos bastante mal en esa primera digestión. Recuerdo perfectamente lo que tomamos Paco yo: bistec con patatas fritas, pan blanco y fruta; y recuerdo perfectamente también el malestar y el ahogo que nos produjeron. Ocupábamos el mismo cuarto y tuvimos que abrir la ventana para recibir el alivio del aire fresco.

Al Padre se le hincharon las manos de forma alarmante y comenzó a sufrir fuertes dolores. Juan se preocupó: pensó que aquello podía ser el comienzo de un ataque reumático, como el que había padecido en Madrid. Al reconocerle descubrió que la inflamación se debía a la infinidad de espinas que tenía clavadas en la piel. Al escalar los montes se había ido agarrando a los matorrales, llenos de zarzas con espinas, y no nos había dicho nada para no preocuparnos, y para que no tratáramos de ayudarlo. Hasta en aquellos momentos críticos había querido vivir el Padre lo que siempre nos enseñaba: non veni ministrari sed ministrare, no he venido a ser servido sino a servir.

Juan le fue sacando las espinas, una por una, y a la mañana siguiente estaba mucho mejor y pudimos regresar todos a Andorra La Vella para la Santa Misa. Por primera vez, después de casi un año, el Padre pudo volver a celebrar el Santo Sacrificio con ornamentos sagrados, en la capilla que unos monjes benedictinos de Monserrat, huidos de Cataluña, habían instalado en la planta baja de una casa, cerca del hotel. Antes de comenzar nos pidió que encomendásemos a los que se habían quedado en Madrid; y supongo que ese día celebró la Santa Misa por ellos.

Nuestro plan era irnos lo antes posible de Andorra, porque los salvoconductos que nos había extendido la Gendarmería francesa como "refugiados políticos" eran válidos solamente por cuarenta y ocho horas: lo indispensable para poder llegar hasta la frontera española de Irún. Pero, apenas llegamos a la capital del Principado empezó a caer una fuerte nevada, que gracias a Dios no nos sorprendió caminando por el Pirineo, y Andorra se quedó totalmente incomunicada. Habían cerrado el puerto de Envalira consecuencia de la nieve, y naturalmente, en esas condiciones no podíamos dirigirnos a Francia.

Fue pasando el tiempo y las máquinas quitanieves no llegaban : un día, otro, otro... Barajamos entonces la posibilidad de conseguirnos unas raquetas que nos permitieran caminar sobre la nieve, pero el proyecto no cuajó. Además, el coronel Boulard, que se alojaba en nuestro hotel, y estaba al mando del destacamento que Francia había enviado a Andorra para defender el pequeño Principado de las incursiones de los milicianos españoles, nos prohibió tajantemente que intentáramos pasar la frontera en medio de aquella nevada.

Sin embargo los días pasaban, la carretera seguía bloqueada por la nieve y los partes meteorológicos no eran nada optimistas. Y Monsieur le Colonel, un hombre grueso y corpulento, que trató muy bien al Padre cuando supo que era sacerdote, seguía en sus trece: no nos dejaba partir. Al cabo de ocho días, después de insistir mucho al Coronel, nos dejó, bajo nuestra responsabilidad, encaminarnos a pie hasta Francia. No nos

pareció mala solución: al fin y al cabo estábamos ya familiarizados con el Pirineo; y, además, teníamos una razón poderosísima para hacerlo: no nos quedaba dinero para continuar pagando el hotel.

El día 10 de diciembre de 1937, después de asistir a la Misa que celebró el Padre en la parroquia de Andorra la Vella, salimos lo más temprano que pudimos acompañados de la casi totalidad de la expedición que había atravesado la frontera con nosotros. Una parte del camino pudimos recorrerla en un camión de asientos improvisados, con las ruedas bien pertrechadas con cadenas. Después atravesamos a pie el caserío de Encamp porque el camión no pudo pasar más arriba de Soldeu. Desde allí tuvimos que seguir a pie unos quince kilómetros, hundiéndonos en la nieve hasta más arriba de las rodillas. El paisaje era espléndido.

Al principio, la marcha parecía sencilla, sobre todo en comparación con los días anteriores. Pero al poco tiempo se fue esfumando nuestro entusiasmo, sobre todo cuando empezamos a notar que se nos helaban los pies, porque caminábamos con las mismas alpargatas que habíamos usado durante la travesía. El Padre tenía las botas destrozadas y no habíamos podido comprar otro calzado por falta de dinero. Para protegernos un poco de la nieve, nos envolvíamos de vez en cuando los pies con papeles de periódico, hasta que se convertían, a causa de la humedad, en una pasta inservible.

En estas penosas circunstancias subimos el puerto de Envalira, a 2.400 metros de altitud, y continuamos andando por la carretera hasta el refugio, al que llegamos después de las once de la mañana. A las doce reanudamos la marcha hasta el Pas de la Casa, un puesto veraniego de la aduana francesa, donde nos acomodamos todos los que formábamos parte de la expedición -unas veinticinco personas- en un autobús de catorce plazas. De ese modo, apretujados y cansados, llegamos a L'Hospitalet, el primer pueblo de Francia.

Allí los trámites se prolongaron desde las dos hasta las cinco de la tarde. A esa hora tomamos el taxi que nos estaba esperando: un viejo Citroën de alquiler que nos habían enviado unos amigos de José María y que nos hubiera recogido en Les Escaldes si la nieve lo hubiera permitido. Nos acurrucamos los ocho dentro del vehículo, que era relativamente grande, y así, prensados como sardinas y ateridos de frío, iniciamos nuestro recorrido sobre suelo francés.

Acción de gracias en Lourdes

Sin embargo no fuimos directamente a Hendaya: el Padre deseaba hacer una escala en Lourdes para dar gracias a Nuestra Señora. Los recuerdos que conservo de aquella visita son muy opacos, como fruto del agotamiento de aquellas jornadas. El viento era cortante y estábamos todos mojados hasta los tuétanos, muertos de frío y tiritando.

Durante el viaje guardamos el silencio necesario para hacer la oración de la tarde. Yo sólo conseguí ofrecer el malestar de la humedad y el frío, mientras pedía al Señor que el Padre no cayera enfermo. Iba sentado a su lado y no se me ocurría nada que decir para hacer ameno el viaje. Sin embargo el Padre, a pesar del cansancio, procuraba distraernos. Al pasar por Tarascón hizo un comentario lleno de buen humor acerca del conocido personaje de la novela de Daudet -Tartarín de Tarascón-, al que se había

referido algunas veces al predicar sobre el realismo en la lucha interior: no había que actuar -nos decía- como Tartarín, que salía a cazar leones por los pasillos de su casa.

Hicimos noche en una modesta pensión de Saint Gaudens, que se autotitulaba pomposamente Hotel Central. No dejé de tiritar hasta que me quité la ropa mojada y me acurruqué bajo un rimero de mantas. A la mañana siguiente, 11 de diciembre, nos levantamos antes de que se hiciera de día y reemprendimos el viaje.

Salimos hacia Lourdes muy temprano. El Padre iba en silencio, muy recogido, preparando la Santa Misa. Hicimos un rato de oración y rezamos el Rosario. Al llegar, tras superar alguna dificultad en la sacristía del Santuario -el Padre no había podido conseguir una sotana y no le querían dejar celebrar Misa-, pudo celebrar, convenientemente revestido con una casulla blanca de corte francés, en el segundo altar lateral de la derecha de la nave, bastante cerca de la puerta de entrada de la cripta. Yo le ayudé. Los otros se situaron en lugares cercanos. Al comenzar, cuando ya levantaba la mano para hacer la señal de la Cruz, se volvió hacia mí, que estaba arrodillado en la grada, y me dijo en voz baja:

-Supongo que ofrecerás la Misa por la conversión de tu padre y para que el Señor le dé muchos años de vida cristiana.

Me quedé profundamente sorprendido: realmente yo no había ofrecido la Misa por esa intención; es más, estaba poco concentrado y con la atonía natural de quien se ha levantado muy temprano y aún se encuentra en ayunas. Me impresionó además que el Padre, precisamente en esos momentos en que con tanto fervor se disponía a dar gracias a Nuestra Señora, y que tantas cosas iba a encomendarle, tuviera el corazón tan grande como para acordarse de mis problemas familiares. Conmoverlo, le contesté en el mismo tono:

-Lo haré, Padre.

Entonces, en voz baja, añadió: **Hazlo, hijo mío; pídelo a la Virgen, y verás qué maravillas te concederá.**

Y comenzó la Misa: **In nomine Patris... Introibo ad altare Dei...**

IX. PAMPLONA

No me cuente Vd. su caso

En Lourdes no estuvimos más de dos horas. Desde allí nos dirigimos a San Juan de Luz donde llegamos entre las seis y las siete de la tarde del día 11 de diciembre. Nos estaba esperando allí un hermano de José María Albareda. La frontera entre Francia y España estaba cerrada, pero nos dejaron pasar por el puente internacional. "No se me olvida - recordaba Paco- la profunda alegría de nuestro Padre, cuando cruzábamos a pie el puente internacional de Hendaya. Iba rezando la Salve, y luego jaculatorias, que nosotros acompañábamos con mucha intensidad y emoción. Al pisar tierra de España, donde recobraríamos plena libertad de movimientos, nuestro Padre continuaba rezando. No dimos los gritos de júbilo que eran bastante habituales en esos casos. Gritamos por dentro, en agradecimiento a Dios y a la Virgen. Al unísono del Padre".

Apenas llegamos a Fuenterrabía -donde, por nuestra condición de evadidos, nos obligaron a hacer múltiples declaraciones-, el Padre trató de comunicarse por teléfono con el Obispo Administrador Apostólico de Vitoria, Mons. Javier Lauzurica, pero no lo encontró porque estaba de viaje en Roma. Habló entonces con Mons. Marcelino Olaechea, el Obispo de Pamplona, que nos avaló ante las autoridades civiles, evitándonos muchos trámites.

Antes de proseguir este relato quiero hacer una aclaración para que se entienda bien lo que viene a continuación: eran tiempos de guerra y los ánimos estaban muy exaltados; las opiniones, sobre todo en el terreno político, se defendían con ardor y pasión. Los que se habían escapado de la "otra zona" caían con frecuencia en un revanchismo exacerbado, explicable por las víctimas que habían tenido en su familia o por las penalidades que habían sufrido. Sin embargo, jamás, en medio de este ambiente, vi ni oí en el Padre expresión alguna que no fuera serena, prudente y caritativa con todos. Y de los que entonces estuvimos más cerca de él, quizá pocos podrían estar tan sensibilizados como yo, a causa de mi compleja situación familiar.

Un comentario hiriente, un gesto de desprecio, una alusión... yo lo hubiese detectado enseguida; pero nunca lo dijo. El Padre nunca hablaba de política: quería y rezaba por la paz y por la libertad de las conciencias; deseaba, con su corazón grande y abierto a todos, que todos volvieran y se acercaran a Dios. Y sufría cuando escuchaba una valoración exclusivamente política de aquellos sucesos, olvidando la cruenta persecución religiosa y los numerosos sacrilegios que se estaban cometiendo.

Eso explica que apenas llegamos a Fuenterrabía el Padre me pidiese que dejara una relación escrita en la Oficina de Información, haciendo constar los esfuerzos que había hecho mi padre, a veces con éxito, para salvar muchas vidas y evitar sacrilegios. Valiéndose de su cargo de Director provincial de Monumentos Históricos y Artísticos, mi padre había logrado esconder en unos almacenes en Albacete y en un sótano del pueblo de Fuensanta, ignorados por las masas, muchos vasos sagrados, custodias, imágenes religiosas, etc. **Es justo -me dijo el Padre- que el día de mañana se sepa el bien que ha hecho tanta gente buena, independientemente de las opiniones políticas que hayan podido tener.**

Estas palabras ponen de manifiesto su grandeza de alma. Nunca formuló una acusación para nadie: cuando no podía alabar, callaba. Jamás tuvo una expresión de rencor. Y en aquella época no era tarea fácil unir el amor a la justicia con la caridad; pero el Padre supo hacerlo admirablemente.

Otro rasgo característico de aquel momento histórico es que mucha gente hablaba de sí misma en un tono heroico y grandilocuente: se puso tan de moda el contarse unos a otros sus penalidades pasadas, que llegó a acuñarse esta frase: "no me cuente usted su caso, por favor". Por contraste, el Padre, que tenía tantas penalidades que relatar, no lo hizo nunca. Tampoco buscó un acomodo oficial. Hizo lo de siempre: trabajar, callar, rezar, y procurar pasar inadvertido.

Nos recomendó, en medio de aquel clima exaltado, que nunca tuviéramos odio en el corazón y que perdonáramos siempre. Hay que situarse en aquellos momentos para entender lo que significaban estas palabras en toda su radicalidad: estaba teniendo lugar la mayor persecución sufrida por la Iglesia en España, en la cual murieron casi siete mil eclesiásticos y numerosos católicos a causa de su fe.

Algunos de los que habían perdido la vida en aquel conflicto a causa de su fe eran muy amigos del Padre, como don Pedro Poveda, Fundador de la Institución Teresiana, hoy también en los altares; o don Lino Vea-Murguía, al que detuvieron el 16 de agosto del 36 y abandonaron muerto, tras asesinarlo, junto a la tapia del Cementerio del Este. Habían asesinado también a muchos sacerdotes conocidos suyos; entre ellos, a su padrino de bautismo. **Era viudo** -comentaría el Padre años más tarde, evocando su figura, a raíz de la pregunta de una mujer que había sufrido una cruel persecución en su país-, **y más tarde se hizo sacerdote. Lo martirizaron cuando tenía sesenta y tres años. Yo me llamo Mariano por él. Y a la monjita que me enseñó las primeras letras en el colegio -era amiga de mi madre antes de hacerse monja- la asesinaron en Valencia. Esto no me horroriza, me llena de lágrimas el corazón... Están equivocados. No han sabido amar.**

He recordado todas estas cosas para consolarte, hija mía, concluyó diciendo el Padre a esta mujer; **no por hablar de política, porque yo de política no entiendo, ni hablo, ni hablaré mientras el Señor me deje en este mundo, pues ése no es mi oficio. Pero di a los tuyos, de mi parte, que se unan a ti y a mí para perdonar.**

El Padre supo perdonar; y nos enseñó a perdonar siempre.

Pero prosigamos con nuestra historia. Estuvimos todo el día 12 en Fuenterrabía, y al día siguiente llegamos a San Sebastián. Habíamos comenzado a dispersarnos unos y otros por diversos lugares, al irse unos a su trabajo, y otros -los que estábamos en edad militar-a su destino en el Ejército. Juan, por ejemplo, se incorporó a Sanidad hacia el día 15 de diciembre; Paco y yo, acompañados por una pareja de la Guardia Civil, abordamos en la tarde del día 17 un desvencijado ferrocarril de carga y pasajeros que, después de muchas horas de traqueteo y tras superar las consecuencias de una fuerte nevada en Alsasua, nos condujo a nuestro destino: el Regimiento de Minadores-Zapadores de Pamplona. Al despedirnos, el Padre nos prometió que vendría a Pamplona y pasaría con nosotros la Navidad.

En el Regimiento de Zapadores

Al llegar a la capital navarra, otra pareja de la Guardia Civil nos condujo al Cuartel de Ingenieros, sede del Regimiento. Estaba situado en el extremo oriental del campo militar, al norte de la Ciudadela. Apenas traspasamos la entrada, un guripa nos llevó a nuestra Compañía a través del inmenso patio- explanada totalmente cubierto por una gruesa capa de nieve helada. Tuve la impresión de encontrarme en Moscú. Salvo en los grabados rusos, nunca había visto unos edificios y un paisaje semejantes.

Nuestra Compañía estaba en el primer piso del pabellón de la izquierda, y al llegar nuestro acompañante llamó con voz cansina al soldado de guardia. Apareció entonces un recluta somnoliento y perezoso, cubierto hasta la nariz por un amplio capote de puntas. Aquella nariz me resultó conocida: era la de un compañero de la Escuela, José Luis Fernández del Amo, al que llamábamos cariñosamente "pajaroide", cosa que no le disgustaba. José Luis asistía también a los Círculos en la Residencia de Ferraz.

La primera noche de cuartel fue toda una odisea. No había suficiente dotación de tablas de catre, colchonetas de paja y mantas, y el frío era realmente moscovita. Paco, sacando fuerzas de flaqueza, se dispuso a aceptar aquellas carencias con resignación ascética; yo luché para sobrevivir y luché por conseguir lo antes posible un permiso para dormir fuera del cuartel. Afortunadamente, José Luis nos fue adiestrando en esos pequeños trucos de la vida cuartelera, que nos resultaron más útiles que los entrenamientos del terrible sargento que cada mañana nos vapuleaba, de izquierda a derecha, derecha a izquierda, gritándonos sin cesar:

-¡Peee..loo...tooooooón!

¡Pobre sargento! No consiguió, a pesar de todos sus gritos y todos sus esfuerzos, que ni Paco ni yo adquiriésemos el aire marcial requerido, ni que diéramos una en las prácticas de tiro...

No nos proporcionaron ropa militar; pero nos indicaron que debíamos ir con la cabeza cubierta para hacer los saludos de ordenanza. Y con la insignificante cantidad que nos daban semanalmente pudimos comprar lo necesario para escribir cartas e iniciar el apostolado epistolar, como nos había recomendado el Padre.

Así fueron pasando los días hasta el 24 de diciembre. Paco y yo estábamos de guardia, y de pronto, nos llamaron a grandes voces diciéndonos que bajáramos al portón de entrada: allí nos encontramos con el Padre, que se había presentado sin previo aviso en el cuartel. Venía vestido con sotana y dulleta, y llevaba el sombrero -la teja- que usaban habitualmente los sacerdotes en aquella época. En San Sebastián las teresianas le habían proporcionado calzado y un poco de ropa; y el Obispo de Pamplona, don Marcelino Olaechea, le había hospedado en el Palacio Episcopal y le había proporcionado una sotana. La teja había pertenecido al propio obispo, que le había quitado los signos episcopales -el cordón y las borlas verdes- para que el Padre la pudiera usar.

Por la noche, poco antes de las doce, el Padre se presentó de nuevo en el cuartel. Paco lo recordaba perfectamente: mientras él estaba de guardia en los puestos -depósitos de municiones-, se presentó el Padre acompañado de José María Albareda, que había llegado por la tarde a Pamplona. Les dejaron llegar hasta aquel lugar por la gran

consideración y confianza que se tenía en aquella época hacia los clérigos. "Allí -cuenta Paco- estuvieron un rato con Pedro y conmigo. Traían turrone, que compartimos con el Padre, y celebramos así la Nochebuena. José María había conseguido algo de dinero, y se pudieron comprar cosas de comer. Estos detalles de cariño, de vida de familia, en las circunstancias tan extraordinarias que vivíamos, se me clavaron en el corazón: me hacían sentir muy feliz y la entrega al Señor se hacía gozosa".

Al día siguiente, las obligaciones militares nos permitieron pasar el día de Navidad junto con el Padre y con José María. Fue un día especialmente entrañable. Después de comer, estuvimos con el Padre en las habitaciones que ocupaba en el Palacio Episcopal, y Paco y yo le fuimos comentando diversas peripecias de nuestra vida en el Cuartel. Entonces nos dijo que, en aquellas circunstancias, podíamos hacer la oración mientras estábamos de guardia; y nos recordó que podíamos y debíamos convertir todos aquellos trabajos cuarteleros en oración y en ocasión de apostolado. Nos indicó también que debíamos ser muy humanos para ser muy divinos.

A partir de entonces, durante la primera semana de enero, a la hora en que nos daban permiso de salida en el cuartel, el Padre se acercaba muchas tardes para vernos. Así se hizo amigo de un cabo, que se llamaba Garmendia, con el que se entretenía hablando y al que le llevaba siempre que podía un cigarro puro, de los que don Marcelino obsequiaba a sus invitados. **Es un buen marido y un buen padre de familia**, nos comentó. **Me da pena que la guerra tenga a tantos hombres como éste alejados de los suyos.**

El Padre nos comunicó que iba a fijar su residencia en Burgos: el motivo fundamental era que desde allí le resultaría más fácil desplazarse a los diversos lugares en los que estaban repartidos, por los azares de la guerra, los miembros del Opus Dei y podría tratar apostólicamente a los numerosos chicos a los que había dirigido en Madrid. Le hubiera resultado más cómodo permanecer en Pamplona o en Vitoria, donde los Obispos le habían ofrecido hospitalidad indefinida; pero pesaron más las razones apostólicas, unidas a la circunstancia de que José María podría acompañarle probablemente en aquella ciudad, o al menos pasaría allí largas temporadas. A partir de aquel momento intentamos hacer todo lo posible para que nos destinaran a Burgos ya que habíamos sido declarados de servicios auxiliares y en aquella ciudad castellana había muchos organismos y dependencias militares.

Doña Micaela

No quiero acabar este relato de mi estancia en Pamplona sin mencionar, aunque sea de paso, a doña Micaela Pinillos. Paco y yo habíamos logrado al fin que nos dieran permiso para dormir fuera del cuartel y nos alojábamos en una pensión de la calle de Pozoblanco, nº 6, cuarto piso, propiedad de doña Micaela. Habíamos acordado con ella que iríamos sólo a dormir, porque no teníamos dinero para más, pero doña Micaela nos daba generosamente de cenar por su cuenta en numerosas ocasiones. No sé qué edad tendría aquella buena mujer, pero debía haber superado -generosamente también- la cincuentena. Pronto experimentó por nosotros cierta predilección y una especial veneración por nuestro Padre, que venía a vernos de vez en cuando.

Doña Micaela poseía una rara intuición, agudizada por el trato con personas dedicadas a Dios -tenía varios parientes religiosos y religiosas- y pronto descubrió en el Padre "un

algo muy especial", como ella decía. "Se ve de leguas que es un santo", nos comentó varias veces. También decía que en nosotros dos -Francisco y yo- había parte de ese "algo". Un día, cuando hacía unas de estas alusiones, intenté cortar por lo sano:

-Claro que es un santo -le dije-; claro que tenemos 'algo suyo' porque es nuestro director espiritual.

-¿Sólo... su director espiritual?, inquirió doña Micaela.

Su intuición no se detuvo ahí. En otra ocasión, llegó a decirme: "Estoy encomendando mucho la fundación que don Josemaría debe de estar llevando a cabo". Esto me sorprendió especialmente. Quizá habría oído algo; desde luego nosotros no le habíamos dicho nada acerca de la Obra a aquella piadosa mujer, de rara -y certera- intuición.

X. LOS MESES DE BURGOS

De Pamplona a Burgos

Conforme nos había anunciado, el Padre se trasladó a Burgos, donde se instaló en una modesta pensión situada en el nº 51 de la calle de Santa Clara. Hizo desde allí algunos viajes, por motivos apostólicos, en los meses de enero y febrero, a Valladolid, Avila, Bilbao, León, Zaragoza y Pamplona. Mientras tanto, yo comencé a hacer una serie de gestiones con mi tío Diego Ramírez Pastor, hermano menor de mi madre y director de un periódico en Bilbao -donde firmaba como Jorge de Claramunt-, para que me trasladaran a Burgos.

En esto, un día caí enfermo. Al enterarse, el Padre vino a verme a la pensión de doña Micaela. Estaba acompañándome cuando se presentó un soldado para comunicarme que se habían suspendido los permisos y debía presentarme inmediatamente en el Cuartel. Aquello me alertó: por aquellos días venían noticias alarmantes del frente de Teruel y se rumoreaba que nos iban a destinar a todos allí, donde se producían muchísimas bajas.

En un primer momento el Padre también se preocupó; me dio la bendición y me dijo que se quedaría rezando a la Virgen. Me aconsejó que no me preocupara, porque no me pasaría nada. Y en efecto, hacia la medianoche acabó el acuartelamiento y los que teníamos permiso para dormir fuera volvimos a nuestros domicilios.

Al llegar a la pensión me encontré con que el Padre estaba todavía esperándome: no había querido marcharse al Palacio Episcopal hasta saber qué había pasado y realmente la pensión de doña Micaela era un buen punto de información. Me recibió con el cariño con que un padre recibe a un hijo que ha sobrevivido a un gran peligro. Aquel cariño me emocionó y rezamos juntos una Salve de acción de gracias a Nuestra Señora.

Al fin me destinaron a Burgos. Paco había conseguido también que lo trasladaran a esa ciudad, y el 8 de marzo de 1938 pude irme a vivir con el Padre, con José María y con Paco, a la habitación que ocupaban -una sola para todos- en una pensión de la calle Santa Clara. Esta pensión estaba situada en un pequeño chalet, que ha desaparecido ya, que se encontraba muy cerca de la vía del tren. Desde una ventana se contemplaba la sobria fachada de la Casa-asilo de las Hermanitas de los Pobres, con unos decorativos blasones arzobispales esculpidos en piedra.

Mi destino en Burgos era la M.I.R., iniciales de la Dirección General de Movilización, Instrucción y Recuperación. Cuando se enteraron los jefes militares que tenía casi terminada la licenciatura en Ciencias Exactas me adscribieron al Gabinete de Cifra, dependiente de la Secretaría del General Orgaz, y me encargaron de cifrar y descifrar los telegramas que se enviaban y recibían en clave.

Allí conocí a Pedro de Ybarra Mac-Mahon, un soldado joven, más bien flaco y con gafas de concha, rubio, que destacaba por su educación y su simpatía. Pedro me puso al corriente de mi nuevo trabajo, y así nació entre los dos una larga amistad que ha durado toda la vida y que en aquellos momentos me ayudó mucho a sobrellevar las horas interminables que pasábamos diariamente en la Secretaría.

El trabajo era abundante: cuando no había telegramas que cifrar, me mandaban dibujar planos del Estado Mayor o escribir a máquina. Pedro, que hablaba bien varios idiomas, se dedicaba a traducir manuales extranjeros, que luego se reimprimían como textos de las Academias Provisionales que dependían de Orgaz. Al terminar el trabajo, me volvía a la pensión de Santa Clara.

Estuvimos poco tiempo en aquella pensión. Durante ese tiempo el Padre celebró algún día la Santa Misa en el Monasterio de Santa Clara, que estaba muy cerca de allí; pero pronto comenzó a decir Misa habitualmente en la capilla de las teresianas, en el nº 5 de la calle de la Merced. Se ofreció a darles algún retiro o alguna meditación, por el gran afecto que tenía hacia el Padre Poveda y a la Institución fundada por él, y procuró ayudarlas en los duros momentos que atravesaban, como consecuencia de la muerte de su Fundador. Y en aquellos momentos de penuria, a pesar de la situación de pobreza absoluta en la que se encontraba, tomó una decisión heroica: no recibir nunca estipendios de Misas.

En nuestra pensión se hospedó también durante cierto tiempo Navarro Borrás, el antiguo profesor de Paco y mío en la Escuela de Arquitectura, que conocía al Padre desde antes de la guerra. Había también allí varios personajes singulares; el más curioso y característico de todos era una inglesa de unos cincuenta años que trabajaba como "speaker" en Radio Nacional. Era la única persona de la pensión que tomaba té, y Paco y yo la llamábamos entre nosotros "miss Peluca" por la textura de su cabello. Al principio le caímos bastante mal; no hacía más que protestar por el ruido que formábamos Paco y yo con nuestras pesadas botas de soldado al subir y bajar por la escalera de madera. Pero el Padre nos reconcilió con ella, hasta el punto de que acabó llamándonos, cariñosamente, "Pegüico y Pacuito".

"Tierra de nadie"

Cuando llegué a Burgos, durante el mes de marzo, el Padre se encontraba muy enfermo. Me dijeron que llevaba así desde el mes de febrero. Como siempre, no quería dar importancia a su salud, pero apenas se le tocaba la mano se notaba que tenía fiebre; y por las tardes le subía mucho la temperatura. Tenía una tos seca y persistente y una fuerte afonía. Paco estaba muy alarmado: me dijo que había llegado a vomitar sangre.

Con el paso de los días, como aquello no cedía, el Padre, que nunca fue aprensivo, debió llegar a preocuparse también: eran los síntomas propios de una tuberculosis avanzada, enfermedad que entonces era incurable.

Además de incurable, era contagiosa; y el Padre se planteó -si realmente era tuberculosis- cómo podría convivir con nosotros y, en general, tratar apostólicamente a gente joven. Sin embargo, en medio de aquella incertidumbre, vivía con gran paz: se había puesto totalmente en manos de Dios, aceptando Su Voluntad.

Tardó en ir al médico a que le reconociera, porque no quería gastar en su salud un dinero del que no disponíamos. Pero, gracias a las indicaciones de Ricardo, que vino a verle, y a la insistencia de Paco, consintió en ir al médico, aunque con la condición de permanecer sólo durante el reconocimiento. Quiso que le acompañara José María Albareda. Tiempo después nos comentó con humor que, como José María era un sabio, era más fácil que estuviera en las nubes, y le resultaría más sencillo desprenderse de él

entrar solo al consultorio. Así ocurrió. Luego, durante la consulta, para lograr que el especialista le dijera con toda crudeza la verdad del diagnóstico, antes de ponerse ante la pantalla de rayos X, le dijo bromeando:

-Bueno, doctor, vengo a que me revise mis cavernas... ¿no sabe que soy 'cavernícola'?

El médico lo revisó a fondo; y, superado el desconcierto que las palabras del Padre le habían causado, le dijo: "Usted no tiene, ni ha tenido, lesión alguna en los pulmones". Tras nuevas consultas con un otorrinolaringólogo, los médicos no encontraron la causa del mal: concluyeron que aquella lesión "estaba en tierra de nadie".

La camiseta de Sigfrido

Sin embargo, el hecho de que el médico hubiera descartado una posible tisis, no significó que el Padre recuperara la salud; y las condiciones materiales en que vivía no favorecían demasiado su restablecimiento: atravesábamos uno de esos crudos inviernos de Castilla, que el Padre afrontaba, por pobreza y mortificación, alimentándose poco y abrigándose menos. Llevaba habitualmente una sotana ligera para andar por casa, la única que tenía; y cuando salía a la calle, sólo se ponía una dulleta de entretiempo y el sombrero de fieltro que le había regalado el obispo de Pamplona. No consintió en que le compráramos un jersey y una bufanda. Ricardo, en una de las visitas que nos hizo desde el frente, nos encargó a Paco y a mí que nos esforzáramos por cuidar la salud del Padre; pero -como se verá a continuación- no nos resultó nada fácil cumplir este encargo.

Hay que situarse primero en nuestras circunstancias materiales. Nos desenvolvíamos en medio de grandes penurias económicas y no teníamos con frecuencia ni para lo más imprescindible. Por ejemplo: sólo contábamos con cinco pijamas para todos. Eso significaba que había que lavar rápidamente el pijama sobrante para que el siguiente usuario se pudiera cambiar. Y sólo teníamos -para los cuatro- una camiseta de abrigo, que tenía una enrevesada letra gótica bordada en el pecho con las iniciales de su antiguo propietario. Era bastante gruesa y de buena lana, y nos la habían regalado -usada, pero en buen estado- a nuestro paso por San Sebastián.

Un día que estaba vestido con los pantalones y las botas militares, me puse la camiseta y vi que me cubría hasta las rodillas, dándome cierto aspecto de soldado medieval; me coloqué encima mis correajes de soldado y, ante las carcajadas de Paco y José María, comencé a representar Lohengrin. De pronto, entró el Padre y suspendí la representación. Nos preguntó qué hacíamos: Paco le explicó, candorosamente, que yo estaba haciendo de Sigfrido. A partir de entonces la camiseta se llamó la "camiseta de Sigfrido". El resto de las prendas de ropa que usábamos en rotación también tenían nombre propio: "el pijama del chófer", "el del presidiario", etc.

Esta "camiseta de Sigfrido" dio pie a que yo, en mi deseo de cuidar al Padre, llegara a extralimitarme. El Padre no se quería poner la famosa camiseta argumentando que había tenido siempre una especial aversión hacia esas prendas: era verdad, pero no la quería usar fundamentalmente por mortificación, y para que nos la pusiéramos nosotros. Hasta que un día en el que hacía mucho frío y el Padre seguía afónico y con mucha tos, Paco y yo, movidos por el cariño, pero sin delicadeza, casi le obligamos físicamente a que se la pusiera. A los pocos minutos ya se la había quitado y entonces nos dimos cuenta

entonces de lo impropio de nuestro comportamiento; le pedimos perdón y quedamos en buscar otros medios para cuidar su salud.

¡Tú eres Pedro!

En medio de esta situación de penuria material, Paco y yo intentábamos hacer descansar al Padre, y procurábamos distraerle comentándole cosas divertidas. Recuerdo que le relaté un suceso de mi reciente estancia en Pamplona que le divirtió mucho. El obispo había organizado grandes festejos con motivo del día del Papa: Santa Misa, Recepción y Besamanos, y por la tarde, prédica en la iglesia de San Nicolás; y yo, que le conocía personalmente, fui a escucharle a la iglesia. Me senté en una de las primeras filas, frente al púlpito. A la hora prevista llegó don Marcelino, comenzó el sermón, hizo una pausa, y de pronto exclamó con voz atronadora:

-Tú... eres... ¡Pedro!

Yo pensé que se estaba dirigiendo a mí y, sorprendido, di un respingo y un salto sobre mi asiento. Luego comprendí que se trataba sólo del conocido versículo del Evangelio "Tú eres Pedro... y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia".

Con este tipo de anécdotas intentábamos aliviar el sufrimiento que experimentaba el Padre por los que habían quedado en Madrid -Alvaro, Isidoro, Vicentón... su madre, sus hermanos Carmen y Santiago...-, de los que hablaba continuamente; por los que estaban en los frentes de Madrid o Teruel, donde hubo muchas bajas; y por las dificultades que iba encontrando de nuevo, después de diez años de trabajo incesante, para poner en marcha la labor apostólica.

El Hotel Sabadell

Durante las semanas que vivimos en la pensión de Santa Clara, el Padre nos habló en varias ocasiones de la conveniencia de buscar un piso para atender mejor la labor apostólica desde aquella ciudad. Pero en aquellos tiempos, alquilar un piso en Burgos era algo casi imposible, si no se desempeñaba un alto cargo militar o político; y no era éste nuestro caso. Tampoco se podía resolver ese problema con dinero, porque no lo teníamos.

Algunos miembros de la Obra nos remitían esporádicamente algo de dinero, pero eran cantidades mínimas. Ricardo, Juan y algunos más hacían economías hasta extremos inverosímiles para enviarnos parte de sus modestos sueldos. Tampoco José María ganaba demasiado con su trabajo; y, en lo que se refiere a Paco y a mí, sólo recibíamos del Ejército dos pesetas diarias. Y como ya he dicho, en aquellas circunstancias, el Padre había decidido, por pobreza, no recibir estipendios de Misas y de predicación.

Eso explica que cuando el capitán Martos nos comentó a Pedro Ybarra y a mí que había previsto nombrarnos Oficiales Honorarios, porque al Gabinete de Cifra solo podían pertenecer, según el reglamento, Oficiales del Ejército, yo procuré quitarle rápidamente esa idea de la cabeza. Con esa distinción lo único que iba a conseguir era quedarme sin las dos pesetas diarias que nos pagaban -sin ninguna otra remuneración a cambio-, y sin el derecho, además, a beneficiarme del comedor de Cuartel General, que estaba destinado a la tropa, donde comía habitualmente...

Cuando desechamos la idea, por imposible, de encontrar piso en Burgos, nos pareció que dábamos un gran paso dejando la pensión de Santa Clara y trasladándonos al Hotel Sabadell. Y allí nos fuimos a vivir el 29 de marzo. El Sabadell era un hotel de tercera, situado en el número 32 de la calle de la Merced, frente al río Arlanzón.

El edificio se podía contemplar hasta hace muy poco tiempo, con otra numeración -el 11- y dedicado a otro uso. Tenía una simpática fachada de estilo floreal provinciano, tan característico de la época en que fue construido. Sobre la entrada se alzaba una airosa marquesina de hierro y cristal, que daba acceso casi directamente a la escalera. Constaba de una planta baja y tres pisos con tres habitaciones que daban a la calle. Nuestra habitación era la nº 9 y correspondía al primer piso -al mirador de la izquierda-, inmediatamente encima de la marquesina de entrada.

Para que lo que voy a contar se entienda bien, hay que hacerse una idea concreta de las circunstancias materiales en las que vivíamos. Por esa razón me detendré en la descripción pormenorizada de aquella habitación de veintiocho metros cuadrados con treinta y cinco centímetros en la que nos instalamos los cuatro: el Padre, José María, Paco y yo. En este exiguo espacio se rezaba, se trabajaba, se dormía, nos lavábamos y afeitábamos, y hasta se recibían visitas, muchas visitas. Y allí, por increíble que parezca, se atendía la labor apostólica con más de un centenar de personas de diversa edad y condición.

Nuestra habitación tenía, como diría un decorador moderno, tres "ambientes". La parte más amplia, la habitación propiamente dicha (4,63 por 3,92 metros), estaba amueblada con las tres camas de José María, de Paco y mía. Quedaba el espacio justo para un pequeño ropero -suficiente para lo poco que teníamos los cuatro-, una mesa rectangular y un par de sillas. Frente a la puerta de entrada había otro "ambiente": un mirador acristalado, que contaba con dos pequeños sillones, una mesita de mimbre y unas persianas de tiras de madera pintadas de verde que lo protegía del sol y de la curiosidad de los transeúntes, proporcionándole cierta intimidad.

Frente al mirador, junto a la puerta de entrada, se encontraba el acceso al tercer "ambiente": una pequeña habitación a la veneciana donde estaba el dormitorio del Padre. Este cuarto sin iluminación directa contaba con una cama, una mesilla de noche, un lavabo de agua corriente y una percha (clavada sobre una pequeña puerta que la comunicaba directamente con el pasillo, pero que siempre estuvo cerrada). La separación entre la habitación y el dormitorio del Padre consistía en una cortina de tela de mala calidad, blancuzca y casi transparente.

Era un lugar incómodo y pequeño: y como la parte superior de la puerta de la habitación era de vidrio esmerilado, cada huésped del hotel que llegaba tarde por la noche, no despertaba invariablemente al encender la luz del pasillo.

Poco a poco aquel cuarto fue adquiriendo un ambiente familiar. El Padre nos sugirió la posibilidad de confeccionar unos banderines de carácter deportivo-universitario, y compramos unos trozos de fieltro de diversos colores: azul, amarillo y blanco. Yo recorté los patrones, y como el Padre había comenzado ya su labor apostólica con algunas chicas jóvenes, gracias a la ayuda de la madre de Vicente Rodríguez Casado, fueron ellas quienes los confeccionaron y cosieron. Uno de los banderines llevaba el nombre de RIALP, el bosque donde estuvimos durante la travesía de los Pirineos, y otro

el de DYA. Aquellos banderines le dieron mucha vida a la habitación, donde pusimos también algunos mapas de varias regiones españolas.

En aquel mirador de reducidas dimensiones (1,78 metros de largo por 0,80 de fondo), recibió el Padre a muchísimas personas. Venían a verle sobre todo estudiantes que habían frecuentado la Residencia DYA, que iban presentándole nuevos amigos a su vez. Algunos de estos muchachos murieron en los frentes de guerra.

En aquel clima juvenil, debo reconocer que ni a Paco ni a mí nos resultaban tan gratas las visitas que recibía el Padre de gente de más edad, y que eran también muy numerosas. Cuando venían los jóvenes hacíamos una tertulia y, si era domingo, dábamos un paseo hasta Las Huelgas u otro lugar de las afueras de Burgos; con frecuencia el Padre aprovechaba estas salidas para hablar confidencialmente con cada uno, paseando a la vera del Arlazón, desafiando al frío, la lluvia o el calor. Pero cuando le visitaban personas de más edad era otra cosa. Paco y yo los llamábamos los "importantes". Llegaban; saludaban al Padre, que los invitaba a sentarse en el mirador; cerraban los postigos; y la habitación se quedaba a oscuras. Teníamos que encender la luz, aunque fuera pleno día. Cada vez que sucedía esto, Paco me decía por lo bajo: "¡buenas noches!".

Muchas de esas visitas eran de sacerdotes; algunos fueron después obispos y arzobispos. Recuerdo, entre muchos otros, a don Antonio Rodilla, don Angel Sagarmínaga, don Daniel Llorente -que luego fue Obispo de Segovia-, don Casimiro Morcillo, futuro Arzobispo de Madrid, que era uno de los que iban a verle con más frecuencia... Todos consideraban al Padre como un sacerdote excepcionalmente santo: así nos lo decían, en un aparte, a Paco y a mí; y tengo que reconocer que mi reacción interior no era demasiado humilde, porque, como comprobaba aquella afirmación noche y día con mis propios ojos, al oírla pensaba para mis adentros: ¡qué me va usted a decir a mí!

Fueron muchas veces las que se "hizo de noche" en nuestro cuarto del Hotel Sabadell. Entonces no comprendíamos demasiado por qué el Padre recibía a todas aquellas personas mayores y a aquellos sacerdotes; pensábamos que le quitaban tiempo. Años después, con el desarrollo de la labor apostólica, cuando llegaron al Opus Dei hombres casados y sacerdotes diocesanos, acabé de entender por fin aquel celo sacerdotal del Padre en el pequeño mirador del Hotel Sabadell.

Contabilidad vectorial

Hay una anécdota divertida que, aunque a primera vista pueda parecer intrascendente, pone de manifiesto los apuros y penurias de nuestra economía burgalesa. Un día nos comentó el Padre que le habían regalado un buen cigarro habano, y pensaba regalárselo a don Francisco Navarro Borrás, nuestro antiguo catedrático, que venía a visitarle con cierta frecuencia. Don Francisco era muy aficionado a los habanos, artículo de consumo que escaseaba mucho en aquellos tiempos de guerra, y el Padre, pensando en la alegría que le iba a dar cuando se lo diera, lo envolvió cuidadosamente y lo guardó en el cajón del pequeño escritorio que teníamos en nuestra habitación.

Pero a Paco y a mí también nos gustaban los habanos... y nos hicimos el siguiente razonamiento: hay unos habanos más largos que otros; unos acaban en punta por ambos extremos, otros no; y como aquel era muy largo y puntiagudo por las dos partes, no se

notaría nada si le cortábamos una de las puntas cuidadosamente con una cuchilla de afeitar. Ni cortos ni perezosos le dimos dos pequeños tajos y, desmenuzando el tabaco, nos hicimos dos pitillos muy delgaditos.

Lo malo fue que a la semana siguiente seguíamos sin tabaco y sin dinero y... repetimos la operación. Y así, en varias ocasiones, hasta que el flamante habano quedó reducido a la mínima expresión. Un buen día apareció Navarro Borrás, y cuál no sería el apuro de Paco y mío cuando oímos que el Padre le decía: **Te tengo preparado como sorpresa un estupendo cigarro habano, así de largo...** Abrió el cajón del escritorio y al ver la minúscula dimensión a que había quedado reducido el cigarro, disimuló como si no lo encontrara y cambió de conversación. Y, en cuanto se fue don Francisco, nos comentó:

-Cuando haya un cigarro puro y os lo queráis fumar, hacedlo con toda paz; pero, por favor, ¡no me hagáis pasar estas vergüenzas!

Años después se divertía el Padre contando esta anécdota que, por sí sola, explica elocuentemente la escasez en que vivíamos.

El poco dinero del que disponíamos iba a parar a una caja común, que era tan pobre por el contenido como por el continente. Era una caja cuadrada de madera, que había servido de envase a un queso de Burgos que nos había regalado alguien, con una tapa que giraba alrededor de uno de los cuatro clavitos con los que vino cerrada. Paco llevaba la contabilidad, que era muy rudimentaria. Iba anotando las cantidades en una cuartilla de papel, con una flecha hacia dentro o hacia afuera, según fuera un ingreso o una salida; especificaba después la cantidad en pesetas y céntimos; y finalmente, entre paréntesis, el concepto del ingreso o del gasto. Al acabar el mes, sumaba las cantidades correspondientes a las flechas dirigidas hacia adentro, y sumaba las de las flechas hacia afuera: la diferencia era el saldo. El Padre no se había dado cuenta de cómo llevábamos la contabilidad, pero una vez que Paco tuvo que ausentarse de Burgos traspasó la caja a José María, y éste comentó cándidamente que Paco llevaba "contabilidad vectorial".

El Padre preguntó qué era eso, y cuando José María se lo explicó, alabándolo como algo muy ingenioso, le dijo:

-¡Vergüenza debiera daros que, entre dos matemáticos y un investigador científico, llevéis las cuentas peor que la cocinera de mi madre!

Compramos entonces una libreta adecuada y comenzó a llevarse la contabilidad debidamente, sin flechas ni vectores de ningún tipo...

Cada vez que recuerdo estos pequeños sucesos, comprendo que sin esa claridad, sin esa serenidad y esa gracia humana que tenía nuestro Padre para decirnos las cosas, no hubiera podido formarnos con la fortaleza y constancia con que siempre lo hizo. Dios le concedió el don de saber exigirnos, como realmente nos exigió, y dejarnos después de cada corrección un grato recuerdo: tanto por el contenido de la advertencia, como por el cariño con que la hacía; e incluso por el garbo humano con que nos lo decía.

Sus palabras nos calababan hondo y las recibíamos con mucho respeto, pero era tal su ingenio y su fino sentido del humor que, en ocasiones, aunque nos hablara muy en serio, teníamos que esforzarnos por no reírnos. Su caridad y su agudeza nos ayudaban mucho

pedagógicamente para que no olvidáramos la advertencia, sin dejarnos nunca una herida o una amargura en el alma.

En aquella situación de estrecha convivencia se detectaba fácilmente hasta la cosa más pequeña. Me di cuenta entonces de cómo vivía el Padre la virtud del orden, hasta en detalles que podrían resultar insignificantes. Y conseguía algo más difícil todavía: conservar ese orden en medio de nuestro desorden. Todavía recuerdo una pequeña caja de hojalata en la que guardaba agujas, hilo y botones de todas clases. Cada vez que uno de nosotros echaba mano de la caja, lo dejaba todo manga por hombro; luego el Padre, con gran paciencia y haciéndonos alguna cariñosa alusión, volvía a poner cada cosa en su sitio.

Se cosía personalmente los botones de la sotana que se le caían; y esa costumbre no sólo la vivió entonces, por las circunstancias especiales que atravesábamos; años después, cuando residía en la casa de Diego de León en Madrid, también conservaba una caja parecida en la cómoda de su cuarto y, aunque no tenía demasiada habilidad manual y se pinchaba frecuentemente con la aguja, vi muchas veces cómo se aseguraba los botones de la sotana.

Día tras día, fui comprobando también cómo tenía constantes detalles de cariño con unos y otros, y hablaba bien de todos. Recuerdo una anécdota muy significativa: una vez había invitado a desayunar a un chico y tomamos chocolate con churros. Cuando se fue, comentamos al Padre que su invitado había demostrado verdaderamente tener buen apetito: se había ido zampando, una tras otra, varias tazas de chocolate y varias raciones de churros. El Padre lo disculpó, como siempre, con caridad y buen humor: nos dijo que lo que le pasaba es que no sabía calcular: se le acababan los churros cuando todavía le quedaba chocolate, y se le acababa el chocolate cuando todavía le quedaban churros... Este comentario es un elocuente botón de muestra de la finura de su caridad: sabía dar siempre un sesgo simpático a cualquier comentario que pudiera ser crítico, o parecerlo; aunque fuera de broma o sobre algo intrascendente, como en este caso.

Por lo que a mí se refiere, a pesar de mis intervenciones desafortunadas, me trató siempre con gran paciencia. Años más adelante, cuando adquirí más formación, le oí que suspiraba de vez en cuando:

-¡Pobre señor, pobre señor!

-¿A qué señor se refiere, Padre?, le pregunté un día, intrigado.

-¿A quién va a ser, hijo?, me contestó divertido, con aquel cariño y aquella gracia tan suya: ¡a tu padre, que ha debido ser un santo aguantándote, y me ha dejado a mí todo el trabajo de domarte!

La penitencia del Padre

No tengo más remedio que abordar ahora un capítulo de nuestra estancia en Burgos realmente difícil de escribir: el de las mortificaciones y penitencias del Padre. Todavía me dan escalofríos cuando las recuerdo.

Solo entendemos un suceso con cierta profundidad cuando lo encuadramos en el ámbito de las circunstancias que lo rodean; es decir, cuando lo situamos en el lugar que le pertenece dentro de un conjunto, contemplándolo y valorándolo en el marco de su propio ambiente. Por esa razón me he detenido tanto en la descripción del lugar donde vivíamos y me he esforzado en evocar el trato que tenía con los que le acompañábamos. Sólo dentro de este contexto se entienden algunas de las actitudes del Padre en aquel tiempo, y algunos rasgos de nuestro comportamiento, movido por el deseo de cuidar de su salud.

En el Hotel Sabadell pagábamos cuatro pesetas por cama, o sea dieciséis pesetas al día en total. No recuerdo cuánto nos cobraban por cada comida, pero el precio normal en cualquier modesto restaurante de Burgos no bajaba de ocho pesetas. Cuando estaba José María Albareda en Burgos el Padre comía con él en el hotel; cuando no estaba, no comía nada o tomaba "cualquier cosa" para poder decir que había comido. Paco y yo almorzábamos en el Cuartel, y cuando volvíamos y le preguntábamos dónde había comido, eludía la pregunta. Vivía el ayuno como dejó escrito en Camino: **El ayuno riguroso es penitencia gratisima a Dios. Pero, entre unos y otros, hemos abierto la mano. No importa -al contrario- que tú, con la aprobación de tu Director, lo practiques frecuentemente.**

En aquella época de Burgos el Padre no tenía director espiritual fijo; se confesaba ordinariamente con el P. López Pérez, CMF, y con un sacerdote secular, don Saturnino Martínez. Ignoro lo que sabrían y lo que opinarían estos buenos sacerdotes sobre esta materia: lo que estaba claro es que Paco y yo no estábamos en absoluto de acuerdo con aquellos ayunos. Y manifestábamos nuestra discrepancia según nuestro carácter y nuestra madurez humana y espiritual. Paco llevaba la contabilidad, y deducía, por lo que gastaba el Padre, lo poco que comía. Debía acudir a algún lugar tan pobre y tomar tan poca cantidad, que sólo gastaba dos pesetas con cincuenta céntimos. Por la noche, al volver del Cuartel, Paco me decía que el Padre, una vez más, no debía haber comido; entonces yo "pasaba a la acción", muchas veces sin la debida delicadeza.

-Padre -le preguntaba-: ¿ha comido hoy o no?

El Padre contestaba con evasivas y me decía que había tomado "algo". Pero ya estábamos sobre aviso, porque habíamos descubierto que ese "algo" eran unos céntimos de cacahuetes. Tomaba un "algo" y así, cuando le preguntábamos podía decir que había comido.

-Padre -insistíamos día tras día- ¿por qué no cena esta noche? Mire, podemos ir a...

-**Gracias, gracias**, contestaba. **No tengo apetito.**

Algunas noches lográbamos, después de una pesada insistencia, que se tomara una pequeña tortilla de patatas que vendían, a una peseta, en la cantina de la Estación del Ferrocarril. Sin embargo, aunque el Padre procuraba que no nos diéramos cuenta, intuíamos que muchos días su ayuno era total.

Su mortificación no acababa en el ayuno. A veces le tocaba el turno a la sed y había temporadas en que no tomaba agua. Hay un punto de Camino muy expresivo: **Yo te voy a decir cuáles son los tesoros del hombre en la tierra para que no los desperdicies:**

hambre, sed, calor, frío, dolor, deshonra, pobreza, soledad, traición, calumnia, cárcel... Paco seguía dándome "el parte" cada noche: "pues me parece que hoy tampoco ha bebido agua". Se le notaba claramente, porque al hablar tenía la boca y la garganta reseca. Así fueron pasando los días hasta que una noche no me controlé y decidí "actuar" y cortar aquello por lo sano. Llené un vaso de agua y se lo entregué, diciéndole:

-¡Bébaselo!

El Padre se negó, y me dijo que me estaba extralimitando. Entonces, conteniendo a duras penas mi mal genio, le contesté:

-¡O se lo bebe o lo tiro!

Al ver que no cedía, dejé caer el vaso, que se estrelló en el suelo, y se rompió en mil añicos. Entonces, el Padre, divertido, imitando mi manera de hablar, me dijo pacientemente:

-¡Rabioso!

Todo acabó pidiéndole perdón y recogiendo Paco y yo el agua y los vidrios del suelo. Al rato -cuando ya estaba yo a punto de acostarme y rezaba de rodillas tres Avemarías-, me dijo con cariño: **Lleva cuidado y no andes descalzo; no vaya a haber algún trozo de vidrio en el suelo.**

Al ayuno y la sed se añadían las disciplinas. No podía tomarlas en el cuarto de baño que había al fondo del pasillo, porque se oían en todo el piso. Habitualmente lo hacía cuando nosotros estábamos fuera, pero cuando no era posible, las tomaba en su dormitorio, sin más separación que la delgada cortina, que lo aislaba muy relativamente. Y cuando yo interferí hasta en esto, tratando de que mitigara su mortificación, su contestación fue de un tenor parecido al que puede leerse en Camino: **Si han sido testigos de tus debilidades y miserias, ¿qué importa que lo sean de tu penitencia?**

Al ayuno, la sed y las disciplinas hay que añadir, además, las noches que pasaba en el suelo, lugar donde dormía frecuentemente, en el hueco que quedaba entre su cama y la pared. Un día le dije, con segunda intención, que esa cama, ya que no se usaba, resultaba bastante superflua... El Padre procuraba actuar de tal forma que su mortificación pasara inadvertida; pero no nos resultaba difícil adivinar, por mucho que se esforzase en que no nos enterásemos, por el leve ruido que hacía, que no se acostaba en la cama; y si lo hacía, cuando creía que ya estábamos dormidos, se bajaba al suelo. Dormía con la cabeza apoyada en un Breviario, un Totum utilísimo de un solo volumen que le había regalado don Eliodoro Gil Rivera. Califico aquel libro de "utilísimo", porque el Padre le daba doble uso: le servía durante el día para rezar las horas canónicas y durante la noche como almohada.

Y al ayuno, la sed, las disciplinas y el suelo, hay que añadir, por último, la mala salud. El Padre seguía débil y dos o tres meses después de nuestro traslado al Hotel Sabadell volvió a tener fiebres altas. Nos preocupamos mucho; y eso hizo que se me ocurriera pedir a Dios que le quitara la fiebre a él y me la diera a mí. Quizá hice esta petición sin creer que el Señor me pudiera escuchar... por eso me asusté muchísimo cuando, aquella misma tarde, me entró un calenturón tremendo y al Padre se le fue la fiebre.

Llamaron al médico; me diagnosticó tifoidea o paratifoidea y mandó que me hicieran unos análisis. El resultado de los análisis fue negativo, pero yo seguía con fiebre alta. Con mucho apuro y vergüenza acabé por contar al Padre mi petición al Señor.

-No se te vuelva a ocurrir hacer algo semejante -me dijo-, y ahora quédate tranquilo. Y poco después, la fiebre se fue como había venido.

Como bien se ve, no sabíamos qué hacer para cuidar al Padre; y se lo contamos por carta a Juan y a Ricardo. Tiempo más tarde he tenido noticia de la existencia de una carta que escribió el Padre a Juan durante esa misma época, a consecuencia de la nuestra, en la que le explicaba los motivos de su comportamiento. Pedía a Juan en esa carta que nos enviara un sinapismo -es decir, una indicación precisa y clara- "de los suyos". Pensaba el Padre que, a pesar de la buena voluntad de Paco y mía, el demonio podía servirse de nosotros -a los que nos llamaba, cariñosamente "estos niños"- para disminuir su espíritu de mortificación. Una mortificación que sentía que Dios le estaba pidiendo para sacar adelante la Obra.

Esta carta, que transcribo íntegra, es un testimonio del temple heroico de su virtud, de su afán de santidad y de su profundísima humildad: decía de sí mismo que necesitaba "golpes de hacha".

Querido Juanito: Por muchos motivos, creí y continué creyendo que conviene que me entreviste contigo. Sin embargo, si el Señor no lo arregla, El siempre sabe más.

Antes de nada, como sé que estos pequeños te han enviado una famosa carta, en la que hablan de mi plan de vida, he de decirte que ellos van con la más recta intención, pero, sin darse cuenta, le hacen el juego al enemigo.

Y, naturalmente, ante las intromisiones -a veces, incluso un poco violentas- llenas de afecto y... desorbitadas, escarmentado por la experiencia de meses, en lugar de tratar el negocio de palabra, les puse unas líneas secas, a estos niños, y creo han escrito a Ricardo y te han escrito a ti.

Conste que yo -aunque no tengo en Burgos Director- nada he de hacer que suponga abiertamente peligro para la salud: no puedo, sin embargo, perder de vista que no estamos jugando a hacer una cosa buena..., sino que, al cumplir la Voluntad de Dios, es menester que yo sea santo ¡cueste lo que cueste!..., aunque costara la salud, que no costará.

Y esta decisión está tan hondamente enraizada -veo tan claro- que ninguna consideración humana debe ser obstáculo, para llevarla a efecto.

Te hablo con toda sencillez. Motivos hay: porque has convivido conmigo más que nadie, y de seguro comprendes que necesito golpes de hacha.

Por tanto hazme el favor de tranquilizar a estos pequeños, con un sinapismo de los tuyos.

Mariano

Burgos -30-IV-938

Noticias

Como antes de la guerra, el Padre seguía poniéndose en contacto desde Burgos con los miembros de la Obra y los chicos que trataba en Madrid, mediante las páginas de Noticias, que confeccionábamos con los escasos medios a nuestro alcance. ¡Ya nos hubiera gustado disponer del velógrafo que teníamos en Ferraz!

A falta de velógrafo, tuvimos que conformarnos con una máquina de escribir portátil que compramos a bajo precio en una tienda de los soportales de la Plaza Mayor, que entonces se llamaba de José Antonio. Era un modelo antiquísimo, marca Corona, con el que sólo se podía marcar cada vez el original y un par de copias. Eso significaba que había que escribir muchas veces con ese un curioso cacharro cada uno de los ejemplares, hasta lograr el número total de copias previstas.

He designado aquello como curioso cacharro, porque realmente era un aparato bastante peculiar: cada tecla tenía tres signos: un signo con las letras minúsculas, otro con las mayúsculas y un tercero con los paréntesis, admiraciones, números, punto y coma, etc. Cuando marcábamos estos terceros signos, el carro de la máquina se levantaba seis u ocho centímetros; y para guardar este artefacto en su estuche, había que desplegar el carro sobre el teclado, que giraba sobre unas charnelas. Pues bien, con este instrumento de museo se escribió, ya en la pensión de Santa Clara, el primer número de Noticias durante la guerra y luego, ya en el Hotel Sabadell, todos los demás.

Recuerdo unas palabras que dedicó el Padre en aquel primer número a mi viejo amigo Ignacio de Landecho, con el que ya habíamos podido establecer contacto:

LANDECHO, Ignacio. Sabemos muchas cosas de este gran hombre, pero no las queremos decir hasta que vuelva a escribir otra carta de seis pliegos.

En ese primer número aludió también a Carlos Aresti, un residente de Ferraz. Le habían herido gravemente y el Padre viajó a Bilbao para atenderle. Llegó a tiempo para confortarle espiritualmente. Falleció enseguida. **¡Murió Aresti!**, escribía con gran pena el Padre, que contaba cómo le reconoció y que, a pesar de estar moribundo, **tuvo ánimos para sonreír. ¡Cómo nos ayudará desde el Cielo!**

El ejemplar que enviamos en abril de 1938 iba encabezado por estas palabras del Padre: **Muy contento de vosotros -de todos- por el calor de familia que ponéis en vuestro trabajo. Desde pueblos- grandes y chicos- de los frentes de Jaca, Huesca, Teruel, Albarracín, Guadalajara, Madrid, Avila, Andalucía- y desde los barcos de la Escuadra, llegan vuestras cartas: con idéntica vibración, con preocupaciones comunes y con el mismo sobrenatural y alegre optimismo. ¡Dios os bendiga!**

Seguía a continuación una larga enumeración de noticias sobre unos y otros, donde se mezclaban, entre bromas y veras, los consejos espirituales y el aliento apostólico. "El Doctor JIMENEZ VARGAS -se lee, aludiendo al estilo epistolar de Juan- escribe íntimo, tajante, rotundo. Escribe a los amigos poniéndoles inyecciones de decisión y

eficacia! (...) ¡Cuánto hace que no sabemos nada de LAHUERTA! Con lo que nos interesan sus noticias!".

En ese número se aludía de nuevo a mi amigo Ignacio de Landecho, y a la carta que nos había escrito anteriormente, y le daba ánimos: "Nos cuenta los sufrimientos por los que ha pasado y pasa su familia, impulsos para una elevación del corazón más alta, más ágil que las subidas que ya conocemos de LANDECHO. ¡Arriba! ¡Arriba!". (Ese ¡arriba! evocaba la conocida aptitud de Ignacio para trepar edificios por la fachada).

¡Pobre Ignacio! Quizá, si el Señor no se lo hubiera llevado siendo todavía muy joven, Dios le hubiera dado la vocación a la Obra.

Seguimos trabajando -como es natural y como es sobrenatural-, escribía el Padre por aquel entonces, **con el mismo empeño de siempre. ¡Diez años de trabajo! Dentro del undécimo, que comenzará pronto, Jesús y yo esperamos mucho de vosotros. Ahora mismo en el cuartel, en la trinchera, en el parapeto, en el forzoso descanso del hospital, con vuestra oración y vuestra vida limpia, con vuestras contradicciones y vuestros éxitos, ¡Cuánto podéis influir en el impulso de nuestra Obra! Vivamos una particular comunión de los santos; y cada uno sentirá a la hora de la lucha interior, lo mismo que a la hora de la pelea con las armas, la alegría y la fuerza de no estar solo.**

El impacto espiritual de estos ejemplares de Noticias era muy grande. El Padre ponía siempre unas letras personales, más o menos extensas, según los casos, pero -como comentó alguna vez- diciéndole a cada uno **una cosica**. Paco y yo también escribíamos a unos y a otros, y metíamos los ejemplares dentro de los sobres. José María experimentaba una gran satisfacción cada vez que llevaba a Correos un buen paquete de cartas y contemplaba cómo, tras pasar la obligatoria censura de guerra -aunque casi nunca las abrían-, las engullía el buzón de bronce con forma de boca de león de la fachada del edificio de Correos.

El Padre recogió textualmente en Camino las palabras de uno de aquellos muchachos al recibir Noticias: **La carta me cogió en unos días tristes, sin motivo alguno, y me animó extraordinariamente su lectura, sintiendo cómo trabajan los demás". -Y otro: "Me ayudan sus cartas y las noticias de mis hermanos, como un sueño feliz ante la realidad de todo lo que palpamos...". -Y otro: "¡Qué alegría recibir esas cartas y saberme amigo de esos amigos!". -Y otro y mil: "Recibí la carta de X, y me avergüenza pensar en mi falta de espíritu comparado con ellos". ¿Verdad que es eficaz el "apostolado epistolar"?**

Un sombrero en el frente

Aunque el asunto sea de otro estilo, nunca podré olvidar un pequeño episodio, que, aunque no tenga mayor importancia, muestra la paciencia que el Padre tenía con nosotros. Como ya he dicho, don Marcelino le había regalado en Pamplona uno de sus sombreros, ya usado, como solución provisional; pero esa solución se había convertido en definitiva, y el sombrero, que estaba bastante viejo, con la nieve y las lluvias del invierno castellano y el sol del veran, se había deteriorado tanto, que había perdido la forma y había cobrado cierto color verdoso. Insistíamos al Padre para que se comprara uno nuevo, pero siempre nos daba largas, con la excusa de que no teníamos dinero.

-Pero ése está verde, le decíamos.

-Pues muy bien -bromeaba el Padre- así iban los obispos en el siglo pasado, con el sombrero verde...

Un día estábamos Paco y yo solos en el cuarto del Sabadell y volvimos a hablar del sombrero verde. Concluimos que había que "actuar", pero esta vez, de modo irreversible. El Padre había salido con alguien en coche; era nuestra oportunidad: ¡ahora o nunca! La ocasión la pintan calva: pocas veces se daría la coyuntura de que estuviera el Padre fuera y el sombrero en la percha. Estábamos acabando además de preparar el envío de un número de Noticias; teníamos los sobres preparados, y sólo faltaba ir metiendo dentro de cada uno el ejemplar correspondiente con la carta del Padre y las nuestras. Se nos ocurrió una idea que nos pareció luminosa: ¿Y si recortáramos el sombrero en trocitos y los enviáramos de recuerdo a los miembros de la Obra? Indudablemente se llevarían una alegría; y el Padre, al no tener sombrero que ponerse, no tendría más remedio que comprarse uno nuevo...

Dicho y hecho. Sin recapacitar más en el asunto, nos pusimos manos a la obra. Corté el primer trozo de fieltro. Una vez comenzado el desaguisado, no había otro remedio que continuar. Paco colaboró con entusiasmo. Los recortes fueron lo suficientemente pequeños para no aumentar la franquicia postal, que ya estaba puesta en los sobres. Inmediatamente los echamos al correo. Todo resultó fácil...

Lo difícil fue explicar al Padre, cuando volvió, qué había pasado con su sombrero. Empezó a buscarlo, hasta que le dijimos:

-¡Ya está en el frente!

-¿Cómo que está en el frente?

Le explicamos nuestro affaire. No podía comprender nuestra insensatez, máxime cuando pronunciamos la palabra "reliquias". ¡Reliquias! No entendía nada. ¡Reliquias! Escuchamos en silencio su reprimenda.

A pesar del pequeño chaparrón, nos quedó la impresión de que había valido la pena: el Padre, aunque de mala gana, tuvo que comprarse un sombrero nuevo, y tiempo más tarde contaría, agradecido, emocionado y divertido, este suceso.

Envalentonados por nuestra hazaña, decidimos que le había llegado su hora a la sotana. Realmente estaba muy vieja, hasta el punto de que el Padre había tenido que remendar los codos y los bordes de las bocamangas. Al igual que con el sombrero, le habíamos insistido en que se mandara hacer una nueva, con el mismo resultado. Y un día, en un descuido -mientras el Padre estaba en su dormitorio- a una señal convenida, Paco y yo rasgamos la sotana, que había quedado en nuestro cuarto, por la parte de la espalda, que estaba ya muy gastada. No previmos el resultado. Cuando se dio cuenta, no dijo una palabra. Nuestra pena fue que, cuando volvimos del Cuartel, nos encontramos al Padre todavía atareado, recosiendo pacientemente la sotana. Nuestro fracaso fue rotundo. El Padre siguió usando la sotana, sin mandarse hacer otra nueva, con el agravante de que, al no quedar bien el cosido, tuvo que salir a la calle desde entonces con dulleta. Estábamos en la época más calurosa del verano de Burgos.

Estoy seguro, a pesar de todo, de que en el fondo el Padre agradecía nuestras "actuaciones". Comprendía muy bien la mentalidad y el modo de ser de la gente joven; y Paco y yo éramos muy jóvenes. Cuando nos veía reírnos por cualquier simpleza, comentaba: **¡Qué dichosos sois!**

Era un modo cariñoso de decir: "pero, ¡qué simples son estos chicos!".

Un suceso doloroso

Un día, a finales de julio de 1938, mientras caminábamos José María Albareda y yo por una calle de Burgos, nos topamos con la señora de don Jorge B. Espero que el lector comprenda, al acabar el relato, las razones que me mueven a silenciar este apellido.

Al verme, esta señora me miró con sorpresa y expresión de disgusto: no nos saludamos. No fue un encuentro agradable, ni para ella ni para mí. Ese fue el comienzo de un suceso particularmente doloroso; el que más me impresionó, sin duda alguna, de todo el tiempo que conviví en Burgos con el Padre. Un suceso del que debo dar, para que se entienda bien, algunas explicaciones previas y remontarme primero bastante años atrás.

Yo conocía -aunque poco- a esta señora, porque su marido estaba empleado en Albacete en la Delegación de Hacienda. Era considerado en la ciudad, según la terminología popular, como un "hombre de derechas"; y mi padre, como se ha visto ya, como un "hombre de izquierdas". Sin embargo no hubo nunca entre ellos dos, que yo recuerde, polémica o cuestión personal alguna.

Más tarde me enteré que provenía de La Unión, una localidad de Murcia donde mi bisabuelo había explotado varias minas años atrás. ¿Sucedió algo allí entre su familia y la mía? Lo ignoro. Lo que puedo certificar es que jamás oí nada en relación con esa familia en casa de mis padres o de mis abuelos.

Don Jorge gozaba en Albacete de una posición social y económica desahogada. Vivía con su esposa, sus hijos y su cuñada en la calle de Texifonte Gallegos, casi enfrente de la casa de mis padres. No hubo propiamente amistad entre las dos familias, salvo que uno de sus hijos -el menor-, era de mi edad y estuvimos juntos en los Exploradores de España, aproximadamente desde 1929.

Por el año 1934 o 1935, se comentó en Albacete que este señor tenía muchas deudas, que estaba liquidando los bienes que le quedaban y que había solicitado su traslado a otra capital de provincia. Me imagino que también debió comentarse durante esas fechas que mis padres, gracias a la política, habían progresado mucho económicamente. Esto sin embargo, no era del todo cierto. La razón de nuestra mejoría económica era que habíamos dejado la casa que teníamos en Murcia -hasta entonces mis padres habían tenido casa en Albacete y en Murcia-, y eso, unido a cierta generosidad de mi abuelo y a que mi padre había comenzado a percibir otro sueldo más, al ser nombrado Director de la Escuela de Trabajo, se notaba externamente.

Sólo hubo una circunstancia significativa en relación con estos señores. A mí me gustaban las antigüedades y, casi sin contar con mis padres, acudí a la subasta privada que hicieron para vender diversos muebles y objetos de su casa antes de salir para Burgos. En la subasta, después de regatear bastante, compré a la señora varias cosas:

una lámpara de araña y unos apliques de calamina y cristal; una armadura y unas espadas tagalas y, probablemente, alguna cosa más. A esto se reduce la relación que hubo entre nosotros, hasta que ellos se fueron a vivir a Burgos poco tiempo antes de estallar la guerra civil.

A partir de ese encuentro fortuito con la esposa de don Jorge, empezaron a suceder unas cosas que no entendía. Lo primero fue que el Padre o José María -no recuerdo con certeza cuál fue de los dos- me preguntó, al volver aquella misma noche del Cuartel, quién era la señora que habíamos encontrado en la calle y qué cargo tenía su marido. Le conté los antecedentes de Albacete. Más tarde supimos que era Administrador de Propiedades y Contribución Territorial, uno de los cargos más altos en la Delegación de Hacienda de Burgos.

Entonces el Padre me dijo que era urgente que fuese, junto con Miguel -que estaba en Burgos durante aquellos días con ocasión de un permiso-, a visitar a su esposa a su casa, a una hora en la que su marido estuviera en la oficina: se trataba de convencerla de que, aunque mi padre se hubiera significado como hombre de izquierdas, yo no tenía nada que ver con su postura política; y que mi conducta en Burgos era recta y leal. En suma, debíamos intentar que ella misma convenciera a su marido para que no me denunciara o, si ya estaba formulada la denuncia, para que la retirara.

¿Una denuncia? Yo no entendía nada. ¿Por qué me iba a denunciar ese señor? El Padre entonces fue más explícito: me dijo que había presentado -o estaba a punto de hacerlo- una denuncia contra mí, con varias acusaciones. Luego supe que el Padre había tenido conocimiento de esa denuncia por medio de Mons. Lauzurica. Allí se afirmaba nada menos que:

- a) mi padre era masón y comunista;
- b) además, había hecho muchos estragos en Albacete persiguiendo y matando a mucha gente de derechas;
- c) yo también era comunista, ya que había repartido propaganda de esas ideas en Albacete, con ocasión de las elecciones de febrero de 1936, en las que triunfó el Frente Popular;
- d) me había pasado a la zona nacional para hacer de espía en el Ejército de Franco, espionaje que estaba realizando en el Cuartel General de Orgaz.

En tiempos de guerra, como aquéllos, unas acusaciones de este calibre eran sumamente graves. Podían significar una condena a muerte. Y yo no tenía demasiadas posibilidades para esclarecer la verdad entre tantas falsedades.

Como mucho, y con suerte, hubiera podido demostrar que, desde la Navidad de 1935 hasta principios de julio de 1936, no había puesto un pie en Albacete. Mal hubiera podido repartir ningún tipo de propaganda, ni de derechas ni de izquierdas, en aquella ciudad. Precisamente, durante las citadas elecciones políticas, estaba haciendo un curso de retiro espiritual con el Padre en Madrid.

Sin embargo, para probar esto y, sobre todo, para refutar el resto de las acusaciones, totalmente falsas, no tenía más pruebas que el testimonio del Padre, el de algunos miembros de la Obra y, a lo sumo, el de mi tío Diego Ramírez Pastor, que no sabía nada de mis viajes ni de mis actuaciones. Estos testimonios no podían ser de mucho peso, porque estas personas no estaban en Albacete durante ese tiempo; en cambio, la acusación de don Jorge -un hombre de 51 años, alto funcionario de Hacienda, reconocido públicamente como hombre de derechas, buen conocedor de la política provincial de Albacete, con dos hijos Alféreces, y uno de ellos en el frente-, podía ser peligrosamente decisiva.

Para complicar aún más las cosas, mi situación en Burgos resultaba particularmente delicada: me encargaba nada más y nada menos que del Gabinete de Cifra, a través del cual pasaban órdenes militares secretas, incluso las que se recibían o cursaban desde el Cuartel General.

El uno de agosto por la mañana fuimos Miguel y yo a visitar a la esposa de don Jorge a su domicilio, en el tercer piso de la plaza de Primo de Rivera, nº 5. La visita fue contraproducente: nos recibió muy mal. Entre otras cosas nos dijo que no era justo que, mientras su hijo se estaba jugando la vida en el frente, yo estuviera tranquilamente en retaguardia "haciendo espionaje para los rojos". Se cerró en banda, haciendo caso omiso de nuestras razones, y dijo que no pensaba interferir en lo que su marido estaba haciendo. Miguel me defendió arduamente y discutí con ella sin que yo apenas pudiera intervenir. Recuerdo que bajamos la escalera de la casa profundamente frustrados por el fracaso de nuestra gestión.

Aquella misma mañana fueron el Padre y José María a hablar con este señor en la Delegación de Hacienda, que estaba situada en un antiguo edificio de la calle de San Juan, número 2, donde tenía su despacho oficial. Fue una entrevista amarguísima. Don Jorge estuvo frío e insolente. El Padre mantuvo en todo momento, al defenderme con cariño paternal, la serenidad más absoluta. Primero con suavidad y luego con gran energía, se esforzó en hacerle ver la injusticia que estaba cometiendo; le dijo que estaba pretendiendo dejar a mi madre sin marido y sin hijo, y le recomendó que pensara en su propia esposa.

Parece que don Jorge argumentó que, puesto que no podían detener entonces a mi padre, ni castigarlo, yo debía pagar por él, fuera o no inocente; que había muchos inocentes que estaban muriendo en los frentes y en las checas de la zona roja. Con una fortaleza que impresionó a José María, el Padre trató de hacerle comprender que esa actitud no era la de un cristiano, que sabe que ha de dar cuenta de sus actos a Dios; y siguió diciéndole que él no quería estar en su lugar y tener que presentarse al Juicio de Dios con ese rencor en el alma; que pensara que el Señor podía pedirle cuenta, aquel mismo día, de lo que pretendía hacer.

Pero ni los ruegos del Padre, llenos de caridad, ni sus palabras llenas de fortaleza lograron ablandar, en aquel momento, el corazón de aquel pobre señor, que repetía obstinadamente: "¡Tanto el padre, como el hijo, tienen que pagarla!".

El Padre salió silencioso y entristecido del despacho; José María -con el que, en años sucesivos, hablé varias veces de este asunto- se había quedado muy impresionado, tanto por la defensa que el Padre había hecho de mí como por la dureza y el tono cortante que

don Jorge había mantenido durante todo el tiempo. El Padre bajó las escaleras del edificio muy recogido, casi con los ojos cerrados y dijo, como pensando en voz alta:

-Mañana o pasado, entierro.

Esa misma mañana, después de visitar a aquella señora, me dirigí directamente al Cuartel. Había bastante trabajo en Secretaría: si no me equivoco, estábamos en un momento importante en el desarrollo de la guerra en Cataluña, quizá el paso del Ebro por Lérida. Me pareció encontrar a mi capitán y a Pedro Ybarra con una actitud rara: bien podría ser por el mismo trabajo, por mi retraso en llegar a Secretaría o por alguna otra causa, pero yo pensaba que era por la denuncia y los dedos se me hacían huéspedes. Estaba casi seguro que ya sabían algo. Si era así, ignoraba cómo se habrían enterado, porque yo no les había contado nada de mi crítica situación, ni les había comentado la visita que acababa de hacer.

Tampoco sabía yo nada de la visita del Padre a don Jorge; sólo me habían dicho que pensaba hacer alguna gestión, aquella misma mañana, en relación con mi asunto.

El Padre quería que hiciera lo posible para ir aquel día a comer al Hotel Sabadell: de ordinario comía en el comedor de tropa del cuartel. Sin embargo aquel día tuvimos abundante trabajo en Secretaría, y me retrasé bastante en llegar. Fue entonces cuando me enteré del desenlace de este triste y doloroso suceso. El Padre procuró hacerlo de la forma más delicada posible. Me contó que aquella misma mañana había estado con don Jorge, acompañado por José María; y que poco después de esta visita, don Jorge había fallecido repentinamente.

El Padre se había enterado de su fallecimiento por pura casualidad. Al salir a la calle había visto su esquila mortuoria pegada en la pared, junto a la iglesia de la Merced, como se acostumbraba hacer en Burgos en cuanto fallecía alguien.

La triste noticia me causó un impacto tremendo; me sentí mal y tuve que acostarme en la cama del Padre, que estaba en el rincón más recogido de la habitación. Mientras tanto, el Padre me fue serenando y me dijo, en voz baja, que estuviera tranquilo por aquel señor, porque él estaba moralmente seguro de que Dios Nuestro Señor se había apiadado de su alma y le había concedido el arrepentimiento final; y añadió que desde que salió de su despacho no había dejado de rezar, tanto por él como por sus hijos. Me dijo también que agradeciera a Dios el cuidado que había tenido de mí y de mi padre, aunque el hecho, en sí, fuera tan triste y doloroso.

Al volver al Cuartel pasé por delante de la iglesia de la Merced, que era camino obligado para ir allí, y vi la esquila de don Jorge: un par de horas antes había pasado delante de ella y no había reparado en ella.

Más tarde supe que había fallecido entre las once y las doce de la mañana, en su propio despacho. Antes de ponerse en trance de muerte había estado recibiendo una visita. Alguien avisó: "don Jorge se pone malo". Inmediatamente entraron sus compañeros. Se llevó la mano a la cabeza y falleció pocos minutos después.

Desde aquel día he rezado durante toda mi vida por su alma, y por toda su familia. Estoy seguro de que, por la misericordia divina y la oración del Padre, goza de la Gloria

de Dios; y de que el Señor le habrá premiado todas sus obras buenas y le habrá perdonado, sin duda, aquellos momentos de ofuscación, tan comprensibles en el clima turbulento de la guerra.

Al verme tan afectado, el Padre me aconsejó que pidiera en el Cuartel un breve permiso para serenarme. Me lo concedieron y me fui a Bilbao, donde estaba mi tío. Volví más calmado, aunque aquello me impresionó para toda mi vida. Desde entonces he hablado muy poco de estos sucesos. En parte por el respeto que me inspiran; y también porque nunca he tenido curiosidad por saber cosas del Padre que se salieran de la providencia ordinaria, aunque sabía de sobra que, en su vida, la Providencia de Dios se manifestó, varias veces, de modo extraordinario.

Pocas semanas después de la muerte de don Jorge, supe que había muerto un hijo suyo aviador. Debió de ser el de mi edad, que era Alférez. Volvió a impresionarme la noticia. Lo comenté con el Padre, que al saberlo, me dijo: **encomiéndale; yo también lo haré.** Algunos días después, me encontré a la viuda de don Jorge en la iglesia de la Compañía. Al darme cuenta de que era ella, salí lo más inadvertidamente que pude de la iglesia, pero me vio; y me pareció advertir que me miró con ternura.

Trabajar sin descanso

Durante ese tiempo José María Albareda iba con mucha frecuencia a Vitoria y, aun en los días que permanecía en Burgos, le ocupaba mucho tiempo su trabajo. Paco y yo pasábamos un promedio de ocho horas diarias en el Cuartel. Lo ordinario era, por tanto, que el Padre se quedara solo durante la mayor parte del día. ¿Qué hacía durante ese tiempo? La respuesta más adecuada se encuentra en el punto 373 de Camino: "Trabajar sin descanso".

Ese fue el balance de esos meses: un trabajo constante y agotador. Dedicó mucho tiempo a tomar contacto con los miembros del Opus Dei que estaban diseminados por los frentes de guerra, y a atenderlos espiritualmente. Eso le llevó a hacer frecuentes desplazamientos por la Península, en pésimas condiciones de falta de salud, de incomodidad y de extrema pobreza. Consiguió incluso un permiso para poder llegar hasta primera línea del frente y atender espiritualmente a estas personas; pero ese permiso no incluía un pase gratuito en el tren, que costaba un dinero que no teníamos. Y esto le supuso todo tipo de penalidades.

No recuerdo todos los viajes que hizo, pero fueron numerosos. Los llevaba a cabo con una gran pobreza de medios. Por ejemplo, durante el mes de abril viajó hasta Córdoba con un ferrocarril que iba por Extremadura y pasaba primero por Sevilla; y, al regresar, estuvo sin comer nada durante todo aquel largo viaje...

Durante el mes de junio se acercó al frente de Madrid, pasando por Avila, para ver a Ricardo Fernández Vallespín, que había sido herido. Y así, muchos más. Eran viajes largos, agotadores, en aquellos trenes de entonces, atestados de gente, que avanzaban lentamente por las vías, traqueteantes y bruscos, entre humaredas impregnadas de polvo y carbonilla.

Como contrapunto, era frecuente -y muy consolador para el Padre- que muchos de esos muchachos a los que iba a ver y con los que reanudó la atención sacerdotal, invirtieran

buena parte del tiempo de sus permisos militares en ir a Burgos exclusivamente para estar, aunque sólo fuera unas horas, con él.

Muchos de estos chicos no eran de la Obra: no tenían más vinculación con el Opus Dei que el hecho de haber participado en los medios de formación en la Residencia de Ferraz. Recuerdo por ejemplo a José Félix de Elejabarrieta, que había sido herido en el frente y al que, después de salir del hospital, le habían dado un permiso de muy pocos días para ir a ver a sus padres a Vizcaya. De camino se detuvo en Burgos para hablar con el Padre; y al enterarse de que no se encontraba ese día allí, decidió esperarle más de veinticuatro horas hasta que volvió. Estuvo todo un día con él, aunque sólo le quedaba un día de permiso para estar con su familia antes de incorporarse a su unidad. Y éste no fue un caso aislado; por eso, cuando estos chicos venían a Burgos el Padre se volcaba con ellos -fueran o no de la Obra- con detalles de afecto y de cariño, y suplía generosamente con su atención personal la forzosa irregularidad que la guerra imponía a la dirección espiritual.

Durante esos breves viajes nos escribía a los que habíamos quedado en Burgos. Eran cartas familiares, de un padre con sus hijos, en las que se preocupaba por todo; desde las cosas más espirituales a las más materiales. Por ejemplo, durante su estancia en Avila, donde estuvo desde el 8 al 14 de agosto, nos escribió una carta a Paco, a José María y a mí en la que nos decía: **Cuando escribáis a Juanito -se refería a Juan Jiménez Vargas- decidle que se compre otras gafas. Y, en cuanto cobre, que se compre también una estilográfica: a no ser que convenga más comprarla ahí, cuando se pueda, y enviársela.**

Estaba muy pendiente de nuestra salud. **Pacorro** -escribía a Paco Botella, que era muy delgado por constitución-: **me has de dar cuenta al escribirme, de si meriendas o no; es una vergüenza que todavía hubiera en el armario unas latas de conserva. Que te compren botes pequeños de mermelada: un bote de esos, con un panecillo.** Y me encargaba de comprar a Paco el bote en cuestión y además, queso en porciones. Concluía, recordándonos: **Y los dos -tú te estás quedando en los huesos, con mucha elegancia- debéis animaros y no dejar de merendar ni un sólo día. ¿Está claro?**

Recuerdo que al volver de Avila nos contó una anécdota divertida, que retrata de cuerpo entero el clima que se respiraba en aquellos tiempos de guerra. Solía hospedarse en casa del Obispo, pero como llegó a la ciudad muy de noche, no quiso causar molestias, y se alojó en una modestísima pensión. Allí preguntó dónde estaba la ducha. Le entendieron mal y le dijeron: "No se preocupe: ¡la lucha está lejos!".

En una carta que envió a Ricardo el 13 de agosto le comunicaba su plan de trabajo, cuya simple relación es suficientemente elocuente: **mañana, 14, a Burgos, hasta el 16. Día 16, en Vitoria -dando una tanda de ejercicios-, hasta el 26. Día 27, en Logroño, con José Ramón, que está allí enfermo. Día 28: en Burgos, hasta el 3 de septiembre. Día 3: en Vitoria. Día 4, en el Seminario de Vergara -para dar otra tanda de ejercicios a sacerdotes-, hasta el día 10. Día 11, a Burgos.**

A los viajes por los diversos frentes y a los numerosos días de retiro y Cursos de retiro que predicaba -actividades apostólicas que puedo calificar de "formales"-, hay que añadir, además, la ingente labor sacerdotal que llevó a cabo en Burgos; labor que, por sus características, denominaré "informal". Me refiero a sus numerosísimas charlas

apostólicas con unos y otros, paseando a lo largo del río Arlanzón; o caminando hasta las Huelgas, la Cartuja de Miraflores o Fuentes Blancas. Uno de los chicos con los que hablé fue mi compañero Pedro Ybarra, al que preparé para su matrimonio -que tuvo lugar por aquellas fechas- con Adela Güell Ricart.

Y a todo eso -viajes, cursos de retiro, charlas de dirección espiritual- hay que sumar, además, el abundantísimo apostolado epistolar, al que dedicaba mucho tiempo. Como consecuencia, cada vez era mayor el número de ejemplares de Noticias que había que enviar; y así, nuestro rudimentario fichero se fue enriqueciendo con nuevas direcciones de los frentes de Andalucía, Madrid, Jaca, Teruel, Albarracín, etc.; el Padre ponía siempre unas palabras escritas de su puño y letra, ordinariamente breves e incisivas. Los miembros de la Obra solían escribir cada semana, y a veces se retrasaban; pero lo que no faltaba nunca era la carta semanal del Padre.

Recuerdo perfectamente aquellas cartas: solía escribir en una cuartilla por los dos lados, con sus rasgos grandes, tan característicos. Pienso que el número 976 de Camino se refiere a él mismo: **No sé cómo emborronar papel hablando de cosas que puedan ser útiles al que recibe la carta. Cuando empiezo, le digo a mi Custodio que si escribo es con el fin de que sirva de algo (...). Nadie puede quitarme -ni quitarle- el rato que he pasado pidiéndole lo que sé que más necesita el alma a quien va dirigida mi carta.** Este punto refleja su costumbre de encomendarse siempre al Ángel Custodio de la persona con quien hablaba.

Camino

Por si fuera poco, a todo lo anterior hay que sumar un trabajo más: la reelaboración de Consideraciones Espirituales, que se publicaría poco después con un nuevo título: Camino. Estos libros -a los que se sumarían, años más tarde, Santo Rosario, y algunos otros, como Via Crucis, Surco o Forja, editados póstumamente- nacían de un deseo que tenía desde años antes: desde una locución divina que Dios le concedió el 7 de agosto de 1931. **A pesar de sentirme vacío de virtud y de ciencia (la humildad es la verdad..., sin garabato)** -había escrito- **querría escribir unos libros de fuego, que corrieran por el mundo como llama viva, prendiendo su luz y calor en los hombres, convirtiendo los pobres corazones en brasas, para ofrecerlos a Jesús como rubíes de su corona de Rey.**

Escribió Camino pensando especialísimamente en aquellos jóvenes que venían a verle. Muchos estaban en el frente expuestos no sólo al peligro de las balas y los obuses, sino también al de las "horas muertas": horas que abundaban en los cuarteles e incluso en las mismas trincheras, especialmente cuando los frentes permanecían estacionarios durante semanas y semanas. Este aspecto -el del ocio- le preocupaba mucho: tenía visión de futuro y al pensar en el fin de la guerra temía que estos chicos hubieran podido perder el hábito del estudio. Lo recordaba en el número de Noticias del mes de marzo: **¿Por qué no aprovecháis las horas muertas -que sobran abundantemente- repasando un idioma? Un diccionario y un libro para traducir, se llevan en cualquier sitio.**

Les insistía, de palabra y por escrito, que no abandonaran los libros; y se ocupó de enviarles libros en diversas lenguas y diccionarios "Liliput", fáciles de llevar en el bolsillo. **¡Ah! No se encuentran gramáticas inglesas en Burgos**, escribía a uno. **Veremos si las hay en Bilbao. Un periódico inglés te mandan.** Con este fin, acudió a

diversos intelectuales amigos suyos, y les pidió que le consiguieran libros de estudio, preferentemente extranjeros. Pero, como dejó escrito en Camino, sufrió bastantes decepciones: **Libros.- Extendí la mano, como un pobrecito de Cristo... ¡y me llevé cada chasco! -¿Por qué no entienden, Jesús, la honda caridad cristiana de esa limosna, más eficaz que dar pan de buen trigo?"**.

Al principio se preguntaba dónde íbamos a almacenar los libros que fueran llegando; pero los libros no llegaron nunca. Sólo recibimos unos en italiano, publicados por la Università Cattólica del Sacro Cuore, de Milán.

¿Cómo escribió Camino? Desde que le conocí, observé que tenía por costumbre anotar, de cuando en cuando, una o dos palabras en una agenda o pequeña libreta que llevaba siempre en el bolsillo izquierdo de la sotana. Lo hacía frecuentemente, incluso durante las tertulias o cuando hablaba a solas con alguien de confianza. Era algo muy rápido; sólo un instante: ni siquiera interrumpía la conversación. Esas palabras -a veces una sola- le servían para recordar una idea que se le había ocurrido, o una frase feliz que había escuchado. Más tarde, en sus horas de trabajo, redactaba aquella idea en una octavilla; aunque, en realidad, más que octavillas propiamente dichas, eran trozos de papel que recortaba de otros más grandes, ya usados por un lado y que, por pobreza, no tiraba a la papelera. A eso lo llamaba **gaiticas**. Nos explicaba que no bastaba con leer aquellos puntos, sino que había que desentrañar su contenido y aplicarlo a las circunstancias de cada momento. **Son gaiticas** -decía- **porque, si no soplas, no suenan**. Cada día, al volver del cuartel, nos enseñaba un montón de octavillas y nos preguntaba:

-A ver, ¿qué os parecen estas gaiticas?

Fruto de este trabajo el Padre había publicado Consideraciones Espirituales en 1934, en Cuenca, con la aprobación de Don Cruz Laplana, Obispo de aquella diócesis. En Burgos decidió ampliar este libro y reimprimirlo; y cuando ya estaba preparado para reimprimirse, decidió titularlo Camino. Hizo ese trabajo en nuestro cuarto del Hotel Sabadell, pasando a máquina aquellas "gaiticas" en trozos de papel ya más homogéneos. No era una tarea sencilla: la máquina de escribir -la Corona que ya he descrito- era pésima, y al Padre nunca se le dio bien la mecanografía; con frecuencia se equivocaba al teclear y el primitivo aparato fallaba bastante. Entonces raspaba el papel con una gillette, porque cuando intentaba borrar el error con una goma invariablemente se le rompía el papel. Bromeando con cariño y sin faltarle al respeto, le dije en alguna ocasión: "Padre, es usted muy raspón".

Y no paraban ahí las desgracias: además de romper el papel con la goma, cuando usaba la gillette se cortaba con frecuencia; y algo parecido le ocurría cuando usaba lápiz: se le rompía la punta. Yo me ofrecía para ayudarle, pero no quería quitarnos tiempo; sin embargo, si después de ofrecerme inútilmente veía que le seguían ocurriendo todas estas peripecias, no le ocultaba mi regocijo. Entonces el Padre era el primero en reírse. Años más tarde se acostumbró a dictar en magnetofón y a corregir después el texto mecanografiado. Y un día, al cabo de los años, me escribió con humor: **Ya no me dirás que soy muy raspón**.

A pesar de sus deseos, no pudo publicar Camino durante aquellos primeros meses, por falta de medios, ya que las imprentas de Burgos trabajaban exclusivamente para el Gobierno y el Ejército. Tuvo que esperar a abril de 1939. Y debo reconocer que yo no

preveía entonces que aquel pequeño libro, fruto de la "lucha" diaria entre el Padre y una rudimentaria y vieja máquina de escribir, obtendría tanto fruto espiritual y se editaría por millones y millones de ejemplares en todo el mundo.

El trabajo del Padre no paraba ahí. A los viajes que hacía a los diversos frentes, a las visitas que recibía en Burgos, a los retiros y cursos de retiro que daba en diversas ciudades, a su intensísimo apostolado personal y espistolar y a la elaboración de Camino hay que añadir otra ocupación más, que permite imaginar la intensidad de aquel "trabajar sin descanso" de los meses de Burgos: la elaboración de la tesis doctoral en Derecho Civil sobre la Abadesa de las Huelgas. Había comenzado antes de que comenzara el conflicto otra tesis, sobre un tema distinto, pero ese material de investigación se perdió a causa de los avatares de la guerra.

Estuvo trabajando durante muchas y muchas mañanas en el Contador del Real Monasterio de Las Huelgas, situado a cierta distancia de Burgos, y al que tenía que ir y venir a pie. La Abadesa, doña Esperanza de Mallagaray, le dio muchas facilidades; y las religiosas le bajaban al Contador los documentos que pedía. Años más tarde, en 1944, la publicó, reelaborada.

La investigación científica

Esto me da pie para hablar de otra faceta del Padre que supuso para mí, durante aquellos meses de Burgos, un descubrimiento: su gran preparación cultural. En Burgos su dominio de la Sagrada Escritura se hacía más patente, ya que no disponía de libros y tenía que citar textos de memoria al redactar sus fichas. Además de esa cultura teológica, me asombraba que conociera tan bien los clásicos castellanos y muchos autores contemporáneos. No los citaba haciendo un alarde de erudición, pero se traslucía su amplia cultura en los comentarios ocasionales que hacía. Se le escapaban citas de los clásicos, aunque no recordara el capítulo concreto o dudara de qué obra procedían.

Cuidaba el estilo a la hora de escribir y procuraba ayudarme a mejorar el mío: en una ocasión, al leer algo que yo había escrito, me comentó que mis períodos eran demasiado largos y complicados; que ponía muchos incisos; que debería usar mejor la puntuación, sobre todo el punto y seguido y el punto y aparte; y me aconsejó leer unos relatos de Azorín. Un día cometí un error de ortografía, poniendo una j en lugar de una g. **¡Ni que fueras Juan Ramón Jiménez...!**, comentó, divertido.

No sublimaba la cultura ni la sacaba de quicio; pero tenía amplias inquietudes intelectuales, y nos animaba para que no cayéramos en la mediocridad o en el adocenamiento. **Al que pueda ser sabio no le perdonamos que no lo sea**, había escrito en el número 332 de Camino. Consideraba la inteligencia como un destello que nuestro Padre Dios nos había concedido de la Suya, y nos decía que teníamos la obligación de cultivarla para Su gloria: **¡Cultura, cultura!**, escribió también en Camino. **-Bueno: que nadie nos gane a ambicionarla y poseerla. -Pero, la cultura es medio y no fin.**

Durante aquel tiempo nos habló mucho acerca de la investigación científica. De esto conversaba especialmente con José María Albareda, que era entonces un joven profesor y sería con los años Secretario del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, primer Rector de la Universidad de Navarra, y figura de gran relieve en el ámbito

científico. El pensamiento del Padre sobre este tema se condensa en este punto de Camino: **Antes, como los conocimientos humanos -la ciencia- eran muy limitados, parecía muy posible que un solo individuo sabio pudiera hacer la defensa y apología de nuestra Santa Fe. -Hoy, con la extensión y la intensidad de la ciencia moderna, es preciso que los apologistas se dividan el trabajo para defender en todos los terrenos científicamente a la Iglesia. -Tú... no te puedes desentender de esta obligación.**

Su visión del mundo intelectual era siempre positiva **-no soy anti-nada**, solía decir-, pero no dejaba de dolerle enormemente la labor descristianizadora de algunos intelectuales y de ciertos grupos organizados que -so capa de aconfesionalidad o de laicismo- habían dejado una impronta corrosiva en ambientes universitarios y culturales.

Insistía en que la cultura y la investigación científica no debía construirse a base de "capillitas": es decir, mediante grupos cerrados que sólo levantan pedestales a los amigos o forman sociedades de bombos mutuos; y nos recordaba que no se deben concebir las cátedras universitarias como armas de poder.

Recordaba también que aquellas personas dotadas de los talentos necesarios para formar a otros -en el terreno espiritual, profesional, intelectual, científico, etc.- debían darse a los demás procurando que sus colaboradores más jóvenes pudieran continuar la labor comenzando no desde abajo, sino **desde aquí arriba**, y señalaba su cabeza con la mano. Subrayaba que tenían el deber moral de no hacerse insustituibles: no se debe actuar -nos decía- como aquel cocinero que cuando preparaba un dulce cuya receta solo conocía él, se encerraba en la cocina para que los demás no la aprendieran.

Sacerdote cien por cien

Su profunda piedad, su laboriosidad incesante, su afán de almas llenaban su existencia: el Padre era -y yo fui testigo de visu, día tras día- un sacerdote cien por cien. Y esto, en todas las circunstancias de su vida: en el Madrid de la preguerra, en los tiempos duros de la persecución, en nuestra difícil travesía por el Pirineo, y en medio de aquel clima bélico exaltado que se respiraba en Burgos, lo que resultaba más sorprendente todavía. Nunca, en ninguna de estas situaciones, le oí decir una palabra de política. **Mi misión como sacerdote -aclaraba- es exclusivamente espiritual.** Esto, insisto, era especialmente llamativo en aquel ambiente, tan proclive a la exaltación y al partidismo: el Padre tenía siempre los brazos abiertos a todos, para salvarlos a todos, sin excluir a ninguno.

Durante aquellos meses fui testigo de su gran amor a la libertad y la responsabilidad personal, que le llevaría a no proponer nunca, a lo largo de su vida, a los miembros de la Obra ninguna directriz u opción determinada en el campo económico, político o cultural. Años más tarde precisó contundentemente este modo de actuar de los miembros del Opus Dei: **Cada uno -recalcaba con fuerza- tiene plena libertad para pensar y de obrar como le parezca mejor en este terreno. En todo lo temporal los miembros de la Obra son libérrimos: caben en el Opus Dei personas de todas las tendencias políticas, culturales, sociales y económicas que la conciencia cristiana puede admitir.**

Dio las indicaciones oportunas para que los directores de la Obra no pudieran imponer nunca un criterio político o siquiera profesional a los demás miembros. Y explicó que, si algún miembro de la Obra intentara hacerlo, o servirse de otros miembros para fines humanos, saldría expulsado sin miramientos, **porque los demás se rebelarían legítimamente.**

En sus conversaciones se manifestaba siempre celoso defensor de la libertad de las conciencias, **que no es lo mismo** -aclaraba- **que la libertad de conciencia;** y celoso defensor también de la dignidad de la persona humana, respetando siempre las opiniones de los demás; aunque jamás se inhibió a la hora de manifestar de su propia fe, **una fe gorda** -decía-, **que se puede cortar.**

Su apertura de mente -muy singular en aquel tiempo- no se quedaba sólo en palabras. En aquella época había cierta confusión político-religiosa por parte de algunos: una confusión que podía advertir cualquier persona no fanatizada. Por eso, el Padre sufría cada vez que la radio o la prensa informaba de actos o ceremonias oficiales que podían ser interpretadas como una instrumentalización de la religión para fines políticos.

Recuerdo una anécdota expresiva de aquel periodo que puede situar al lector: algunas autoridades franquistas habían organizado una ceremonia solemne en el Monasterio de las Huelgas. Lo habían preparado todo, pero se habían olvidado de un pequeño "detalle": pedir permiso al Arzobispo, don Manuel de Castro, de quien dependía aquel recinto. Cuando se lo pidieron, tardíamente, el Arzobispo se negó diciendo que él "era el amo de la burra" y que aquel día el Monasterio estaba cerrado. Tuvieron que mediar varias personas para que accediera en el último momento.

Trató el Padre también durante aquel tiempo a muchos que no eran católicos -o al menos, que no practicaban- o que no estaban bien vistos en el ambiente político imperante. Intervino más tarde para mitigar alguna que otra injusticia, independientemente de la filiación política del interesado. Por ejemplo, era frecuente que algunos exiliados, cuando volvían a España, se encontrasen con un vacío, o al menos, con cierto ambiente de recelo. Recuerdo perfectamente que algún tiempo después y siguiendo una sugerencia del Padre, hice unas gestiones para que Gregorio Marañón dictara una conferencia en la Residencia de la Moncloa, obra corporativa del Opus Dei. Al terminar su conferencia, Marañón me comentó en privado -luego lo hizo en público- que aquella era su primera conferencia pública después de haber sido desposeído de su cátedra en la Universidad Central.

Uno de los temas que salían a relucir frecuentemente en nuestras conversaciones de Burgos era el deseo del Padre de que, en cada nación, los católicos estuvieran al corriente de lo que sufrían sus hermanos en la fe en otros países donde la Iglesia estaba perseguida o no gozaba de libertad; quería que los intelectuales católicos de cada país estuvieran informados de los esfuerzos y logros de los católicos de todo el mundo, sin divisiones, sin particularismos miopes o espíritu de "capillita". Sobre este punto recuerdo una anécdota muy significativa, que surgió con ocasión de uno de los retiros que predicó en Burgos en la Capilla de las Esclavas del Sagrado Corazón, junto al río Arlanzón, un poco más allá de la parroquia del Carmen.

Aquel retiro había sido organizado por la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, y la capilla, bastante amplia, estaba repleta de profesionales e

intelectuales, algunos de ellos muy conocidos en el ambiente cultural de entonces. Recuerdo muy bien aquel retiro, porque fue de las pocas ocasiones que tuvimos Paco y yo de escuchar predicar al Padre durante aquel tiempo a otras personas que no fuéramos nosotros.

El Padre predicó con su fervor de siempre, quizá con mayor vehemencia que en otras ocasiones. Su predicación era directa. Estaba basada en el Santo Evangelio y se servía de imágenes sencillas, pero incisivas y difíciles de olvidar. Habló desde el presbiterio, como tenía por costumbre, sentado, con una mesita delante. Comenzó diciendo que, al contemplar aquel auditorio tan selecto, se encontraba como un relojero en su taller, ante una infinidad de piezas maravillosas de reloj: veía las ruedas dentadas de platino, los puntos de apoyo de zafiro...; pero -señaló-, al tratar de armar esas piezas para construir el reloj, podía darse el peligro de que cada una fuera de un tamaño no proporcionado, que no lograrán encajar bien unas con otras, que el roce entre ellas impidiera poner en marcha el reloj, que se atrasara, o que se parara a los pocos minutos de estar en marcha. **Si el reloj no funciona -decía el Padre, con gran fuerza-, si no da la hora, ¡no me sirve! Prefiero un despertador de cinco pesetas de los que venden en "Sepu"!** (Sepu era un conocido gran almacén de Madrid donde se vendían mercancías de todas clases a bajo precio)

Con la delicadeza de quien predica, no como dirigiéndose a un auditorio, sino haciendo su propia oración personal, siguió desarrollando la imagen del reloj; vino a concluir que son imprescindibles la comprensión, la caridad y la unidad para que el trabajo profesional de un cristiano sea servicio de Dios y servicio a los demás por Dios.

En aquella predicación diferenció claramente dos aspectos: una cosa es el "deseo noble de subir" que un hombre puede experimentar en el desempeño de su trabajo profesional, como fruto de su esfuerzo personal -estudio, investigación científica, orden, perseverancia- y de la gracia de Dios -que le lleva a hacer fructificar los talentos recibidos-; y otra cosa muy distinta es ese otro "afán de subir", por ambición, por afán de poder, por miras egoístas.

En una palabra: denunciaba el hábito de medrar, a base de bombos mutuos, de poner zancadillas, de atropellar a los demás... **A ese subir yo le llamo trepar, encaramarse..., y eso no lo podéis hacer vosotros.** Afirmaba que lo importante no es estar arriba o abajo; lo importante es estar cerca de Dios, servirle y servir a los demás por El; se trataba de poner en alto a Dios, en la misma cúspide; no de ponerse uno mismo en lo alto.

El heroísmo de lo cotidiano

Como les ha sucedido invariablemente a los hombres de Dios, el Padre no era siempre bien entendido. El ambiente de guerra impulsaba a muchos a aplazar para "después" cualquier determinación que abrazara toda la vida. En contra de lo que pudiera parecer, el ardor patriótico del momento provocó en mucha gente joven un reduccionismo temporal de los ideales de servicio a Dios. En aquellas circunstancias, muchos muchachos piadosos se planteaban la lucha ascética con una sola meta: vivir en gracia de Dios para estar preparados si morían en los campos de batalla. Quien más quien menos pensaba que ya estaba haciendo suficiente por su fe jugándose la vida en el

frente, en la lucha por un ideal que en muchos casos llevó a comportamientos verdaderamente heroicos.

El Padre hablaba mucho de otro heroísmo: del heroísmo escondido de todos los días, del heroísmo del trabajo, del heroísmo de lo cotidiano. Porque -aunque esto pueda sorprender-, haciendo abstracción del peligro de muerte, hacer la guerra como Alférez o Teniente Provisional no dejaba de tener, para algunos, incluso "su aliciente". Era el aliciente del activismo -y aun del mismo riesgo-; el aliciente de ser protagonista de una aventura muy distinta de aquella otra -a veces tediosa- de la vida corriente: las horas de estudio, los pasillos, las aulas y los exámenes en una universidad o escuela superior. En definitiva la guerra tenía el aliciente engañoso y efímero de lo extraordinario.

No deseo en modo alguno minusvalorar o despoetizar a la juventud de aquellos años, que supo arriesgar su vida y llegó a morir tantas veces por un ideal: sólo quiero hacer notar este peligro, común en las guerras, que expresó gráficamente un escritor de aquel tiempo con la frase: "¡Ay del día en que estalle la paz!".

Por estas razones, no resultaba fácil hacer apostolado ni abrir inquietudes amplias en aquellos momentos. Las conversaciones solían polarizarse en torno a los temas relacionados con la guerra; y la crudeza y procacidad de lenguaje de algunos ambientes castrenses -aun dentro del clima indudable fe religiosa que se respiraba- no solía dejar lugar para conversaciones de carácter espiritual, o de cierta grandeza de horizontes.

El Padre, por el contrario, aunque amaba mucho a su país, tenía el corazón abierto a todos los países, a todas las razas, a todas las culturas. **No estamos conformes**, escribía a uno que le hablaba de "la España futura" que había que hacer con el esfuerzo, el trabajo y la ayuda del Señor. **La España futura es poco: al escribir estas cuartillas de familia, siente uno que el planeta se achica**. No había nada en su predicación de visión estrecha o particularista; por eso, si alguien aludía a un defecto de una determinada nación, se las arreglaba siempre para subrayar algún aspecto positivo; afirmaba que su Patria era el mundo; y le gustaba saber que yo llevara en mis venas sangre de varios países, especialmente de Italia. Recuerdo que le conté que algunos antepasados míos se llamaban Carrara y Ferrara, y que era muy posible que tuviera sangre judía, ya que los judíos italianos solían adoptar como apellido nombres de ciudades. Todos estos detalles le alegraban. Para el Padre no había más que una sola raza: **la raza de los hijos de Dios**.

Mientras tanto, el conflicto bélico iba llegando a su fin y el saldo numérico de los miembros de la Obra al acabar los años de guerra era, desde un punto de vista meramente humano, desilusionante, a pesar del celo apostólico del Padre: sólo había venido una vocación al Opus Dei -la de José María Albareda- y alguno había caído en el frente de batalla. En contrapartida, cuando terminó la guerra los miembros del Opus Dei habíamos alcanzado, gracias al ejemplo y la formación recibidos del Padre, una madurez que, sin la dureza de aquellos tres años, difícilmente hubiéramos podido alcanzar. En este sentido, nos decía el Padre que la guerra, aun en medio de tantos sufrimientos, calamidades y persecuciones, nos había hecho un gran bien espiritual.

En la fiesta de la Virgen del Pilar

El Padre seguía preocupado por los de Madrid. Isidoro nos seguía enviando noticias de los que permanecían refugiados en la Legación de Honduras y en la Embajada de Noruega, y nos informaba de como se encontraban la Abuela, Carmen y Santiago. Esas cartas recorrían un complicado itinerario: viajaban primero de Madrid a Francia, y desde Francia nos las enviaban a Burgos. Con todo, las cartas no eran tan frecuentes como hubiera deseado el Padre y los correos eran lentos. Un día Dios hizo ver al Padre con plena claridad que algunos de los que estaban en Madrid -entre ellos Alvaro del Portillo y Vicente Rodríguez Casado- se pasarían a la otra zona el 12 de octubre de 1938, fiesta de la Virgen del Pilar. El Padre nos lo dijo con varios días de anticipación.

Yo interpreté sus palabras simplemente como un vivo deseo de que eso ocurriese y como una petición a Nuestra Señora. Pero el Padre estaba tan seguro de que iba a suceder así que visitó a la madre de Alvaro del Portillo, Doña Clementina Diez de Sollano, que estaba en Burgos, para comunicarle:

-El día doce -le aseguró- se pasa tu hijo.

También por una especial inspiración del Señor lo supo -en Madrid- Isidoro Zorzano cuando hacía un rato de oración en su cuarto, frente al crucifijo. Hasta ese día les había recomendado que esperaran, porque mucha gente había muerto en el intento. Durante aquel rato de oración "supo" también que el día 12 alcanzarían el otro lado.

Poco después Alvaro del Portillo, Vicente Rodríguez Casado y Eduardo Alastrué se alistaron en el Ejército Republicano, y tras una serie de peripecias, realmente providenciales, en las que se advertía claramente la ayuda del Señor, llegaron a Cantalojas, un pueblo "del otro lado", mientras repicaban gozosamente las campanas en honor de la Virgen del Pilar.

Yo esperaba el día 12 con impaciencia y cuando volví aquella tarde al Hotel Sabadell vi que no había llegado nadie. Lo sentí por la frustración y la preocupación que el Padre pudiera tener; sin embargo no la tenía: aunque a mí me parecía inverosímil, el Padre estaba seguro de que habían logrado su objetivo. El día 13 el Padre seguía contento y feliz, y nos decía que estuviésemos atentos para recibirlos cuando llegasen. Al día siguiente nos dijo, como recuerda Paco: **ya os avisaré al Cuartel, cuando lleguen.**

Ese mismo día, 14 de octubre, llamó el Padre a Paco por teléfono:

-Ya han llegado, venid.

En Calatayud

Poco después, por diversas causas, el Padre se quedó prácticamente solo en Burgos. El primero en marcharse fue José María, que residió en Vitoria durante el siguiente curso 38-39, donde trabajó como catedrático de Instituto. El 10 de noviembre Alvaro del Portillo, que había llegado a Burgos el 14 de octubre, se incorporó a la Academia de Alféreces Provisionales de Ingenieros, en Fuentes Blancas, que estaba a pocos kilómetros de la ciudad. Vicentón se marchó a su destino militar en Zaragoza. Y en diciembre yo partí para Calatayud, donde nos habían destinado a Pedro Ybarra y a mí,

ya que el Ejército de Levante tenía su Cuartel General en Calatayud. Allí seguiríamos encargados del Gabinete de Cifra.

En consecuencia, a mediados de diciembre de 1938 solo se quedó en Burgos Paco acompañando al Padre, que se trasladaría a vivir, poco después, antes de las Navidades, a una pensión situada en la calle Concepción nº 9, 3º izquierda.

Al despedirme para marchar a Calatayud, el Padre me dio su bendición, me alentó a seguir mi plan de vida cristiana y me dio algunos consejos: **Que escribas con frecuencia, que estés contento, que aproveches bien el tiempo..., y recuerda que puedes hacer mucho bien a ese chico.** Se refería a Pedro Ybarra, con el que me unía una íntima amistad y que estaba progresando mucho en su vida de piedad.

Llegué a Calatayud y allí pasé las Navidades junto con Paco, que vino a pasar esas fechas conmigo por indicación expresa del Padre; luego fuimos a Zaragoza para acompañar a Vicentón. Se vivían momentos decisivos de la guerra: se estaba desmoronando el Ejército de la República y se veía llegar el fin del conflicto de un momento a otro.

Recibí a comienzos de enero una carta del Padre desde Burgos en la que me pedía que hiciera algunas gestiones para publicar Camino: **¿hay ahí imprentas para eso?**, me preguntaba; y me decía: **Sólo me faltan ochenta Consideraciones: es cosa de días.** En efecto, el 22 de enero concluyó aquel trabajo, que se puso a escribir a máquina enseguida, y cuya conclusión fecharía el 2 de febrero, la fiesta de la Virgen más cercana.

En Calatayud, poco a poco, el trabajo intenso del Cuartel General del Ejército de Levante fue languideciendo y el ambiente castrense perdió el ritmo de antes. Me autorizaron para que impartiera clases de Matemáticas en el Instituto y gracias a este trabajo conocí a diversas personas que residían interinamente en Calatayud a causa de la guerra y a otras que vivían allí desde tiempo atrás. Examiné, entre otros alumnos, a los procedentes del Colegio que tenían en Calatayud los Hermanos Maristas. Entre tanto, nuestro Gabinete de Cifra, un cubículo situado en un rincón de las oficinas en las que se había convertido la gran biblioteca de un Casino provinciano, se fue convirtiendo en un "casinete"; es decir, en un lugar que antes había sido muy reservado, pero que ahora era un centro de reunión informal de tenientes y capitanes. Esto no me agradaba, porque me impedía aprovechar el tiempo, y a mí me interesaban poco las últimas noticias sobre ascensos y nombramientos militares.

El 1 de abril de 1939 el Cuartel general vibró de entusiasmo con el último parte oficial: la guerra había terminado.

XI. VOLVER A EMPEZAR

De nuevo en Madrid

Esperé en la Capitanía General de Valencia, donde me habían destinado, bastante ansioso, la definitiva liquidación de la guerra. Al fin, fui desmovilizado y pude volver, gracias a un simple oficio firmado y sellado por el Jefe de Estado Mayor, a mi condición de ciudadano civil. Me dirigí a Madrid, en busca del Padre.

¿Dónde encontrarle? El edificio de Ferraz 16 había sido destruido totalmente. Me enteré luego de que el Padre había llegado a Madrid el 28 de marzo y había visitado los escombros de la Residencia al día siguiente. Había encontrado allí, entre las ruinas, el texto escrito en latín sobre papel pergamino con el precepto del amor que había hecho colocar en la sala de estudio de la Residencia para enseñar de un modo gráfico el valor de la fraternidad: Mandatum novum do vobis..., "Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor entre vosotros" (Juan 13, 34 y 35).

Al final supe que el Padre estaba viviendo desde el día 29 en el viejo edificio de la Casa Rectoral de la calle Santa Isabel. La iglesia había quedado destruida por un incendio provocado en julio del 36, en el que había perecido pasto de las llamas -entre otras obras de arte- un cuadro de Ribera que servía de retablo al altar. En cambio, la Casa del Rector y la de los Capellanes, aunque requerían serias reparaciones, no habían sido dañadas ni por la artillería ni por la aviación. La casa rectoral había sido utilizada por un Comité o un sindicato revolucionario y cuando el Padre y los que le acompañaban llegaron allí estaba todavía puesta en el balcón la bandera blanca de la rendición.

Contaba Paco que cuando entraron en la cocina se encontraron con la comida hecha: estaba claro que los soldados habían tenido que abandonar precipitadamente el edificio. "Pusimos unos cazos del rancho en platos de soldado -relataba Paco- y nos los llevamos al piso del Rector del Real Patronato. Eran garbanzos guisados. Alguien dijo que podían estar envenenados, pero no prevaleció esta hipótesis. Teníamos hambre".

Me encontré de nuevo con el Padre, que me indicó enseguida que marchara cuanto antes a Albacete. Mis padres, por imperativos de la guerra, no habían podido recibir demasiadas noticias mías -aunque, en medio de aquella situación terrible, eran todas tranquilizadoras- desde que me había incorporado a la travesía de los Pirineos. Les había escrito una carta desde Barcelona, muy escueta para no levantar sospechas, en la que les decía: "por la pena que os aflige podéis estar tranquilos". Luego, les escribí otra carta desde Andorra, dirigida a mi hermano José María. Estaba redactada en lenguaje juvenil, como si fuera un amigo de su misma edad. Y habían recibido algunas otras cartas mías, escritas desde Burgos y remitidas a Londres, desde donde se las había enviado a ellos un amigo de Jose María.

Mi madre, aunque tenía la gran tranquilidad de saber que yo estaba a salvo, había atravesado durante los últimos meses de la guerra situaciones muy difíciles. Cuando llegué a Albacete se encontraba sola con mi hermano Pepe, ya que mi padre había embarcado poco antes en el último barco que había zarpado de Alicante, antes de que

entraran en aquel puerto las tropas nacionales. En aquellos días no sabíamos aún cuál era su paradero.

En aquellas circunstancias, mi madre y yo convinimos en que lo más prudente era que ella se trasladara a "Los Hoyos" y que desalojara la casa de Albacete cuanto antes, tras almacenar los muebles y enseres en los locales de unos amigos de confianza. Así se hizo. En cuanto a mi hermano José María, vimos que tendría que revalidar los estudios de bachillerato cursados durante la guerra: con este fin, siguiendo un consejo del Padre, se trasladó a Calatayud; allí los Hermanos Maristas lo aceptaron como alumno interno en su colegio, aunque era periodo de vacaciones.

Mi madre me dio muchos muebles de la casa de Albacete para la instalación de la nueva Residencia, e Isidoro Zorzano me ayudó muy eficazmente a trasladarlos a Madrid en un par de vagones de ferrocarril. Durante los viajes que todo esto supuso, pude hablar del Opus Dei en varias ocasiones con mi madre, que iba cobrando cada vez más admiración y afecto por la Obra. También hablé del Opus Dei con mi hermano Pepe.

Al concluir el verano, mi madre decidió irse a vivir a Barcelona con mi hermano Pepe. Allí residía mi tío Diego, y allí pudo Pepe proseguir sus estudios. Mi madre permaneció en la ciudad Condal hasta que supimos que mi padre se encontraba en Orán. Entonces marchó a aquella ciudad para reunirse con él.

Jenner

Después de encauzar los asuntos familiares, volví de nuevo a Madrid, al edificio de la casa rectoral, donde estábamos muy pobremente instalados, utilizando ese curioso saldo de objetos que quedan abandonados tras una guerra: catres de soldado, mantas de cuartel, etc. Sólo estuvimos allí durante cuatro meses. El Padre quería ceder la casa lo más pronto posible a las Agustinas Recoletas, cuyo convento había quedado destruido. Mientras tanto, buscábamos por todo Madrid una casa de alquiler en la que se pudiera instalar la Residencia. El Padre habló con las religiosas de la Asunción para que cedieran provisionalmente a las Recoletas una parte del Colegio que que no necesitaban durante el verano, y gracias a eso, estas religiosas pudieron reanudar muy pronto su vida en Santa Isabel.

El 6 de julio se firmó por fin el contrato de la casa que iba a albergar la futura Residencia de estudiantes: la integraban tres amplios pisos de la primera y tercera planta de la calle de Jenner número 6, muy cerca del Paseo de la Castellana. En los dos pisos de la tercera planta -que se unieron- se instalaron el oratorio, la sala de estar, la biblioteca, una salita de recibir y las habitaciones de los residentes. En la primera planta se instalaron el comedor de la Residencia, el comedor de invitados, una sala de recibir, la habitación que ocupaba el Padre, una segunda habitación para la Abuela y su hermana Carmen y una tercera habitación para su hermano Santiago, que era entonces estudiante universitario.

Durante esa época los Obispos de numerosas diócesis de España, atraídos por su vigor apostólico y su fama de santidad, siguieron llamando al Padre para que dirigiera ejercicios espirituales para el clero y predicó numerosas tandas en Madrid, Avila, Segovia, Vitoria, Pamplona, Lérida, Valencia, León...

Recuerdo que durante esa época di algunos paseos con el Padre por las tiendas de chamarileros del Rastro madrileño en busca de muebles a buen precio que nos pudieran servir para amueblar la nueva Residencia de Jenner. En el vestíbulo de entrada hizo colocar un gran planisferio con el lema: A solis ortu usque ad occasum, con el que nos recordaba que gentes y países de todo el mundo esperaban ardientemente su encuentro con Cristo en los quehaceres de la vida ordinaria, siguiendo el espíritu del Opus Dei.

Por fin, el 15 de julio comenzó la mundanza. El 6 de agosto el Padre bendijo el nuevo Centro de la calle de Jenner. Comenzaba un nuevo capítulo de la historia de la Obra.

Mi hermano Pepe

Dos meses antes, a mediados de mayo del 39, mi hermano Pepe había venido a pasar unos días en Madrid en casa de unos tíos nuestros; y el Padre le invitó a comer. Como testimonia en sus recuerdos, aquel breve y fugaz encuentro con el Padre le impresionó profundamente y fue el comienzo de su vocación.

Yo había contado al Padre diversas cosas de Pepe, y nada más verle dijo a mi hermano: **ya te he encomendado mucho al Señor.**

A partir de aquel momento la vocación a la Obra fue madurando en su alma y cuando, seis meses después, durante las Navidades, le hablé del Opus Dei con más detenimiento, me dijo que estaba resuelto a entregarse a Dios.

Quedamos en hablar del tema un mes más tarde, durante un viaje que yo tenía que hacer a Barcelona; pero me repitió que ya estaba totalmente decidido. "Me parecía innecesario esperar un mes más -recuerda Pepe- porque estaba firmemente convencido de que tenía vocación, y de que Dios me llamaba al Opus Dei, al igual que a Pedro. El ejemplo de Pedro me estimulaba, lo mismo que el de algunos más de la Obra que había conocido en los últimos meses. Coincidió en eso con mi madre, que me había dicho en una ocasión: 'Ha estado un amigo de tu hermano que se llama Alvaro del Portillo. Yo no sé qué tienen los amigos de tu hermano. A mí me gustaría que tú fueras como ellos'".

Sin embargo, mi hermano Pepe tuvo que esperar, y no sólo un mes, sino tres. Hablé con él de nuevo en Barcelona, donde estaba estudiando alojado en casa de mi tío Diego, que era director de El Correo Catalán. Seguía totalmente decidido. Le dije que tendría que esperar otro mes más, hasta que fuera el Padre a Barcelona. La razón de esa espera radicaba sobre todo en que el Padre quería cerciorarse de que Pepe no obraba movido por una influencia pasajera.

"El doce de mayo de 1940 -recuerda Pepe-, a la hora de comer me llamaron por teléfono: me dijeron que había llegado el Padre a Barcelona y que podía ir a verle aquella misma tarde al Hotel Urbis. Al acabar de comer salí corriendo. El Padre me recibió inmediatamente. Una de sus primeras preguntas fue si alguien me había influido o movido a tomar aquella decisión. No recuerdo literalmente sus palabras, pero eran parecidas a las que he dicho y en un tono como muy tajante y serio, tanto que me dejaron un poco cortado, durante unos instantes; pero luego, inmediatamente, le respondí:

-Padre, no me ha influido ni me ha convencido nadie. Pedro me ha explicado la Obra, pero nunca me ha dicho nada que haya podido presionarme o influenciarme. Soy yo el que quiero ser del Opus Dei.

El Padre volvió a preguntarme lo mismo, con un tono menos severo, y me dijo que pensara de nuevo a ver si no habría habido algún tipo de influencia. Le volví repetir que no, porque era la verdad.

Volvió el Padre a planteármelo por tercera vez, y me preguntó si obraba libremente, después de haberlo considerado despacio en la presencia de Dios. Le volví a responder que sí, que lo había pensado durante cuatro meses y no tenía ninguna duda.

Al final, me dejó pedir la admisión. Me dijo que pasara a hablar con Alvaro del Portillo, para que me orientara sobre algunas cosas del plan de vida cristiana propio de una persona del Opus Dei y, con tono jovial, me dijo que le había dado una gran alegría.

Al recordar esta conversación he comprendido el exquisito cuidado con el que el Padre velaba por la libertad en la entrega a Dios, para que ésta fuera sincera y por motivos exclusivamente sobrenaturales. Este amor a la libertad del Padre me sorprendió desde el primer momento. Porque entonces la libertad no era un valor sobre el que se hablase especialmente. Se hablaba sobre todo de otros valores: de servicio a la Patria, de disciplina, de reconstrucción nacional... El Padre, en cambio, me habló siempre mucho de libertad y de responsabilidad: de la libertad cristiana que procede de sentirse, profundamente, hijos de Dios".

El de mi hermano Pepe no fue un caso aislado: algunos hermanos y hermanas de diversos miembros del Opus Dei pidieron la admisión en la Obra en aquel tiempo. Por ejemplo, Dios concedió la vocación a las dos hermanas de Paco, Enrica y Fina, que se recuperó felizmente de su enfermedad. Enrica pidió la admisión en la Obra el 7 de abril de 1941.

La Abuela y Tía Carmen

Volvamos de nuevo a Madrid, donde vivíamos ya, con el Padre, en la Residencia de la calle Jenner. Yo me había presentado en septiembre de 1939 a los exámenes que tenía pendientes desde 1936, había concluido la Licenciatura en Ciencias Exactas, y estaba realizando el doctorado. Y durante ese periodo pude tratar muy de cerca, diariamente -y me atrevería a decir que con mucha intimidad-, a la madre del Fundador y a su hermana Carmen, que vivían allí. Todos las llamaban, cariñosamente, "Abuela" y "Tía Carmen".

Carmen se ocupaba de que el servicio atendiera bien el funcionamiento de toda la Residencia, y la Abuela pasaba muchas horas en su habitación: era muy poco aficionada a salir de casa. Siempre la vi ocupada haciendo algo útil: nunca estaba descansando o sin hacer nada.

Cuando se es joven pasan muchas cosas inadvertidas y quizá eso es lo que me sucedió a mí. Con los años he ido recapacitando en lo duro que debía resultar para ellas aquella situación: éramos muchos estudiantes jóvenes -más de cincuenta- los que vivíamos en aquella Residencia y eran muchos más los que frecuentaban la casa. Pues bien, en todo lo que dependía del cuidado de ellas dos, nunca tuvimos la más mínima preocupación:

todo funcionaba admirablemente y supieron poner siempre ese toque que sólo una mujer de su casa, educada y con buen gusto, sabe dar.

Los miembros del Opus Dei que vivíamos en la Residencia recurriamos a la Abuela y a Carmen para cualquier necesidad material: desde poner un botón a reparar un descosido. Nos acogían cariñosamente y se ocupaban de solucionar los mil pequeños problemas materiales de cada uno con una disponibilidad constante. Su situación, desde el punto de vista material, no era precisamente envidiable: disponían sólo de un dormitorio para las dos -donde tenían lo estrictamente necesario-, y de una pequeña habitación que daba a un patio interior, calurosa en verano y fría en invierno. Esta habitación, donde pasaban muchas horas al día, les servía de cuarto de estar, de cuarto de costura y con frecuencia también de comedor para ellas, el Padre y Santiago.

¡Vienen a mi memoria tantos pequeños sucesos entrañables y familiares de aquel tiempo! Recuerdo que cuando veníamos Paco y yo de nuestras clases de doctorado en la Universidad -nuestras vidas seguían siendo paralelas, como las de Plutarco- pasábamos siempre por el cuarto de la Abuela y le contábamos las incidencias del día: las peculiaridades de cada catedrático, el resultado de los exámenes... Al comienzo pensábamos hacer la tesis sobre un tema de astronomía y aquello dio pie para muchos comentarios de humor. Ella se daba cuenta de que exagerábamos para que se distrajera y se riera, y nos decía con gracia: "Me ponéis la cabeza como un bombo; cuando os vais me quedo atontada sin dar pie con bola"; pero lo cierto es que se divertía mucho con nosotros y nos tenía gran cariño.

Realmente la situación de doña Dolores como madre del Fundador del Opus Dei, viviendo con él, y en concreto, en el único Centro que la Obra tenía entonces, no era nada fácil. Yo no reparé en esto, precisamente porque nunca le oí quejarse y porque supo hacer de aquella situación la cosa más natural del mundo. Actuaba realmente como nuestra Abuela, desprendiéndose de todo en servicio de los demás. **Veo como Providencia de Dios** -comentó el Padre en una ocasión- **que mi madre y mi hermana Carmen nos ayudaran tanto a tener en la Obra este ambiente de familia: el Señor quiso que fuera así.**

El gran cariño que la Abuela nos tenía a todos era sumamente ordenado: trataba a cada uno de una manera distinta, adecuada a sus circunstancias. Trataba de una manera especial a los mayores que más ayudaban al Padre: Alvaro del Portillo, Ricardo Fernández Vallespín, Juan Jiménez Vargas, Isidoro Zorzano...; de modo distinto a Paco, a Vicente Rodríguez Casado y a mí; y de otro modo, muy singular, a mi hermano Pepe, el más joven de todos, que se vino a vivir a Jenner en el mes de julio de 1940. Pepe le infundía una especial ternura por su juventud y porque mis padres estaban exiliados; se preocupaba en cuanto adelgazaba un poco y decía: "está en muy mala edad, tiene poco apetito y no está fuerte". Con estos comentarios cariñosos justificaba todas las excepciones y detalles que tenía con él.

Más de una vez el Padre, predicando acerca de la relación entre la justicia y la caridad, hizo alusión a la justicia de las madres buenas, "que tratan desigualmente a los hijos desiguales". Esto es lo que la Abuela hacía.

En Diego de León

A partir de aquel año la labor apostólica fue creciendo con fuerza en Madrid y en diversas ciudades de España como Valencia, Valladolid, Zaragoza o Barcelona. Viajábamos hasta esas ciudades con frecuencia, aprovechando los fines de semana, para no desatender el trabajo profesional o las clases en la Universidad. A la vuelta de cada viaje se contaban las anécdotas apostólicas y salían a relucir nombres de viejos y nuevos conocidos. El Padre hizo muchos viajes y dio personalmente los primeros pasos de la labor en muchas ciudades: en septiembre del 39, por ejemplo, se desplazó hasta Valencia donde bendijo un pequeño piso que se había instalado allí, y al que se llamó El Cubil por sus escuetas dimensiones. En noviembre estuvo en el Rincón, como se llamaba -también aludiendo a su tamaño- el Centro de los que comenzaban en Valladolid. Luego los viajes siguieron: a Salamanca, Barcelona, Valencia...

A toda esa tarea apostólica en diversas capitales de provincia hay que añadir la que el Padre llevaba a cabo en Madrid, donde trataba a personas de las más variadas edades y condiciones: médicos, abogados, empleados, sacerdotes... Atendía espiritualmente a las mujeres en el confesonario de una iglesia pública y durante ese periodo se dedicó con particular atención a la labor apostólica con mujeres.

Dios bendijo aquella labor con abundantes frutos y al poco tiempo ya no cabíamos materialmente en Jenner. Era imposible atender desde allí la dirección de todo aquel trabajo y se comenzó a buscar un lugar apropiado para establecer la Sede Central y el primer Centro de Estudios, donde se pudiera atender mejor la formación de las vocaciones recientes. El Padre pensaba en este proyecto desde hacía tiempo. Poco después, el proyecto se hizo realidad: durante el verano de 1940 se adquirió una casa en la confluencia de la calle Lagasca con Diego de León, donde se trasladaron el Padre y algunos más, entre los que me encontraba yo. También se alquiló un piso en la calle de Martínez Campos.

Viví en ese Centro de la calle Diego de León durante algunos meses, cuando ya estaban instalados allí el Padre, la Abuela, Carmen y su hermano Santiago. La Abuela y Carmen ocuparon una habitación del piso principal que tiene un mirador en la esquina, con ventanas a las dos calles. Allí, pensábamos, podría vivir con algo más de amplitud... pero Dios se la llevó poco tiempo después.

Dejé a mi madre enferma en Madrid -contaría más tarde el Padre- para ir a Lérida a dar un curso de retiro a sacerdotes diocesanos. Ofrece tus molestias por esta labor que voy a hacer, pedí a mi madre al despedirme. Asintió, aunque no pudo evitar decir por lo bajo:

-¡Este hijo...!

Se fue a predicar a Lérida, preocupado por el estado de salud de su madre, aunque los médicos le habían tranquilizado, diciéndole que no parecía nada grave. Se abandonó en las manos de Dios. **Señor -suplicó-, cuida de mi madre, puesto que estoy ocupándome de tus sacerdotes.**

Más tarde nos contó cómo en una plática de aquel retiro habló a aquellos sacerdotes de la labor sobrenatural, inigualable, de la madre del sacerdote junto a su hijo. Al terminar,

se quedó rezando en la capilla. Al rato, el Obispo de la diócesis, que asistía al retiro, vino a decirle, con la cara demudada, que Alvaro del Portillo le llamaba por teléfono desde Madrid. "Padre -escuchó al otro lado del hilo-, la Abuela ha muerto".

El Padre regresó de nuevo al Oratorio y, con el corazón sobrecogido, hizo un acto de aceptación plena y rendida de la Voluntad de Dios junto al Sagrario: **Fiat, adimpleatur, laudetur... iustissima atque amabilissima voluntas Dei super omnia. Amen. Amen.**

Era el 22 de abril de 1941. Encontró una persona amiga que iba en coche a Madrid y se prestó a llevarle rápidamente. Sin embargo, el vehículo tuvo una avería y no llegaron hasta las dos de la madrugada del día 23. Cuando entró en el oratorio de la casa de Diego de León, y contempló el cuerpo de su madre, rompió a llorar en silencio. Al salir le contaron cómo había sobrevenido su muerte, totalmente inesperada. **Dios mío - musitó-, Dios mío, ¿qué has hecho? Me vas quitando todo: todo me lo quitas. Yo pensaba que mi madre le hacía falta a estas hijas mías, y me dejás sin nada...; ¡sin nada!**

"Fue la primera vez que vi al Padre llorar -recuerda mi hermano Pepe- y fue también la primera vez que el Padre me dio un abrazo prolongado, largo, casi colgándose sobre mis hombros, con la cabeza pegada a la mía durante unos momentos, casi sin palabras. Sólo me dijo: **¡Pepe!** Comprendí entonces hasta dónde llegaba el amor y corazón del Padre, y su entrega sin reservas a la Voluntad de Dios".

Días más tarde nos dijo: **Señor, estoy contento porque sé que Tú la quieres y porque has tenido un detalle de confianza conmigo... Hay que procurar que todos mis hijos estén junto a sus padres cuando éstos mueran, pero a veces no será posible. Y has dispuesto, Señor, que en esto haya ido yo delante.**

Siempre he pensado -nos comentaría más tarde- que el Señor quiso de mí ese sacrificio, como muestra externa de mi cariño a los sacerdotes diocesanos, y que mi madre especialmente continúa intercediendo por esta labor.

Sentí muchísimo la muerte de la Abuela. Yo estaba en Valencia como director de Samaniego, una nueva Residencia de estudiantes que había comenzado recientemente. Cuando nos llamaron por teléfono desde Madrid, comunicándonos su fallecimiento, hicieron mucho hincapié en que ofreciéramos muchos sufragios por su alma, pero nos indicaron que ninguno se trasladara a Madrid para el entierro: me costó cumplir mucho esta última indicación, por el gran cariño que sentía hacia ella.

Visión universal

Hay que aludir ahora, aunque sea brevemente, a los sacerdotes de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Desde hacía varios años, siguiendo un plan aprobado por el Obispo de Madrid, Alvaro del Portillo, José María Hernández de Garnica y José Luis Múzquiz se preparaban intensamente para el sacerdocio, aunque el Padre ignoraba todavía cuándo y con qué título podría tener lugar la ordenación sacerdotal. Rezaba y pedía luces al Señor para encontrar una solución que le permitiera compaginar el carácter secular y laical propio del Opus Dei con la adscripción de los sacerdotes necesarios para el servicio de un apostolado universal.

Aquella situación de incertidumbre se resolvió al cabo de pocos años **después de buscar y no encontrar la solución jurídica**, como nos diría más tarde. La mañana del 14 de febrero de 1943, Dios le dio la solución, **precisa y clara**, mientras celebraba la Santa Misa en un Centro de mujeres del Opus Dei de la calle Jorge Manrique, donde estuvo el primer Sagrario de un Centro de mujeres del Opus Dei. Al acabar de celebrar la Misa dibujó el sello de la Obra en una hoja de su agenda -la Cruz de Cristo abrazando el mundo, metida en sus entrañas- y a partir de aquel momento pudo **hablar de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz**.

Después fue a desayunar al Centro de Villanueva, donde yo vivía entonces. Encargó a Ricardo Fernández Vallespín que dibujara bien el sello de la Obra que había trazado poco antes en su agenda, con compás y tinta china; y al día siguiente fue en coche a un hotelito de la sierra de Guadarrama, donde estaban estudiando intensamente los primeros ordenandos: deseaba hablar cuanto antes con Alvaro del Portillo, que era Secretario General del Opus Dei.

La Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz era la solución que había buscado durante mucho tiempo, sin encontrarla. Respondía plenamente a la luz que había recibido el 2 de Octubre de 1928, en la que había visto el Opus Dei, con seglares y sacerdotes en íntima cooperación.

Con la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz -a cuyo título se ordenarían los nuevos sacerdotes del Opus Dei y que formaría parte integrante e inseparable de la Obra- se hacía posible la ordenación sacerdotal de algunos laicos del Opus Dei, que podrían asistir espiritualmente al resto de los miembros y atender las actividades apostólicas promovidas por ellos.

La ordenación sacerdotal de los tres primeros tuvo lugar el 25 de junio de 1944, de manos del Obispo de Madrid, Mons. Eijo y Garay, que tanto quería y apreciaba a nuestro Fundador. El Padre y todos estábamos conmovidos por aquel paso tan trascendental que se daba en el desarrollo de la Obra. Monseñor Eijo sabía que el Padre, por humildad, no iba a estar presente en la Misa de ordenación. Quiso entonces hacerse presente él, invitándose a comer con el Padre y los tres nuevos sacerdotes en la casa de Diego de León.

Durante la ordenación, el Padre permaneció en nuestro Centro de Diego de León, celebrando la Santa Misa y rezando por los ordenandos, fiel a su lema: **ocultarme y desaparecer es lo mío, que sólo Jesús se luzca**. Al día siguiente -nos contó tiempo después el Padre- quiso confesarse con don Alvaro del Portillo, que recibía por primera vez una confesión y que a partir de aquel momento y durante toda su vida sería su confesor habitual.

Isidoro

Un año antes, el 15 de julio de 1943, en la víspera de la fiesta de la Virgen del Carmen, había fallecido Isidoro Zorzano, tras una penosa enfermedad que supo llevar ejemplarmente, ofreciendo sus sufrimientos por los futuros sacerdotes del Opus Dei.

Isidoro fue un puntal de la Obra, muy especialmente durante el tiempo que duró la guerra civil. Yo conviví con él en diversas ocasiones: coincidimos en las últimas

semanas de la Residencia de Ferraz, cuando él ya se había trasladado de Málaga a Madrid. Luego conviví con él durante todo un año, primero en el Centro de la calle Jenner, número 6 y luego en los primeros meses del Centro de Diego de León. Posteriormente, volví a coincidir con él en otro Centro cuando se encontraba ya en la fase terminal de su enfermedad.

Isidoro era un hombre ejemplar. Fue el primer administrador general del Opus Dei y tuvo que afrontar muchos apuros económicos. Cuando cayó enfermo, durante el tiempo que pasó en un sanatorio llevado por religiosas, el Centro de la calle Núñez de Balboa era el más próximo al Sanatorio y por eso los que vivíamos en aquel Centro pudimos acompañarle más, y nos turnábamos con mayor facilidad que los que vivían en lugares más distantes. Quedamos edificados por su ejemplo, tanto anteriormente, cuando tenía salud, como entonces, cuando tuvo que afrontar los padecimientos de la enfermedad y la agonía. Vimos cómo puede vivir, trabajar y morir santamente un miembro del Opus Dei. El Padre prodigó su cariño y sus atenciones con este hijo suyo y tuvo la alegría de ver cómo la Iglesia abría, pocos años después, la Causa de beatificación de este hombre bueno y fiel.

Nuevos horizontes

Unos meses más tarde, el 6 de enero de 1944, me fui a vivir a la Residencia de La Moncloa, continuación de la Residencia de Jenner, que se había dejado el verano anterior. La razón del cambio fue que el director de esa nueva Residencia fue llamado inesperadamente a filas y, por añadidura, sufrió una larga fiebre tifoidea. El Padre indicó que fuera yo quien le reemplazara.

A pesar de vivir en La Moncloa solía ir con bastante frecuencia a Diego de León, donde me sucedió algo singular. Un determinado día el Padre había invitado a almorzar a varios prelados, cuyo nombre no sabría precisar. Esto no era extraño: recibía habitualmente a muchos obispos españoles y era frecuente que le visitaran muchos cardenales y obispos extranjeros, que pasaban por Madrid en dirección a Roma. Aquel día la invitación había pillado a Carmen un tanto de sorpresa y me llamó para que la ayudase en algunos detalles.

La mañana resultó agotadora, tanto para Carmen como para mí. Al fin lo tuvimos todo listo y entraron en el comedor los invitados y algunos miembros del Opus Dei -quizá Alvaro del Portillo, no recuerdo bien-. Durante la comida tuve que hacer varias gestiones, que me obligaron a subir y bajar de prisa varias veces desde el tercer piso, y la última vez que subí, me sentí bastante mal. Estaba muy sofocado y noté que me palpitaba mucho el corazón. Creí que se me pasaría el sofoco acostándome unos minutos, y así lo hice. Pero la arritmia fue aumentando y llegué a creer que me moría: intenté avisar a alguien, pero no lograba hacerme oír, porque me faltaba la respiración.

Al final se dio cuenta de la situación un residente que pasaba por allí, el cual, muy asustado, llamó enseguida al Padre y a un médico. Cuando el Padre entró en la habitación me encontró tendido en la cama, con las espaldas apoyadas en una pila de almohadas para poder respirar, rodeado por varios residentes muy asustados, que trataban de contener las lágrimas. El Padre estaba muy sereno. Me dio la absolución y me dijo:

-No te preocupes, esto no puede ser nada de importancia: tú tienes que ser sacerdote e ir a empezar la labor a un país muy lejano.

Llegó el médico -el doctor Serrano de Pablo- y comprobó que se trataba sólo de una momentánea descompensación del vago y del gran simpático: no había lesión del corazón. En uno o dos días me repuse por completo, aunque quedé un poco avergonzado por el numerito que había dado y, sobre todo, impresionado por las palabras que el Padre me había dicho.

Esas palabras me sacaron, no sólo del susto del momento, sino de la cortedad de miras a las que nos abocan con frecuencia las pequeñas preocupaciones de cada día. Me mostraron de nuevo el horizonte universal de la Obra: la entraña católica del Opus Dei.

De todos modos, quiero insistir de nuevo en la naturalidad con la que se producían estos sucesos que rozaban lo extraordinario. El Padre nos había prevenido contra la búsqueda de lo extraordinario, de lo llamativo, y hacía constantemente hincapié en el **valor extraordinario -santificador- de lo ordinario**, del trabajo cotidiano, hecho por amor a Dios. Pero es innegable que Dios le concedió numerosas gracias extraordinarias -de las que muy rara vez hablaba, y cuando lo hacía, era sólo con los mayores- para sostenerle y confirmarle en el cumplimiento de su misión.

"Si alguna vez nos hablaba de gracias más especiales -señalaba en sus recuerdos don José Luis Múzquiz- lo hacía siempre con un tono de humildad. Un día le oí contar que en los primeros tiempos de la Obra pasaba por grandes dificultades y una imagen de la Virgen, colocada en la fachada de una casa situada en una calle de Madrid, le sonrió. Pero lo que más me impresionó -subraya don José Luis- fue la sencillez y humildad con que comentó: **es que lo necesitaba entonces**".

La humildad del Padre

He dicho antes que la humildad presidía toda la actuación del Padre. Sobre este punto podría contar numerosísimos sucesos. Rehuía todo aquello que pudiera ser un motivo de gloria personal. Sin embargo, los que estábamos a su lado no podíamos menos que asombrarnos de los grandes dones sobrenaturales que Dios le concedía. Eso hacía que, cuando el Padre advertía la admiración y el cariño que suscitaba a su alrededor, se esforzase para que las almas no se le apegaran. No quería, por ejemplo, que las personas se acostumbraran a confesarse sólo con él. Y cuando venían a verle personas que le admiraban mucho y yo le preguntaba luego quiénes eran y a qué venían, me contestaba: **Nada, hijo, sólo querían ver al 'bicho'**.

Lejos de producirle vanidad, tomaba a broma el interés y admiración que despertaba, evitando cualquier manifestación de lo que suele llamarse "culto a la personalidad", por insignificante e inocente que fuera. Podría citar muchos ejemplos, pero contaré sólo, como botón de muestra, algo que me sucedió años más tarde.

Es un suceso concreto, pequeño, aunque, a mi juicio, particularmente expresivo. Para que se comprenda bien, debo explicar primero que a mí siempre me había interesado -y era bien natural- conocer los lugares en los que había vivido el Padre antes de fundar el Opus Dei, así como otras de sus circunstancias personales. Pero el Padre no daba pie:

deseaba que todo lo referido a su persona quedase en segundo plano; y realmente le sobraba ingenio y buen humor para evadirse de mis persistentes curiosidades.

Pues bien, yo creía que iba a conseguir mi objetivo años más tarde, en 1946, con motivo de la primera Comunión en Barcelona de Victoria, la hija mayor de mi amigo Pedro Ybarra y de Adela Güell. Toda la familia le había pedido al Padre insistentemente que fuera quien se la diera. El Padre accedió y le acompañamos en coche, hasta Barcelona, Manolo Barturen y yo. El Padre le dio la Comunión el 31 de mayo, y a la vuelta, el día 1 de junio, le di muchísimo la lata para que pasáramos por Barbastro, su ciudad natal, aunque fuera sin detenernos. Me hacía ilusión -le decía- conocer la ciudad donde había nacido y la casa donde había vivido de pequeño. Pero el Padre no quería. Al final, después de mi insistencia machacona, consintió en pasar por allí, pero sin detenernos. Sin embargo, después de varias horas de viaje bajo un sol canicular me quedé profundamente dormido, y cuando pasamos por la ciudad, dijo el Padre a los que venían en el coche: **estamos llegando a Barbastro: como despertéis a Pedro, ¡os mato!**. Y al rato, cuando me desperté, escuché, desconcertado, una abierta y gozosa carcajada del Padre, que me decía:

-Perico: ¡ya hace varios kilómetros que hemos pasado por Barbastro!]

Al ver mi cara de frustración, añadió divertido: **Nos ha dado tanta pena despertarte viendo cómo dormías tan a gusto...: en la próxima ciudad pararemos para que toméis algo; además, ya tendrás ocasión de conocer estas ciudades del norte de Aragón.**

Dos hijos sacerdotes

Cuando el Padre marchó a Roma en junio de 1946, ya habíamos sido ordenados diáconos la segunda promoción de sacerdotes del Opus Dei. Me acuerdo muy confusamente de las numerosas ceremonias de ordenación. Para la tonsura tuve que afeitarme el bigote y vestir por primera vez la sotana, el manto y la teja.

Iniciar la vida de clérigo e introducirme en determinadas costumbres no me fue muy fácil. Cuando sólo había recibido las órdenes menores, caminaba un día delante del Colegio del Pilar de Madrid y vi de pronto cómo una muchedumbre de niños, alumnos del Colegio, se abalanzaban sobre mí para besarme la mano, como se solía hacer en esa época: me produjo una impresión realmente novedosa y en aquel preciso momento, muy desconcertante.

Don Leopoldo Eijo y Garay, Obispo de Madrid, que tanto quiso al Padre y a la Obra, nos administró la Tonsura, las Órdenes menores y el Presbiterado. Durante esas ceremonias el Obispo estuvo siempre muy paternal con nosotros: en la de la Tonsura, bromeó un poco conmigo y me cortó el mechón de pelo al raso, cosa que me obligó a cortarme después el pelo casi al cero...

No recuerdo ahora muchos detalles de las ceremonias previas, del Subdiaconado y del Diaconado, salvo que fueron larguísimas. La ceremonia del Subdiaconado la ofició Fray José López Ortiz, que era Obispo de Tuy, y tuvo lugar en el Centro de la calle de Diego de León. La del Diaconado la recibimos de manos de Don Casimiro Morcillo, entonces Obispo Auxiliar de Madrid, en la parroquia de su pueblo natal, Soto del Real, que

entonces se llamaba Chozas de la Sierra. Hubo procesión por el pueblo y recuerdo que los ordenandos desfilamos por las calles a pleno sol con las dalmáticas al hombro.

Supongo que el lector imagina ya quién era otro de los ordenandos: sí; allí estaba a mi lado y apoyándose en mi hombro, porque se sentía mareado, el inseparable Paco, que a partir de aquellas fechas se comenzó a llamar don Francisco Botella.

Permanecimos varios meses de diáconos en espera también de que el Padre, que se había marchado a Roma para las gestiones de la primera aprobación pontificia del Opus Dei, volviera a Madrid. Recibimos el presbiterado en la Capilla del Palacio Episcopal de Madrid el 29 de Septiembre de 1946. El Padre, como había hecho en la ordenación de los tres primeros sacerdotes del Opus Dei, no asistió a ninguna de nuestras ceremonias. Se quedó rezando por nosotros en Diego de León y, durante la ceremonia del presbiterado, estuvo en un Centro que teníamos entonces en la calle Españolito.

Mis padres no pudieron asistir a mi ordenación sacerdotal porque seguían exiliados en la ciudad de Orán, en Argelia, que era entonces provincia francesa. La Primera Misa la celebré en Bilbao, en el Santuario de Nuestra Señora de Begoña. El Padre quiso que don Alvaro del Portillo fuera a Bilbao para acompañarme. Acudieron también muchos amigos entrañables.

Desde el mes de junio de aquel año, había comenzado un nuevo capítulo de la vida del Padre. Se había trasladado a Roma y el 16 de julio había tenido la dicha de ser recibido por el Papa Pío XII en audiencia privada.

Poco después de mi ordenación sacerdotal volvió a Roma, donde fijó su residencia. Por esa razón, a partir de ahora mi relato irá saltando años y fechas: me limitaré a reseñar los encuentros más significativos que tuve con nuestro Fundador durante su largo período romano, y también algunos sucesos que considero de particular interés.

XII. LA EXPANSION APOSTOLICA

América

Poco después de ser ordenado Diácono, una mañana de 1946, caminaba con el Padre en Madrid por la calle de Lagasca. Me iba comentando algunos aspectos de labor sacerdotal que realizaría una vez que fuera ordenado. Y como de paso, sin darle importancia, me dijo que, yo, después de trabajar un cierto tiempo en España como sacerdote, podría comenzar la labor apostólica en un país de América, porque **tenemos -dijo- que cruzar el charco.**

Aquellas palabras me dejaron, de nuevo, muy sorprendido. Como ya me había sucedido en otras ocasiones, me sacaron de la pequeña dimensión de mis preocupaciones concretas y me pusieron frente a una dimensión geográfica y espiritual mucho más amplia; ya no se trataba de ir a otra ciudad, sino de ir a otro continente. Me tranquilicé a mí mismo interpretando que ese "brinco intercontinental" ocurriría después de varios años. En aquel tiempo el Opus Dei sólo había iniciado su labor en Italia y Portugal, y yo conjeturaba que pasaría bastante tiempo antes de que se comenzara en países lejanos.

Sin embargo, alrededor de año y medio después, a finales de marzo de 1948, recibí una carta del Padre -fecha en Roma-, en la que me pedía que me preparara urgentemente para hacer un largo viaje por América. Deseaba que visitara a los arzobispos y obispos que habían manifestado interés en que el Opus Dei se estableciera en sus diócesis, y que conociera in situ las diversas circunstancias de cada lugar, para que se pudieran dar los primeros pasos de apostolado estable en esos países. De nuevo comprendí que el Padre caminaba **al paso de Dios**, cuando mi paso tendía a caminar mucho más despacio.

De este modo comencé con otros dos miembros del Opus Dei un largo periplo que duró seis meses y que comenzó con el vuelo Madrid-Nueva York. Nos entrevistamos con muchas personas, muy variadas; pero nunca faltaron en nuestro recorrido, para poder informar al Padre acerca de las circunstancias y posibilidades apostólicas de cada país, las visitas a los respectivos Ordinarios del lugar y a las Universidades.

En abril visité al Cardenal Stricht, Arzobispo de Chicago. Me acompañó José María González Barredo, que conocía al Cardenal. El Prelado nos acogió con gran cordialidad, y nos dijo, bromeando:

-Hay algo que no acabo de entender en el Opus Dei. ¿Cómo ha nacido en España, una nación tan tradicional, cuando el espíritu del Opus Dei es tan abierto y tan de acuerdo con las necesidades de la Iglesia en nuestros tiempos? ¿A qué cree usted que se deba que el Opus Dei haya nacido en España y no en otro país como, por ejemplo, los Estados Unidos?

-Eminencia -le vine a decir, en líneas generales-: el Señor ha escogido para fundar el Opus Dei a un sacerdote español. Cuando nuestro Fundador recibió esa luz de Dios, vivía y trabajaba en su país; pero nos ha transmitido a sus hijos un espíritu universal: un espíritu que no es ni español, ni francés, ni europeo, ni americano. Es un espíritu católico, es decir, universal.

-Está claro, contestó el Cardenal.

Después de Chicago, estuvimos en Toronto, Montreal, Ottawa y Québec. Luego fuimos a México, Perú y Chile. Y de ahí a Buenos Aires y Rosario, en la Argentina. De todos estos países obtuvimos gratisimas impresiones y en todos vimos buenas posibilidades para iniciar la labor del Opus Dei en cuanto se pudiera. En la mayoría de estos países permanecimos de una a tres semanas, salvo en México, donde residimos más de dos meses y aún nos supo a poco.

Desde cada ciudad escribíamos al Padre cuando menos una tarjeta postal, en la que le adelantábamos los resultados de nuestras andanzas. Al terminar estuvimos con él, en el mes de septiembre, en la casa de retiros de Molinoviejo, cerca de Segovia, y le contamos nuestras impresiones sobre todo lo que habíamos visto en América. En vista de lo que le dijimos, decidió dar los primeros pasos de la labor apostólica de la Obra en Estados Unidos y México.

Los comienzos en México

Y a este último y querido país llegué en enero de 1949 para comenzar la labor del Opus Dei, después de una larga travesía en el transatlántico "Marqués de Comillas". Tras la bendición, durante la despedida que tuvo lugar en Molinoviejo, el Padre comentó a Mons. Morcillo, que estaba presente: **esta bendición y una imagen de la Virgen es todo lo que puedo darles para comenzar en México**. Esa sencilla imagen de cerámica de Nuestra Señora del Rocío fue "la primera piedra" de la labor apostólica en mi nuevo país. Ahora se conserva con todo cariño y gratitud en Montefalco.

El relato pormenorizado de aquellos comienzos me alejaría del objetivo central de estas páginas: dar testimonio de mis años de convivencia con el Padre. Diré sólo, en líneas generales, que el inicio de la labor apostólica del Opus Dei en México contó con las dificultades características de todos los comienzos: teníamos que resolver el problema económico, no sabíamos si obtendríamos o no el permiso de residencia en el país, y, en fin, un largo etcétera.

Durante el viaje anterior "de exploración del terreno", pudimos pasar cierto tiempo en México gracias a un visado de turista que habíamos obtenido en Nueva York. Pero ahora deseábamos obtener el visado de inmigración, con el consiguiente permiso para poder trabajar. Por esa razón, y no por hacer turismo, decidimos ir en barco. Y, gracias a Dios, unos buenos amigos -que encomiendo siempre al Señor- nos ayudaron a documentarnos como inmigrantes indefinidos en el consulado de México en la Habana.

Pero persistía el problema económico: con las pocas divisas que llevábamos no nos llegaba ni siquiera para pagar los gastos del Consulado. Gracias a Dios de nuevo, una persona generosa tuvo la confianza de prestarnos en La Habana la cantidad que nos faltaba: así que al desembarcar en Veracruz nuestra incipiente contabilidad ya iba en números rojos.

Al llegar a la Ciudad de México alquilamos un piso en la calle de Londres número 33; y comenzamos a trabajar. Sin embargo, con lo que ganábamos mensualmente con nuestros contratos de trabajo sólo podíamos pagar el alquiler, el agua, la luz y el teléfono. Nos quedaban apenas 250 pesos con que comer y cubrir los demás gastos indispensables para subsistir... Gracias a Dios, como siempre, subsistimos.

El Padre nos escribía y alentaba constantemente desde Roma. Y desde el principio contamos con el afecto del entonces Arzobispo Primado de México, Monseñor Luis María Martínez, que quiso celebrar la Santa Misa y dejarnos el Santísimo el 19 de marzo de ese mismo año en el Oratorio instalado en la mejor habitación de nuestro pequeño apartamento.

Los primeros que comenzaron a venir por aquel primer Centro de la calle Londres fueron algunos estudiantes de Leyes y algunos cadetes con los que había hecho amistad. Dios bendijo ampliamente la labor apostólica; y al poco tiempo, el piso resultaba insuficiente, de modo que decidimos trasladarnos a una casa de dos plantas en la calle de Nápoles número 70.

La ayuda de Dios nos llegaba también a través de los primeros cooperadores del Opus Dei en México, gentes generosas que nos ayudaron tanto en aquellos momentos y que tanto me recordaban a las que ayudaron a nuestro Fundador en los comienzos. No puedo olvidar tampoco al párroco de la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, Mons. Vallejo Macouzet, con el que entablé muy pronto una buena relación de amistad y colaboración. Le ayudaba en las confesiones de la parroquia y en el púlpito de aquella iglesia, con motivo de unos sermones cuaresmales que había organizado para empleadas del hogar, prediqué ante un público numeroso por vez primera en México.

Y así fue creciendo la labor, y extendiéndose a gentes de todas las clases sociales, que entonces estaban mucho más diferenciadas que ahora.

Durante ese primer periodo fui el único sacerdote del Opus Dei en México. Sin embargo, a pesar de la lejanía de Roma, sentía la compañía constante del Padre, gracias a sus frecuentes cartas, breves y animosas, escritas con su trazo fuerte característico. En el mes de julio contaba: **estuvieron a comer con nosotros en mayo el Arzobispo de México y los obispos de Veracruz y Tacámbaro**. En la misma carta nos decía: **querría enviaros pronto otro sacerdote: a ver si puede ser a principios del cincuenta. Y también querría enviar a las chicas. ¿Por qué no pensáis en una casa donde pudierais tener administración?**

En agosto de ese mismo año, después de ponerme al tanto del mucho trabajo que suponían las obras en Villa Tevere, concluía: **¡Cuántas ganas de abrazaros en ese bendito México! Un abrazo muy fuerte y la bendición de vuestro Padre**. Seguía firmando Mariano, como lo hacía durante la guerra civil española.

El 25 de noviembre de 1949, nos escribió desde Milán donde **estamos preparando el arreglo de esta casa y camino de Austria y de Alemania; vamos a echar una ojeada con vistas a abrir un par de casas también cuanto antes, con la ayuda de Dios**. Nos pedía por esas fechas que encomendáramos **las cosas que ahora llevamos entre manos, porque importan mucho para toda la Obra**. Y nos decía con frecuencia: **tengo muchos deseos de que vayan vuestras hermanas. Y más deseos de enviaros un par de sacerdotes**.

Las primeras mujeres del Opus Dei llegaron a México en marzo de 1950. Y un año después, en 1951, llegó un sacerdote, don Emilio Palafox. Hasta que no llegó don Emilio, me confesaba habitualmente con Mons. Gastone Mojaisky-Perreli, consejero de

la Delegación Apostólica en México, que tenía mucho cariño a nuestro Fundador y admiraba el celo apostólico del Opus Dei.

En el número 70 de la calle Nápoles comenzamos, siguiendo los pasos de nuestro Fundador, una Residencia de estudiantes.

Nuestro primer residente, que fue más tarde miembro del Opus Dei, vino de Yucatán. El segundo, de Michoacán. Era una casa simpática, pero no reunía las condiciones necesarias para que las mujeres del Opus Dei pudieran asumir la administración doméstica. Así que cuando llegaron a México las primeras mujeres del Opus Dei, no se ocuparon de esta tarea sino que crearon la primera Residencia para universitarias, en la calle de Copenhage.

Poco después se fueron desocupando tres casas vecinas a Nápoles 70. Y, a pesar de nuestras penurias económicas, que me evocaban las de la Residencia DYA, siguiendo de nuevo los pasos de nuestro Padre hicimos un acto de fe: dejamos el número 70 de la calle Nápoles y nos fuimos a ocupar tres casas gemelas, en los números 64, 66 y 68.

El barrio de Juárez, donde estaban ubicados todos estos Centros, era una antigua zona residencial que se fue construyendo en tiempos del General Porfirio Díaz. Concretamente, nuestras tres casas gemelas tenían sótano y tres plantas, contando con las mansardas, de estilo renacimiento francés, con pretensiones -sólo pretensiones- de aire versallesco, de acuerdo a una moda arquitectónica que hizo furor en México durante el largo período presidencial de don Porfirio: finales del siglo XIX y principios del XX. En opinión de algunos, no eran unas casas precisamente bonitas, pero -oportunamente comunicadas- permitieron que las mujeres del Opus Dei pudieran instalar con plena independencia la Administración. La Residencia contaba con un Oratorio, una sala de estudio, otra más para los estudiantes de arquitectura, comedor, etc. En una de las buhardillas se fue instalando un laboratorio de química, a donde venían a preparar sus prácticas los amigos de Ramón, uno de los primeros miembros de la Obra en México, que estudiaba Ciencias Químicas por aquel entonces.

Era una Residencia con buena capacidad; y venían por allí muchos estudiantes de las diversas Escuelas de la Universidad Autónoma, de la Escuela Libre de Derecho y de las Escuelas militarizadas de Medicina y Agronomía. Era la primera Residencia de Estudiantes del Opus Dei del continente americano y lo quisimos recordar en el escudo, donde pusimos, gozosos, Prima Americae.

Muchas veces, en los ratos de tertulia que teníamos en la azotea de la Residencia, al son de los huapangos, los corridos y las rancheras, evoqué los viejos tiempos de DYA, pensando -como un sueño casi irrealizable- cuánto le gustaría al Padre conocer estas tierras y estas gentes, entre las que labor iba creciendo, fecunda, de la mano de la Virgen de Guadalupe, cuya imagen se veneraba en el Oratorio de aquella casa.

Yo sabía cuánto deseaba el Padre venir a México. Una de las muchas veces que me expresó este deseo fue el 24 de enero de 1950: **Pido al Señor por cada uno de esos hijos que tengo muchas ganas de conocer y convivir con ellos, que me dará muchísima alegría pasar una buena temporada en México, y que seré feliz el día que pueda celebrar la Santa Misa ante la Madre bendita de Guadalupe.**

El Padre llevaba a México en el corazón desde hacía muchos años. Me contó en una conversación, a mitad de los años cincuenta, que durante la persecución que sufrió la Iglesia en México a comienzos de la segunda década de este siglo, cuando él contaba menos de veinte años de edad, había rezado mucho por México, encomendándolo especialmente a Cristo Rey y a la Virgen de Guadalupe. Le apenaban mucho los sufrimientos de la Iglesia en este país, que tuvo especialmente presente en sus oraciones y sus sacrificios durante sus años de seminario en Zaragoza, durante los comienzos de su labor sacerdotal y su posterior traslado a Madrid; esos años fueron los más virulentos en México, por lo que se refiere a la persecución religiosa y la suspensión de cultos.

Un artículo en contra del Opus Dei

Allá por el año 1955 ó 1956, cuando me relató esto, fue precisamente cuando apareció un artículo sobre el Opus Dei en Atisbos. Atisbos era un periódico singular; no era exactamente un diario ni un semanario -me parece recordar que se editaba cada tres días-, y se caracterizaba más por su estilo polémico que por el rigor informativo. El director, el propietario de la publicación y el autor del artículo en cuestión eran la misma persona: un periodista, llamado René Capistrán Garza.

Ese artículo fue el primero de una serie de artículos sobre el Opus Dei en los que se vertieron numerosos errores: se afirmaba, por ejemplo, que la Obra tenía finalidades políticas. Yo sabía poco del tal Capistrán, salvo lo que había oído comentar acerca de su talante polémico. Pensé, por tanto, que lo más prudente por mi parte era visitarle personalmente para aclararle sus equivocados puntos de vista. Como conocía a muy pocas personas en el mundo de la prensa, se me ocurrió acudir a doña María Teresa Muro, viuda de Martínez Pando, que, por haber trabajado muchos años en la secretaría de Hacienda y Crédito Público, tenía bastantes relaciones en ese ambiente. Dio la casualidad de que esta señora había conocido a Capistrán Garza en La Habana, hacia 1947, con ocasión de una reunión de cancilleres y ministros de Hacienda en la capital de Cuba. Ella me puso en contacto con Capistrán.

Mi primer encuentro con Capistrán no fue precisamente fácil. Capistrán tenía numerosos prejuicios contra el Opus Dei, fruto de las presiones e informaciones tendenciosas que recibía de España. A pesar de todo, llegó a entender al menos lo suficiente acerca de los fines y los apostolados de la Obra.

Poco tiempo después tuve que hacer un viaje a Roma, y durante una conversación con el Padre salieron a relucir los artículos en Atisbos y mi entrevista con Capistrán. **Este hombre -me comentó el Padre- tiene que ser bueno. Cuando vuelvas a México deberías tratarle con cariño y comprensión. Puedes hacerle mucho bien. Probablemente tiene sus amarguras porque ha debido de sufrir mucho y tendrá necesidad de desahogarse. Ahora -me dijo, con expresiones más o menos parecidas a éstas- tenéis paz, aunque no hayan cambiado las leyes; pero yo recuerdo cómo fue probada la fe en México; con qué fe acudían a Cristo Rey y a la Virgen de Guadalupe; yo también pedía a Cristo Rey y a la Virgen que no destruyeran la fe de ese pueblo. Recuerdo que del año 26 al 29 no hubo cultos.**

Evocó el Padre, como muestra de la gran devoción a Cristo Rey del pueblo mexicano, el monumento que se había levantado en 1923 en el Cerro del Cubilete, y destacó la extraordinaria piedad eucarística de los mexicanos, capaces de celebrar un Congreso

Eucarístico un año después de estos sucesos, en 1924, en circunstancias verdaderamente heroicas.

Y recuerdo -prosiguió el Padre- que muchas veces seguí aquellos dolorosos acontecimientos leyendo las crónicas, precisamente de René Capistrán Garza, que publicaba un periódico de Madrid.

Concluyó el Padre diciéndome que un hombre que había sido capaz de escribir aquellas crónicas forzosamente debía tener una fe recia y un gran corazón; y un hombre así merece respeto y cariño, aunque por alguna influencia se ofusque alguna vez.

Animado por estas palabras del Padre, cuando volví a México me entrevisté de nuevo con Capistrán; y todo lo que había predicho el Padre se cumplió a la letra. Capistrán -al que recuerdo con gran cariño- se desahogó conmigo, me contó sus sufrimientos, las calumnias y enredos en las que se había visto envuelto, y la pobreza y la soledad que había padecido en sus años de exilio en la Habana. Fue el comienzo de una honda amistad que duró muchos años, hasta su muerte, ya muy anciano.

Así lo manda la tradición

Como la labor seguía creciendo, hubo que crear otros Centros en la Ciudad de México. En 1953 alquilamos una casa en una calle cuyo nombre guardaba también resonancias europeas, como las anteriores: Georgia. Pero allí no estuvimos mucho tiempo: el indispensable para poder instalarnos, esta vez ya de forma definitiva, en la calle Nuevo León.

Fueron viniendo vocaciones mexicanas y comenzamos a transmitirles el espíritu que nos había enseñado nuestro Padre. Con frecuencia aprovechábamos las vacaciones escolares -que entonces comenzaban a principios de diciembre- para proporcionarles una formación más intensa. Al principio, a falta de un lugar adecuado, acudíamos a los lugares que nos prestaban los Cooperadores y amigos. Recuerdo que a fines del 49 los que éramos del Opus Dei por aquel entonces, fuimos, en una pequeña caravana de coches, a pasar unos días a la Hacienda de La Gavia, que estaba al pie del Nevado de Toluca. Pensábamos dedicar unos días a la formación espiritual de las vocaciones recientes.

Pero no había contado con un imprevisto: nada más llegar, se corrió de ranchería en ranchería la voz de que había llegado un sacerdote a La Gavia y, por tanto, "había misión". Comenzaron a venir a la hacienda hombres, mujeres y niños en gran número, para que les predicara, les administrara los sacramentos y les dijera Misa. Me conmoví al ver a tantas gentes sedientas de Dios.

Fueron unas jornadas gozosas y agotadoras al mismo tiempo. Porque, además de proporcionar la formación necesaria a los miembros del Opus Dei, dedicaba varias horas al día a confesar a los campesinos que venían a la caída de la tarde, tras varias horas de camino para "asistir a la misión". Tuve que fijar el rezo del Rosario a las cinco, porque -me explicaron- "así lo manda la tradición": una tradición que, por falta de clero, se había interrumpido durante muchos años. Organizamos además unas clases de catequesis, y cuando se acabaron las vacaciones escolares y los que me acompañaban

regresaron a la ciudad de México, me quedé varios días más confesando a aquellas gentes y atendiendo a algunos enfermos "tras lomita", como se dice en estas tierras...

La labor apostólica se desarrolló según los planes de Dios, tan distintos a veces de los nuestros. Por ejemplo, pensábamos permanecer en la Ciudad de México, una de las más pobladas de todo el mundo, asentar la labor allí, y sólo luego viajar a otros lugares de la República. Por el momento, no teníamos previsto comenzar en otras ciudades. Pero Dios sabe más; y en 1949 la empresa de ingeniería que había contratado a los dos que habían llegado a México conmigo, los trasladó a Culiacán, al noroeste de la República, y eso hizo que desde el comienzo se empezara en lugares muy distintos de México.

Sin formar quistes

Cuando yo llevaba ya ocho años en México, el Padre, con el Consejo General, me encomendó algunos trabajos de carácter apostólico para los que tuve que desplazarme a Centroamérica, Colombia y Ecuador. Habitualmente, al concluir esos viajes volvía a Roma y refería al Padre mis impresiones y experiencias. Podría relatar numerosos sucesos de esos viajes y, en particular, de los comentarios del Padre; me limitaré, por exigencias de espacio, a los que testimonian su visión universal; en concreto, a lo que me comentó a mi vuelta de Panamá.

Por diversas circunstancias, había conocido en la ciudad de Panamá y en Colón a un grupo de estudiantes panameños de color: unos conservaban los rasgos y el carácter de su marcada ascendencia africana de hacía siglos; otros, eran hijos o nietos de orientales. El Padre se interesaba vivamente por el apostolado que podía hacerse con estos muchachos y el que eventualmente ellos mismos podrían hacer en sus respectivos países de origen. Comprobé de nuevo que su espíritu universal pasaba por encima de fronteras y de todo tipo de barreras étnicas o culturales, con frecuencia más cerradas que las nacionales.

Los miembros de la Obra, cualquiera que sea su nacionalidad de origen, que han ido a comenzar la labor en Africa o en Oriente saben muy bien cuánto rezó nuestro Padre y cuanto cariño puso en los primeros pasos que se dieron en esos continentes; y cómo deseaba que llegaran al Colegio Romano de la Santa Cruz, que se había erigido en la capital italiana en la fiesta de San Pedro de 1948, las primeras vocaciones de esos nuevos países.

En el Colegio Romano de la Santa Cruz se formarían, a partir de su erección, miles de miembros del Opus Dei de diversos países del mundo. Algunos de ellos recibirían la ordenación sacerdotal; y todos, al concluir ese periodo de formación, contribuirían a dar a la Obra en sus respectivos países de procedencia un espíritu universal o reforzarían el trabajo apostólico en otras naciones.

Ese espíritu universal fue siempre un motivo de profunda alegría para el Padre: le agradaba comprobar que la universalidad del Opus Dei se había reafirmado "en Roma y desde Roma"; es decir, llevaba una fuerte impronta de romanidad, que para él era sinónimo de universalidad.

Por esa razón nos indicaba el Padre con mucha fuerza que, donde quiera que estuviéramos, debíamos evitar aun la apariencia de ser como un quiste, como un núcleo

que no se integra en la vida del país. Esto explica que nunca quisiera que fuéramos a una misma nación un grupo numeroso de extranjeros, y menos de la misma nacionalidad. Y para no formar quiste, nos indicó, en concreto, que no centráramos nunca nuestra labor en la colonia de extranjeros de nuestro país de origen.

No nos resultó fácil, a los españoles que comenzamos en México, donde había un elevado porcentaje de emigrantes hispanos, cumplir estas indicaciones: tuvimos que ingeniarnoslas con frecuencia buscando amables disculpas, ante las numerosas invitaciones que recibíamos por parte de la colonia española. Mantener este criterio nos ocasionó algún que otro sinsabor, pero gracias a su fiel cumplimiento, tanto en México como en el resto de los países el Opus Dei arraigó plenamente desde los comienzos.

Kenya

Mientras tanto, la labor apostólica del Opus Dei iba extendiéndose por todo el mundo. A lo largo de aquellos años el Padre fue enviando a muchos miembros del Opus Dei a abrir brecha en numerosas naciones de los cinco continentes.

Comenzaban como podían: no era una novedad para nosotros empezar sin medios materiales. En 1945 se había comenzado en Portugal; un año después en Inglaterra, y al año siguiente en Irlanda y en Francia. Dos años más tarde, en 1949, junto con México, se comenzó en Estados Unidos. En 1950 se comenzó en Chile y Argentina. En 1951 fueron los primeros a Venezuela y Colombia; en 1952 se comenzó en Alemania; en 1953 tocó el turno a Perú y Guatemala; en 1954 se inició la labor en Ecuador; en 1956, en Suiza y Uruguay; en 1957 se dieron los primeros pasos en Austria, Brasil y Canadá; en 1958 se fue a El Salvador, Kenya y Japón; en 1959 a Costa Rica. Y en 1960, a Holanda...

Como consecuencia de esa expansión, fruto del apostolado personal, fueron creciendo las iniciativas apostólicas corporativas -universidades, colegios, escuelas para campesinos, dispensarios para gentes modestas, labores de promoción humana y social- y Dios fue bendiciendo esa siembra con abundantes vocaciones. Recibíamos frecuentemente cartas del Padre que nos orientaba y alentaba desde Roma, mientras daba gracias a Dios por los frutos de santidad que el espíritu del Opus Dei suscitaba en todo el mundo.

Relatar todo esto sería materia de otro libro. Citaré sólo un ejemplo de ese desvelo por una labor concreta, que viví muy directamente. A principios de octubre de 1958, recibí en México una carta del Padre comunicándome que me necesitaba permanentemente en Roma. Esto me suponía dejar México país al cual -como sabía el Padre- me unían tantos y tan estrechos lazos afectivos. Una vez en Roma, lo primero que me encargó el Padre fue ir a Kenya durante unas semanas, para hablar con Mons. Gastone Mojaisky Perreli que entonces era el Delegado Apostólico de los diversos dominios británicos del Este de Africa.

Mons. Mojaisky se había encontrado al llegar a Kenya ante a un pavoroso problema educativo: los estudiantes africanos y los hijos de los numerosos emigrantes de origen asiático no tenían posibilidades de realizar estudios universitarios. Al acabar la enseñanza secundaria se encontraban con un cuello de botella: el sistema educativo británico les exigía dos años de enseñanza intermedia entre la secundaria y la

universitaria; y esos dos años debían cursarse en centros especiales, oficialmente reconocidos, que de hecho no existían en el Este de Africa.

Los europeos podían enviar a estudiar a sus hijos a la metrópoli, pero esta solución resultaba prohibitiva, por tantas razones, para los nativos, así como para los goeses, paquistaníes y otros asiáticos que vivían en Kenya. Al percatarse de esa situación, lo primero que se le ocurrió a Mons. Mojaisky fue escribir una carta al Padre, pidiéndole que el Opus Dei fundara un Centro para resolver este problema.

La petición de Mons. Mojaisky encontró una rápida acogida y el Padre envió a aquel país a varios miembros del Opus Dei, buenos conocedores del sistema educativo y de las leyes inglesas. En concreto, Mons. Mojaisky había pedido que la Obra comenzase una Universidad en Kenya; pero después de estudiar la situación sobre el propio terreno, pareció que lo que mejor respondía a las necesidades más urgentes del país era un college universitario, y así nació el actual Strathmore College en Nairobi.

En uno de los viajes que hice por entonces a Kenya, el Padre me sintetizó las premisas de las que debía partir esa importante institución educativa:

-Primero: el college debía ser interracial. Es decir, había que procurar que, desde el principio, no fuera un Centro exclusivo para un grupo étnico, y en él convivieran, se trataran y se quisieran entre sí las diversas razas. Esto era algo verdaderamente revolucionario en aquellos momentos en que vivían en Kenya unos 200.000 asiáticos y más de 50.000 europeos.

-Segundo: el college debía estar abierto a los estudiantes no católicos y no cristianos. No debía haber otro criterio de selección que el justamente académico.

-Tercero: había que aclarar desde el principio el carácter secular de los miembros del Opus Dei y explicar a las autoridades que no se trataba de un colegio misional y que el profesorado no estaba integrado por misioneros, sino por profesionales seculares, con sus correspondientes grados académicos, que ejercían libremente sus respectivas profesiones.

Cuarta -y última- condición: los estudiantes debían pagar parte de sus matrículas, aunque sólo fuera una cantidad simbólica, **porque los hombres -dijo el Padre- no aprecian ni se toman en serio lo que reciben como limosna, cosa que además les humilla y les crea complejos.**

No es momento de relatar las vicisitudes de los comienzos de Strathmore College, ni las dificultades que tuvo que superar Kianda, una obra corporativa para jóvenes africanas, promovida por mujeres del Opus Dei. El Padre rezó mucho, ofreció muchos sacrificios y dedicó muchas horas de estudio a estas labores, mucho antes que pudieran comenzar a impartirse las enseñanzas en Strathmore. Sólo quiero recordar que, si Strathmore se convirtió, poco después, en el primer Centro interracial de enseñanza -sin discriminación alguna- del Este de Africa, se debió muy directamente a los desvelos de nuestro Fundador.

Pasaron los años y pude tratar a varios antiguos alumnos de Strathmore College que cursaron Medicina, Ingeniería, Arquitectura, etc., en las universidades de Roma, Padua,

Palermo y Navarra. Muchos me relataron su asombro cuando constataron que en Strathmore, en un momento de fuertes tensiones raciales, no había, como enseñaba el Padre, **más raza que la raza de los hijos de Dios.**

Madre de dos sacerdotes

Tengo que dar de nuevo otra noticia acerca de mi hermano Pepe. Ya dije, al comienzo de estos recuerdos, que ignoro si el antiguo párroco de Torrevieja, que había predicho a mi abuelo que los hijos de aquel matrimonio que le inquietaba tanto -el de mis padres- se entregarían a Dios, llegó a calibrar exactamente lo que estaba diciendo. Pero lo cierto es que sus palabras se cumplieron hasta límites insospechados: pocos años más tarde, el 1 de julio de 1951, mi hermano José María se ordenaba también sacerdote, junto con otros diecinueve miembros del Opus Dei, en la iglesia de las Irlandesas de Madrid.

Mi madre estaba gozosísima con nuestra ordenación sacerdotal; y me comentó que, a partir de entonces tendríamos que rezar especialmente por ella, para que, del mismo modo que Dios nos había dado a nosotros dos la vocación al sacerdocio, el Señor la confirmara a ella en su "vocación de madre de dos hijos sacerdotes".

Tiene toda la razón y mucho sentido sobrenatural, me dijo el Padre cuando le comenté esta singular petición de mi madre. **La vocación cristiana tiene muchos modos de vivirse, y ella también tiene una vocación muy grande de madre buena y sacrificada de vosotros dos: hay que pedir por su perseverancia, y hay que rezar para que muchas madres y muchas hermanas de sacerdotes vean muy claro esto y sepan estar cerca de sus hijos y hermanos, rezando por ellos y atendiéndoles sacrificadamente. Con ello hacen un gran servicio a Dios y a la Iglesia; ¿qué hubiera hecho yo, sobre todo en los comienzos de la Obra, sin mi madre y mi hermana?**

Gracias a Dios, a la ordenación de mi hermano Pepe pudo asistir mi padre, que había vuelto del exilio un año después de mi ordenación sacerdotal y había tenido el consuelo de ser rehabilitado y repuesto en su profesión de Catedrático. Se había reintegrado de nuevo a su cátedra, ahora en Aranda de Duero. Durante esos años fue con frecuencia a Madrid y trató y admiró mucho al Padre, que le recibió varias veces con gran cariño.

El Padre había alcanzado de la Virgen la gracia que había pedido en Lourdes: mi padre venía del exilio muy cambiado desde el punto de vista espiritual. Había sufrido muchas privaciones materiales, pero el Señor le había ido concediendo la fe y, con la fe, una vida de piedad sincera: durante los últimos once años de su vida fue hombre de oración, de Misa y Comunión diarias; hacía todos los días un rato de lectura espiritual y acostumbraba a rezar diariamente también el Santo Rosario.

Recuerdo su progresivo entusiasmo por Santa Teresa, por San Agustín -que había vivido una conversión, como él-, por San Juan de la Cruz, y naturalmente por Camino. Yo, al ver esto, no podía menos que dar gracias a Dios y recordar aquellas palabras del Padre en Lourdes, al pie del altar...

Finalmente, después de ser varios años cooperador del Opus Dei, sufrió su enfermedad final con una gran conformidad ante la Voluntad de Dios y, confortado por los Santos

Sacramentos, murió con gran paz el 10 de febrero de 1960, precisamente la víspera de la Festividad de Nuestra Señora de Lourdes.

En Italia

Desde octubre de 1958 hasta mayo de 1966, estuve junto al Padre, trabajando en el Consejo General del Opus Dei y en la Región de Italia. Hice varios viajes a diversos países, pero mi trabajo habitual se desarrolló en Italia.

Se agolpan en mi mente muchos recuerdos sobre las numerosas iniciativas apostólicas que promovía el Padre durante esos años en la tierra de mis antepasados. Era el Padre quien la impulsaba, aunque, como siempre, fuéramos otros los que aparecíamos en primer plano.

En el otoño de 1958 se estaba ya acabando la construcción e instalación de la Residenza Universitaria Internazionale RUI, y simultáneamente algunos miembros italianos del Opus Dei iniciaron la Fondazione RUI. Esta fundación nacía con la finalidad de conseguir donativos de las empresas e industrias más importantes de Italia para proporcionar un fondo de becas que hiciera posible a muchachos italianos y de países afroasiáticos, de pocos o nulos recursos, cursar una carrera en las universidades italianas.

Fue entonces cuando comencé a tener mucha relación con el Prefecto de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide (que luego se llamó de Evangelización de los Pueblos), Cardenal Agagianian; y también con S. E. Pietro Sigismondi y S. E. Mons. Nigris. Todos estos eclesiásticos sentían veneración por el Padre. Mons. Sigismondi, que comprendió muy bien la Obra, estaba muy interesado por la formación profesional y cristiana de los laicos de los nuevos países de reciente independencia o próximos a ella. En aquel momento, un porcentaje muy significativo de los estudiantes que tenían beca en la RUI eran afroasiáticos.

Yo iba casi diariamente a la RUI y fui como el cauce del afán apostólico del Padre con aquellos estudiantes procedentes de Africa y Asia. Al Padre le gustaba que siguiera de cerca la labor apostólica de la RUI; se alegraba mucho con las anécdotas que le contaba de aquellos estudiantes procedentes de países exóticos y encomendaba aquel trato, que fue, en muchos casos, el comienzo del apostolado del Opus Dei en países africanos y asiáticos muy alejados de Roma.

Algunos meses antes de morir Juan XXIII, se reunieron en la RUI los metropolitanos de Italia. Se alojaron en la Residencia el Patriarca de Venecia, Cardenal Urbani y el Arzobispo de Milán, Cardenal Montini. Cuando tuvo lugar la elección de Pablo VI, los residentes llamaban al cuarto que había ocupado el cardenal Montini "la habitación de Pablo VI".

No puedo acabar esta breve evocación sin una alusión al Centro Elis. Resumiré brevemente su historia: en la periferia romana existían, durante los años del Concilio, algunos barrios conflictivos, pero pocos como el Tiburtino, que se consideraba, con toda razón, uno de los más peligrosos. Era un barrio obrero, de mayoría comunista, que había sido frecuente escenario de crímenes y tensiones sociales. Se daban cita allí la pobreza,

la delincuencia, el abandono cultural, la ignorancia religiosa y un rabioso anticlericalismo.

Esas fueron algunas de las razones que movieron a Juan XXIII a utilizar los fondos recogidos entre los católicos de todo el mundo para honrar el octogésimo aniversario de Pío XII, en la promoción en este barrio de una labor social que decidió encomendar a los miembros del Opus Dei.

No fue tarea fácil, y los primeros que llegaron allí tuvieron que sortear mil dificultades. Sin embargo, al cabo de unos años, con el constante aliento del Padre, se levantaba en medio del Tiburtino la silueta del Centro Elis -Educazione, Lavoro, Istruzione, Sport- junto con la parroquia de San Juan Bautista al Collatino. Con el tiempo irían surgiendo una Escuela de Enseñanza Media, un Centro de Adiestramiento profesional para jóvenes obreros, una Escuela femenina de Hostelería... El 21 de noviembre de 1965 tuvo lugar la solemne ceremonia de inauguración del Centro Elis, a la que quiso asistir personalmente Pablo VI.

-Quise esperarlo de rodillas -comentaría a la mañana siguiente el Padre-, como un sacerdote que ama con locura al Papa y a la Iglesia Católica.

Sin embargo, en cuanto el Papa le vio, fue a su encuentro, lo levantó y, rompiendo el protocolo, le dio un abrazo emocionado.

«Es una obra del corazón, es una obra de Cristo, es una obra del Evangelio -dijo el Papa, refiriéndose al Centro Elis-; toda ella orientada en beneficio de los que la usan. No es un simple albergue, no es una simple oficina o una simple escuela: es un centro en el que la amistad, la confianza, la alegría, constituyen el ambiente; donde la vida halla su dignidad propia, su auténtico sentido, su verdadera esperanza; es la vida cristiana, que aquí se afirma y se desenvuelve y que aquí quiere demostrar en la práctica muchas cosas de interés para nuestro tiempo».

Durante ese acto, el Padre recordó que el Opus Dei había acogido aquel encargo apostólico de la Santa Sede con especial agradecimiento **no sólo porque, como acostumbro a repetir, el Opus Dei quiere servir a la Iglesia como la Iglesia quiere ser servida, sino también porque la tarea que se le confía corresponde perfectamente a las características espirituales y apostólicas de nuestra Obra.**

Explicó la razón: en el Centro Elis se enseñaba a aquellos chicos de condición humilde, hijos de aquel barrio obrero -más tarde vendrían también de las regiones más pobres de Italia -a hacerse santos en medio de su trabajo, santificándolo, haciéndolo con perfección humana y sobrenatural.

Al finalizar el acto, el Papa, apoyando sus manos en los hombros del Padre, le dijo: Tutto, tutto qui è Opus Dei. «Todo, aquí todo es Opus Dei».

XIII. EL PADRE EN MEXICO

El Concilio Vaticano II

Esa estancia del Papa en el Centro Elis tuvo lugar pocas semanas antes de la clausura del Concilio Vaticano II, que se celebró el 8 de diciembre de 1965. Recuerdo que al conocer la noticia de su convocatoria por Juan XXIII, el 25 de enero de 1959, el Padre comenzó a rezar y a hacer rezar **por el feliz éxito -dijo- de esa gran iniciativa que es el Concilio Ecuménico.**

Algunos miembros del Opus Dei tomaron parte activísima en los trabajos conciliares. Don Alvaro del Portillo, que era entonces Secretario General del Opus Dei, fue nombrado Presidente de la Comisión antepreparatoria De laicis; después, Miembro de otra comisión preparatoria; y finalmente Secretario de la Comisión conciliar De disciplina cleri et populi christiani, y Perito en otras comisiones conciliares.

Sobre este periodo quiero destacar especialmente un punto: la alegría del Padre al conocer las muchas enseñanzas del Concilio sobre la llamada universal a la santidad. El Concilio proclamó solemnemente, a los cuatro puntos cardinales, lo que habían sido aspectos fundamentales de su predicación desde 1928.

Pero, como es bien conocido, tras el Concilio hubo algunos que, escudándose en un falso "espíritu conciliar", comenzaron a suscitar desviacionismos doctrinales y prácticos dentro de la Iglesia; y algunos medios de comunicación se afanaron en proclamar a los cuatro vientos determinadas discordancias, lo que produjo una gran confusión en el Pueblo de Dios.

El Padre sufría mucho al conocer estos hechos; y su reacción, como siempre, fue profundamente sobrenatural: rezó e hizo rezar mucho por el Concilio, acudió con jaculatorias fervientes a la Virgen, Madre de la Iglesia; y durante aquellos años estuvo siempre, de un modo muy especial, con la mente y el corazón puestos en los trabajos conciliares.

Es difícil reflejar por escrito con qué intensidad sufrió el Padre durante aquellos años, muy unido al Santo Padre, por esta situación: fue un dolor profundísimo, nacido de su gran amor a la Iglesia y a Cristo.

Sufro muchísimo, escribía en aquellos años. **Estamos viviendo un momento de locura. Las almas, a millones, se sienten confundidas. Hay peligro grande de que, en la práctica, se vacíen de contenido los Sacramentos -todos, hasta el Bautismo-, y los mismos Mandamientos de la Ley de Dios pierdan su sentido en las conciencias.**

Como siempre, acudió con toda su alma a la protección maternal de la Santísima Virgen. Y, entre otras peregrinaciones marianas, determinó venir a México, para rezar ante la Virgen de Guadalupe.

A los pies de la Virgen de Guadalupe

Mientras tanto, en mayo de 1966, yo había vuelto de nuevo a México como Consiliario del Opus Dei. Eso me permitió conocer los últimos años de nuestra vieja casa de la calle

Nápoles número 66. Pronto nos trasladamos a la calle de Rodín, en la colonia Mixcoac, en una casa que, por primera vez, había sido proyectada y construida según nuestras necesidades.

En esta segunda etapa mexicana, Dios me concedió una de las grandes alegrías de mi vida. Cuando el Padre me dio la bendición del viaje en Roma para volar a México, me dijo: **ahora sí te prometo que iré a México**. Y lo cumplió.

El Padre pisó tierras mexicanas el 15 de mayo de 1970, alrededor de las tres de la madrugada. Fui a recibirlo al aeropuerto. El motivo principal de su viaje era rezar a la Virgen; estaba tan deseoso de postrarse ante sus plantas y exponerle sus súplicas, que esa misma noche, poco después de recogerle en el aeropuerto, cuando íbamos de camino hacia la sede de la Comisión Regional del Opus Dei, nos preguntó si era posible pasar por delante de la Villa, que es como se conoce en México la Basílica de la Guadalupeana. Le dijimos que la Villa se encontraba en dirección opuesta y que a esas horas de la noche estaba cerrada.

-He venido a ver a la Virgen de Guadalupe -nos explicó- y de paso a veros a vosotros. ¿No os enfadáis por ser el segundo motivo?

Poco después aclaró, con humildad: **no he venido a enseñar, sino a aprender**.

Habitualmente, los viajeros que vienen desde Europa suelen descansar, al llegar a México, uno o dos días tras su llegada, para adaptarse al cambio de altura y de meridiano. Sin embargo el Padre quiso acudir inmediatamente a la Basílica al día siguiente de llegar. Era sábado. Visitó primero al arzobispo primado de México, Cardenal Miguel Darío Miranda, que estaba gozoso por aquella visita largamente esperada. "¡Por fin lo conseguimos! ¡Por fin lo conseguimos!", comentaba alborozado el Cardenal, cuando pudo abrazarle por vez primera en tierra mexicana.

A continuación, el Padre se dirigió al templo, entró por la parte de la sacristía y se quedó arrodillado en el presbiterio, absorto, sin moverse, durante largo tiempo. Rogaba sin cesar por la Iglesia, por el Papa, por la salvación de todas las almas...

Me resulta difícil describir la emoción de aquellos momentos. Iba pasando el tiempo y el Padre permanecía inmóvil, con los ojos fijos en la Virgen, rezando intensamente. Comenzaron a llegar miembros de la Obra a la Basílica. Al cabo de un largo rato me acerqué para decirle que la iglesia estaba llena de hijos suyos en el Opus Dei, hombres y mujeres que habían venido a rezar a su lado. El Padre permaneció rezando durante hora y media: una hora y media de amor, de intensa súplica y ferviente petición.

He venido a México -explicaba a un grupo de miembros del Opus Dei de Estados Unidos, que vinieron a verle desde su país- **a hacer esta novena a nuestra Madre. Hubiera ido de rodillas, como los inditos hacen aquí, pero no me han dejado. Para esto he venido a México: para querer más a Nuestra Madre. Y creo que puedo decir que la quiero tanto como los inditos la quieren.**

Al día siguiente, 17 de mayo, volvió de nuevo a rezar a la Villa, y se emocionó al contemplar la muchedumbre de gentes que se acercan habitualmente hasta la puerta de la Basílica caminando de rodillas por la explanada. Muchos son campesinos que vienen

andando descalzos desde lugares lejanos; o inditas que traen a sus hijos pequeños arrebujados a la espalda, según la costumbre local; o enfermos, que llegan acompañados por sus familiares... A partir de ese día 17 pudo rezar de forma más discreta, porque nos facilitaron una tribuna situada sobre el presbiterio, a la que se accedía por una escalera de caracol de peldaños desiguales. De ese modo el Padre podía rezar sin llamar la atención de los fieles. Le acompañábamos don Alvaro del Portillo, don Javier Echevarría, Alberto Pacheco, Adrián Galván y yo.

Presididos por esa súplica ferviente a la Virgen, fueron pasando los días de aquella novena, que solía ser más o menos así: al comienzo, el Padre hacía la oración en voz alta. De vez en cuando se quedaba en silencio y rezábamos un misterio del Rosario. Luego seguía rezando, y a continuación recitábamos uno a uno los misterios, hasta completar las tres partes.

Desde lo alto de esa tribuna la imagen de la Virgen quedaba muy cerca del Padre, que iba dirigiendo a Nuestra Señora su oración confiada.

Da mucha alegría contemplar con los ojos -físicamente- y con el entendimiento y con el corazón -dijo en su oración, el quinto día de la Novena, mirando la imagen de la Guadalupana- a esta Madre de Dios y Madre nuestra, que siempre está pendiente de sus hijos: ha vivido ¡y vive! para dar paz, felicidad y fortaleza a los demás. Nosotros venimos aquí a pedir con mucha confianza; a pedir y a sentirnos muy hijos de Dios, porque Ella es la Madre de Dios.

¿Habéis visto cómo corre la gente detrás de un personaje, de una reina? Se entusiasman todos con haberla visto pasar; y, si les mira, se llenan de un gozo que no cambiarían por nada del mundo; y lo cuentan, y lo repiten. El pueblo corre por un personaje de la tierra, Madre mía, ¡y Tú eres la Reina del Cielo y de la tierra!

Venimos con mucho cariño, pero en ocasiones parece que no sabemos decirte nada: y eres -insisto- la Madre, la Reina que todo lo puede. Yo os aconsejo, en estos momentos especialmente, que volváis a vuestra edad infantil, recordando, con esfuerzo si es preciso -yo lo recuerdo claramente-, el primer acto vuestro en el que os dirigisteis a la Virgen, con conciencia y voluntad de hacerlo. Rezad ahora con la misma confianza de entonces, sirviéndoos, si es necesario, de aquellas oraciones ingenuas y piadosas que aprendisteis de labios de vuestras madres.

En España, hace tiempo -imagino que también ahora- se decía: rezarle a la Virgen. Y cuando llegaba el mes de mayo, todos le llevaban flores; yo también lo hacía lo mismo que este maravilloso pueblo mexicano. Señora nuestra, ahora te traigo -no tengo otra cosa- espinas, las que llevo en mi corazón; pero estoy seguro de que por Ti se convertirán en rosas.

¡Cuántos hijos míos, en todos los lugares del mundo, hoy mismo, te llevarán flores!, y se unirán a esta petición mía que, con tanto dolor, te presento. No dejes de escucharnos pronto: ¡corre prisa! Y aquí, en este México por Ti bendito, donde hay rosas espléndidas durante todo el año, en este detalle material encontramos otro motivo para hablar contigo y para rogarte que consigas que, en nosotros, en nuestros corazones, cuajen a lo largo de todo el año rosas pequeñas, las de la vida ordinaria, corrientes, pero llenas del perfume del sacrificio y del amor. He dicho de

intento rosas pequeñas, porque es lo que me va mejor, ya que en mi vida sólo he sabido ocuparme de cosas normales, corrientes, y, con frecuencia, ni siquiera las he sabido acabar; pero tengo la certeza de que en esa conducta habitual, en la de cada día, es donde tu Hijo y Tú me esperáis.

Al recordar ahora ese primer hecho de infancia, cumplido con voluntad de rendirte homenaje, me resulta más fácil, Madre Mía, cogerme de tu mano con audacia y con seguridad. Ahora hago lo mismo que entonces, aunque en esta tribuna de esta iglesia tuya estoy materialmente más alto que Tú -ya me entiendes lo que digo, porque bien sé que soy de hojalata pobre, y lo que ocurre siempre es que lo que no tiene valor flota, sube con facilidad hacia arriba; lo que es bueno, el oro, está oculto, sirve de base y fundamento-; perdóname, Madre mía, porque al hablar así sólo quiero suplicarte que me veas, que me mires. Aquí estoy, porque ¡Tú puedes!, porque ¡Tú amas!

Siguió haciendo requiebros de amor a la Virgen y suplicando por la Iglesia. Y poco después comentó: **Te amamos en todas las imágenes. Todas tus imágenes nos enamoran. Pero hemos venido aquí, donde Tú te dignaste dejar los rasgos que reflejan tu amor a los que somos tus hijos. En Torreciudad quiero poner -porque estoy seguro de que nos oirás- la fecha de esta novena, con un mosaico espléndido de tu imagen, allí junto a los confesonarios, donde obrarás tantos milagros maravillosos, para convertir a las almas al amor de tu Hijo (...).**

Si me escuchas, yo daré el primer beso a ese mosaico, con todo el amor de un hijo agradecido. Estaremos presentes, en acción de gracias, los cinco que ahora rezamos aquí. Y si no estoy yo, porque no viva, será el más antiguo de nosotros en la Obra. Querría dártelo yo, que no siento apego alguno a la vida: me interesa exclusivamente el amor de Dios y el tuyo. Trabajo con estima a la vida, porque así puedo traerte almas; si es sólo para tu Hijo y para Ti esta entrega mía, ¿cómo puedo tener apego a la vida?; aunque si el Señor no dispone otra cosa, pienso que es mejor que me quede en la tierra, para amarte más y para acercar más almas a Ti.

Pero ahora me doy cuenta. Ha sido un primer impulso del fuego de mi amor. Madre: no pongo condición ninguna, ¿cómo me atreveré a hacerlo? La imagen estará allí, y aquí hay cinco testigos, para que sepan todos que la colocaremos. Además, ¿cómo voy a fijar condiciones, si Tú nos alcanzarás, antes, más y mejor, lo que de Ti esperamos y lo que te pedimos?

Las tertulias

La estancia del Padre en México se prolongó más de un mes, desde el 15 de mayo al 22 de junio de 1970. Acudieron a escucharle todo tipo de personas, venidos desde los más diversos confines del país: profesionales -profesionistas, como se les llama en México- de la capital, madres de familia, artesanos, agricultores, empleadas del hogar, empresarios, intelectuales, sacerdotes, inditas con sus vestidos multicolores...

El Señor había dado al Padre desde el principio de su apostolado un gran don de lenguas. Se hacía entender fácilmente y con gran sencillez por todo tipo de personas, cualquiera que fuera la mentalidad, la idiosincrasia, la nacionalidad o raza. Poseía una

gracia humana y una simpatía que arrastraba: sabía convertir aquellos encuentros multitudinarios en tertulias entrañables, con sabor de primitiva cristiandad, donde cada cual preguntaba y hablaba con gran espontaneidad y libertad. Las llamábamos así: tertulias, porque realmente lo eran: a pesar de que a veces estuviesen formadas por cientos, en ocasiones miles, de personas de diversas nacionalidades.

Mi asombro crecía de día en día. Porque ¡eran tan diferentes, tan distintos, los grupos humanos a los que hablaba de Dios! Le escuchaban empresarios y profesionales, miembros del Instituto Panamericano de Alta Dirección de Empresa; campesinos del Centro Agropecuario de El Peñón, en Montefalco; jóvenes universitarios de la R.U.P (Residencia Universitaria Panamericana); madres de familia; empleadas del hogar; gentes modestas de pueblos de interior; sacerdotes; intelectuales... Con frecuencia estas "tertulias" se sucedían ininterrumpidamente, sin dar tiempo al Padre para reflexionar e informarse de quiénes le iban a escuchar poco después.

Aclaraba un punto de la vida cristiana, daba doctrina sobre otro, indicaba soluciones y remedios, alentaba a luchar... Siempre, con un tono optimista y alegre, salpicado de bromas y anécdotas. Me di cuenta entonces de que, al igual que el buen vino, sus virtudes se habían ido enriqueciendo con el paso de los años, como en un 'in crescendo': el Padre se había ido "llenando", con los años, cada vez más de Dios, y su predicación rezumaba santidad: sabor evangélico y hondura sobrenatural.

Sabía hablar a cada uno en su propio lenguaje. Recuerdo, por ejemplo, que el 15 de junio alabó la labor apostólica con empleadas del hogar: **El trato entre patrona y empleada -dijo- ha sido, muchas veces, injusto por ambas partes; y hay que procurar que esa injusticia desaparezca y que, junto a la profesionalización, comprendan cuál es el sentido sobrenatural de ese trabajo: saber servir, ahora que ya nadie quiere hacerlo.**

Yo estoy contento de servir a Dios: no soy más que un servidor de Dios, y le pido que tenga cada día mayores deseos de servirle. Hay que hacer justicia cristiana: que no haya explotadores ni explotados. Una criatura de éstas, metida en una casa, puede ser un ángel de luz o un diablo... Fijaos si es importante.

En esa ocasión le escuchaba un grupo numeroso de mujeres jóvenes del Opus Dei: algunas universitarias; otras, empleadas del hogar. Y aclaró: **No olvidéis que formamos una familia. Todos somos iguales en la Obra: no hay clases. Las que sois universitarias os habéis dedicado más a la ciencia porque habéis tenido más medios para estudiar. Otras hijas mías no han dispuesto de esos medios y quizá no han adquirido esa ciencia, pero poseen -por su vida interior- el don de la Sabiduría, que vale más que toda la ciencia.**

Dijo algo entonces que me recordó aquellos viejos tiempos de Ferraz: **Yo también he barrido, y he procurado barrer bien: no dejaba rincones sin limpiar, porque lo hacía cara a Dios. Si no me salía mejor, es porque no tengo la especialidad de barrer..., aunque ya me gustaría tenerla. Cuando vosotras hagáis la limpieza, realizadla como si estuvieseis en la casa de Nazareth: para que Jesús, María y José estén contentos. Sois empleadas del hogar en casa de la Sagrada Familia, en Nazareth. Si trabajáis con esa rectitud de intención, con amor de Dios, os santificaréis.**

México -¿por qué no decirlo?- le llegó al alma. En una palabra: le encantó. No escatimaba sus alabanzas para con este país nuestro. **Qué fruta tan rica la de México! Lo único que es mejor en mi tierra -nos comentaba, divertido- son los melocotones; todo lo demás es mejor aquí: ¡tiene un sabor!, ¡un aroma!**

Comprendió muy bien el alma mexicana y procuraba suavizar las aristas de su acento aragonés para acomodarse a la suavidad de nuestro modo de hablar, cuando le preguntaban acerca de todo lo divino y lo humano.

-Padre -le dijeron durante uno de sus encuentros con numerosas madres de familia-, díganos algo sobre las familias numerosas.

-Hija mía: cuando yo veo una familia numerosa me dan ganas de arrodillarme. ¡Qué buenas sois!

A veces sus respuestas eran largas y se extendía explicando un punto de la doctrina cristiana; sin embargo lo habitual fue que diera sobre cada tema una pincelada sobrenatural, breve, sencilla, pero muy clara y expresiva, con la que dejaba fijado un punto fundamental de la doctrina de forma asequible a todos. Era una auténtica catequesis, en la que fue desplegando toda la riqueza de la vida cristiana.

-Padre -le preguntó una muchacha en otra ocasión-, ¿por qué nos dice que bendice con las dos manos el amor limpio de nuestros padres?

-Hija, porque no tengo cuatro, contestó el Padre con desparpajo y buen humor.

Acudían a escucharle miles de personas, que le planteaban las cuestiones más diversas: la educación de los hijos, la vida conyugal, la libertad de enseñanza, la santificación del trabajo, los sacramentos... Una mujer le preguntó si las mujeres debían trabajar:

-¿Tú piensas que no trabajan? Las que están ocupadas en un oficio o en una profesión hacen muy bien. Otras tienen ya mucho trabajo con llevar el hogar, cuidar de los niños, preparar al marido una acogida cariñosa: ¿te parece poco? Para mí eso es un gran trabajo profesional... Y conste -puntualizó con gracia- que no soy contrario a que las mujeres sean alcaldesas y gobernadoras.

-Otra señora le preguntó por los matrimonios sin hijos:

-Si no tienen hijos, es que Dios quiere más de ellos... Agradeced también al Señor que no os dé hijos, porque os concederá mucho amor para derramarlo en los que os rodean. Si no sabéis qué hacer, me lo decís, que yo os daré trabajo. Y os debéis querer lo mismo, con toda el alma, ¿está claro? Marido y mujer que no tenéis descendencia: no sois unos desgraciados, unos defraudados; sois unas personas a las que el Señor, providencialmente, les ha negado esa compensación, pero les ha puesto tanta capacidad de amar...

De los matrimonios sin hijos pasaba a hablar de la necesidad de la confesión sacramental, o recordaba la doctrina de la Iglesia sobre el bautismo de los niños, o sobre la ayuda a los más necesitados. **Hay que intensificar las labores con obreros y campesinos**, recordaba. **Hemos de ayudarles, con calor humano y afecto**

sobrenatural, a que adquieran la cultura necesaria para que puedan sacar de su trabajo más fruto material y lleguen a mantener la familia con mayor desahogo y dignidad. Para eso no hay que hundir a los que están arriba; pero no es justo que haya familias que estén siempre abajo.

De los campesinos pasaba a los intelectuales; de los intelectuales a los empresarios; de los empresarios a las madres de familia; y luego a... Pero antes de proseguir me gustaría detenerme en la labor de la Obra en México con campesinos, que tiene varios nombres propios. Uno de ellos es Montefalco.

Montefalco no era un sueño

A comienzos de los años cincuenta hicimos un viaje en coche desde México a Monterrey, por la carretera que atraviesa Huasteca. Paramos para poner gasolina en un lugar de la sierra próximo a Tamanzunchale. Yo estaba sólo dentro del coche, cuando se asomó por la ventanilla un muchacho indígena de unos catorce años, de aspecto muy simpático, que me dijo a boca de jarro:

-Padrecito, lléveme con usted.

-¿Adónde quieres que te lleve?

-Donde sea; yo quiero servir a Dios.

Como es de comprender, no pude ofrecer solución alguna a aquel muchacho, pero me dejó muy pensativo durante el resto del viaje. Este nuevo encuentro con el medio indígena se unía a experiencias anteriores en otros lugares de la República. Cada año, para los diversos cursos de retiro y convivencias, habíamos ido a algún rancho o antigua hacienda que nos prestaba su propietario, en La Gavia, Huixcoloco, San Carlos, Mimiahupam... Me preguntaba a mí mismo, durante el resto del viaje, cómo y dónde podríamos comenzar una labor apostólica estable con campesinos.

Al llegar a Monterrey, el director de nuestro Centro en aquella ciudad me comentó que habían comenzado una catequesis en un pequeño poblado a pocos kilómetros de Monterrey: una cooperadora del Opus Dei les había prestado un ranchito, "El Molino", y la labor estaba creciendo enormemente. Por estas coincidencias, nos parecía ver que el Señor nos pedía comenzar a trabajar en el medio rural indígena de México; y así se lo escribimos al Padre. Poco después comenzó Montefalco.

Montefalco era una vieja hacienda colonial, un ingenio azucarero en el Valle de Amilpas, que tuvo en su tiempo miles y miles de hectáreas de plantación de caña de azúcar. Las canciones populares evocan todavía las andanzas de Emilio Zapata, que saqueó y quemó durante la revolución muchas haciendas del actual Estado de Morelos. Lo único que dejó sin quemar en Montefalco fue la iglesia. Luego vino la reforma agraria, en tiempos del General Cárdenas, y la antigua y extensa hacienda quedó reducida a poco más de treinta hectáreas. Así se quedó: vacía, quemada y abandonada, durante largo tiempo, hasta que sus propietarios la donaron al Opus Dei en 1952 para que se pudiera realizar desde ella una obra social.

Para describir como estaba entonces la vieja hacienda bastará este dato: cuando fuimos a verla no encontramos otro medio que subirnos a una de las torres de la iglesia para hacernos una idea aproximada del montón de ruinas que había quedado emboscado en medio una maleza tropical. Sólo desde aquella altura se lograba localizar una inmensa plaza, rodeada por los muros calcinados de los antiguos edificios y se advertía que no quedaba allí más techo bajo el que refugiarse durante las tormentas que las naves, sin ventanas, de la iglesia.

Tan ruinoso se encontraba Montefalco que cuando fue a verlo Ignacio Canals -actual profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana y uno de los primeros miembros del Opus Dei que llegaron a México- tuvo que ir desbrozando las malezas a punta de machete. A medida que avanzaba iba descubriendo elementos medio sepultados entre las plantas y escombros: la plaza, un patio, otro patio, una fuente... Se encontró, por ejemplo, un horno de ladrillos, con el que se pudieron fabricar ladrillones semejantes a los que había del siglo pasado. Más tarde se acondicionó el pequeño acueducto que llevaba agua al trapiche, que es como se llaman en México las maquinarias de moler caña. También se descubrieron otros elementos, ciertamente menos útiles y bastante más peligrosos, como las serpientes, los alacranes y las víboras.

Había que reconstruir prácticamente todo. Con ese fin llevamos hasta allí a un arquitecto amigo que, al ver aquel montón de paredes derruidas y piedras calcinadas, nos preguntó: "¿Pero cómo es posible que quieran ustedes aceptar esto? ¡Si son sólo ruinas!". Respondimos de acuerdo con lo que tantas veces nos había dicho el Padre: **soñad y os quedaréis cortos.**

Prescindimos del arquitecto, y con la ayuda de dos jóvenes, futuros arquitectos, comencé la primera y modesta reconstrucción del edificio. Encontramos providencialmente a un albañil de Chalcanzingo, Florentino. Pronto nos dimos cuenta de que era mejor explicarle las obras verbalmente que darle planos: de ese modo él, con su pequeña cuadrilla, interpretaba mejor las ideas y la reconstrucción resultaba más auténtica, ya que los materiales y la mano de obra eran del lugar.

También fue providencial que encontráramos a Bernardo, entonces muy joven, que ha sido el guarda de Montefalco desde los comienzos. Florentino y Bernardo han sido toda una institución en la reconstrucción de Montefalco: han dedicado gran parte de sus vidas a trabajar ahí, y Dios le ha dado a los dos la vocación al Opus Dei.

El primero que se quedó a dormir en Montefalco fue Manuel Alfonso Calderón, otro de los primeros que vinieron a México. Manuel, con la compañía de un perro -Palomo-, se atrevió a quedarse una temporada en Montefalco para dirigir las obras.

Los comienzos fueron duros, pero con el paso del tiempo las dificultades se fueron allanando, y al cabo de los años se alzaban allí una Escuela para campesinos, una Casa de retiros y diversas obras sociales dirigidas por miembros del Opus Dei. El Padre iba alentando el desarrollo de estas labores desde Roma, y es fácil imaginar la alegría que tuvo el día que pudo ver estos edificios con sus propios ojos. Pasó tres días en Montefalco y experimentó la diferencia de lo vivo a lo contado: no se imaginaba la grandeza del conjunto. **¡Pero si tenéis todavía mucho que reconstruir!** -exclamó al ver las ruinas que todavía quedaban-; **aunque habéis sido muy valientes.**

Le fuimos explicando cada una de las labores con las gentes humildes de aquellos contornos que se llevaban a cabo desde allí. No cabía de gozo. **Estoy aquí** -exclamaba-, **esto no es un sueño. Es una realidad que estoy en Montefalco.**

Cuando contempló la antigua Hacienda, la iglesia con su gran cúpula y sus dos altas torres, y los nuevos edificios y el conjunto de ruinas y piedras calcinadas aún por reconstruir, nos dijo emocionado: **Montefalco es una locura de amor de Dios. Suelo decir que la pedagogía del Opus Dei se resume en dos afirmaciones: obrar con sentido común y obrar con sentido sobrenatural. En esta casa, don Pedro y mis hijas e hijos mexicanos no han obrado más que con sentido sobrenatural. Recibir con alegría un montón de ruinas (...) humanamente es absurdo... Pero habéis pensado en las almas, y habéis hecho realidad una maravilla de amor. Dios os bendiga.**

Estoy dispuesto a ir con la mano extendida, pidiendo dinero para terminar Montefalco. Lo acabaremos, con vuestro sacrificio, y con la ayuda, como siempre, de tantas personas que están dispuestas a colaborar en una tarea que será un gran bien para todo México. (...) Es una locura, pero una locura de amor de Dios.

Pienso que Montefalco le llegó especialmente al corazón. **¡Con qué gusto me quedaría aquí!**, nos comentó. **No os dais bien cuenta de lo que se ha hecho: todo esto ha salido de un montón de ruinas, sin un centavo, con el trabajo de tantos hijos míos que han tenido que luchar y sufrir, con el cariño y la generosidad de muchas personas.**

Hoy, ¡es una maravilla!, les decía a un grupo de campesinas. **Los que han trabajado en esta labor tienen ahora la alegría de ver que vuestras almas están deseosas de ser mejores; la alegría de que vuestra vida será cada vez más limpia, más alta; la alegría de veros dispuestas a todos los sacrificios para ser buenas cristianas, buenas madres, buenas esposas... ¡Qué hermoso es esto!**

En la actualidad Montefalco alberga el Centro de Encuentros, creado en 1952, una Escuela bienal de Economía Doméstica, una Escuela Rural abierta en 1958, la Escuela Femenina de Montefalco y una Escuela Normal para educadoras.

Con los campesinos de El Peñón

Un año más tarde de la donación de Montefalco, un grupo de profesionales mexicanos - muchos de ellos del Opus Dei- crearon la Asociación Civil "Campo y Deporte", para promover actividades sociales dirigidas a grandes núcleos de la población rural. Así nació el Centro Agropecuario Experimental "El Peñón", en el Valle de Amilpas, que comprende nueve municipios y tiene una población rural de cerca de 80.000 habitantes. Durante los años cincuenta, aquel Valle era un ejemplo característico de los problemas del campo mexicano, con largas temporadas de sequía, ausencia de sistemas de riego, y carencia casi total de técnicas de cultivo en una tierra excesivamente parcelada. A esto había que sumar un ambiente de desánimo general entre el campesinado, abocado muchas veces a emigrar a las grandes urbes, donde caía con frecuencia en la marginación urbana y en una pobreza aún mayor.

Todos, vosotros y nosotros -dijo el Padre, durante su estancia en ese Centro-, **estamos preocupados en que mejoréis, en que salgáis de esta situación, de manera que no tengáis agobios económicos... Vamos a procurar también que vuestros hijos adquieran cultura: veréis cómo entre todos lo lograremos y que -los que tengan talento y deseo de estudiar- lleguen muy alto. Al principio serán pocos, pero con los años... Y ¿cómo lo haremos? ¿Como quien hace un favor?... No, mis hijos, ¡eso no! ¿No os he dicho que todos somos iguales?**

Durante su estancia en Montefalco, el Padre nos dijo que pensáramos cómo se podría ayudar a los alumnos con mayor capacidad para el estudio, de tal modo que pudieran seguir estudiando. **Enseñadles** -dijo a un grupo de mujeres del Opus Dei que se encargaban de esta labor- **a vivir bien su vida cristiana; decidles que son hijas de Dios, que no deben cegar las fuentes de la vida. Enseñadles de un modo que les sea práctico -sin teorías complicadas, que no les ayudarían- a mejorar su situación económica y social... Lo demás son pamplinas.**

Pensad cómo se podría ayudar, por ejemplo, a las que tengan mayor capacidad para el estudio, con el fin de que sigan adelante. Algunas podrían llegar a ser maestras y enseñarían después a las demás. Hijas mías, no os hablo de caridades ni de beneficencia. La caridad la tenemos en el corazón; dar los medios materiales es obligación de quienes los han recibido de Dios, para su administración.

Las gentes de Montefalco son rudas y fuertes, ásperas como los tres peñones que dominan el Valle; pero, por dentro, son delicadas de alma y grandes de corazón. Llevan sangre india en las venas, y su origen se adivina en sus facciones, en el color oscuro de su tez, en sus rasgos afilados y en su cadencioso modo de hablar. Al encontrarse con estas gentes el Padre les dijo: **Nadie es más que otro, ¡ninguno! ¡Todos somos iguales! Cada uno de nosotros valemos lo mismo, valemos la sangre de Cristo. Fijaos qué maravilla. Y continuaba: Mirad la cara bellísima, magnífica, que dejó Santa María entre las manos de Juan Diego, en su ayate. Ya veis que tiene trazos indios y trazos españoles. Porque sólo hay la raza de los hijos de Dios.**

En la actualidad existen numerosas labores apostólicas, similares a Montefalco, repartidas por la geografía mexicana. Está Toshi, por ejemplo, que significa, en lengua mazahua, "la casa de la abuela", donde se desarrolla una amplia labor con campesinas: es una hacienda situada al Oeste de México, más allá de Toluca. La mayoría de esas gentes son indígenas de las tribus Otomí y Mazahua.

Existen también muchos Centros alentados por mujeres del Opus Dei dedicados a la formación de chicas de escasos recursos económicos. Tienen nombres de fuerte sabor local: Nogalar, en Monterrey; Jazlím, en Hermosillo; Palmares, Los Altos o Cecaho, en Guadalajara; Yalbí en Mimihuapam; Yaxkín, Oxtopulco y Yaocalli, en México D.F. Muchos de ellos cuentan con un dispensario que proporciona asistencia médica gratuita a las familias pobres de la comarca; otros son escuelas primarias, residencias para empleadas del hogar o campesinas de zonas rurales. Son la expresión viva de aquellos sueños de apostolado de los que me hablaba el Padre en aquel pequeño cuarto del Hotel Sabadell.

Junto a la laguna de Chapala

La laguna de Chapala es la más grande de la República Mexicana y aparece en las antiguas cartas geográficas de la Nueva Galicia como Mar Chapalico. Cerca de sus orillas está Jaltepec, una casa de retiros del Opus Dei, a cincuenta kilómetros de Guadalajara, capital del Estado de Jalisco, y desde sus terrazas se divisa una amplia panorámica de la laguna, bordeada por cerros en los que se apiñan pequeñas casas de tejados rojos. Esa laguna inspiró la famosa canción que dice:

...por Otoclán sale el sol;
por ti, Chapala, sale la luna.
Poco a poco
va subiendo
la marea
en la laguna...

Y que acaba con aquel final emocionado:

Chapala...,
rinconcito de amor,
donde las almas
suelen hablarse
de tú con Dios...

Allí, junto a la laguna de Chapala, del 9 al 17 de junio, estuvo viviendo el Padre, y allí hubo tertulias con asistencia de todo tipo de personas, a las que el Padre fue enseñando, como en la canción, a hablar de tú con Dios.

En una de esas tertulias se reunió con un grupo numeroso de matrimonios: unos eran del Opus Dei, otros Cooperadores o amigos.

-Si tenéis paciencia -les dijo-, quiero hablaros de tres Sacramentos especialmente, ¿tendréis paciencia?

-Sí, Padre -le respondieron al unísono-, ¡cómo no!

-Mirad, vamos a comenzar por el sacramento del matrimonio. Es un sacramento bendito, que Dios ha querido dar a sus hijos, a los cristianos, como un medio de santidad maravilloso. Porque el matrimonio exige mucho sacrificio, pero cuánto bienestar, cuánta paz y cuánto consuelo proporciona. Y si no es así, es que son malos esposos.

El Sacramento del matrimonio proporciona gracias espirituales, ayuda del cielo, para que el marido y la mujer puedan ser felices y traer hijos al mundo. Cegar las fuentes de la vida es un crimen horrendo y, en este país, una traición a la Patria, que necesita de muchos mexicanos.

Es bueno y santo que os queráis. Yo os bendigo, y bendigo vuestro cariño, como bendigo el cariño de mis padres: con estas dos manos de sacerdote. Procurad ser felices en el matrimonio. Si no lo sois, es porque no os da la gana. El Señor os da los

medios... Cambiad, si tenéis que cambiar; quered a vuestras mujeres, respetadlas; dedicad a los hijos el tiempo necesario.

El Padre hizo una pausa y continuó:

-Os voy a hablar ahora de la Sagrada Eucaristía... Os diré lo que quizá he dicho, con ésta, un centenar de veces en México, y miles de veces desde que soy sacerdote, porque amo de todo corazón a Jesús Salvador Nuestro, que es perfecto Dios y perfecto Hombre.

Tras explicar las razones del Señor para instituir este sacramento, comentó: **vamos a ser agradecidos. ¿Qué no haríamos por una persona que hubiera hecho la mínima parte de eso, por amor nuestro? Amad al Señor en el Sacramento Santísimo. Cuando vayáis a la iglesia, id primero al Tabernáculo, al Sagrario, a decirle: creo, aunque haya montones de hombres que digan que no creen. Más aún: creo en nombre de ellos.**

A continuación habló de la penitencia:

-El sacramento de la Penitencia nos limpia, nos hace menos soberbios, devuelve a nuestra vida la alegría, si la hemos perdido. Yendo a confesar nuestras faltas, con las condiciones que sabemos por el catecismo que estudiamos cuando niños, el sacerdote nos absuelve, aun de los crímenes más grandes. Pero yo aconsejo que vayáis a la confesión con frecuencia, aunque no haya pecados gordos que perdonar. El sacramento de la Penitencia robustece el alma, le da nuevas fuerzas, le hace capaz de cosas más cristianas y más heroicas.

Hijos míos, estoy seguro de que si hablara con cada uno de vosotros encontraría que habéis hecho cosas heroicas en vuestra vida, aunque no os lo parezca; por lo menos, el heroísmo de la vida vulgar, corriente, vivida de un modo honrado. Amemos el sacramento de la penitencia.

Sobre este último punto -la santificación de la vida corriente- nos habló con frecuencia durante su estancia en México. **¿Qué trabajo es más hermoso? -nos decía- ¿el que realiza una campesina o el de un diputado en el Parlamento? No lo sé: el que esté hecho con más amor de Dios y más rectitud de intención. ¿Está claro? Todas las labores de los hombres son santas, por lo menos se pueden santificar. Y Dios nuestro Señor me pidió a mí, que era muy joven, que dijera a la gente del mundo que no buscaran excusas. A los que las buscan les llamo ojalateros: ojalá no me hubiera casado; ojalá no fuera médico; ojalá no fuera...; ojalá no tuviera esta suegra: ¡Ojalateros todos!**

No señor; con la suegra, casados, solteros, como sea; en el taller, en la fábrica, en el campo, en la Universidad, en el Parlamento, todos pueden ser santos, si quieren; basta que de verdad quieran, y pongan los medios que debe poner un buen cristiano.

La palabras del Padre calaban en todos: en los intelectuales y en las gentes más sencillas. Recuerdo que un campesino de San Juan Cosalá, un pueblecito de casas y chozas cercano a la laguna, tan pequeño que no aparece en el mapa, compuso un poema

delicado como agradecimiento por las palabras del Padre. Lo conservo como un recuerdo entrañable de aquellos días: el poema está escrito según las reglas del corazón y del agradecimiento (aunque no tanto según las de la gramática), y dice así:

La Virjencita morena
Esperando tu yegada
en la villa te esperava
i una risa te brindava
mientras tú la saludabas.
En Jaltepec Jalisco
en donde tú allí estuviste
Un consejo tú nos diste
A todos los allí presentes
Te pedimos. o señor. Tu
que estas cerca a Dios
que perdone nuestras faltas
y nos de su bendición.

Se reunió también el Padre con un grupo numeroso de sacerdotes diocesanos. Sostuvo con ellos un encuentro largo y animado, pero, como el calor era agobiante, acabó extenuado. Se recostó un rato para descansar. Observó entonces que frente a la cama había un cuadro de la Virgen de Guadalupe, en el que la Señora ofrece una rosa al indio Juan Diego.

-Así quisiera morir -musitó-: mirando a la Santísima Virgen, y que Ella me dé una flor...

Una canción de despedida

El 22 de junio, cuando finalizaba su estancia en tierra mexicana, se reunió con un grupo de jóvenes universitarios. Uno de ellos tomó una guitarra y le dijo que quería que escuchase una canción que se suele cantar a la Virgen de Guadalupe cuando le llevan mañanitas a la Villa.

El Padre asintió con la cabeza y aquel chico empezó a rasguear las cuerdas y a entonar con voz templada:

Quiero cantarte, mujer,
mi más bonita canción...
Luego prosiguió con voz fuerte:
Tuyo es mi corazón,
oh, sol de mi querer.
Tuyo es todo mi amor,
mi ser te consagré.
Mi vida la embellece
una esperanza azul...

El Padre, de pronto, se puso en pie.

-¿Por qué no vamos a la Villa todos -nos propuso- para cantarle eso a la Virgen, a darle nuestra serenata?

A las ocho de la tarde, la hora convenida, estábamos todos en la Villa, apiñados junto al Padre en torno a la Guadalupana. Nada más llegar, el Padre se dirigió al presbiterio y se puso de pie, delante del altar central, bajo la imagen de la Virgen. Entonó una Salve. El templo estaba completamente abarrotado: habían venido centenares y centenares de personas de todo tipo y condición a rondar a Nuestra Señora junto al Padre, para darle una serenata de veneración y cariño.

A continuación el Padre se situó junto a un reclinatorio, en el lado derecho del templo. Comenzaron a sonar las guitarras:

Tuyo es mi corazón
oh sol de mi querer...

El Padre permanecía en pie, muy emocionado, con la mirada fija en la Virgen. En un determinado momento se arrodilló y se cubrió la cara con las manos, apoyándose en el respaldo del reclinatorio, conteniendo las lágrimas. Se dio inicio a la segunda canción:

Yo le dije
que de Ella tan solo
estaba enamorado,
que sus ojos
como dos luceros
me habían fascinado...
Mientras más
pienso en ella,
mucho más la quiero...

Comenzaron los compases de la tercera canción.

Gracias
por haberte conocido...

Al escuchar estas palabras, visiblemente emocionado, el Padre se levantó y salió del templo. Unos pocos le acompañamos, mientras casi todos permanecían en la Basílica cantando esa canción de amor y agradecimiento a la Virgen. A través de la sacristía, llena de exvotos, y de la galería de los milagros llegamos al coche y salimos camino de nuestra casa. Llevábamos ya un cierto recorrido en un silencio embarazoso que ninguno se atrevía a romper, cuando el Padre exclamó a media voz:

-¡Este México es mucho México!

XIV. EN TORRECIUDAD

Cumpliendo la manda del Padre

Cumplimos la promesa -la manda, como decimos en México- del Padre de poner un mosaico de la Virgen de Guadalupe en Torreciudad, y el 28 de junio de 1977 acudimos a aquel Santuario mariano, enclavado en un paraje magnífico del Alto Aragón, en España, muy cerca del Pirineo, asomado a un pantano en el que se embalsan serenamente las aguas del río Cinca. Fuimos con una gran alegría y al mismo tiempo, con un gran dolor: el Padre ya no estaba con nosotros en la tierra para cumplir esa promesa, aunque estábamos seguros de que nos acompañaba desde el Cielo.

Dios lo había llamado a su lado dos años antes, el 26 de junio de 1975, al filo de las doce del mediodía. Había fallecido como siempre había pedido al Señor, **sin dar la lata**, en su habitación de trabajo en la Sede Central del Opus Dei en Roma, con la misma sencillez con la que había vivido, a consecuencia de un repentino paro cardíaco que le sobrevino -según había pedido también- después de mirar una imagen de la Virgen de Guadalupe...

Al día siguiente fue sepultado en la Cripta de la actual iglesia prelaticia, entonces Oratorio de Santa María de la Paz, en la Sede Central del Opus Dei. Y desde aquel momento se difundió por todo el mundo su fama de santidad. Pocas semanas después de su fallecimiento se editaron en italiano unas estampas para la devoción privada, que luego se imprimirían en más de 40 lenguas.

En Torreciudad estábamos todos los que habíamos acompañado al Padre en la Basílica de Guadalupe, durante su novena en México, para cumplir su promesa: don Alvaro del Portillo, don Javier Echevarría, Alberto Pacheco, Adrián Galván y yo.

Don Alvaro del Portillo era el primer sucesor de nuestro Fundador. Había sido elegido casi tres meses después del fallecimiento del Padre, el 15 de septiembre de 1975 por los representantes de todos los miembros del Opus Dei, reunidos en un congreso electivo en Roma, por unanimidad y a la primera votación.

El cumplimiento de la promesa de nuestro Fundador a la Virgen se hizo de un modo sencillo, íntimo, familiar. Estábamos muy pocos. Don Javier Echevarría comenzó a leer las palabras de nuestro Fundador a la Virgen de Guadalupe aquel 20 de mayo de 1970 que he recogido anteriormente. Pero al poco rato no pudo seguir leyendo; se emocionó, y concluyó la lectura don Alvaro, que luego continuó haciendo su oración en voz alta, siguiendo el ejemplo de nuestro Padre. Evocó su muerte santa y los frutos que su intercesión producía en todo el mundo y nos alentó a ser fieles a su espíritu. "Cuando el Padre habló en México con sus hijos -nos recordó-, les aclaró desde el primer momento que había saltado el charco para ver a la Virgen, a nuestra Señora de Guadalupe. Eran, aquellos tiempos, momentos de congoja, por tantos dolores que pesaban sobre el alma sacerdotal de nuestro queridísimo Padre. Momentos duros, que ya pasaron, gracias a Dios y a la asistencia de su Madre Santísima, que escuchó la oración de un hijo tan fiel como fue nuestro Fundador".

Y concluyó: "a lo largo de aquellos días, ante la imagen de la Virgen y en muchas otras ocasiones, el Padre intercalaba esta invocación: Domina nostra de Guadalupe, ora pro

nobis; Madre nuestra, ¡escúchanos! Te lo pedimos ahora, con la fe, con la esperanza - ¡con la seguridad!- y con el amor con que te lo decía nuestro Fundador, hijo tuyo fidelísimo".

Al terminar la oración, besamos el mosaico y rezamos los misterios gloriosos del Rosario. Poco después fuimos a la ermita, que ha atraído la devoción popular de todas aquellas comarcas del Alto Aragón desde el siglo XI. Los padres de nuestro Fundador le llevaron allí a comienzos de siglo como agradecimiento a la Virgen: cuando sólo contaba dos años se puso tan enfermo que los médicos le habían deshauciado: "de esta noche no pasa", dijeron a su padre.

Entonces su madre, doña Dolores -la Abuela, para los miembros del Opus Dei-, acudió a la Virgen y le dijo: "si me lo curas, te lo llevo a Torreciudad". Se curó de la noche a la mañana, y poco después cumplieron la promesa y fueron hasta esta ermita, para agradecer aquel favor tan grande.

Cuando en vida, el Padre contaba la historia del nuevo Santuario, se ponía humildemente en segundo plano: no quería ser protagonista de nada. **Ha sido una delicadeza de mis hijos, explicaba. Torreciudad es uno de esos infinitos puntos, a lo largo y a lo ancho del mundo, donde se encuentran imágenes de la Virgen que el pueblo fiel ha respetado, amado y venerado siempre. Allí está desde el siglo XI. Hay también alguna cosa mía circunstancial, que no es del caso...**

Desde la ermita contemplé los edificios que rodean al Santuario, nacidos de la devoción mariana de nuestro Padre, que nunca quiso ponerse de modelo de nada, salvo en un punto: **el amor que tengo a la Virgen**. Con el espléndido marco de los Pirineos al fondo, recordé tantas manifestaciones de su amor a la Virgen, grandes y pequeñas, de las que yo había sido testigo: aquella Salve al alcanzar la frontera de Andorra tras la travesía de los Pirineos; aquella primera visita a Lourdes, ateridos de frío; aquella oración en mi pensión de Pamplona; aquella novena a la Guadalupana...

Me contaron que el Padre había acudido dos veces como peregrino a Torreciudad mientras se realizaban las obras. En la primera de esas ocasiones, el 7 de abril de 1970, se descalzó un kilómetro antes de llegar y, bajo un tiempo inclemente, fue caminando sobre las piedras y la gravilla hasta llegar a la ermita.

¡Perdóname, Madre mía! -exclamó al llegar, evocando la primera visita de su infancia. **Desde los dos años hasta los sesenta y ocho. ¡Qué poca cosa soy! Pero te quiero mucho, con toda mi alma. Me da mucha alegría venir a besarte, y me da mucha alegría pensar en las miles de almas que te han venerado y han venido a decirte que te quieren, y en los miles de almas que vendrán. Con material humilde, de la tierra -comentó en otro momento- material divino. Y añadió: Habéis puesto tanto amor aquí...**

Dijo que esperaba de Torreciudad **un derroche de gracias espirituales (...)** que el Señor querrá hacer a quienes acudan a su Madre Bendita ante esa pequeña imagen, tan venerada desde hace siglos. Por eso me interesa que haya muchos confesonarios para que las gentes se purifiquen en el santo sacramento de la penitencia y -renovadas las almas- confirmen o renueven su vida cristiana, aprendan a santificar y amar el trabajo, llevando a sus hogares la paz y la alegría

de Jesucristo: la paz os doy, la paz os dejo. Así recibirán con agradecimiento los hijos que el cielo les mande, usando noblemente del amor matrimonial, que les hace participar del amor creador de Dios; y Dios no fracasará en esos hogares, cuando El les honre escogiendo almas que se dediquen, con personal y libre dedicación, al servicio de los intereses divinos.

Al marcharme de Torreciudad, pocos días después, comprendí que aquella novena que hicimos en la Villa, hacia siete años, había continuado abierta, y que la habíamos cerrado aquel día 28, con aquella entrañable y sencilla ceremonia.

Me confesé en el mismo confesonario que utilizó nuestro Padre y aquel día, y también durante el siguiente -fiesta de San Pedro y San Pablo- medité mucho en la gloria accidental de nuestro Fundador en el Cielo, al ver hecho realidad su deseo de que muchas almas honrasen a la Virgen en aquel lugar y se purificasen con el sacramento de la penitencia. ¡Qué alegría tendría, en el Cielo, viéndonos cumplir la manda a la Virgen a don Alvaro -su sucesor-, a don Javier, y a sus tres hijos mexicanos...!

XV. 17 DE MAYO DE 1992

Aquella mañana en Roma

¿Qué pensó Vd. durante aquella mañana?, me preguntaron cuando volví a México, tras mi estancia en Roma con motivo de la solemne beatificación del Padre, el 17 de mayo de 1992. No sabía qué contestar. Suelo ser muy tardo en reaccionar: además, los recuerdos, las emociones se agolpaban entonces de tal manera en mi mente que me resultaba difícil explicar mis sentimientos. Como el agua que baja tumultuosa de las corrientes, necesitaba un remanso de sosiego, cierta perspectiva, tiempo para meditar, silencio.

Ahora, desde la distancia, puedo aquilatar mejor mis sensaciones y mis recuerdos. Aquel 17 de mayo fue un domingo espléndido, con una luz y un sol radiante que me recordaron los de esta bendita tierra mexicana. La plaza de San Pedro estaba llena de miembros del Opus Dei y de personas con cariño a la Obra y devoción a nuestro Fundador que habían venido de los lugares más apartados de la tierra: se mezclaban todas las razas y culturas: africanos, asiáticos, gentes de rasgos andinos... Era una muchedumbre multicolor y gozosa, trescientas mil personas según L'Osservatore Romano, en la que se daban cita todas las edades y situaciones sociales; una multitud serena que abarrotaba completamente la plaza de San Pedro, que desbordaba el perímetro de la monumental columnata de Bernini y se extendía, como una pacífica inundación, por la inmediata plaza de Pío XII hasta ocupar la Via della Conciliazione.

Al fondo, sobre la magnífica fachada de Maderno, se alzaban dos tapices, todavía cubiertos, uno con la efigie del Padre y otro con una representación de una religiosa canosiana de origen africano, Josefina Bakhita. Recordé entonces cuántas veces había cruzado esta misma plaza, acompañado por el Padre, en dirección a la Basílica donde ahora ondeaba un tapiz con su retrato.

No pude, ni quise, evitar la emoción indescriptible que experimenté cuando Juan Pablo II, el Papa venido del Este, proclamó en latín: «con nuestra autoridad apostólica, concedemos que los Venerables Siervos de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer, presbítero, Fundador del Opus Dei, y Josefina Bakhita, virgen, hija de la Caridad, canosiana, de ahora en adelante puedan ser llamados Beatos».

A continuación se produjo una explosión de serena alegría entre los miles de asistentes. Se alzó el tapiz que cubría los reposteros con las imágenes de los dos nuevos Beatos. A partir de ese momento nuestro Padre se convertía en gozoso patrimonio de la Iglesia universal. Di gracias al Señor por haberme concedido el gran don de conocerle, de convivir a su lado tantas horas inolvidables, de seguir sus pasos y de querer tanto a este hombre de Dios que la Iglesia acababa de elevar al honor de los altares.

¡Vinieron tantos recuerdos a mi memoria! Volé con la imaginación a aquellas tertulias de domingo en la Residencia de Ferraz, donde nos apiñábamos a su lado Juan, Ricardo, José María, Paco, Alvaro y tantos otros... En cierto modo, aquel domingo de mayo seguíamos también juntos, unos en la tierra y otros en el Cielo, en torno al Padre y muy unidos al Papa.

Juan Jiménez Vargas, tan decidido y parco de palabras como siempre, estaba allí, cerca de mí. Había venido desde Navarra, cuya Universidad -aquel viejo sueño de nuestro Fundador- había contribuido a sacar adelante, a lo largo muchos años, como catedrático de Fisiología en la Facultad de Medicina. De esa Universidad fue primer rector José María Albareda, fallecido hace muchos años. Y en Pamplona vivió hasta su reciente fallecimiento José María González Barredo, después de largos años de estancia en Estados Unidos, donde participó en los comienzos de la labor apostólica y llevó a cabo una formidable labor investigadora. Me contaron que no pudo venir a Roma por motivos de salud.

Ricardo -don Ricardo Fernández Vallespín-, que ejerció durante muchos años su ministerio sacerdotal en Madrid y por estas tierras de América, falleció también, hace algunos años, el 28 de julio de 1988. A José María Hernández de Garnica, que comenzó la labor apostólica en tantos países de Europa, se lo llevó el Señor en vida de nuestro Padre, el 7 de diciembre de 1972. Todos éstos, como Paco -don Francisco Botella- y tantos otros miembros del Opus Dei ya fallecidos, verán esta ceremonia desde el Cielo: Paco -el inseparable Paco, durante tanto tiempo- murió el 29 de septiembre de 1987, en Madrid, después de muchos años de fecundo sacerdocio.

¿Y Alvaro? Aquel joven estudiante de ingeniería de mediados de los años treinta es ahora Mons. Alvaro del Portillo, primer sucesor de nuestro Padre y Obispo Prelado del Opus Dei; y aquella mañana estaba arriba, concelebrando con el Santo Padre al aire libre en la Plaza de San Pedro, en aquella solemne ceremonia litúrgica en la que, junto con una inmensa muchedumbre de fieles, participaban treinta y cinco cardenales y más de doscientos obispos.

«Con sobrenatural intuición», dijo el Papa, «el Beato Josemaría predicó incansablemente la llamada universal a la santidad y al apostolado. Cristo convoca a todos a santificarse en la realidad de la vida cotidiana; por ello el trabajo es también medio de santificación personal y de apostolado cuando se vive en unión con Jesucristo, pues el Hijo de Dios, al encarnarse, se ha unido en cierto modo a toda la realidad del hombre y a toda la creación. En una sociedad en la que el afán desenfrenado de poseer cosas materiales las convierte en un ídolo y motivo de alejamiento de Dios, el nuevo Beato nos recuerda que estas mismas realidades, criaturas de Dios y del ingenio humano, si se usan rectamente para gloria del Creador y al servicio de los hermanos, puedan ser camino para el encuentro de los hombres con Cristo. "Todas las cosas de la tierra -enseñaba- también las actividades terrenas y temporales de los hombres, han de ser llevadas a Dios"».

Aquel día experimenté un cúmulo de emociones difícil de resumir. Su mejor expresión la encontré en las palabras que dijo Mons. del Portillo durante la Misa de Acción de gracias por el nuevo Beato, celebrada el 21 de mayo en la Basílica romana de San Eugenio:

" `Daré gracias al Señor con todo el corazón (...) Grandes son las obras del Señor'. Estas palabras del Salmo que recitaremos dentro de poco en la antífona de la Comunión resumen los sentimientos de gratitud que invaden hoy nuestro corazón. Sí: grandes son las obras del Señor. En todo el universo no existe un acontecimiento comparable, por su grandeza, a la transformación que la obra de la gracia lleva a cabo en el hombre redimido: un puñado de polvo de la tierra es ensalzado hasta el punto de hacerse

partícipe de la naturaleza divina y de recibir la adopción de hijo de Dios en Cristo. Esta admirable vocación del hombre se cumplió plenamente en el Beato Josemaría Escrivá: la Iglesia lo venera en los altares y lo propone a los cristianos como intercesor ante Dios y como ejemplo luminoso para nuestro empeño de fidelidad a la vocación bautismal.

»Desearía que, al término de estos días de acción de gracias, meditásemos una vez más la enseñanza que el Señor ha querido transmitirnos a través de la vida y del mensaje del Beato Josemaría. Lo hacemos aquí, ante sus sagrados restos mortales. Este cuerpo fue miembro de Cristo y templo del Espíritu Santo; fue instrumento del que se sirvió el Señor para comunicar a los hombres los frutos de la Redención: sus palabras, sus gestos, su sonrisa amabilísima, los sufrimientos que afrontó siempre con una alegría contagiosa, su extenuante trabajo fueron el lenguaje elocuente de una continua lección de amor y de paz. Me viene a la memoria aquella exclamación de la Sagrada Escritura que brotó en mi ánimo el día de su tránsito al Cielo: Quam speciosi pedes evangelizantium bona!, ¡Qué hermosos son los pies de los que anuncian el bien!

»Hace ya varios años, tuve ocasión de comunicar a los miembros del Opus Dei una consideración que oí de labios del Santo Padre Pablo VI: al manifestarme su propia veneración por nuestro Fundador, el Papa me dijo que pertenecía ya al tesoro de toda la Iglesia. La extraordinaria difusión de la devoción privada hacia su figura nos demostraba que, a pesar de que continuaba siendo íntimamente nuestro, no nos pertenecía en exclusiva. Hoy os repito -lleno de gratitud y de alegría- que la elevación a los altares del Beato Josemaría representa como el inicio de una nueva expansión de la misión eclesial para la cual fue elegido por el Señor. La universalidad de la tarea a la que Dios le llamó -anunciar que todas las realidades terrenas son camino de santidad- ha sido subrayada de modo solemne y tangible. Su beatificación es, para todos los cristianos, una nueva llamada a la santidad, un nuevo motivo de esperanza, un ejemplo de fidelidad y de docilidad a Dios en el cumplimiento del trabajo cotidiano. Todos vosotros recordáis las palabras pronunciadas por el Santo Padre al día siguiente de la beatificación: `¿Cómo no ver en el ejemplo, en las enseñanzas y en la obra del Beato Josemaría Escrivá un eminente testimonio de heroísmo cristiano en el ejercicio de las actividades humanas corrientes? (...) Su fidelidad -ha afirmado el Santo Padre- permitió al Espíritu Santo conducirlo a las cumbres de la unión personal con Dios, con la consecuencia de una fecundidad apostólica extraordinaria'».

Por la tarde de ese mismo día, 21 de mayo, al término de una Misa, presidida por Mons. Javier Echevarría, Vicario General del Opus Dei, tuvo lugar el traslado procesional de los venerados restos del nuestro Padre desde la Basílica de San Eugenio a la iglesia prelatia de Santa María de la Paz.

Soñad y os quedaréis cortos

Allí, donde tantas veces había rezado junto a nuestro Fundador, me arrodillé, entre los miles de peregrinos que se acogían a su intercesión, para rezar ante sus sagrados restos. Vi desfilar durante largo tiempo africanos con vestimentas exóticas; nórdicos venidos de los países escandinavos o de tierras lejanas, como Canadá o Polonia; gentes de tez aceitunado y rasgos indios, con el suave hablar peruano; caribeños; hombres y mujeres de todo México; asiáticos de gesto inexpresivo procedentes de Japón y Filipinas; australianos; y personas de tantos y tantos países. Era ver hechas realidad aquellas

palabras de nuestro Padre, cuando me hablaba, lleno de fe, de todos aquellos países lejanos a los que llegaría la semilla del Opus Dei.

Di gracias a Dios nuestro Señor por poder contemplar esta gozosa realidad y por haber hecho ver claramente a nuestro Padre, desde los comienzos, que el Opus Dei tenía entraña universal y debía llegar a todos los hombres, cualquiera que fuera su raza y condición.

También di gracias a Dios porque el Padre logró transmitirnos ese mismo convencimiento a los primeros y desde el principio. Su palabra fue un fidelísimo arcaduz de la gracia de Dios: si no, es imposible que unos muchachos como nosotros, que -salvo alguna contada excepción- no habíamos salido de nuestro país, que no teníamos mayor experiencia humana que la propia de nuestra edad y circunstancias, llegáramos a captar esa dimensión universal, católica, del Opus Dei. Indudablemente, Dios nos infundió entonces una gran fe en las palabras del Padre.

Agradecí al Señor que se hubiesen hecho realidad en la vida de tantas personas aquello que nos decía, en aquellas entrañables tertulias del domingo por la tarde en la Residencia de Ferraz: nos aseguraba que si éramos fieles a nuestra llamada divina nuestra vida se convertiría en una novela maravillosa. Para eso teníamos que soñar: **soñad** -nos repetía, una y otra vez, lleno de fe-, **soñad y os quedaréis cortos**.